



NATSUME SOSEKI

Kokoro

*Introducción, traducción
y notas de Carlos Rubio*



Kokoro es la recreación penetrante y desgarradora de la complejidad moral existente en las relaciones humanas donde hay tanto que queda sin decirse, incluso en los ámbitos más íntimos. En este sentido, los silencios de la obra, más elocuentes que las palabras, y las alusiones indirectas, sirven de puente al corazón de las cosas y de las personas. Un corazón observado tanto desde la especial perspectiva de la cultura japonesa, como desde la condición humana en general. *Kokoro*, que quiere decir precisamente corazón, es una lectura sobre el amor y la vida que se hace inolvidable por su sobria, poética intensidad.

Natsume Soseki

Kokoro

Título original: こゝろ

Natsume Soseki, 1914.

Introducción, traducción y notas: Carlos Rubio

INTRODUCCIÓN

Japón en el último tercio del siglo XIX

La transformación de Japón en el último tercio del siglo XIX de una oscura monarquía oriental gobernada por una oligarquía militar a una de las grandes potencias se considera un fenómeno extraordinario en la historia moderna. A prodigiosas zancadas, Japón salió del dominio de un pasado de perfecto aislamiento político, de un feudalismo económico y social, de una ignorancia en lo técnico, y asombró al mundo logrando una victoria militar sobre Rusia a principios de siglo, imponiendo tratados igualitarios a las potencias coloniales de Occidente y revelándose como el líder económico e industrial del Asia oriental en el siglo XX.

«Ética oriental y técnica occidental» (*toyo no dotoku, seiyo no gakugei*) era una de las muchas consignas que circulaban en el Japón de mitad de siglo XIX, cuando se debatía la conveniencia de poner punto final a la política de aislamiento que, durante 250 años, había tenido el país cerrado a cal y canto a todo contacto e influencia extranjera.

La consigna expresaba los temores de todo un pueblo. El temor a los aldabonazos con que un desconocido, Occidente, llamaba a la puerta con la arrogancia de su superioridad militar y económica, el temor a seguir el ejemplo de una China humillada por Inglaterra en la Guerra del Opio unos años antes, el temor a romper con «la ley ancestral» del aislamiento (*sakoku*), a exponerse a la «corrupción» de la doctrina cristiana, a perder valores éticos y culturales percibidos como superiores, a quedar en vergonzosa evidencia por un secular atraso tecnológico, a abrir puertas, a romper insularidades.

El realismo se impuso y Japón abrió sus puertas al mundo. En 1868, desaparecido el gobierno militar de los Tokugawa, se restauró el poder imperial a través de la persona del joven emperador Meiji. Precisamente la clase social gobernante del antiguo régimen, la clase de los samuráis, iba, primero, a protagonizar este «golpe de Estado» a la japonesa y, segundo, a erigirse en la clase política e intelectual del nuevo gobierno.

Un país de estructuras sociales que los observadores europeos de la época se complacían en denominar «medievales», resolvió embarcarse en un gigantesco programa de reformas.

Precisamente es en la vida del escritor japonés Natsume Soseki (1867-1916), donde se inserta el reinado del emperador Meiji (1868-1912), el período por excelencia de todas esas reformas, de la gran segunda transformación en la historia

del pueblo japonés^[1].

En 1892, el entonces estudiante Natsume Soseki caracterizaba el dilema de lo occidental contra lo japonés en los siguientes términos:

A menos que desechemos totalmente todo lo viejo y adoptemos lo nuevo, será difícil que alcancemos igualdad con los países de Occidente. Aunque hacerlo así, va a debilitar el espíritu vital que hemos heredado de nuestros antepasados y nos podrá dejar inválidos^[2].

El precio del aprendizaje era perder mucho. Se prescindía de lo tradicional y asiático y se perseguía lo moderno y lo occidental. La transformación, por tanto, obligaba a los japoneses no sólo a abandonar viejas maneras de pensar y de hacer las cosas, sino también a sacrificar una parte de su identidad cultural. La literatura del período Meiji será testimonio de lo entrañablemente caro que sería ese precio y, concretamente, los protagonistas de las obras de Soseki^[3] sufrirán en carne propia muchas de las secuelas y de las convulsiones de ese sacrificio.

Las reformas introducidas no sólo apuntaban a lo tecnológico, lo político, lo jurídico y lo social. Se estudiaba todo con empeño, se imitaba todo con esmero^[4]. El programa oficial era que convenía aprender, además, las normas de conducta, la filosofía, la medicina, la religión, las artes de Occidente.

El gobierno de Meiji amplió la definición de lo que debía considerarse útil tomando como modelo el acercamiento de Japón a China en los siglos VI y VII, cuando el objeto había sido comprender una cultura y no sólo adquirir unas determinadas técnicas. En abril del mismo año, 1868, en el que se inicia su gobierno, el emperador promulga una Constitución de cinco artículos. En uno de ellos se decreta el fin de las «prácticas oscurantistas» de épocas pasadas y en otro se anuncia que el nuevo gobierno perseguirá el saber por todo el mundo para promover el bienestar del imperio. Prueba de ello fue la misión de Iwakura Tomomi de 1871-1873 a Estados Unidos y Europa, consistente en más de cincuenta funcionarios, la mayoría antiguos samuráis, y unos sesenta estudiantes que quedarían matriculados en universidades y escuelas de diferentes países occidentales. Le siguieron otras.

El proceso de aprendizaje comprendió también la contratación de asesores y expertos extranjeros para trabajar en Japón. Estos *o-yatoi*, como se les llamaba, eran caros y apreciados —Hazel Jones los llama «máquinas vivas»^[5]—, pero no estaban autorizados a ser reformadores por su cuenta.

Una variedad creciente de informes de los observadores japoneses que volvían

de sus misiones por Europa y Estados Unidos, libros sobre Occidente y artículos periodísticos fueron otras formas de facilitar el proceso oficial de aprendizaje^[6].

A un nivel diferente, estaba el simple deseo de saciar una curiosidad. Durante doscientos cincuenta años de aislamiento, Japón había estado sediento de información sobre el misterioso Occidente. Después de 1868 se aprestó a saciar esa sed celebrando su libertad de beber en una oleada de moda por la comida, indumentaria, música, literatura y todos los aspectos culturales de la vida occidental. Sí, también la literatura.

La nueva literatura japonesa

En este ambiente oficial de «aprender de Occidente para alcanzar a Occidente» o, según otra consigna mucho más cruda de la época, «utilizar al bárbaro para dominar al bárbaro», es necesario enmarcar la literatura de la época.

Cuando Occidente irrumpe en Japón en la década de los sesenta del siglo XX, el estado de la literatura japonesa era bastante triste.

Dejando aparte la gran tradición de literatura oral, la tradición del teatro *noh* y del *kabuki*, especialmente este último de la mano de Kawatake Mokuami, y la de cierta prosa de ficción modelada al estilo de *ukiyo zoshi* de Saikaku^[7], la prosa creativa estaba en un estado de marasmo total. No había más de media docena de novelistas activos, casi todos absorbidos por las frivolidades del género del *gesaku* o «prosa ligera», que no han dejado huellas duraderas. Poetas había muchos, es cierto, pero muy pocos cuyas obras hayan merecido ser recordadas hoy ni siquiera por los especialistas. Al cabo de más de 250 años de aislamiento, ninguna obra literaria ni de China ni de Occidente había llegado a Japón y los recursos nativos parecían haber quedado exhaustos. Era una literatura, la practicada a mediados de siglo en Japón, apenas inteligible fuera de Japón; una especie de *family jokes*^[8] sólo de interés para la gran familia que vivía recluida en sus cuatro mil islas.

La doble rapidez con que los autores del *gesaku* abandonaron su ejercicio literario y con que se acogió la multitud de traducciones de literatura europea da fe de la falta de vitalidad de la literatura japonesa del momento precedente a la llegada de los occidentales. Los mismos literatos japoneses, una vez expuestos a la influencia occidental, habrían de denunciar la frivolidad de esa prosa o *gesaku* del Japón anterior al nuevo periodo Meiji y distanciarse deliberadamente de ella.

Pero en el espacio de los cuarenta años que van desde la Restauración de Meiji hasta la guerra ruso-japonesa, la literatura japonesa va a moverse de las burlas fáciles a las rarezas de Occidente a una poesía simbolista, de las trilladas anécdotas de burdeles de Edo a las complejidades de la novela psicológica, a la fría disección de la novela naturalista.

Los cambios en literatura, de cualquier modo, no se produjeron con el frenesí con que los japoneses de los primeros veinte años del período de Meiji construían ferrocarriles y sistemas de telégrafo, imprimían periódicos o, independientemente de su antigua clase social, se interesaban activamente en la política por primera vez en su historia. En literatura los cambios eran más lentos. Y no debe extrañar, pues había

que saber mucho más de Occidente para escribir una buena novela psicológica que para conducir un tren.

Naturalmente ya iba habiendo en la literatura japonesa de aquellos años huellas de aquella omnipresente marea de lo occidental. Hasta los escritores más conservadores se refieren a bancos, a periódicos y, en expresión de Aizawa Seishisai, erudito confuciano, a otros «artefactos novedosos». El mencionado dramaturgo Kawatake Mokuami escribió una obra sobre un aeróstata británico que cautiva a los habitantes de Tokio al descender de su cielo. En una obra de teatro de marionetas, género de peculiar dignidad literaria en Japón, estrenada en el año 1891, se representaba una escena de amor entre una geisha y un occidental en la que se emplean retazos de inglés.

Aprender lenguas extranjeras, en efecto, era la moda. Y tras el aprendizaje de lenguas llegaron las traducciones. Los japoneses se movieron en veinte años del *Self-Help* de Samuel Smiles, traducido por Nakamura Keiu en 1871 y que vendió cientos de miles de copias, a las novelas políticas de Disraeli y las naturalistas de Zola. La versión de *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne, estuvo muy de moda como especie de manual anotado para viajar al extranjero. Aparecieron fragmentos de traducciones de *El Quijote*, de *Robinson Crusoe*, de *Las mil y una noches*, de *El viaje del peregrino desde este mundo al futuro*, de J. Bunyan, de *La libertad*, de J. S. Mill, de *El contrato social*, de *La utopía*, de *El alcalde de Zalamea* en 1889, y muchas otras. Antes de fin de siglo, el japonés intelectualmente curioso, y el pueblo japonés lo es en extremo, sin tener conocimiento de lenguas europeas podía tener acceso a muchas de las grandes obras de la literatura universal. Muchas traducciones, sobre todo al principio, eran parciales; a veces aparecían separadamente y, sobre todo al principio también, serialmente en periódicos y revistas. Esta literatura en traducción no hubiera prosperado sin un público voraz. El nuevo gobierno ponía gran empeño en la educación pública, y Japón, en muy pocos años, iba a tener uno de los índices de alfabetización más altos del mundo, y eso pese a la complejidad del sistema japonés de escritura^[9].

La primera novela occidental completa conocida en Japón fue la obra de Bulwer-Lytton, *Ernest Maltravers*, traducida en 1878 por Oda Yunichiro. Una historia inocua, pero titulada en la versión japonesa *Un cuento de primavera de flores y sauces* (*Karyuu shunwa*). La oriental lindeza del título pudo haber sido necesaria para vender el libro, aunque lo que hizo de él un éxito arrollador fue, primero, que servía como fuente de información sobre las relaciones familiares y políticas y sobre la buena educación en Occidente, aspectos no incluidos en los manuales de reforma oficiales; y, segundo y más importante, que los japoneses descubrieron en esta novela que los hombres y mujeres de Occidente tenían también

un corazón, un lado tierno. El énfasis en la superioridad material de Occidente había sido tan insistente que las facetas más espirituales de la vida europea aparecieron como una sorpresa para la mayoría de los japoneses.

Además de traducir palabras, había que trasladar al entendimiento del japonés nuevos conceptos, algunos tan serios como «derechos humanos», «constitución», «universidad», «deporte» o «vacuna». Había que inculcar en la imaginación de los japoneses actitudes culturales, emociones, incluso gestos que en muchos casos les podían dejar estupefactos. Hay dos ejemplos, además graciosos, que ilustran tanto la enormidad de la dificultad de la tarea traductora como el esfuerzo de aprendizaje de aquellos lectores japoneses. Uno es la versión japonesa de una ingenua frase de Bulwer-Lytton en la mencionada obra, «*if I could get one kiss from those coral lips*». Probablemente en un diccionario inglés-japonés de la época existía para la palabra *kiss* un término representado por un complejo ideograma chino, desconocido para la mayoría y cuyo significado podría parecer a la vez altisonante y grotesco. Ante este aprieto el traductor japonés se decide por el término popular, y tan vulgar antes como ahora, de *hitoname*, que quiere decir simplemente «un lametazo». ¿Qué efecto podría producir una frase así en el lector japonés de entonces, un lector sin duda ajeno a la codificación de esa forma de expresión del amor realizada a golpe de siglos por el mundo occidental?

El otro ejemplo es cuando Alice, uno de los personajes de la novela, en el mismo pasaje de la frase comentada, oculta su cara con las manos («*hid her face with her hands*»). El traductor, sabedor del valor emocional de este gesto entre los occidentales y de que tal valor era desconocido en la sociedad japonesa, viste imaginariamente a Alice a la japonesa y traduce «*Arisu sode wo motte kao wo...*», es decir, «Alicia se ocultó la cara con su manga...». ¡Una Alice convertida, pues, en dama japonesa con quimono de anchas mangas!^[10]

Tampoco hay que pasar por alto el papel de los misioneros cristianos, especialmente protestantes, en este despertar entre los japoneses del interés por la literatura de Occidente. En el siglo XIX, y no solamente en Japón, la evangelización había sido la bandera de la autoconfianza con que se movía Occidente por el ancho mundo. Los misioneros habían entrado por los puertos japoneses casi tan pronto como los comerciantes y, aunque en principio iban a atender a las diferentes comunidades extranjeras, especialmente la británica y la norteamericana, aprovecharon todas las ocasiones para propagar la fe cristiana entre los nativos. En 1873 ya era legal hacerlo así, debido a que la presión diplomática extranjera había puesto fin al veto de los Tokugawa contra la «secta malvada» proscrita desde comienzos del siglo XVII. En la Constitución de Meiji de 1889 por fin se permite la libertad religiosa «dentro de límites no perjudiciales para la paz, ni antagónicos a los

deberes de todo ciudadano».

Había una curiosa disparidad entre los motivos por los que los japoneses se dejaban cristianizar, pero es indudable que muchos de los que se acercaban al cristianismo lo hacían porque eso les ofrecía una «ventana al Occidente», accesible a los que no podían darse el lujo de viajar fuera.

Otros japoneses, en contacto con las nuevas creencias religiosas, sintieron un nuevo sentido de la individualidad y el aguijón para expresarla. A diferencia de la concepción tradicional japonesa en la que la naturaleza, el ser humano y las deidades forman parte de un todo, el cristianismo infundió en muchos intelectuales una nueva conciencia del yo, del individuo, como ente ajeno a la naturaleza y a lo divino, y, en consecuencia, un insólito respeto por la persona, por su individualidad. Habrá poetas, como Kitamura Tokoku e Ishikawa Takuboku que, gracias a su formación cristiana, van a comulgar con el romanticismo y a predicar una especie de emancipación de las emociones.

La *Biblia*, por otro lado, fue el primer libro occidental conocido para muchos japoneses y sus palabras sirvieron, tal vez entre otras cosas, para convencerles de que en Occidente había algo más que «técnicas» para fabricar barcos de hierro que no se hundían.

La existencia de todos esos contactos con ideas y creencias occidentales, aunada con las visitas a Europa de autores individuales, dentro de la caldeada atmósfera de absorción de lo occidental en que vivía el país, fermentaron en una generación de novelistas japoneses con un concepto de su arte totalmente diferente del de sus predecesores de la era del aislamiento. Cómo ejercer ese arte se ofrecía a sus ojos lo mismo que a los de un diligente tallista desprovisto de herramientas se ofrece un espléndido bloque de madera. «La literatura de Meiji fue la explosión de las ansias de libertad de un pueblo harto de las cadenas de la censura, harto de la mazmorra del aislamiento»^[11]. Estos literatos tenían que expresar inquietudes sociales, nuevas sensaciones íntimas, nuevas problemáticas vitales, y tenían que hacerlo en moldes nuevos, en nuevos géneros y en un lenguaje literario que había que inventar. El reto era formidable. Hubo visionarios, hubo pioneros. Unos y otros prepararían el terreno a los grandes creadores.

La urgencia de expresar las nuevas inquietudes era fundamental para que brotase a borbotones una nueva literatura. Sin ella, de poco servía tanto acopio de información sobre Occidente. No había razón para que los relatos de cotilleo sobre los moradores de los burdeles del *gesaku* precedente no hubieran podido continuar dominando la escena literaria. Lo que los ejemplos extranjeros hicieron fue dar

cauce para que los japoneses más inquietos y mejor dotados literariamente expresaran sus nuevas ideas y su conciencia de ser ciudadanos del ilustrado período Meiji.

Pero esto no quiere decir que los escritores de fines del siglo XIX y principios del XX fueran completamente occidentales en sus técnicas y convenciones literarias. Un rasgo definidor de muchos autores nacidos en el tiempo de la Restauración de Meiji, en 1868, era que poseían una conciencia mucho más viva del cambio cultural que los que vinieron antes o después. No era infrecuente que hubieran tenido una educación sino-japonesa en sus primeros años, como el propio Natsume Soseki, después otra de corte occidental en la universidad o incluso, como los más afortunados (el propio Natsume Soseki y Mori Oogai), en algún país europeo, y que se ganaran la vida como intelectuales urbanos. Esa experiencia formativa les hizo excepcionalmente sensibles a la discordia entre su identidad cultural japonesa y la occidental. Varios de ellos realizaron esfuerzos considerables por mantener un vínculo con la tradición histórica (Mori Oogai, Koda Rohan y Akutagawa Ryunosuke, aunque algo posterior este último), geográfica (Nagai Kafuu), esteticista (Shiga Naoya) de su país o con temas y argumentos (sociales, en los casos de Futabatei Shimei y Shimazaki Tooson, naturalistas, en el caso de Tokuda Shuusei, o psicológicos, en el de Natsume Soseki) de algunas de sus novelas.

Esos nueve autores y algunos más tienen mucho en común. En primer lugar, todos se embarcan en una nueva narrativa como respuesta a los desafíos de una sociedad en galopante cambio; todos expresan en sus obras un despertar del individualismo desconocido antes en Japón, una conciencia con sus secuelas de soledad, aislamiento y confusión; casi todos, en tercer lugar, ya desde los primeros años del siglo XX, escriben obras que por su finura psicológica y capacidad expresiva siguen siendo todavía hoy leídas con admiración.

Hay que hacer observar, en relación con la segunda característica, que a diferencia de Occidente, en el arte literario de Japón no ha existido una polaridad marcada entre el hombre y la naturaleza, entre el individuo y la sociedad. Por tradición, sólo hasta los años que estamos presentando, los sentimientos y las ideas de una persona se expresaban casi tan sólo en calidad de representantes de los sentimientos y las ideas del grupo, con lo cual el individualismo estaba ausente. Eran por lo general autores «expresivos-afectivos». Solían buscar la identificación con el grupo social al que su estado en la vida les hace pertenecer sin fisuras ni reservas.

Ahora esto cambia. El grupo de escritores de Meiji, como se les llama, protagonizan la aparición insólita del individualismo en la literatura japonesa, la

erupción de una polaridad que en Europa se constata claramente al final de la Edad Media y a cuya presencia literaria, y no sólo literaria, estamos perfectamente acostumbrados aquí. En el Japón en estos años de fines del siglo XIX se comprueba cómo un ancestral rasgo definidor del arte literario japonés se debilita en contacto con Occidente. La polaridad no va a ser tan fuerte, sin embargo, como en el mundo occidental. Y en obras de autores destacados de este período, como Tanizaki Junichiro, no mencionado antes por haber publicado con posterioridad a los autores citados, y en el mencionado Nagai Kafuu, la armonía de hombre y naturaleza se percibe todavía claramente.

Una cuarta característica de la nueva literatura que hay que agradecer igualmente a la lectura de las obras literarias europeas es el descubrimiento del amor romántico. No sólo se trataba de comprender la banalidad del gesto del beso, la graciosa torpeza de cuya traducción en 1878 hemos comentado, sino de describir las emociones producidas en torno al sentimiento amoroso. Por supuesto que numerosas obras literarias japonesas han descrito, y desde fechas más tempranas y con más soltura que en muchos países occidentales, las penas y alegrías del amor. El amor, opuesto a la pasión carnal, naturalmente que había sido tema literario. Pero este amor del que ahora leen los japoneses en novelas europeas, expresado con libertad y como afirmación del yo, es nuevo para ellos. E inventan, naturalmente, un término, un término al que dará carta de naturaleza literaria Mori Oogai en una novela de 1890 de la que hablaremos aquí. Lo van a llamar —y lo siguen por cierto llamando— *rabu*, deformación fonética del inglés *love*. Este nuevo amor definía cabalmente los singulares fenómenos «occidentales» producidos cuando mortales se enamoraban de diosas o de musas, súbditos con realezas. En él encajaban conceptos como el amor cortés y el platónico. Un amor platónico que, venerado por estos románticos japoneses, ciertamente no estaba en su tradición literaria.

Por otro lado, si el romanticismo se define en términos del acento que en él se pone en la vertiente emocional de los sentimientos humanos, podemos decir que la mayoría de las obras de literatura japonesa son «románticas».

Algunos críticos han considerado escritores románticos al poeta Yosa Buson o al escritor de cuentos Ueda Akinari^[12]. Específicamente los elementos románticos de la literatura japonesa se distinguen de obras anteriores «románticas» a causa de la influencia directa de la literatura europea. Es decir, no sólo ahora se pondrá de relieve el aspecto emocional de los sentimientos, sino además la importancia del individuo y de la libertad. Serán tres temas prominentes en el nuevo y fugaz romanticismo japonés que reconocerá su deuda con la cultura europea y particularmente con el cristianismo.

Las novelas autobiográficas, tan en boga en los años de la vida de Soseki, tuvieron sus raíces en un hallazgo romántico, aunque fueron desarrolladas como descripciones naturalistas de la vida ordinaria realizadas por hombres ordinarios. Si en Europa el naturalismo había sido una reacción al romanticismo de muchos años antes, en Japón romanticismo y naturalismo se presentan, son servidos — generalmente en el plato del realismo—, se ingieren y se digieren en la misma década. Incluso en una misma obra, como precisamente en esta que presentamos, según veremos muy pronto.

Si buscamos una definición del vehículo en que expresan el nuevo individualismo estos autores, sobre todo en oposición a la literatura de la primera mitad del siglo XIX, comprobamos que no es fácil evitar juicios aparentemente arbitrarios sobre grados de verosimilitud en sus obras, sobre «realismo psicológico» y otros conceptos literarios. Sin embargo, es cierto que en la atenta descripción de la sociedad que les rodea, de los conflictos de lo nuevo y lo viejo, de los valores individuales y de las convenciones tradicionalmente aceptadas, en su preocupación por el trazado veraz de las reacciones y pensamientos del individuo, en su rechazo a las explicaciones de conductas sancionadas por la tradición, en la precisión y modernidad de su lenguaje, las obras más distinguidas de los autores que publican a finales del siglo XIX y en las dos primeras décadas del XX muestran una sustancial diferencia con respecto a obras anteriores. En resumen, la prosa de ficción, fuera relato breve o fuera novela, fue elevada del *status* de entretenimiento popular al de un arte serio.

Y de la seriedad de su arte tenían ellos mismos conciencia cuando ya en la década de los noventa censuraban abiertamente por frívola e insustancial la prosa narrativa anterior a Meiji, postulando «seriedad» en una literatura que debía por encima de todo ser «sincera»: incluir confesiones «abiertas» y francas, descripciones «veraces» de las emociones y sensibilidades, y tratamientos de «problemas» serios^[13].

Pero para llegar a esa literatura, hoy generalmente admirada, fueron necesarios pioneros que allanaron un camino nada fácil.

La novela japonesa anterior a Natsume Soseki

La plena madurez que la nueva literatura logra en la obra de Natsume Soseki, el más perdurable y leído de la pléyade de autores de Meiji, no fue gratuita. Antes del excepcional período de creatividad entre 1905 y 1915, en el que Soseki y otros como Oogai y Toson publican tal vez sus mejores obras, hubo producciones de hombres entusiastas, a veces visionarios, de la nueva literatura. Hubo obras de tratadistas y críticos sobre la nueva narrativa, hubo pruebas y vacilaciones de «novelas» de corte occidental. Producciones, en fin, muy estimables porque partían de poco y había que decir mucho.

Partían de poco, no por carecer de una tradición literaria, la japonesa la tiene y de notable riqueza y esplendor, sino porque herramientas tan fundamentales para hacer «novelas realistas» como un lenguaje escrito que reflejara el lenguaje hablado, porque nociones tan básicas como las de trama, psicología de los personajes, punto de vista del autor, había ahora que crearlas *ad hoc*. En varios sentidos, estos predecesores van a ser auténticos revolucionarios^[14].

Y había que decir mucho porque la nueva sociedad estaba generando aceleradamente^[15] nuevas realidades sociales, nuevas inquietudes individuales.

En Japón, como en muchos otros países, la poesía se compuso antes que la prosa literaria. Pero en un grado mayor que en otras literaturas, la fuente última de la tradición literaria a lo largo de los siglos de Japón ha estado en la poesía. Esta primacía de lo lírico y lo breve sobre lo narrativo y sobre el predominio de líneas argumentales sostenidas marcó durante mil años los modos estéticos de responder a la experiencia vivida y sentida, y determinó parámetros y géneros literarios. La tradición creada por la temprana poesía japonesa dio color con el tiempo a la prosa narrativa y al drama. Por ejemplo, las cualidades introspectivas que dan al monumental *Genji monogatari*, de inicios del siglo XI, su poder evocador no tendrían sustancia sin los más de 800 poemas que jalonan el texto de su prosa, y en el corazón de numerosas obras de teatro *noh*, a partir del siglo XIV, hay un poema frecuentemente recitado en un momento dramáticamente culminante.

El valor de lo poético se podrá relacionar sin duda con la naturaleza de la lengua japonesa. El japonés, en comparación con las lenguas europeas e incluso con el chino, posee una estructura sumamente limitada en su capacidad de trascender situaciones concretas particulares. Y está relacionado también y muy especialmente con su escritura. En ella se mezclan ideogramas chinos y caracteres japoneses, conceptuales los primeros, concretos los segundos. Quizá también el hecho de que el

japonés pone más énfasis en la palabra hablada que en la escrita determine que en la prosa literaria japonesa siempre se destaque más la atmósfera y la belleza, y menos una línea argumental, como ha sido el caso dominante en la prosa narrativa de las literaturas occidentales. Esto puede explicar la peculiaridad de los géneros literarios japoneses en prosa, difícilmente reducibles a las simplificaciones occidentales.

Cuando el tratadista Tsubouchi Shooyo, en el prólogo de un libro que enseguida pasaremos a comentar, *Shosetsu shinzui (La esencia de la novela)*, se jacta de la larga tradición novelística de Japón aduciendo como ejemplo el ya mencionado *Genji monogatari*, está simplificando el término «novela» tal vez por el apremio de buscar un equivalente japonés al género de moda occidental o, como dice Donald Keene, por estar influido por la opinión de autores extranjeros, que él aplica a la literatura de su país^[16]. O bien, pero esto nos llevaría a una cuestión de gran calado impropia en esta Introducción, el concepto occidental de «novela» está demasiado ceñido y no abarca las espléndidas obras de prosa narrativa de la literatura japonesa producidas especialmente entre los siglos X y XIV. Concretamente, tanto el *Genji monogatari*, de tan temprana fecha, como el *Cantar de Heike*, el otro titán de la literatura medieval japonesa, son obras extensas, pero más parecidas a una colección de relatos breves que a una novela. La composición de novelas relativamente largas con unidad y estructura sólo fue posible en Japón gracias al impacto de Occidente en esas décadas postreras del siglo XIX y primeras del XX. Aún así, los autores japoneses parecen carecer de las cualidades necesarias para conseguir genuinas novelas largas. La única novela larga de esas décadas, *Sasameyuki*, de Tanizaki Junichiro, es esencialmente una colección de episodios.

Fue en 1886-1887 cuando Tsubouchi Shooyo publica su tratado *Esencia de la novela*, en el cual expresa claramente su sentido de la necesidad de un nuevo tipo de ficción que refleje las realidades de la vida moderna. Su argumento no era que la prosa de ficción tradicional japonesa fuera inferior a la occidental, sino que, incrustada como estaba en las costumbres del pasado, no podía satisfacer a una generación enfrentada a otras realidades. «Realismo», término tan en boga en la literatura europea bien conocida por él, significaba para Shooyo una forma de describir las aspiraciones y percepciones de una época determinada en la manera apropiada para dicha época. No discutía, por tanto, el «realismo» de venerados «novelistas» japoneses de antaño, sino la validez de sus concepciones de la ficción para la época presente.

Otro punto importante en este tratado es su insistencia en una literatura independiente de la ética, de la política, de la moralidad, una literatura desnuda de tendencias didácticas.

El tercer problema fundamental que aborda Shooyo es la necesidad de crear un lenguaje escrito dotado del vigor y la incisión del hablado y, al mismo tiempo, de la versatilidad y rigor que exigía la nueva literatura.

Hay que tener presente que el lenguaje hablado de Japón no poseía entonces nobleza literaria. Sin embargo, la nueva novela realista exigía un vehículo libre de las restricciones de los diferentes estilos literarios clásicos y, además, estéticamente aceptable. El problema estaba en que ni siquiera había una forma establecida para el lenguaje hablado. No sólo había numerosos dialectos en Japón, sino que en cada región particular había diversas hablas dependiendo de la clase social del hablante y de la clase social del receptor del mensaje^[17]. Por si fuera poco, era necesario modernizar el lenguaje y hallar consenso en la adopción de miles de vocablos que designaban conceptos de uso común en los países occidentales, desde «mesa» a «ferrocarril», pasando por «periódico» y «partido político».

Teniendo en cuenta todas esas carencias señaladas por Shooyo, es asombroso que sólo dos años después de su ensayo apareciera una obra como *Ukigumo* (*Nubes a la deriva*), de Futabatei Shimei. Con justicia ha sido llamada «la primera novela japonesa moderna» y apreciar su importancia es comprender la distancia que separa la prosa narrativa moderna de la tradicional. Futabatei dio un giro revolucionario a la prosa narrativa japonesa y señala el camino a la madurez de Natsume Soseki. Si Shooyo se había dado cuenta de que, para crear una narración acorde con los aspectos psicológicos de los personajes, era necesario un vínculo muy estrecho entre el lenguaje escrito y el hablado, Futabatei lo consigue. El nuevo estilo de «escribir como se habla y conversa» de su obra lo fija aún más en sus traducciones de clásicos rusos^[18]. Una segunda gran innovación de Futabatei fue dar prioridad al desarrollo del carácter del personaje sobre el argumento. Gran parte de la novela es interior, con personajes que reflexionan sobre sus motivos y especulan sobre los ajenos. A qué cimas hace llegar este logro Natsume Soseki, con dimensiones dramáticas en la obra aquí presentada, *Kokoro*, vamos a verlo muy pronto.

El tercer gran mérito de esta novela pionera, *Ukigumo*, es el nuevo tipo de héroe que aparece en la prosa japonesa. Su protagonista, llamado Bunzoo, tiene asomos de antihéroe: tímido ante la mujer que ama, perdedor nato, objeto de irrisión social, honrado hasta la médula, es capaz de exasperar por su ineptitud al mismo lector. En el mundo moderno del Japón de Meiji no parece haber ya lugar para personas tan patéticamente tiernas como Bunzoo. La nueva sociedad japonesa no posee valores éticos que protejan o incluso respeten a gente así. La crítica social es devastadora.

La preocupación por las secuelas del desarraigo en una sociedad en

transformación, la inquietud por la identidad y por los valores del individuo y ya no del grupo o de la clase social, el pragmatismo de la nueva sociedad, van a ser temas, abordados por primera vez por Futabatei, de interés generalizado entre los escritores que publican en la década siguiente, la última del siglo, hombres totalmente comprometidos con una nueva narrativa realista y, en mayor o menor medida, al corriente de los movimientos literarios de la Europa del siglo XIX.

En este sentido fueron unos años, los de esa década y la siguiente, fascinantes. Se aprendía con dureza todo, se descubría con inocencia todo. Eran jóvenes en el «país de las maravillas». Unos se van a declarar inspirados por el romanticismo (sobre todo por poetas ingleses), otros por el naturalismo (sobre todo por novelistas franceses, como Zola, Maupassant y Flaubert); unos se relacionan a través de círculos literarios en torno a revistas efímeras y de reducida circulación (*doojin zasshi*); otros, a través de su trabajo en periódicos o instituciones como la Universidad Imperial de Tokio (caso de Natsume Soseki) o la de Waseda; otros incluso, como Mori Oogai y el mismo Soseki, van a publicar lo mejor de su obra después de vivir en Europa.

De estos escritores, en consideración de su influencia en la obra de Natsume Soseki en los quince años antes de que este comience a publicar, vamos a destacar a Mori Oogai y al círculo de la revista *Bungakukai* (*Mundo Literario*, 1893-1898). En otras palabras, vamos a referirnos a tres o cuatro corrientes literarias cuyo ejercicio literario allanará el camino de Soseki: el romanticismo, la novela en primera persona, el movimiento realista y el naturalista. Es importante conocerlas porque en nuestro autor confluirán las cuatro cristalizando en, tal vez, su obra más representativa, *Kokoro*.

Los ejemplos más tempranos e importantes del romanticismo, tanto en teoría como materializados en obras, se registran en los escritos de Mori Oogai (1862-1922). Es fácil verle emparejado con Soseki para contemplar en ellos dos la mejor plasmación de la nueva literatura. Fue el primer creador japonés que vive en Europa, donde estudió medicina, y donde va a apasionarse por la literatura europea de la mano de los románticos alemanes. Una simplificación en «blanco y negro» y rápidamente apreciable de la diferencia entre estos dos gigantes de la literatura japonesa del período Meiji podría consistir en decir que Oogai es el Calderón de la Barca japonés, al que por cierto, contagiado del entusiasmo de los románticos alemanes, leyó en alemán y tradujo al japonés, y Soseki el Lope de Vega, al que seguramente no leyó. Filosófico y denso, el primero; popular, lírico y dramático el segundo. Formado en Alemania el primero, en Inglaterra el segundo. Las obras más representativas y por las que hoy día es más apreciado Oogai son de historia y biografía dosificadas de ficción, en las cuales plantea frecuentemente dilemas

morales. Pero en esta Introducción sobre el panorama de la literatura japonesa que prepara el terreno de Soseki importa una obra primeriza que publicó en 1890 y tituló *Maihime (La bailarina)*. Su interés aquí es doble: su tema es romántico, en el sentido literario y europeo del término, y su contenido, autobiográfico. La banalidad del tema —el amor imposible entre una bailarina alemana y un joven estudiante japonés— no interesaría si no fuera por ser el precedente del «movimiento romántico» europeo en la literatura japonesa.

Y, aparte de ser importante esta obra por ser la primera de la nueva literatura japonesa escrita por un hombre que había vivido en Europa, lo es por tratarse de un *Ich roman*, en palabras del autor, es decir, una historia basada tan fielmente en experiencias personales que podría pasar por una especie de diario dramatizado. Será nuevamente un precedente de una modalidad que hará furor entre los autores del Japón de las dos décadas siguientes: el relato autobiográfico (*watakushi shoosetsu*). En ellos, modelados como veremos en tramas de corte naturalista, los personajes parecen desenvolverse hacia el interior, ajenos a la realidad de los demás, y los relatos se convierten en diarios de supervivencia de la identidad del autor.

Ese tipo de novelas ejercieron un atractivo irresistible a los nuevos autores japoneses, primero, tal vez porque daban cauce a la afirmación de una individualidad recién descubierta literariamente. Segundo, porque los lectores estaban interesados en los autores como personas y no sólo como narradores de historias. La vieja tradición japonesa del *zuihitsu*, especie de ensayos en los que el autor describe episódicamente sus reflexiones, contribuyó especialmente a una variedad muy japonesa del *Ich roman*, la traducida por Keene como «novela de actitud mental»^[19] (*shinkyō shosetsu*), que debe bastante poco a la influencia europea.

De cualquier modo, la inteligencia y el escepticismo, que rezuma el tratamiento del tema en esta novela de Oogai, van a caracterizar su obra posterior y contribuir a formar el moderno realismo japonés de los años siguientes.

El círculo de *Bungakukai* es interesante porque nos va a permitir recorrer el breve pero sustancial «paseo japonés» por el romanticismo y el naturalismo y por ese camino, sin darnos cuenta, llegar a Soseki. El líder intelectual de este círculo, que publica durante cinco años en la revista que da nombre al círculo, fue el poeta ya mencionado Kitamura Tokoku (1868-1894), una figura a lo Lord Byron, abogado del romanticismo, que consideraba como «la tumba de la juventud» a un país gobernado por «ignorantes que nada entendían del nuevo despertar romántico», y que habría de consternar a sus colegas y lectores con un inesperado suicidio a los veintiséis años.

Más permanente será la influencia de otro miembro del círculo, el también ya

mencionado Shimazaki Tooson (1872-1943), que va a representar las aceleradas tendencias de la nueva generación al pasar de «poeta romántico» en la década final del siglo, a autor de «novelas realistas» en la línea preconizada por el tratadista Shooyo, durante la década siguiente, y de «novelas naturalistas», después.

Que el ansia de afirmar la conciencia de la propia identidad hallara cauce primero en la poesía romántica y después en la novela realista parece una progresión natural, teniendo en cuenta que el nuevo realismo de la literatura japonesa, al margen del grado de su ficción, era la consecuencia lógica de la necesidad de afirmar lo peculiar y lo auténtico —y por tanto la realidad— de la personalidad individual. La gran obra en la que el círculo de *Bungakukai* halla su expresión realista es la novela de Tooson titulada *El precepto roto*^[20] (en japonés *Haikai*), una obra que marcó un hito en la historia del moderno realismo japonés. Las tensiones de la sociedad japonesa del momento están contenidas en el relato de un joven maestro perteneciente a una clase socialmente proscrita que se enfrenta con valor a los prejuicios y a la discriminación de la sociedad circundante. Por primera vez en la literatura japonesa se trata tan abierta e intensamente temas como la hipocresía social, la culpa y el aislamiento. El lenguaje es, además, vigoroso, preciso y natural. Esta obra, cuya publicación financió el mismo autor, inseguro de su labor como novelista, fue un éxito y diez días después de ser publicada se ordenó una segunda impresión. Natsume Soseki habría de referirse a ella como la primera novela digna de tal nombre del período de Meiji^[21].

Pocos años después, en 1910-1911, Tooson publica *Ie (La familia)*, que suele ser encuadrada, con más precisión que la anterior, como prototipo de novela naturalista. El naturalismo que se desarrolla en Japón en el breve espacio de diez años (1902-1912) es, sin embargo, tan diferente del europeo que cabría llamarlo «naturalismo japonés». Notablemente alejado del canon preconizado en 1893 por Kunikida Doppo, un excelente autor de relatos breves y figura precursora del naturalismo, cuando anotaba en su diario que su objetivo «como hombre de letras y poeta» era «describir con mi pluma todo lo que mi alma independiente ha sido capaz de aprender, observar y sentir»^[22]. Este movimiento fue introducido en Japón a través de la traducción de novelas de Zola en la década final del siglo XIX. Al estudiarlo, los autores japoneses imitaron los aspectos más peculiares del escritor francés, pero no asimilaron completamente las teorías que el mismo Zola desarrollaba en sus ensayos. También la situación de Europa, bajo el azote de las consecuencias sociales de la revolución industrial, y la del Japón de Meiji eran bastante distintas. El resultado fue que la novela naturalista de Japón, tal como la conoció Soseki, no constituyó apenas una literatura de conciencia social, sino más bien un estudio introvertido del individuo, una relación fiel de la vida cotidiana y de las emociones más profundas. La forma autobiográfica, en que las más

representativas de ellas fueron escritas, contribuía a acentuar su tono confesional y hacer de ellas un reflejo de la vida de los autores. Tal es el caso de *Ie*, en donde incluso ha desaparecido la crítica social clamorosa de *El precepto roto*. Sin embargo, son del mismo autor y sólo les separan cuatro años.

Los historiadores japoneses de la literatura del siglo XX dividen a los autores en un gran número de escuelas —neorrealistas, naturalistas, sensualistas, modernistas, literatura proletaria de los años veinte, etc.—, escuelas que a su vez subdividen en grupos afiliados a determinadas influencias o asociaciones. Es de destacar el círculo de *Shirakaba* («Abedules») constituido hacia 1910, menos influyente pero socialmente más visible que el de los naturalistas, y que, por cierto, fue generosamente favorecido por Soseki. Esos autores, como el también mencionado Shiga Naoya (1883-1971), rechazan el «realismo» de los naturalistas y cultivan un humanismo literariamente refinado inspirado en autores como Tolstói y Maeterlink, basado en la estética del arte europeo. Pero nada de eso nos interesa aquí, pues, ajeno a escuelas e influencias directas, Natsume Soseki se yergue por encima de todas ellas, siendo por todas ellas afectado, pero por ninguna moldeado. Hasta esa fecha la atmósfera social de la época de su juventud, las tendencias literarias del momento, tal como aquí han sido indicadas, le habían influido, como efectivamente atestiguará su obra. La pasión por la literatura europea en Japón continuó en muchas direcciones, si bien en la segunda década del siglo se observa un creciente interés por un mundo que quedaba atrás. Pero ya entonces la vida de Natsume Soseki se había apagado.

Natsume Soseki

En el diario íntimo de este autor, que he leído al tiempo que traducía la obra aquí presentada, se destaca un hombre de visión justa, de personalidad sufrida, sin duda debido sobre todo a las graves dolencias físicas que lo afligieron durante gran parte de su vida adulta y que en sus últimos seis años lo pusieron al borde de la muerte varias veces, sometido a fuertes tensiones mentales, padre de muchos hijos e hijo no deseado, esposo infeliz, con una posición social de prestigio y mecenazgo en el mundo literario del momento, de alma profundamente poética y generoso con amigos y parientes, con gusto arraigado por componer *kanshi*^[23] y atención perturbadoramente intensa a los pequeños detalles de la vida cotidiana^[24].

Natsume Soseki (pseudónimo de Natsume Kinnosuke), poeta, ensayista y autor de novelas cuyas páginas se incluyen en los libros de texto de los niños y adolescentes japoneses de hoy en día, es el autor moderno, y a la vez clásico por excelencia, de Japón. Su maestría en el dominio de los más diversos estilos, tanto en prosa como en poesía, le elevan por encima de escuelas, círculos y tendencias, y, aunque tuvo discípulos, no creó escuela.

Su prestigio en vida y cien años después se sigue cimentando en su individualidad e independencia creativa. Aunque influido evidentemente por autores chinos y japoneses, y por las lecturas de autores occidentales, especialmente anglosajones, como Georges Meredith y Henry James, y el alemán Hermann Sudermann, su trayectoria literaria ha seguido un curso aparte de la corriente de la literatura japonesa de su época y, por ende, de la literatura de otros países.

Hablando de la obra de Soseki es un tópico mencionar eclecticismo y fusión entre el lirismo descriptivo de hondas raíces japonesas y la capacidad analítica y psicológica de la novela europea de fines del siglo XIX.

Su popularidad, por otro lado, debida en gran parte a sus primeras obras, se ha mantenido incommovible desde su muerte y sus obras siguen hallando nuevos lectores en Japón y en el extranjero.

Nació en Tokio, entonces llamada Edo, en 1868, un año antes de la Restauración de Meiji. Octavo hijo de su familia de origen, fue dado a una familia adoptiva, los Shiobara, aunque ya antes había pasado dos años en adopción con otra familia. Reintegrado a su familia de origen —al igual que el personaje K de *Kokoro*, con quien tiene varios parecidos—, hubo de sufrir el acoso chantajista de su padre adoptivo una vez que se hizo famoso. Esos cambios siendo niño, así como la muerte

de su madre en su adolescencia y de dos hermanos poco después, contribuyeron a conferir a su personalidad un sentido de inseguridad vital.

Su formación académica hasta entrar en la universidad fue la tradicional, obras clásicas chinas y confucianas.

En la universidad estudió literatura inglesa, por la que manifestará rechazo posteriormente, y mostrará interés por la obra de Herbert Spencer, John Stuart Mill y otros filósofos ingleses cuya influencia se observará en sus propios escritos.

Compuso poesía tradicional japonesa, concretamente jaikus, bajo la influencia del gran Masaoka Shiki, desarrollando una afición que, junto con la composición de poesía china, no le abandonaría en la vida.

Antes de graduarse, Soseki escribió un ensayo titulado *Sobre la poesía de Walt Whitman, un escritor representante del igualitarismo*. Será su primera incursión en la literatura occidental y la primera presentación de ese autor, cuyo optimismo nunca compartió Soseki, ante el público japonés.

En ese y otros ensayos de juventud adopta una actitud hacia la literatura occidental que no le abandonará nunca. Mientras que una mayoría de los japoneses de su época justifica el estudio de la literatura de Occidente en términos de prestar un servicio al país, Soseki censura que el fin de la educación era «desarrollar las capacidades innatas del individuo y el cultivo de la propia naturaleza moral»^[25] y deplora la imitación fácil y los excesos de quienes «ponen una cabeza occidental a un cuerpo oriental».

A los veinticinco años se graduó con honores en Literatura Inglesa en la Universidad Imperial de Tokio y se dedicó unos pocos años a la enseñanza media en diferentes partes del país (Matsuyama y Kumamoto). Pero antes, en 1894, Soseki vomita sangre. Es una tuberculosis leve, enfermedad entonces juzgada como incurable. Soseki busca consuelo en la poesía de Shelley, pero también en la atmósfera de un templo Zen de Kamakura, el Engaku-ji. Como el protagonista de su novela *Mon, la puerta*, no logra la iluminación, pero desde entonces mantendrá un interés creciente por el Zen.

En cuanto a su formación y su experiencia con la literatura inglesa, él mismo nos da cuenta:

Cuando era niño, me gustaba estudiar los clásicos chinos. Aunque el tiempo pasado en este estudio no era muy largo, fue de los clásicos chinos de donde aprendí,

aunque de forma algo vaga y oscura, lo que era literatura... Pero lo que lamento es que pese a mi estudio, nunca llegué a dominarlos. Cuando me gradué, fui invadido del temor de que en alguna manera yo había sido engañado por la literatura inglesa.

(*Bungakuron*, de Natsume Soseki, 1907)^[26]

Es tentador suponer que el rechazo que manifiesta, ya de joven, a esa literatura extranjera pudo muy bien obrar como estímulo para, en lugar de quedarse en un buen adaptador de la literatura europea como varios de sus contemporáneos aquí mencionados, emprender vuelos literarios más altos y personales.

En 1900 viajó a Inglaterra para ampliar estudios de literatura inglesa y allí vivió casi tres años como becario del gobierno.

Su estancia en este país, como va a recordar con frecuencia después, será uno de los períodos más sombríos de su vida que le provocará antipatía no sólo por Inglaterra, sino incluso por su literatura. A Soseki le repugnó sobre todo el comercialismo que percibía en la vida social inglesa, lo cual le hizo preguntarse si los japoneses no estaban equivocados en sus deseos de emular a Occidente.

Los siguientes recuerdos ilustran, además, el impacto cultural que en el joven estudioso japonés ejerció el «misterioso Occidente»:

Cuando estaba en Inglaterra, una vez se rieron de mí porque invité a alguien a contemplar cómo caía la nieve.

En otra ocasión, describí a unos ingleses la profundidad con que a los japoneses nos afectaba contemplar la luna, pero mis oyentes se quedaron perplejos...

Una vez me invitaron a quedarme en una mansión de Escocia. Mientras paseaba con mi anfitrión por el jardín, observé la espesa capa de musgo que había en los senderos y comenté admirativamente cómo esos senderos habían adquirido una hermosa pátina del tiempo. Entonces mi anfitrión replicó que muy pronto iba a pedirle al jardinero que limpiara los senderos y arrancara todo ese musgo^[27].

Seguramente la causa de las confesadas depresiones y asomos de neurastenia, que padecía en Inglaterra, no fue solamente debida a la reacción de su anfitrión británico, que evidentemente no había visto ni disfrutado los jardines de musgo que hay en Japón, ni debida a los elementos meteorológicos de esa parte de Europa, sino a la soledad y el desarraigo cultural.

Su disgusto por los ingleses fue exacerbado, en el plano de la anécdota, por su conciencia de la diferencia racial entre los «altos y apuestos» ingleses y su propia fisonomía oriental que le llevaba incluso a reírse de su cara cuando la veía reflejada en los cristales de los escaparates londinenses. El sentido del humor, cultivado desde sus tiempos de universitario aficionado a la comicidad de los *rakugo*, narradores tradicionales japoneses de los teatrillos (*yose*), no le iba a abandonar nunca.

De esos años ingleses sería fruto una obra que publicaría en 1907 llamada *Bungakuron* o *Teoría Literaria* basada en «la resolución de pensar primeramente por sí mismo» y no apoyarse en las opiniones literarias de especialistas extranjeros.

De vuelta en Japón en 1903, sustituye al célebre Lafcadio Hearn^[28] en la Universidad de Tokio como profesor de crítica literaria. En ese período continúa cultivando extensivamente la poesía tradicional japonesa y china, que publica en la revista *Hototogisu*, fundada por su antiguo compañero Masaoka Shiki.

Será en enero de 1905 cuando esa misma revista le publique serialmente su primera novela, una narración humorística, que titula *Yo, el gato* (*Wagahai wa neko de aru*)^[29]. Está escrita desde el punto de vista del gato que satiriza la sociedad «civilizada» ofrecida a sus ojos. El título, con el pomposo pronombre personal de *wagahai* o «yo», aplicado a un simple gato, marca el tono de toda la obra, que hace recordar el estilo y humor de los narradores tradicionales de Japón o *rakugo*. La buena acogida dispensada le animó a seguir escribiendo.

Compuso siete relatos breves, entre ellos *Rondon too* o *Torre de Londres*, una fantasía romántica basada en la obra del mismo título de William Ainsworth, de 1840. En ellos se observa ya el estilo contenido y elegante que marcará su prosa en adelante.

El año siguiente publica *Botchan* y *Kusamakura*, que cimentaron su fama como escritor. La primera, la historia de un entusiasta y honrado maestro de escuela de Tokio que va a trabajar a la provincia, un «individualista optimista», sigue siendo especialmente popular entre los más jóvenes^[30].

En la segunda (literalmente, *La almohada de hierba*), más un poema en prosa que una obra de ficción, revela Soseki sus opiniones sobre la vida y la literatura. Estas obras, junto con *Nowaki*, de 1907, suelen ser clasificadas como las obras de su primer período.

Es la primavera literaria de la obra de Soseki, período de optimismo vital pródigo en obras en que la sátira social tiene su lado amable y a veces ligero. Su

popularidad actual se debe sobre todo precisamente a dos de las obras mencionadas y escritas esos años: *Yo, el gato* y *Botchan: el Diálogo de los perros* y el *Doña Perfecta*, respectivamente, de la literatura japonesa, como observa Antonio Cabezas^[31].

En 1907, convencido de su vocación, abandona la enseñanza y empieza a trabajar en la sección literaria del diario *Asahi Shimbun*. Fue una decisión que causó impacto en círculos intelectuales japoneses, que consideraban excéntrico y, por tanto, antisocial abandonar un puesto en la prestigiosa universidad imperial para trabajar en un periódico.

Soseki ya es un autor popular gracias a sus obras anteriores. De esta popularidad es prueba la decisión de los Grandes Almacenes de Misukoshi de lanzar al mercado una colección de quimonos de verano estampados con diseño de amapolas, pues *La amapola* o *Gubiyinsoo* (junio de 1907) fue la primera y esperada novela serializada en el *Asahi* por Soseki.

Pero sus intereses académicos siguen vivos, como demuestra la publicación en el mismo año de la interesante colección de ensayos *Un estudio de literatura* o *Bungakuron*, que es su obra más ambiciosa de crítica literaria.

A partir de entonces, su ritmo de producción literaria será constante: una novela por año. Los temas literarios dominantes empiezan a perfilarse en este llamado segundo periodo de Soseki, que se inicia en 1907 y dura hasta 1910. Su arte literario madura, con un lenguaje a la vez más depurado y vigoroso, y se plasma en la denominada «primera trilogía»: *Sanshiroo*, *Sore kara* y *Mon* (traducción española como *Mon, la puerta*^[32]).

En la primera, utilizando el *fluir* o corriente de la conciencia, analiza los cambios psicológicos del protagonista, que se debate entre la amargura de un amor perdido y el absurdo de las experiencias juveniles recordadas por su mentor Jiro. Este contraste evidencia la comprensión del autor por los cambios en el tiempo.

En la segunda novela, se equipara moralidad a orden social establecido cuyas normas inhiben la naturaleza del individuo.

La tercera obra anuncia el mundo más sombrío y las preocupaciones que van a caracterizar el tercer período del autor. En ella aparece el conocido triángulo de dos hombres que aman a la misma mujer, tan frecuente en Soseki y que encontraremos en *Kokoro*.

De este segundo período es también una colección de relatos breves sobre el tema de los sueños y la psicología. En ellos el estilo de Soseki gana versatilidad y brillantez.

El año de 1910, de vacaciones en los baños termales en Shuzenji, vomita sangre a causa de una úlcera. Es el comienzo de una enfermedad que le tendrá postrado en cama el año siguiente y que le acompañará hasta su muerte seis años después. Durante esta enfermedad recupera el hábito de componer poesía china y jaikus; incluso halla solaz en la pintura. Ese período de convalecencia será, en varios sentidos, uno de los más felices de la vida de Soseki: por ejemplo, estará temporalmente alejado de las preocupaciones sobre el destino de Japón en el nuevo siglo. La noticia de su enfermedad y su negativa a aceptar el título de doctor que le ofrece el Ministerio de Educación japonés, acercan su nombre incluso a los japoneses sin interés en la literatura.

En cada uno de los años que le quedan de vida tendrá que pasar un mes en cama reducido a debilidad extrema y viendo la muerte muy cerca, según confiesa en su diario. Pero su ritmo de actividad literaria no se detiene. Tampoco va a dejar de interesarse en la nueva generación literaria y de apoyar, desde su posición de prestigio, a los miembros del círculo de *Shirakaba* y del grupo *Shinshichoo*.

Su enfermedad marca el comienzo de su tercer y último período. Empieza escribiendo *Omoidasu koto nado* (*Las cosas que recuerdo*), en donde explora sus experiencias al borde de la muerte.

Después viene su segunda gran trilogía: *Higansugi made* (*Hasta después del equinoccio*), *Koojin* (*El viajero*), y *Kokoro*.

Tienen en común estas obras que la crítica social se suaviza ahora en comparación con el periodo anterior, y que se escudriña con meticulosidad la forma de pensar de unos protagonistas que suelen ser intelectuales ociosos. El análisis psicológico se hace más hondo y el estilo se depura más, liberándose de cierto ornato que tenían obras anteriores.

Hacia esos años (1910-1916), Soseki empieza a dar cuerpo a su ideal filosófico plasmado en la frase «seguir al Cielo y abandonar el yo» (*sokuten kyoshi*). Esta frase no aparece en ninguna de sus obras, pero figura en la relación de sus conversaciones con discípulos. Pues bien, en estas novelas va a darse expresión artística al drama librado dentro de los protagonistas que se debaten entre la imposibilidad de seguir al Cielo y la de abandonar su egocentrismo. La naturaleza del hombre y su destino, y no tanto la sociedad, que pasa ahora a un segundo plano, son los temas dominantes.

Personajes como Sunaga, de la primera novela de esta segunda trilogía, que vuelve la mirada a su interior para contemplar el temible perfil de su alma sórdida, Ichiroo de *Koojin*, a punto de enloquecer por dudar de su esposa, y el *sensei* de *Kokoro* que busca su perdición por haber traicionado a su amigo de juventud.

La última novela completa fue *Michikusa (Hierba en el camino)*, publicada en 1915, que ahonda en el tema de la agonía del intelectual en el contexto de las cambiantes relaciones humanas. Es una novela claramente autobiográfica, pese a estar escrita en tercera persona y estar todos los nombres propios trastocados. Puede considerarse catártica para el autor, pues en ella Soseki disecciona su propio egoísmo igual que había hecho con los personajes de obras anteriores. Era como si deseara purificar su propio espíritu antes de embarcarse en el más ambicioso proyecto de análisis del egoísmo, la obra *Meian (Luces y sombras)*, en cuya realización le sorprendió la muerte en 1916. En esta obra inacabada, que pasa junto con *Kokoro* por una de las más logradas y a la vez representativas del arte de Soseki, se examina cómo el amor entre dos esposos es inexorablemente modificado por las relaciones con los demás. *Meian* recorre los cambios de la edad de las personas y en la sociedad, y evalúa las influencias que esos cambios sociales tienen en la conciencia humana.

En contacto con inquietudes cuyo tormento dieron vida a los personajes de las novelas de su período final, conviviendo con unos males físicos que plagaron sus últimos años, y con una tensión mental creciente, Natsume Soseki era un hombre que buscaba el solaz de la compañía de amigos y admiradores. Su casa estaba abierta y sabemos que todos los días recibía visitas. Era en parte una consecuencia tanto de su natural generoso y llano, como de su compromiso con una sociedad que le había erigido como autoridad literaria del momento.

Es interesante, en este sentido, comparar su relación con dos prometedores escritores, Akutagawa Ryonosuke y Kume Masao, y con dos monjes del budismo Zen, Kimura Genjoo y Tomizawa Keidoo. De los dos primeros era una especie de mentor literario, pero de los segundos, pese a la juventud de estos, se muestra humilde discípulo. En su correspondencia^[33] con los dos primeros es el maestro consagrado que dispensa consejos y comentarios a jóvenes admiradores; en las cartas a Kimura y Tomizawa se revela como sencillo buscador de consuelo espiritual. Esta doble faceta representa dos aspectos sobresalientes de la personalidad de Soseki: la entrega al quehacer literario y una sentida devoción a ideales religiosos.

Su dimensión de poeta, también nos acerca al hombre por otra puerta distinta de la de sus obras narrativas. La arraigada costumbre de escribir *kanshi*, o poesía

china, la mantuvo hasta las semanas finales de su vida. En su correspondencia declara que el proceso de escribir por las mañanas *Meian*, su novela inacabada, le deprimía y agotaba tanto al hurgar en la fealdad del alma humana, que precisaba una especie de purificación de su propia alma. Entonces se ponía a escribir poesía. Y nuevamente, comparando estos versos con sus últimas novelas, surge el contraste, un contraste que no debe sorprender ya, si lo vemos a la luz de su coherencia con la comentada dualidad, manifestada en su correspondencia con escritores y religiosos.

En estos *kanshi*, de ocho versos cada uno, Soseki muestra el tono elevado de la poesía clásica china y un afán por hallar la paz del alma. El último de ellos, fechado el 20 de noviembre, pocos días antes de morir, es especialmente revelador de su personalidad y señaladamente de algunos de los grandes temas de *Kokoro*:

El camino a la verdad es solitario, remoto, escondido.

Pero con un corazón limpio, por él recorro pasados y presentes.

¿Hay un yo en las aguas azuladas, en las azuladas colinas?

Todo es cielo, todo es tierra: artificio no hay en ellos.

En la luz mortecina del crepúsculo, la luna se aparta de la hierba;

y la voz sorda del viento de otoño se queda entre los árboles.

Olvidaré mis ojos y mis oídos; perderé el cuerpo.

Solo en el vacío entonaré de la nube el blanco cántico^[34].

Estudioso de los clásicos chinos, de la literatura inglesa, del budismo Zen, su trayectoria creadora muestra un desapego creciente de las influencias directas de las literaturas europeas, un alejamiento gradual de planteamientos sociales y satíricos, y un acercamiento continuo y progresivo a planteamientos filosóficos que encubren una profunda compasión hacia el hombre, acercamiento a gestos humanos, a veces amargos, a veces beatíficos, a silencios evocadores, a destellos de intenso lirismo. Planteamientos filosóficos que deben más a Oriente que a Occidente, planteamientos nunca especulativos, siempre dramáticos, forjados en la carne y hueso de sus protagonistas, y que tienen el corazón humano como eje.

El estilo de Soseki varía considerablemente en sus obras dependiendo admirablemente de la atmósfera que pretende recrear. Aún así, pueden distinguirse dos estilos. En el primero, su lenguaje posee una ligereza y un humor que hace

pensar en el empleado por los cuentistas populares de la época de Edo, anterior a Meiji, y tal vez también en algún novelista inglés del siglo XVIII, como Jonathan Swift. Ese humor es más matizado en las obras de la primera trilogía del segundo período.

El otro estilo, igualmente fluido y de gran poder lírico, se va haciendo a partir de 1910 un medio transparente para sucesos más amargos y sombríos, para una introspección psicológica de mucho más calado. Las notas de humor desaparecen cediendo el paso a un lenguaje conciso, casi diáfano, pero a la vez de vigoroso trazado.

Soseki no compartía con Shimazaki Tooson o Futabatei Shimei o algunos otros de los escritores de Meiji la falta de confianza en el poder de la ficción. Con una asombrosa capacidad para enfocar lo dramático, con plena confianza en su capacidad intelectual y una habilidad literaria que reúne belleza lírica, vigor descriptivo y rigor analítico, Soseki logra en su andadura como novelista la plena madurez de la novela japonesa moderna. En ese camino ninguna obra ejemplifica mejor los temas y las cualidades del novelista que *Kokoro*.

Kokoro

El término japonés *kokoro* que da título a la obra original significa, según el diccionario, una variedad de conceptos que van desde «corazón», «mente», «interior», «espíritu», «alma», hasta «intención», «concepción», «voluntad», «sensibilidad» y «sentimientos». Todo ello y algo más es *kokoro*. Este término representa la capacidad de ser afectado emocionalmente, la concepción resultante y también el elemento cognitivo informante. ¿Cómo traducirlo? Como término profundamente enraizado en la cultura japonesa, todos los conceptos españoles mencionados son, lamentablemente, incompletos. Tal vez la equivalencia menos inexacta que he hallado es la de Lafcadio Hearn, el gran pionero del exotismo japonés en Occidente, cuando definió *kokoro* como el «corazón de las cosas». Atendiendo a la controlada efusión de los personajes de esta novela, hubiéramos optado por el título español de *Sentimientos*, pero ni este término ni «Corazón», ni siquiera «Corazón humano», nos casaban bien con la viril ausencia de sentimentalismo de la obra ni con su desarrollo general. En francés ha sido traducido como *Pobre corazón de los hombres*^[35], título con el que acierta en capturar el ambiente de contenida emoción que impregna toda la obra, pero se añade un matiz de compasión ajeno tal vez al concepto original. Ante el dilema de pronunciarse por una equivalencia siempre inexacta, hemos decidido dar la palabra al lector y dejar el título original, *Kokoro*. Que el lector decida tras leer la obra preguntarse, si le place, qué es *kokoro*, término por lo demás de pronunciación japonesa sorprendentemente semejante a como la podrá pronunciar cualquier nativo hispanohablante. El *Kokoro* japonés, sin duda, no podrá ser entonces otra cosa que el *Kokoro* español.

Estructura

Kokoro es la historia de la relación entre un joven estudiante y un intelectual de vida apartada en quien el joven ve a su mentor espiritual y a quien llama respetuosamente *sensei* o maestro.

La obra tiene tres partes subdivididas en cortos capítulos, cuidadosamente dispuestos de forma que rara vez tienen más de dos páginas, muy en el gusto japonés por lo breve y ordenado.

En la primera el joven narra en primera persona su encuentro con el *sensei*, las conversaciones y paseos con él en Tokio, las visitas a su casa donde encuentra y habla también con la mujer de *sensei*. Se describe una estancia breve en el pueblo con sus padres, y cómo inexorablemente es atraído por la personalidad misteriosa de este «intelectual ocioso», de *sensei*. El estudiante que hace de narrador, como

Keitaro o Jiro de las novelas precedentes, es un observador, a veces un detective, intentando descubrir el secreto de *sensei*. Pero su afecto creciente por él le aleja pronto de esa categoría. Este estudiante, este «yo» de la novela, aparece velado en toda ella, oculto tras la personalidad de su mentor. Sólo cuando tiene el arrebatado de tomar el tren y abandonar a su padre agonizante en busca de *sensei* muestra iniciativa y visos de un personaje real de novela.

En la segunda este «yo» vuelve al pueblo para cuidar a su padre enfermo. Se describen ahora las relaciones y los valores de la familia, el empeoramiento de la salud del padre, el contraste entre la personalidad de este y la del *sensei*, cuyo recuerdo obra poderosamente en el joven. El fin de la estancia con sus padres lo pone una extraña carta que recibe de *sensei*.

La tercera parte, la más extensa, es, la lectura que de dicha carta hace el joven. La primera persona la asume ahora *sensei*, el autor de la carta, que en su larga relación le da cuenta de su pasado. Al final se deshace el misterio. Es, en realidad, un testamento espiritual.

Personajes

Los personajes principales son dos: el «yo», es decir, el joven que emprende un intenso y a veces agónico viaje de iluminación a través del trato irresistiblemente atractivo de *sensei*; y *sensei*, un intelectual amargado por una experiencia de juventud y desocupado, como samurái sin amo, que vive de espaldas a la sociedad con sólo su mujer y que, al revelar su pasado en la tercera parte, se erige en verdadero protagonista.

En las dos primeras partes de la obra, los personajes secundarios son los padres del joven, que viven en el pueblo y representan la tradición, el Japón premoderno, los valores antiguos que especialmente el padre defiende con ahínco; su hermano, «un carácter primario», que representa al japonés ajeno a ese camino de despertar del yo, un «japonés activo» embarcado en la modernización del país; y la esposa de *sensei*, Shizu, personaje difuminado y puro, que vive inocente y ajena al drama interno de su marido.

En la tercera parte, la parte epistolar que relata el pasado de la infancia y juventud de *sensei*, aparecen su tío, que le va a escamotear la herencia; la patrona de la pensión y su atractiva hija, con quienes llega a intimar y que le ayudan a superar el desengaño de la traición de su tío; y finalmente su amigo «K», con quien va a competir por la mano de la «señorita» de la pensión. Reaparece así, como el motor del desenlace de la novela, el triángulo amoroso de dos hombres y una mujer, de

otras obras de Soseki.

Es pues una estructura tripartita, de pocos personajes y escasa acción. Y, sin embargo, rebosante de intensidad y dramatismo.

La acción externa es escasa, los silencios abundantes, el movimiento narrativo pausado. Todo favorece una acción interior aparentemente callada y discreta, pero de un calado emocional que, trágicamente al final, se va a traducir en inesperada violencia. En este sentido, conviene precisarlo antes de hablar de los personajes reales, todo pasa en el corazón (*kokoro*). El corazón humano, depósito ideal de los sentimientos, es el gran personaje invisible y omnipresente de una obra, por lo demás, nada emocional en el sentido vulgar del término, sino recta y contenida. El título está, pues, sobradamente merecido.

En cuanto a los personajes reales de esta ficción, ninguno de los más importantes tiene nombre. El autor ha elegido no darles nombre para conseguir una cualidad de arquetipos a sus caracteres y a sus situaciones.

Los padres del joven estudiante son la tradición de una sociedad japonesa cuyos valores parecen haber quedado anclados en ambientes rurales.

El tío del *sensei* es el estafador, el que traiciona la confianza del niño, el que le hace despertar a un mundo en donde el dinero rige los destinos.

La patrona de la pensión, en donde vive *sensei* cuando es joven, es la «señora», una viuda de militar, perspicaz y fuerte.

La hija de esta es la inocente «señorita», la futura Shizu o esposa de *sensei*, una mujer a quien le importa más eso que «está sumergido dentro del corazón de las cosas», una mujer cuyo encanto pasivo, cuando es joven, obra como detonante de la tragedia.

El amigo de *sensei* es simplemente «K», es el «otro», el chico taciturno y asceta que, en calidad de compañero de pensión, de viaje de vacaciones o desde su tumba en Zoshigaya^[36] representa la tentativa de romper el aislamiento del protagonista.

En medio de este reducido mundo de personas sin rostros, destacan unos señalizadores que permiten situar la obra con precisión en el espacio y en el tiempo: la precisa toponimia de barrios y calles de Tokio y la mención de los fallecimientos del emperador Meiji y del general Nogi en el verano de 1912. Esta mención se produce cuando el joven estudiante asiste a su padre moribundo, el cual, al enterarse

de la muerte por suicidio de este militar (1849-1912), exclama en el delirio:

—General. Espéreme. Yo voy también.

Es una de las escenas que, por su economía de medios, intensidad emocional y por la abstención de todo comentario del autor, mejor conseguidas están de la obra.

Este general Nogi, héroe de la guerra ruso-japonesa, había esperado la muerte de su emperador, para, terminado el funeral imperial (13 de septiembre de 1912), hacerse el harakiri ritual en compañía de su esposa. Se dijo que de esa forma reparaba el deshonor de haber perdido el estandarte del batallón que mandaba en una escaramuza 35 años antes. Su muerte conmocionó a la opinión pública japonesa, gran parte de la cual reconoció en su acto un ejemplo de lealtad y sacrificio. Soseki no fue el único autor en hacerse eco de la repercusión social de este incidente^[37].

En medio del anonimato ficticio de los personajes, es sobresaliente la inclusión de este hecho histórico para, por un lado, identificar al padre del joven protagonista con valores tradicionales, y, por otro, preludiar ominosamente la tragedia final de la novela.

La caracterización de los personajes es convincente y bebe en las aguas de la tradición de la novela realista europea del siglo XIX, bien conocida por Soseki. Es probable, sin embargo, que al lector occidental de nuestros días le parezca poco verosímil el entramado de reacciones y actitudes de *sensei* y de su amigo K en los últimos capítulos del libro. Entre dos amigos íntimos, como pasan por ser ellos dos, ¿cómo es posible que francamente, como dos buenos camaradas que habitan en la misma casa, no hablan del impacto emocional que la «señorita» les estaba causando? Hay que recordar que ni la amistad ni la camaradería obedecen a los mismos resortes de «franqueza» entre japoneses que entre occidentales. Además, como japoneses de hoy en día me han corroborado, hablar de emociones en la época de Meiji, hace cien años, era hartamente distinto que hablar de emociones en este siglo XXI. El autor hace hablar así a su protagonista:

No solamente *sensei* y su esposa, sino todos los de su generación, por haberse criado en las viejas costumbres de antes, no tenían el valor de expresarse con libertad sobre temas amorosos.

Técnica narrativa

Ya hemos dicho algo de la popularidad del subgénero de los *watakushi shoosetsu* en la época del autor.

¿Qué mejor recurso que la primera persona y los destellos autobiográficos para dotar a la obra del carácter confesional y profundamente íntimo que la caracteriza?

La novela está escrita en primera persona, encuadrándose por tanto en la comentada tradición japonesa de los *watakushi shoosetsu* que, con su connotación de testimonio sincero, tan bien casaba con el intento de distanciarse del frívolo patrimonio de la prosa anterior a Meiji.

Pero lo que la distingue de esa tradición es que son dos los personajes que usan la primera persona en *Kokoro*. La marca de autenticidad confesional en ambas exposiciones en primera persona está conseguida gracias a un hábil recurso: el carácter epistolar del relato del segundo personaje. Soseki confesó que, al concebir esta historia, su intención era escribir varios cuentos pero que, a la vista de la extensión de la carta del segundo personaje —más de la tercera parte de la obra definitiva— decidió adoptar la estructura actual de una novela tripartita.

El tratamiento del tiempo es complejo. En primer lugar, el estudiante lee el testamento de *sensei*. Luego, escribe, en primera persona, las dos primeras partes insinuando que ya ha pasado bastante tiempo de los sucesos de la tercera parte pues ha acumulado experiencia en la vida. Eso lleva a un segundo misterio de la obra: la personalidad futura del «yo», al que no se ve si no es a través de su relación con los otros: ¿será este joven estudiante otro *sensei* o, más bien, ya lo es cuando escribe?

La técnica narrativa permite que el lector progresivamente vaya ahondando en la personalidad de *sensei* a través del verdadero viaje de despertar del yo que realiza el joven estudiante en pos del misterio de *sensei*.

A medida que le va conociendo más, descubre que por debajo de este hombre culto y cortés que es *sensei*, se esconde un alma atormentada. *Sensei* le previene, pero el joven es atrevido y decide llegar hasta el final de su búsqueda. En un momento dado, el estudiante acepta recibir «una lección de la vida» de su mentor. *Sensei* le mira incrédulo y se conmueve. Pero acepta al discípulo y promete pasarle su enseñanza algún día. Esta lección va a ser la revelación de su oscuro pasado cuyo contenido será la carta de la tercera parte. El viaje de búsqueda podría pensarse que ha terminado. ¿Ha terminado? Nunca termina, parece decir la obra: nuestro estudiante lee la carta fatídica viajando en un tren con destino a Tokio. Y el tren no se detiene.

Cuando acaba la obra, el lector, con el libro entre las manos, sigue dentro del tren con el estudiante que sostiene la carta de *sensei* también entre sus manos. Seguimos en el viaje y tal vez pensando con inquietud que este estudiante, a pesar de

su juventud y candor, será muy pronto, como su *sensei*, un intelectual solitario incapaz de afrontar las realidades de un mundo sin atractivos.

Temas

La estructura inteligente de la novela ilustra impecablemente sus grandes temas.

Es ya un lugar común ver en la culpabilidad y el aislamiento los dos grandes temas de la obra del tercer período del autor. Ciertamente son los temas que más destacan y caracterizan sus novelas con respecto a otras anteriores. No ha sido frecuente ver en *Kokoro* otros dos asuntos cuya presencia, como la del lienzo en un cuadro, sustentan y dan sentido existencial a los temas «tradicionales» de Soseki. En *Kokoro* nos han parecido fundamentales. Son los del amor y la vida.

Por amor *sensei* accede a instruir al estudiante en la vida, dándole una lección «arrancada de su pecho» que constituirá la desgarradora confesión de su pasado en forma de la carta de la tercera parte. Por amor, por el amor de una mujer, ocurre una doble tragedia al final: amor hacia la «señorita» delicadamente inconfesado de K en su nota de suicidio; amor hacia la esposa de *sensei* que le lleva a pedir al estudiante que guarde en secreto su confesión para evitar el sufrimiento futuro de ella.

Con la misma justicia con que podemos decir que es una novela de amor, se puede afirmar que es una novela de vida. Ciertamente que amor y vida, siempre resueltas en muerte ahora y siempre, en Oriente y Occidente, en *Kokoro* se resuelven en muerte no natural después de una peripecia vital caracterizada por insufribles pesos de culpa y egoísmo. En esta novela, más que la muerte y sus sombras, es la vida, la vida y sus enseñanzas, lo que está presente, la vida que, como hilo precioso de agua infusora de sabiduría para el discípulo, cuelga de todas las palabras del *sensei*.

Los otros dos temas, la culpa y la soledad interior, son mucho más visibles y componen el color y la forma del cuadro. Culpabilidad y aislamiento parecen ser para el autor las inevitables secuelas de la liberación del yo y de todas las incertidumbres que han venido con el advenimiento del aprendizaje de la cultura occidental. Es un precio caro, parece decir resignadamente el autor, que por boca de su protagonista confiesa:

Mejor aguantar mi soledad actual y no una soledad futura que sería horrorosa. La gente de hoy, nacida bajo el signo de la libertad, la independencia y la autoestima, debe, en justa compensación, saborear siempre esta soledad.

Esta tesis es insistente en las otras novelas del tercer período del autor, a partir de su crisis de salud de 1910. Soseki se interesa sobre todo en describir el estrago moral de sus contemporáneos, invariablemente en esas obras intelectuales o con formación universitaria, que viven aislados del mundo, aunque siguen vinculados, por amor u odio, a una época pasada.

Reveladora sobre este tema es una conferencia impartida por Soseki en noviembre de 1914 y titulada *Watakushi no kojín shugi* («Mi individualismo»). En ella explica que su individualismo no es, como muchos indicaban, una amenaza a la nación o una negación del nacionalismo, sino una insistencia en que cada persona tiene el derecho de seguir sus propias inclinaciones siempre que cumpla con sus deberes como ciudadano. Es más fácil y menos doloroso, decía Soseki, seguir la opinión de la mayoría, pero el individualismo significa que cada persona decida lo que es bueno o malo de cada acción. Rechazaba el punto de vista generalizado en el Japón de entonces —y plasmado en el llamado militarismo japonés de los años treinta que preludiará la guerra— de que el bienestar del país reclamaba la supresión de divergencias de opinión en el pueblo^[38]. El individualismo de Soseki parece exigir simplemente el derecho a ser fiel a los propios gustos o dictados de la conciencia; en este sentido hay que enmarcar la filosofía de los numerosos «intelectuales ociosos» que pululan en las obras de Soseki, como nuestro *sensei*, que prefieren vivir de espaldas a la sociedad antes que compartir opiniones que no son las suyas. Y lo hacen sabedores del precio que han de pagar por la osadía de su «modernidad».

El beneficio de la modernidad para un hombre como *sensei*, el protagonista de la obra, puede ser el despertar del yo, el mismo despertar que quiere transmitir a su joven discípulo a través del relato de su pasado, o, más bien, el llegar a ese ideal formulado por el autor en sus últimos años: «seguir al Cielo abandonando el yo». Sin embargo, nos viene a decir, este camino se debe realizar sin las protecciones culturales, religiosas y morales que las sociedades de Occidente han desarrollado en el curso de los siglos y que abrigan al individuo. El intelectual japonés liberado y consciente, en cambio, carente como está de esa protección, se halla desvalido.

En el contexto de las relaciones humanas, la traición suele ser el detonante que provoca esas dos mordazas —culpabilidad y aislamiento— que intensamente hacen padecer a los protagonistas. No sucede, por tanto, que el protagonista, tanto este *sensei* como el Sunaga Ichizo de *Higansugi made*, o Nagano Ichiroo de *Koojin*, o el héroe de *Mon, la puerta*, obra incluso anterior a este período, sea destruido por los demás, en cuanto que él se destruye a sí mismo al no disponer de resortes psicológicos o morales para asimilar la traición.

La traición en esta obra es doble: por un lado, *sensei* sufre de niño la experiencia de ser traicionado por su tío, que se aprovecha de su orfandad. En segundo lugar, su amigo K se siente traicionado por *sensei* en su aspiración a la mano de la misma mujer. La culpabilidad que provoca la segunda experiencia y el aislamiento social que causa la primera en *sensei* precipitan, cuando el momento se juzga maduro, la caída del protagonista. ¿Es el castigo por su *egoism* (término que usa Soseki significativamente en inglés y con frecuencia obsesiva en su obra, y que también aparece en *Kokoro*)?

Estilo

El lenguaje es deliberadamente sencillo, tanto en las dos primeras partes en que narra el estudiante como en el estilo epistolar, directo y llano de la tercera parte. Las frases son cortas, casi nunca de más de tres líneas, y de una concisión lapidaria.

Kokoro es una obra sobresaliente por el vigor descriptivo de los pequeños detalles. Esta cualidad nos parece que marca el compás de la rigurosa capacidad analítica con la que se escudriñan las motivaciones de los personajes. Vigoroso estilo, pero en todo momento sencillo. A toda costa hemos querido preservar esa diáfana sencillez en la versión española. Y a la vez recoger, siempre que hemos podido, los numerosos momentos de lirismo que hay en la obra, entre ellos uno muy característico: el lirismo del silencio. La dificultad de traducir silencios ya la ponderaba Ortega y Gasset. Hay muchos silencios en esta novela. Expresiones como «me quedé callado», «caminamos en silencio», «nadie dijo nada por un rato», «no contestó nada», «hubo silencio», y otras por el estilo, abundan. En japonés producen la impresión, por un lado, de entradas de aire limpio y fresco en el desarrollo de un discurso cargado de connotaciones psicológicas y emocionales; por otro, de espacios blancos que dan acento y personalidad a la comunicación. Son momentos del diálogo que debemos relacionar con lo que los japoneses llaman *haragei* o «lenguaje del vientre», aspecto importante en la conversación entre japoneses, especie de vacíos de la conversación o silencios naturales, nada incómodos ni violentos. Sirven, en el código de comunicación de los japoneses, para reflexionar brevemente, más con el corazón que con la cabeza, sobre el significado soterrado de las palabras que se están diciendo. Los silencios especialmente abundantes en el último tramo de la obra, en la comunicación entre *sensei* y K, una vez que este le ha declarado su amor por la joven, están especialmente preñados de significados. Es una práctica oriental que los novelistas japoneses, en su cultivo sistemático de la novela realista de corte occidental, no dejan de revelar en sus obras.

Al lado del lirismo de la obra, hay otro valor de estilo que encumbra esta obra por encima de otras del autor: la tensión dramática de algunas escenas. Tres

ejemplos a vuela pluma.

Las páginas finales de la segunda parte, cuando el joven, atado al lecho de su padre agonizante, tiene en la pechera de su kimono la misteriosa carta de *sensei* y consciente de su propia agonía toma la decisión galopante de partir a Tokio en busca de este, son inolvidables.

El apenas imperceptible temblor de los labios del introvertido K, en el capítulo 36 de la tercera parte, cuando está a punto de estallar y confesar su amor, es otro de los momentos climáticos de esa equilibrada tensión entre estilo y desarrollo dramático.

Finalmente, la impresión que producen en *sensei* las manchas de sangre cuando ocurre la tragedia de K y la descripción del cadáver. Y que hace recordar el frío análisis de la novela naturalista tan popular diez años antes en Japón.

Criterios de la traducción

Hemos intentado ceñir la traducción lo más posible al original, a riesgo, por un lado, de tomarnos a veces algunas libertades sintácticas, y, por otro, de nada añadir, de dejar campo libre, en escrupuloso respeto al texto japonés y también a la percepción del lector hispanohablante, de dejar ese hueco en blanco lleno de sugerencias, tan fundamental tanto en la pintura de Sesshu del siglo XV como en su literatura, para degustar una obra artística japonesa. Estas han sido nuestras dos apuestas.

Por ejemplo, en lugar de traducir «metí la carta en el bolsillo de mi vestido», como suele hacerse en otras versiones, hemos traducido «metí la carta en la escotadura de mi kimono». Y si un personaje «sale al jardín» de su casa desde el cuarto de estar, hemos traducido «baja al jardín», explicando en nota al pie que el suelo del jardín y la planta baja de una casa japonesa están a distinto nivel. Son detalles esos y muchos otros, que hemos pensado que confieren sabor a la lectura de una obra como esta, alejada en el tiempo y en la cultura del lector hispanohablante, y que tal vez complazcan al lector exigente.

La atención a los pequeños detalles, hacia los que con frecuencia el autor enfoca o bien su lirismo o simbolismo o valores premonitorios, ha sido también otro de los criterios de esta versión, convencidos como estamos de que los pequeños objetos y gestos —el color exacto de un pez, el movimiento vagamente aludido de unos labios— eran muy del gusto de Soseki, cultivador también de esa poesía de la insignificancia y de la esencia que es la poesía del *jaiku*.

Hemos conservado en japonés los nombres de objetos «intraducibles» de la cultura japonesa, como prendas de vestir y partes del mobiliario tradicional japonés, aunque siempre explicados en notas al pie la primera vez que aparecen o con definiciones en el glosario que hay al final para aquellas voces que se repiten.

Los términos y nombres propios japoneses aquí utilizados han sido romanizados según el sistema Hepburn, el de mayor difusión en la literatura orientalista. Se basa, a grandes rasgos, en la pronunciación de las consonantes como en inglés y las vocales como en español. Por lo tanto, palabras como *Hase* o *hakama* deben aspirar su primera consonante; *Meiji* se pronuncia con la *j* como en inglés o francés; la *z* de, por ejemplo, *Shizu* se pronuncia como una *s* sonora no muy diferente a la *s* de la palabra española «mismo»; *geta*, con la *g* como la del inglés *get* o del español «guerra».

El texto empleado para esta versión es el de la edición ya citada de Mioshi Yukio (editorial Shin Choo sha, Tokio, 1998).

Es un deber grato reconocer la deuda de esta traducción con algunas personas que han colaborado. El estímulo de ese gran conocedor de la literatura japonesa que es Antonio Cabezas, las recomendaciones de estilo del excelente poeta Antonio Lázaro, el útil plano, amablemente realizado por Sasaki Motoko, y las explicaciones pacientes de Sasaki Yoko sobre numerosos pasajes. Sin su ayuda, esta traducción no hubiera sido posible.

CRONOLOGÍA

1866 Tolstói: *Guerra y paz*. Verlaine: *Poemas saturnianos*. Alianza de principales señoríos de Japón para derrocar a la dinastía Tokugawa. Guerra austro-prusiana. 1867 Nace Soseki en la actual Tokio. Zola: *Thérèse Raquin*. Karl Marx: *El capital*. 1868 Nace Maxim Gorki. Restauración de Meiji. Revolución de Septiembre en España. 1876 Fundación de la Institución Libre de Enseñanza. Restauración de la monarquía española. 1895 Soseki, profesor de literatura inglesa. Nace el cine. Unamuno: *En torno al casticismo*. Pérez Galdós: *Nazarín*. Fin de la guerra sino-japonesa. Descubrimiento de los rayos X. Aparecen los primeros ferrocarriles eléctricos. 1900 Estancia en Inglaterra de Soseki. Juan Ramón Jiménez: *Ninfeas y almas de violeta*. Rebelión de los Boer en China. 1903 Regreso a Japón. Profesor de literatura inglesa en la Universidad de Tokio. Valle-Inclán: *Sonata de estío*. Thomas Mann: *Tonio Kröger*. Asesinato del rey Alejandro de Serbia. Lenin funda el partido bolchevique. Primer vuelo en aeroplano mecánico. 1904 *Yo, el gato*. Azorín: *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Joseph Conrad: *Nostramo*. Guerra ruso-japonesa. 1906 *Botchan*, *Kusamakura*. Se publica *El precepto roto*, de Shimazaki Tooson. Rehabilitación de Dreyfus. Gran terremoto de San Francisco. 1907 Soseki abandona la enseñanza. *Bungakuron (Teoría literaria)*, *Nowaki*, *Gubiyinsoo*. Picasso y Braque fundan el movimiento cubista. Jacinto Benavente: *Los intereses creados*. A. Machado: *Soledades, galerías y otros poemas*. Alianza entre Gran Bretaña y Rusia. 1908 *Sanshiroo*. *Koofu*. Guerra de los Balcanes. 1909 *Sore kara*. «Semana Trágica» de Barcelona. 1910 Soseki enferma gravemente. *Mon*. Se publica *Ie*, de Tooson. Juan Ramón Jiménez: *Laberinto*. Muere Lev Tolstói. Revolución mexicana. República de Portugal. 1912 *Higansugi made*. Pío Baroja: *El mundo es así*. Muerte del emperador Meiji. Establecimiento de la República China. 1913 *Koojin*. Mori Oogai: *Gan*. Marcel Proust: *A la búsqueda del tiempo perdido*. Segunda Guerra de los Balcanes. 1914 *Kokoro*. Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. James Joyce: *Dublinese*. Asesinato del archiduque de Austria Francisco Fernando. Primera Guerra Mundial. 1915 *Michikusa*. Se publica *Rashoomon y otros cuentos*, de Akutagawa Ryunosuke. Kafka: *La metamorfosis*. Hundimiento del «Lusitania» por Alemania. 1916 *Meian*. Soseki muere en Tokio. Falla: *Noches en los jardines de España*. James Joyce: *Retrato del artista adolescente*. Blasco Ibáñez: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Muere Henry James. Batallas de Verdún y Jutlandia. Restablecimiento de la república en China.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Obras de referencia

Beasley, W. G., *Historia contemporánea de Japón*, trad. de Carlos Rubio, Madrid, Alianza, 1995, págs. 134-143.

Hearn, L., *Kokoro. Hints and Echoes of Japanese Inner Life*, Tokio, Tuttle, 1972.

Hiraoka Toshio (ed.), *Soseki nikki* («Diario de Soseki»), Tokio, Iwanami Shooten, 13.^a ed., 2000.

Keene, D., *Dawn to the West (Japanese Literature of the Modern Era. Fiction)*, Nueva York, Columbia U. Press, 1998, págs. 305-354.

Shively, D. H., *Tradition and Modernization in Japanese Culture*, «Soseki and the Psychological Novel», Princeton, Princeton U. Press, 1971.

Suzuki Tomi, *Narrating the Self: Fictions of Japanese Modernity*, Stanford, Stanford U. Press, 1996.

Ueda Makoto, *Modern Japanese Writers*, Stanford, Stanford U. Press, 1976.

Obras de Natsume Soseki en español

Mon, la puerta, trad. de José Kozer, Madrid, Miraguano, 1991.

Botchan, trad. de F. Rodríguez-Izquierdo, Kamakura, Luna Books, 1997.

Yo, el gato, trad. de E. Vallés, Madrid, Trotta, 2001.

Otras obras de Natsume Soseki traducidas al inglés

Grass by the Wayside, Chicago, Chicago U. Press, 1969.

And Then, Tokio, Putnam, 1982.

Light and Darkness, Tokio, Putnam, 1982.

Sanshiro, Tokio, Putnam, 1982.

Kokoro

PRIMERA PARTE

Sensei y yo

1

Yo siempre le he llamado *sensei*^[39]. Por eso, aquí también escribiré *sensei* sin revelar su verdadero nombre. Y ello, no porque desee guardar el secreto de su identidad ante la sociedad, sino porque me resulta más natural. Cada vez que su recuerdo me viene, enseguida siento el deseo de decir *sensei*. Y ahora, al tomar la pluma, siento lo mismo. Tampoco se me ocurre referirme a él con una fría inicial en letra mayúscula.

Fue en Kamakura^[40] donde *sensei* y yo nos conocimos. Yo entonces era aún un joven estudiante. Un día recibí la postal de un amigo que pasaba las vacaciones de verano en la playa. En ella me proponía acompañarle. Decidí procurarme un poco de dinero e ir con él a Kamakura. Tardé dos o tres días en juntar el dinero. Sin embargo, apenas habían pasado tres días de mi llegada, cuando mi amigo recibió de repente un telegrama de su familia pidiéndole que volviera de inmediato a casa. En el telegrama se le avisaba de la enfermedad de su madre. Él, sin embargo, no se lo creía. Este amigo mío hacía tiempo que estaba siendo presionado por sus padres, residentes en un pueblo, a aceptar un compromiso matrimonial no deseado por él. Por un lado, se veía demasiado joven para casarse según la costumbre moderna. Además, la persona elegida por sus padres no era precisamente de su agrado. Así que, en las vacaciones de verano, en lugar de volver a su pueblo, como hubiera sido lo más natural, prefirió quedarse entretenido cerca de Tokio y no volver a casa. Mi amigo me mostró el telegrama y pidió mi opinión. Yo no sabía qué decirle, aunque, si realmente su madre estaba enferma, desde luego que debería ir a casa. Finalmente, decidió ir. De esa forma, tras haberme molestado en venir con él, me quedé solo.

Todavía quedaban muchos días hasta el comienzo del curso en el colegio y me hallaba en la situación de poder elegir entre permanecer en Kamakura o volver. Tomé la decisión de quedarme algún tiempo en el hotel de Kamakura en el que estaba instalado. Mi amigo era hijo de un hombre acaudalado de la región de Chugoku y, por lo tanto, sin estrecheces económicas. Por eso y por ser ambos jóvenes estudiantes, su nivel de vida y el mío eran más o menos iguales. Así que, al

quedarme solo, no tenía motivo para buscar un alojamiento mejor.

Mi hotel estaba en un barrio apartado de Kamakura. Para tener acceso a actividades de moda, como jugar al billar o comer un helado, tenía que recorrer un largo camino entre arrozales. Si tomaba un *rickshaw*^[41], me cobraban veinte *sen*^[42]. Así y todo, se veían bastantes casas particulares dispersas por el camino. La playa, además, estaba muy cerca y el lugar era muy cómodo para bañarse.

Todos los días iba a bañarme al mar. Recorría un camino entre viejos tejados de paja ahumada y bajaba hasta la playa. Allí encontraba mucha gente de vacaciones que se movía a lo largo de la arena. Me sorprendía ver tal variedad de capitalinos. A veces, el mar parecía un baño público lleno de negras cabezas. No conocía a nadie, pero en aquel animado panorama resultaba divertido estar tumbado sobre la arena o corretear por la playa dejando que las olas me golpearan en las rodillas.

Precisamente en esa multitud conocí a *sensei*. En la playa había dos casas de té. Yo tenía la costumbre de ir a una de ellas por alguna u otra razón. Aparte de los dueños de las grandes villas del barrio de Hase, los veraneantes de la zona, al no disponer de vestuarios propios, se veían en la necesidad de tener que usar los vestuarios públicos que había en esas dos casas de té. Allí, los bañistas tomaban té y descansaban; además, les lavaban sus bañadores y se quitaban el salitre del mar. A veces, dejaban allí los sombreros y las sombrillas. Yo no tenía un bañador, así que no necesitaba cambiarme allí dentro, pero, aún así, como temía que pudieran robarme, cada vez que me bañaba dejaba en esa casa de té todas mis pertenencias.

2

Cuando vi a *sensei* en esa casa de té, se disponía a cambiarse para meterse en el mar. Yo, por el contrario, acababa de salir y dejaba que mi cuerpo mojado se secara con la brisa. Entre él y yo había muchas cabezas negras que no nos dejaban vernos bien. Si no hubiera habido una razón especial, no le habría visto. A pesar de que la playa estaba abarrotada de gente y mi atención distraída, reparé en *sensei* porque estaba acompañado de un occidental.

Al entrar en la casa de té, enseguida atrajo mi atención la piel tan blanca de ese occidental que, de pie, contemplaba el mar con los brazos cruzados. A su lado, sobre una banqueta, había una *yukata*^[43]. El occidental no llevaba puesto más que unos calzones corrientes. En primer lugar, eso me pareció extraño. Dos días antes yo había estado en Yuigahama^[44], en donde, largamente sentado sobre un montículo de arena, había observado cómo se bañaban los occidentales. Mi lugar de observación estaba en lo alto de una colina, cerca de la puerta trasera de un hotel de estilo

occidental. De allí salían muchos hombres, pero ninguno mostraba desnudo el tronco, brazos o muslos. Especialmente las mujeres tenían tendencia a ocultar el cuerpo. La mayoría llevaba un gorro de goma, y los colores —granate, azul marino, índigo— de los gorros flotaban entre las olas.

Después de ver el aspecto de aquella gente, este occidental de rostro impasible, en calzones y ahí de pie, en medio de la gente, me parecía algo extraordinario. De pronto, volvió la cabeza y dijo algo al japonés que estaba agachado a su lado. Este japonés recogía en ese momento la toalla que se le había caído a la arena. Después de cogerla, se la anudó a la cabeza y echó a andar hacia el mar. Ese hombre era *sensei*.

Por simple curiosidad, yo observaba las espaldas de estos dos hombres mientras bajaban hacia la orilla. Metieron los pies resueltamente en el agua y, después de salir a un espacio amplio y haber pasado entre el bullicio de toda la gente que había en el mar de suave pendiente, los dos empezaron a nadar. Sus cabezas se alejaron hacia alta mar, desde donde parecían muy pequeñas. Después volvieron directamente a la orilla. Cuando llegaron a la casa de té, se secaron sin ducharse y, sin ni siquiera echarse agua del pozo, se vistieron y acto seguido se fueron.

Después de marcharse, yo seguía sentado en la misma banqueta fumando un cigarrillo. Con la cabeza medio ausente pensaba en *sensei*. Me parecía que había visto su cara en alguna parte, pero no conseguía recordar ni dónde ni cuándo.

Esos días, yo no tenía nada que hacer o, mejor dicho, estaba aburrido. Así que al día siguiente, esperando que llegara la misma hora, me presenté en la casa de té. Esta vez *sensei* vino solo, sin el occidental, y con un sombrero de paja en la cabeza. Al llegar, se quitó las gafas, las puso sobre un banco de tablas y bajó a zancadas hasta la orilla mientras se anudaba rápidamente la toalla en la cabeza. Cuando empezó a nadar solo, dejando atrás a toda la gente, tan bulliciosa como ayer, me entraron de repente ganas de seguirle. Me metí en el agua mojándome la cabeza con el chapoteo, avancé hasta un lugar bastante profundo, y empecé a dar brazadas hacia *sensei*. Pero él, a diferencia de lo que había hecho ayer, se puso a nadar hacia la orilla describiendo una extraña curva. No pude lograr mi intención de llegar a él. Cuando volví a la casa de té, con el agua que me goteaba por las manos mientras caminaba braceando, él ya se había vestido y se iba.

A la misma hora del día siguiente también fui a la playa y volví a verle. Al otro día hice lo mismo. Pero no se presentó ninguna ocasión para poder decirle algo, ni

siquiera un saludo. Además, su actitud era más bien distante. Ajeno a todo, llegaba a la misma hora y después se iba. Aunque alrededor suyo había animación, jamás mostraba el más mínimo interés. El occidental que había visto con él el primer día no volvió a aparecer, de modo que *sensei* ahora siempre estaba solo.

Un día, después de acercarse a la orilla y haberse bañado, estaba a punto de vestirse como siempre, pero se dio cuenta de que su *yukata* por alguna razón estaba llena de arena. Para sacudirla, me dio la espalda y la agitó dos o tres veces. En ese momento, se le cayeron las gafas que estaban debajo de la ropa, en el espacio entre las tablas del banco. Se puso la *yukata* blanca y el cinturón y empezó a buscar las gafas. Rápidamente, yo metí la cabeza debajo del banco, alargué la mano y cogí las gafas. *Sensei* las recibió de mi mano diciendo gracias.

El día siguiente, salté al agua detrás de él. Nadé en su misma dirección. Cuando avanzamos unos doscientos metros hacia alta mar, volvió la cabeza y me dijo algo. Éramos los únicos flotando en la superficie del espacioso mar azul. Los potentes rayos del sol iluminaban el agua, las montañas y todo lo que mi vista abarcaba. Con los músculos pletóricos de júbilo y sensación de libertad me puse a bailar alocadamente en el mar. Entonces *sensei* detuvo los movimientos de piernas y brazos y se puso a hacer la tabla en el mar tumbado boca arriba e inmóvil sobre las olas. Yo hice lo mismo. El cielo derramaba sobre mi cara su penetrante e inmenso color azul.

—Es divertido, ¿eh? —grité.

Poco después, *sensei* cambió de postura e irguiéndose me dijo:

—¿Qué? ¿Nos vamos ya?

Yo me sentía fuerte y la verdad es que me apetecía seguir jugando en el agua un poco más, pero al oírle me apresuré a responder de buena gana:

—Sí, vámonos.

Y volvimos los dos por el mismo camino hasta llegar a la playa.

Ya había ganado la amistad de *sensei*. Pero todavía no sabía dónde se alojaba.

Creo que tres días después, por la tarde, al verle en la casa de té de siempre, me dijo bruscamente:

—¿Vas a quedarte mucho tiempo más por aquí?

No se me había ni ocurrido pensar en esto, ni a mi cabeza llegaban palabras para contestar. Así que dije:

—No sé.

Al ver cómo él me miraba sonriendo, me sentí incómodo y no pude evitar preguntarle:

—¿Y usted, *sensei*?

Fue la primera vez que le llamé «*sensei*».

Esa noche le visité en su alojamiento. No era un *hostal* normal, sino una especie de villa construida en el recinto de un templo budista. Se notaba que la gente que vivía allí no eran familiares de *sensei*. Cuando le volví a llamar *sensei*, esbozó una sonrisa amarga. Le dije que era mi costumbre llamar así a las personas mayores que yo. También le pregunté sobre el occidental de aquel día. Me contestó que se trataba de un hombre singular y que se había ido ya de Kamakura. Después de contarme algo más, me dijo que resultaba extraño en él tener esa relación con un extranjero no tratándose mucho con japoneses. Al final le dije que tenía la impresión de haberle visto antes, pero que no podía recordar dónde. Yo era joven y sentía que tal vez él tuviera la misma impresión. Había imaginado, por tanto, su posible respuesta. Sin embargo, tras una pausa, me dijo:

—No, a mí no me suena nada tu cara. ¿No me habrás confundido con otra persona?

Sin saber bien por qué, sentí cierta decepción.

4

A fin de mes volví a Tokio. *Sensei* había vuelto mucho antes. Cuando me despedí de él, le había preguntado:

—¿Me dejará usted ir a visitarle en su casa de vez en cuando?

Sensei contestó simplemente:

—Bueno.

Como creía que *sensei* y yo habíamos llegado a ser bastante buenos amigos, la verdad es que había imaginado una respuesta más calurosa. Esta lacónica respuesta

me desanimó.

A menudo, *sensei* me decepcionaba con cosas así. A veces parecía darse cuenta y otras veces era como si no se diera cuenta en absoluto. Expuesto una y otra vez a esas ligeras decepciones, me hallaba precisamente en una situación en la que no podía alejarme de *sensei*. Más bien, cada vez que sentía el rechazo, más ganas me daban de ir adelante. Si avanzaba sin rendirme, creía que en un momento dado todo aquello que había deseado aparecería ante mí. Bien es cierto que yo era joven, pero esa sangre joven no parecía funcionar con toda la gente igual que con *sensei*. Ni siquiera yo entendía por qué me sentía así únicamente con él. Ahora, después de su muerte, creo que he empezado a comprender todo. No es que *sensei* sintiera aversión hacia mí. Aquellos saludos tan secos y actitudes tan frías no eran en realidad expresiones de rechazo o disgusto para alejarme. Eran formas de advertirme que no merecía la pena acercarse a él porque era una persona sin ningún valor. *Sensei* no reaccionaba al cariño de la gente porque se despreciaba a sí mismo y no por menosprecio a los demás.

Naturalmente, yo tenía la intención de visitarle a mi regreso a Tokio. Faltaban todavía dos semanas para el comienzo del nuevo curso, y pensaba hacerle una visita. Pero dejé pasar dos o tres días y comprobé que se iba yendo aquella sensación que tenía en Kamakura. El aire colorido de la gran ciudad junto con el intenso estímulo de revivir recuerdos me afectaron fuertemente. Cada vez que me cruzaba en la calle con algún estudiante, sentía hacia el nuevo curso esperanza y tensión a la vez. Así, por un tiempo me olvidé de *sensei*.

Transcurrido más o menos un mes del nuevo curso, empecé a sentirme más relajado. Caminaba por la calle con expresión insatisfecha y escudriñaba mi cuarto como si codiciara algo. En mi mente resurgió la imagen de *sensei*. Y sentí deseos de volverle a ver.

La primera vez que fui a su casa no estaba. Recuerdo que fue al siguiente domingo cuando fui a visitarle por segunda vez. Era un día espléndido y el cielo despejado se sentía penetrante. Tampoco ese día le encontré en su casa. En Kamakura le había oído decir que solía estar siempre en casa porque no le gustaba salir. Pero en ninguna de las dos ocasiones en que había ido a verle, le había encontrado. Recordando esto, sentí cierto malestar aunque no tenía ninguna razón para ello. De todos modos, me quedé un instante cerca de la puerta. Miraba la cara de la criada, mientras seguía allí parado con aire irresoluto. Era la misma criada que el primer día había recibido mi tarjeta de visita y anunciado mi llegada. Esta vez me hizo esperar un poco y otra vez se metió en la casa. Entonces, apareció en lugar de ella la señora de la casa. Era una mujer bella.

Tuvo la atención de indicarme dónde había salido su marido. Me explicó que *sensei* el mismo día de cada mes tenía la costumbre de llevar flores a una tumba del cementerio de Zoshigaya^[45].

—Acaba de irse no hace más de diez minutos —me dijo con simpatía.

Yo la saludé con una inclinación de cabeza y me alejé. Cuando hube recorrido unos cien metros hacia el animado centro de la ciudad, sentí deseos de pasear hasta Zoshigaya con curiosidad de encontrarme con *sensei*. Así que di media vuelta y me encaminé a ese lugar.

5

Entré en el cementerio por el lado izquierdo de un semillero de arroz que había enfrente. Me adentré por un amplio camino flanqueado de arces. Entonces, de una casa de té al final del camino salió una figura que se parecía a *sensei*. Me acerqué hasta que pude distinguir el reflejo del sol en la montura de sus gafas. Exclamé:

—¡*Sensei!*

Se quedó inmóvil y me miró.

—¿Por qué...? ¿Por qué? —musitó repitiendo la misma palabra, una palabra que sonó extraña pronunciada en la silenciosa hora de aquel día. Yo, de repente, sentí haber perdido el habla.

—Me has seguido... ¿Por qué?

Aunque su voz parecía abatida, su actitud era de sosiego. En su semblante, de todos modos, había una especie de nube que yo no podía definir claramente. Entonces le expliqué cómo había llegado hasta allí.

—¿Y te dijo mi mujer de quién es la tumba?

—No, de eso no me ha dicho nada.

—¿No? Bueno, tampoco había razón para habértelo dicho. Era la primera vez que te veía. No, claro, no había necesidad de decírtelo.

Por fin, parecía haber comprendido todo. Yo, en cambio, no comprendía nada.

Sensei y yo atravesamos varias tumbas hasta salir a la calle. Al lado de la

tumba con la inscripción de «Isabel^[46], etc., etc.» o de «Rogin, el siervo de Dios...», había una estela funeraria con la leyenda de «Todo ser vivo contiene la esencia de Buda». Había otra de no sé qué embajador de no sé dónde. Ante una tumba con tres caracteres chinos esculpidos, le pregunté:

—¿Cómo se lee esto?

—Tal vez se puede leer como «Andrés» —contestó *sensei*, sonriendo con cierta amargura.

Daba la impresión de que *sensei* no hallaba nada ridículo ni irónico en la diversidad de las lápidas, al contrario que yo. Al principio, se limitaba a escuchar mis comentarios sobre unas lápidas redondas, otras de granito, etc. Pero al final me dijo:

—Tú nunca has pensado seriamente en la muerte, ¿no?

Me quedé callado. *Sensei* no añadió más.

Al final del cementerio había un enorme árbol ginkgo que parecía ocultar el cielo. Al pasar bajo el árbol, *sensei*, alzando la cabeza hacia sus ramas, dijo:

—Dentro de poco estará hermoso. Sus hojas cambiarán de color y este suelo se cubrirá de hojas doradas.

Sensei pasaba todos los meses sin falta por debajo de este árbol.

Más allá, un hombre que estaba allanando un terreno nuevo destinado al cementerio, interrumpió su labor y se nos quedó mirando. Desde allí, giramos a la izquierda y enseguida salimos a la carretera.

Como no tenía un lugar en particular donde ir, continué al lado de *sensei*. Aunque durante todo este tiempo él hablaba muy poco, yo no me sentía incómodo, así que seguí caminando con él.

—¿Va a su casa directamente?

—Pues sí. No tengo ningún lugar por el que pasar —contestó.

Y en silencio bajamos la cuesta hacia el sur. De nuevo empecé a hablar yo:

—¿Era esa la tumba de sus padres?

—No.

—¿De quién era la tumba? ¿De algún pariente?

—No.

Sensei no dijo nada más y yo puse término a la conversación. Después, cuando él se me había adelantado unos cien metros, se volvió hacia donde yo estaba.

—Era la tumba de un amigo.

—¿Y la visita usted todos los meses?

—Así es.

Aquel día *sensei* no me contó nada más.

6

Desde entonces, adquirí la costumbre de visitar a *sensei* de vez en cuando. Siempre que iba, le hallaba en casa. Mis visitas empezaron a hacerse más y más frecuentes. Pero su actitud hacia mí, desde aquella primera vez que me dirigí a él hasta esas visitas en las que llegamos a intimar más, no varió mucho. A *sensei* le gustaba guardar silencio. A veces, al verle tan callado, yo sentía tristeza. Era evidente desde el principio que tenía algún secreto, algo que me impedía acercarme demasiado a él. Pero al mismo tiempo, sentía un fuerte impulso de aproximarme. Tal vez fuera yo la única persona entre muchas con tal impulso, pero era ciertamente la única en quien había un apego intuitivo hacia él, un apego que habría de ser testimonio de la verdad. Por eso me alegro y me enorgullezco, aunque haya personas que crean que yo era demasiado joven y que sonrían ante mi ingenuidad. Una persona capaz de amar o una persona incapaz de evitar amar, aunque no pudiera acoger con los brazos abiertos a quien deseaba llegarse a su pecho, tal persona era *sensei*.

Como ya he dicho, *sensei* siempre guardaba silencio. Estaba en calma. Pero a veces una extraña nube le ensombrecía el rostro. Era como si la sombra de un pájaro negro surgiera en la ventana y desapareciera enseguida. La primera vez que percibí esa nube posada entre sus cejas fue en el cementerio de Zoshigaya, aquella vez que me presenté de improviso. En ese extraño instante, sentí que mi sangre, que hasta entonces fluía normalmente, se había quedado atascada. Fue como una parada instantánea del corazón que enseguida recuperó su movimiento habitual. Después,

olvidé por completo aquella oscura sombra de la nube. Pero una noche de fines de octubre, un nuevo incidente me la trajo a la memoria.

Estaba hablando con *sensei* y, sin saber cómo ni por qué, me acordé de la imagen del enorme árbol ginkgo en el cual él me había hecho reparar. En tres días le tocaba visitar de nuevo la tumba. Era un día en el que yo no tenía clase por la tarde. Le dije a *sensei*:

—*Sensei*, las hojas del ginkgo de Zoshigaya ya se habrán caído, ¿verdad?

—No, todavía no estará del todo desnudo el árbol.

Y, al contestar, observó mi cara y se quedó un rato sin apartar su mirada de ella. Yo le dije enseguida:

—Cuando usted vaya a visitar otra vez la tumba, ¿podré acompañarle? Me gustaría pasear por allí con usted...

—Bueno, pero yo no voy a pasear, sino a visitar una tumba.

—Ya, pero de paso también se puede pasear, ¿no?

Sensei no contestó. Al cabo de un rato, repitió:

—No voy más que a visitar una tumba.

Parecía intentar separar el acto de visitar una tumba y de pasear. Tal vez era una excusa para no ir conmigo, pero a mí me resultaba extraña esta actitud algo infantil de *sensei*. Quise insistir:

—Admito que es una visita a una tumba, pero lléveme con usted. Visitaré la tumba yo también.

En realidad, me parecía que no tenía sentido distinguir la visita a la tumba del paseo. Fue entonces cuando entre sus cejas reapareció esa nube mientras que en sus ojos se encendía una extraña luz. Su expresión revelaba no solamente molestia, disgusto o temor, sino una especie de inquietud. De repente me acordé vivamente de cuando le llamé «*sensei*» en Zoshigaya. Su expresión era idéntica.

—Yo —dijo *sensei*—, por una razón que no te puedo decir, no deseo ir allí con nadie; ni siquiera mi mujer ha ido allí conmigo.

Su conducta me pareció extraña. Pero decidí no insistir más y dejar las cosas así. Por otro lado, no es que yo le visitara con la intención de analizarle. Creo que aquella actitud mía de entonces fue más bien una de las que más respeto me habrían de merecer en la vida, pues gracias a ella pude entablar con *sensei* una amistad humana y apacible. Si mi curiosidad hubiera sido percibida como indagatoria y analítica, el hilo de la compasión que nos unía se habría cortado sin remedio. Yo era joven y no tenía en absoluto conciencia de mi actitud. Quizá por eso tenía más mérito; pero si todo hubiera salido al revés, ¿cómo habría resultado nuestra relación? Sólo de pensarlo, me estremezco. Tal era el constante miedo que él sentía a ser analizado fríamente.

Comencé a frecuentar su casa dos o tres veces al mes. Un día, cuando mis visitas habían empezado a ser más frecuentes, *sensei* me preguntó de improviso:

—¿Por qué vienes tantas veces a visitarme, a visitar a una persona como yo?

—¿Que por qué? Bueno, no tengo ninguna razón especial. ¿Es que le molesto?

—No, no digo que me molestes.

En efecto, no parecía que le molestara. Yo sabía que su círculo de amistades era sumamente reducido. Apenas pasaba de dos o tres antiguos compañeros de clase que por entonces residían en Tokio. A veces, acerté a encontrarme en su salón con alguno de ellos, con alguno que era de su misma región. Me parecía, sin embargo, que ninguno le tenía tanto cariño como yo.

—Soy un solitario —dijo *sensei*— y por eso me alegro de que vengas a verme. También por eso te he preguntado la razón de la frecuencia de tus visitas.

—Pero ¿por qué tiene que preguntármelo?

A mi pregunta no contestó nada. Se limitó a mirarme. Entonces dijo:

—¿Cuántos años tienes?

Me parecía una conversación demasiado vaga y no quise insistir. Así que regresé a casa.

Pero no habían pasado cuatro días cuando de nuevo estaba en su casa. *Sensei*, al verme en el salón, se echó a reír.

—Has venido otra vez —dijo.

—Sí, otra vez —y yo también me reí.

Si me hubiera dicho esto otra persona, me habría ofendido. Pero dicho por *sensei*, sentí lo contrario. No solamente no me ofendió, sino que me alegró.

—Soy un solitario —esa noche *sensei* repitió la misma frase del otro día—, soy un solitario, pero, a lo mejor, tú también lo eres. Yo, aunque me siento solo, como soy mayor que tú, no necesito moverme. Pero creo que tú, que eres joven, no puedes quedarte quieto. Querrás moverte todo lo que puedas, querrás chocarte con algo...

—Yo no me siento un solitario —repuse yo.

—A más juventud, más soledad. Pero ¿por qué vienes a verme tantas veces?

Otra vez la voz de *sensei* había repetido la misma pregunta del otro día. Y siguió diciendo:

—Aunque vengas a verme con frecuencia, debes sentirte solo en alguna parte de tu corazón. Yo no tengo la capacidad de arrancarte tu tristeza de raíz. Pronto tendrás que extender tus brazos hacia fuera, pronto dejarás de venir.

Y al decir esto, sonrió tristemente.

8

Afortunadamente esa predicción no resultó real.

Yo tenía poca experiencia por entonces y ni siquiera pude captar el clarísimo significado que contenía aquella predicción. Seguí visitándole. Y sin saber desde cuándo, pronto me vi comiendo a su mesa. Naturalmente, eso me obligaba a conversar igualmente con su mujer.

Como cualquier otro hombre joven, yo no era indiferente a las mujeres. Pero debido a mi juventud y escasa experiencia, no había tenido ningún tipo de relación con el otro sexo. No sé si sería esta la razón, pero mi interés por las mujeres siempre se despertaba hacia desconocidas, de esas con las que me cruzaba por la calle. Cuando vi a la esposa de *sensei* a la puerta de su casa la primera vez, pensé que era guapa. Desde entonces, siempre que la veía tenía la misma impresión. Sin embargo, invariablemente sentía que no había más que decir sobre ella.

Esto no quiere decir que ella no tuviera su peculiar y propia individualidad, sino simplemente que no se presentó la ocasión de mostrarla. Además, yo la trataba como a una parte de *sensei* y ella me atendía como a un estudiante que visitaba a su marido. Es decir, si apartáramos a *sensei* de este triángulo, la figura quedaría descompuesta y sin unión. Por eso, yo de esta señora, desde que la conocí, sólo tengo la impresión de que era bella y nada más.

Un día, me invitaron a beber *sake*^[47] en su casa. Ese día estaba presente la esposa, siendo ella quien servía la bebida. *Sensei*, que parecía estar más alegre de lo que en él era corriente, alargó la copita que acababa de vaciar y le dijo a su mujer:

—Toma tú también algo.

Ella, medio rechazando, dijo:

—No, yo no...

Pero, al final, aceptó beber aunque parecía molestarle. Frunciendo levemente sus bonitas cejas, se llevó a los labios la copa que yo mismo le serví hasta la mitad. Entonces los dos empezaron a hablar en términos de intimidad conyugal.

—¡Qué cosa más extraña! Casi nunca me invitas a beber —dijo ella.

—Porque no te gusta. Pero de vez en cuando es bueno. Te hace sentir bien.

Ella dijo:

—No, nunca me siento bien bebiendo. Me siento a disgusto. Tú eres el que se pone muy alegre después de beber un poco.

—Sólo algunas veces.

—¿Y qué tal esta noche?

—Esta noche me siento muy bien —contestó *sensei*.

—Bueno, pues entonces deberías beber todos los días un poco...

—No puedo.

—Que sí, por favor. Así, no estaríamos tristes —dijo ella.

En la casa vivían el matrimonio y una criada. Y nadie más. Solía reinar el

silencio. Nunca se oía una risa. Cuando estaba en su casa a veces tenía la impresión de que *sensei* y yo éramos los únicos en casa.

—Estaríamos mejor si hubiéramos tenido hijos —añadió su mujer mirándome a mí.

Yo le contesté:

—¿De verdad? —pero no era muy sincero, pues como yo no había tenido hijos, mi única idea sobre los niños era que resultaban un estorbo.

—¿Adoptamos uno? —preguntó *sensei*.

—¿Un hijo adoptado? —y la señora volvió a mirarme.

—Aunque lo desees, nunca tendremos un hijo propio —dijo *sensei*.

La mujer se quedó callada. Yo pregunté por ella:

—¿Por qué?

—Castigo del cielo —contestó *sensei*. Y se rio en voz alta.

9

Hasta donde yo sabía, *sensei* y su esposa formaban un matrimonio muy bien avenido. Naturalmente, yo carecía de la experiencia de haber formado una familia. Tampoco entendía mucho de matrimonios; pero, por ejemplo, cada vez que *sensei* llamaba a su mujer, me parecía percibir cariño en la manera de pronunciar su nombre. A veces, la llamaba a ella en lugar de llamar a la criada. Cuando estábamos en la sala de estar, *sensei* en cualquier momento se volvía hacia la puerta y decía: «Oye, Shizu». Y su mujer, dócilmente, le contestaba llegándose a su lado. De cuando en cuando, me invitaban a comer y, cuando ella aparecía a la mesa, se percibía claramente la buena relación existente entre ambos.

A veces, *sensei* iba con ella a conciertos o al teatro. Además de eso, hubo dos o tres veces, si no me falla la memoria, en que hicieron viajes de una semana o así. Conservo aún una tarjeta que me mandaron de Hakone. Otra vez, desde Nikko^[48], me enviaron una carta con una hoja enrojecida por el otoño.

La relación entre *sensei* y su esposa, a través de mi mirada de entonces, se mantenía más o menos así. Sólo una vez ocurrió una excepción.

Fue un día en que había ido de visita, como de costumbre. Apenas hube franqueado la puerta de entrada a la casa y antes de hacer notar mi presencia, llegaron a mis oídos voces no de una conversación normal, sino más bien de una discusión. La casa de *sensei* tiene el cuarto de estar al lado del zaguán de entrada, por eso, enseguida, pude oír el tono tenso de las voces. Comprendía que una de estas era de *sensei*; era una voz masculina y más alta. La otra voz tenía un tono mucho más bajo y, aunque no estaba del todo seguro, se asemejaba a la de su mujer. Parecía que estaba llorando. Estuve unos instantes sin saber qué hacer junto a la puerta, hasta que decidí marcharme rápidamente y regresar a mi pensión.

Una vez en el cuarto de mi pensión, sentí el corazón embargado por una extraña ansiedad. Me puse a leer, pero era como si las líneas no entraran en mi cabeza. Al cabo de más o menos una hora, *sensei* me llamó por mi nombre desde debajo de mi ventana. Sorprendido, la abrí. Me preguntó si me apetecía dar un paseo. Miré el reloj que había metido un momento antes en el *obi*^[49]. Eran más de las ocho. Al llegar, no me había quitado aún la *hakama*^[50], así que vestido como estaba, enseguida salí a la calle.

Esa noche tomé cerveza con *sensei*. Él solía beber poco. Tenía un límite para beber que, cuando no se sentía bien, jamás traspasaba.

—Hoy esto no marcha —y diciendo esto, sonreía con amargura.

—¿No puede ponerse algo alegre? —le pregunté yo sintiendo su preocupación.

En mi mente seguía muy vivo el asunto de antes. Yo sufría como si tuviera clavada una espina en la garganta. Estaba muy confuso. En algún momento, sentí el impulso de hablar de ello con él, pero, por otro lado, me parecía mejor callar. Esta confusión mía hacía que me mostrara nervioso.

—Pareces un poco raro esta noche —dijo *sensei*—. Pero bueno, la verdad es que yo también estoy un poco raro. ¿No se me nota?

No pude contestar nada. Y siguió diciendo:

—Hace un rato tuve una pequeña riña con mi mujer. Me he agitado inútilmente.

—¿Y a qué ha sido debida la...?

Pero no pude pronunciar la palabra «riña».

—Bueno, mi mujer no me entiende bien. Aunque le diga que está equivocada, no se lo toma en serio. Sin darme cuenta, me he enfadado con ella.

—¿Cómo es eso de que no le entiende bien?

Pero *sensei* no intentó contestar esa pregunta. Y dijo:

—Si yo fuera un hombre como mi mujer cree, no sufriría tanto.

¡Cuánto sufría *sensei*! Ni siquiera podía imaginarlo.

10

En silencio caminamos más de doscientos metros de regreso a casa. Entonces, *sensei* volvió a hablar:

—He hecho mal. Salí de casa disgustado y seguro que ella debe estar muy preocupada. Pensándolo bien, las mujeres son dignas de lástima. Mi mujer, por ejemplo, no tiene a nadie en el mundo en quien confiar excepto a mí.

Sus palabras se cortaron. Pero, sin esperar ningún comentario mío, continuó:

—Así dicho, parece que los maridos somos tan fuertes que parecemos un poco ridículos. ¿Tú qué crees? ¿Parezco yo una persona fuerte o débil?

—Me parece que usted está en el medio —contesté yo.

Creo que no esperaba esta respuesta. *Sensei* enmudeció y echó a caminar en silencio.

Para volver a su casa, había que pasar al lado de mi pensión. Me pareció mal despedirme de él en aquella esquina cerca de mi pensión. Así que le dije:

—¿Le acompaño hasta su casa? —pero *sensei* hizo un gesto negativo con la mano.

—No, es muy tarde. Vete ya. Yo también volveré enseguida. Es por ella, por mi mujer.

Esas palabras, «por mi mujer», añadidas por *sensei* al final, me transmitieron una sensación cálida. Después, de vuelta en mi pensión, gracias a ellas pude dormir plácidamente esa noche. Desde entonces y por mucho tiempo, no olvidaría ese «por

mi mujer».

Comprendí que el incidente producido aquel día entre *sensei* y su mujer no había sido nada serio. También pude suponer que casi nunca, pues yo iba a seguir visitándole continuamente después de aquel día, volvería a ocurrir tal incidente. Incluso una vez me comentó:

—En este mundo, a la única mujer a la que he conocido es a mi esposa. No me atraen otras mujeres. Ella también siente que yo soy su único hombre en este mundo. En este sentido, debemos ser la pareja más feliz del mundo.

Ya he olvidado de qué hablábamos antes y después de ese comentario. Por lo tanto, no sé exactamente su motivo para hacérmelo oír. Pero recuerdo que su actitud, al decirme esto, era seria y su tono bajo. En mis oídos resonó de forma extraña aquella última frase, «debemos ser la pareja más feliz del mundo». ¿Por qué no habría dicho «somos» sino «debemos ser»? Me resultaba extraño ese matiz de obligatoriedad en el hecho de ser felices. ¿Eran o no eran felices? ¿No eran tan felices como debieran serlo? No había más remedio que dudarlo. Pero esa duda, con el paso del tiempo, quedó enterrada no sé dónde.

Entretanto, en el curso de una visita en la cual *sensei* no se hallaba en su casa, tuve ocasión de hablar cara a cara y a solas con su mujer. Aquel día, *sensei* no estaba porque había ido a Shinbashi^[51] a despedir a un amigo suyo que iba a partir al extranjero en barco desde Yokohama^[52]. Era la costumbre de entonces tomar el tren de las ocho y media de la mañana desde Shinbashi para tomar el barco en Yokohama. Yo necesitaba consultar con *sensei* el pasaje de un libro y había ido a su casa a la hora por él indicada, las nueve. Su salida a Shinbashi fue imprevista, pues ese amigo sólo el día anterior le había visitado para advertirle de su partida. *Sensei* quiso devolverle la cortesía y despedirle en la estación. Por eso, me había dejado un mensaje en su casa diciéndome que iba a volver pronto y pidiéndome que le esperase. Fue durante la espera en la sala de estar cuando pude hablar con su mujer.

11

Yo entonces era ya estudiante universitario. Comparándome con aquel colegial que le había visitado por primera vez, ahora me sentía mucho más mayor. Asimismo, me había hecho bastante amigo también de su mujer. A su lado no me sentía nada incómodo. Entonces pudimos hablar cara a cara de diversos temas casi siempre intrascendentes y que ya he olvidado. Sin embargo, hay algo que quedó en mi memoria. Pero, antes de contarlo, he de hacer un comentario.

Sensei se había graduado en la Universidad Imperial^[53]. Eso yo lo sabía desde el principio. Llegué a saber, pasado algún tiempo desde mi vuelta a Tokio, que no trabajaba en nada. Me preguntaba cómo podría vivir sin hacer nada.

Sensei no era un hombre conocido. Sus ideas, su filosofía, excepto por mí, que le conocía bien, no eran tenidas en cuenta por nadie. Yo le decía a menudo que era una lástima, pero él no me hacía caso y contestaba:

—Una persona insignificante como yo no debe dirigirse al mundo.

Esta explicación tan humilde yo la interpretaba al contrario, es decir, era como si él criticara de esa forma tan fría a la sociedad, al mundo. De hecho, a veces, censuraba abiertamente a personas conocidas que habían sido sus compañeros de clase. Una vez le expresé con claridad mi oposición a esta actitud suya, una oposición nacida no de rebeldía hacia él, sino de mi rabia porque la gente no llegara a conocerle. Después de oírme, *sensei* dijo con voz deprimida:

—Es inútil, pues yo no tengo ningún derecho a moverme en sociedad.

En su cara apareció grabado un gesto profundo que no pude determinar si expresaba decepción, queja o simplemente tristeza, pero cuya intensidad me impidió seguir hablando. Me quedé, por tanto, sin valor para añadir nada.

Volviendo al día en que hablé con su esposa, recuerdo que nuestra conversación sobre *sensei* recayó de forma natural en este asunto.

—¿Por qué *sensei* sólo estudia y piensa en casa, sin trabajar fuera?

—Eso de trabajar fuera no le va. No le gusta.

—Pero se dará cuenta de que esto es absurdo, ¿no? —dije.

—No sé si se da cuenta o no. Bueno, como soy mujer no entiendo muy bien, pero quizá no desee trabajar en ese sentido. Creo que está deseando hacer algo. Pero no puede. Y esto me da pena.

—Pero bueno, tampoco tiene ningún problema de salud, ¿verdad?

—No, está sano. No padece ni achaques, ni nada.

—Entonces, ¿por qué no puede hacer nada?

—Eso es lo que tampoco yo entiendo. Si lo supiera, no estaría tan preocupada. El no saberlo me resulta insoportable.

En el tono de su voz se reflejaba mucha compasión, aunque de sus labios no desaparecía cierta sonrisa. Yo, en cambio, permanecía mucho más serio, silencioso, con el rostro algo tenso. Entonces, como si se hubiera acordado de repente de algo, dijo:

—Cuando era joven, no era así. Era totalmente distinto. Ahora ha cambiado por completo.

—Cuando era joven... Pero ¿a qué época de su vida se refiere usted? — pregunté yo.

—Cuando era estudiante.

—¿Usted le conoce desde entonces?

Inesperadamente, se puso colorada.

12

Su mujer era de Tokio. Esto lo sabía porque *sensei* me lo había dicho. Lo sabía además por ella misma. Ella decía: «La verdad es que soy un poco de todo». Su padre era de Tottori o cerca^[54], pero su madre había nacido en el barrio de Ichigaya^[55] de la antigua Edo. Por eso decía en broma que era un poco de todo. *Sensei*, en cambio, procedía de la provincia de Niigata, en otra dirección totalmente distinta^[56]. Por consiguiente, si ella había conocido a *sensei* en la época en que este era estudiante, estaba claro que no era por proceder ambos de la misma provincia. Tuve la impresión ese día de que a ella no le gustaba seguir hablando del tema, pues se había sonrojado. No quise, por lo tanto, insistir más.

Desde que conocí a *sensei* hasta su muerte yo había estado en contacto con sus ideas o sentimientos por diversas razones, pero de su situación cuando se casaron no me había contado nada. A veces, eso lo atribuía a una buena intención por parte de él. Pensaba yo que, como *sensei* era una persona mayor, tal vez por decoro no le gustaba hablar de recuerdos sentimentales a un jovencuelo como yo. Otras veces, lo atribuía a razones opuestas. No solamente *sensei* y su esposa, sino todos los de su generación, por haberse criado en las viejas costumbres de antes, no tenían el valor de expresarse con libertad sobre temas amorosos. Pero todo esto no eran más que suposiciones mías que, de una u otra forma, me permitían presentir la existencia de

una brillante historia de amor en torno a su casamiento.

No me había equivocado en mi presentimiento, aunque lo que podía haber imaginado sobre su amor era sólo una cara de la moneda. En la otra cara, detrás de esa bella historia de amor, existía una terrible tragedia. Además, su mujer no sabía nada acerca del grado de infelicidad padecida por su esposo a causa de esto. Tampoco lo sabe ahora. *Sensei* murió habiéndoselo ocultado. Antes de destruir la felicidad de su esposa, prefirió destruir su vida. No voy a contar ahora nada de esa tragedia, una tragedia nacida del amor entre los dos. Tampoco ellos me contaron casi nada de ese amor. Ella por pudor y él por razones mucho más profundas.

Pero hay algo que recuerdo bien. Un día, en la época en que florecen los cerezos, fui al parque de Ueno con *sensei*. Allí nos fijamos en una atractiva pareja. Iban caminando tiernamente juntos bajo los cerezos en flor. Como el lugar era público, había más gente mirándolos a ellos que a las flores.

—Parecen recién casados —dijo *sensei*.

—Y que se quieren mucho —añadí yo.

Sensei ni siquiera sonrió con amargura. Seguimos andando hasta perder de vista a aquella pareja. Entonces me preguntó:

—¿Alguna vez te has enamorado?

Yo le contesté que no.

—¿Y no te gustaría enamorarte?

No contesté nada.

—No me digas que no te gustaría...

—Pues sí —dije yo.

—Acabas de burlarte de esa pareja, ¿no? En tu burla había una vocecilla que se quejaba de no poder conseguir a nadie a quien amar, ¿a que sí?

—¿Ha oído usted esa voz?

—Sí, la he oído decir eso. La persona que ha saboreado la satisfacción del amor se habría referido a ellos en un tono más cálido. Sin embargo, el amor es un

delito. ¿Entiendes esto?

De repente, me asusté y no contesté nada.

13

Nos rodeaba mucha gente, gente de aspecto alegre. Hasta después de haber pasado entre tanta gente y flores y de habernos adentrado en un bosquecillo del parque, no tuvimos ocasión de seguir con ese tema.

—¿Es el amor un delito? —pregunté yo bruscamente.

—Sí, lo es. Ciertamente lo es —y al contestarme, el tono de su voz era fuerte, como antes.

—¿Por qué?

—Pronto lo comprenderás. O creo que ya lo comprendes. Hace tiempo que el amor está moviendo tu corazón.

Yo consulté a mi corazón y la verdad es que sentí que más o menos estaba vacío. No había en él nada parecido al enamoramiento.

—En mi pecho no tengo ningún objeto de amor. Y no le oculto nada, ¿eh, *sensei*?

—Claro, como no tienes objeto de amor, tu corazón se mueve. Está buscando un objeto donde poder acomodarse, se está moviendo.

—Bueno, yo creo que ahora mismo no está muy activo.

—Justamente porque estabas insatisfecho, te moviste para venir a mí.

—Tal vez sea así. Pero eso es distinto al enamoramiento.

—Estás ya en la escalera que sube al peldaño del enamoramiento. Viniste hacia mí como si hubieras estado en el escalón que precede al abrazo de la mujer.

—Bueno, a mí me parece que son dos cosas muy distintas, ¿no?

Sensei respondió:

—No, son lo mismo. Yo soy un hombre que nunca podrá contentarte. Además y por una razón muy particular, no podré darte ninguna satisfacción. Y la verdad, lo siento mucho. Aunque te alejaras de mí, no me quejaría. Al contrario, creo que lo estoy deseando. Aunque...

Me sentí extrañamente triste.

—Bueno, si lo cree así, yo no puedo decir nada, pero nunca se me había pasado por la cabeza alejarme de usted.

Sensei no me escuchaba. Y siguió diciendo:

—Bien, tú debes ir con cuidado porque el amor es un delito. Estando conmigo, aunque yo no te contente, tampoco hay peligro. ¿Sabes tú acaso cómo se siente uno cuando tiene el corazón atado al cabello largo y negro de una mujer?

Yo lo sabía en mi imaginación, pero no por experiencia. De todos modos, no entendía bien ese sentido del delito, y lo que me decía me resultaba muy vago. Además, empecé a sentirme molesto.

—*Sensei*, acláreme un poco eso del delito. O, mejor, dejémoslo ya, hasta que yo pueda comprender todo por mí mismo.

—Perdón, he hecho mal. Pensaba que te estaba diciendo la verdad. Pero en realidad sólo he conseguido impacientarte. Perdona.

Seguimos caminando con paso tranquilo por detrás del Museo Nacional de Tokio en dirección al barrio de Uguisudani. Entre los setos que rodeaban el museo, había en una parte del amplio jardín frondosos bambúes enanos que transmitían una profunda sensación de sosiego.

—¿Sabes por qué visito todos los meses aquella tumba de Zoshigaya donde está enterrado mi amigo?

La pregunta de *sensei* cayó de sopetón. Él sabía bien que yo no podría contestarla. Me quedé callado. Entonces, como si se hubiera dado cuenta de lo que acababa de decir, añadió:

—He vuelto a hacer mal. Si intento explicarte algo para no irritarte, la misma explicación resulta irritante. No hay manera. Dejemos este tema. De todos modos, enamorarse es un delito. Y también es algo divino. ¿Lo entiendes?

Lo que acababa de decir *sensei* me resultaba menos comprensible que lo dicho antes. Y ya no volvió a mencionar la palabra «enamorarse».

14

Yo era joven y tenía tendencia al ardor. Por lo menos a los ojos de *sensei*, así era. A mí me parecía más útil lo que hablaba *sensei* que las clases de la universidad. Sus ideas eran más de mi agrado que las opiniones de mis profesores. Pensaba que lo que *sensei* se guardaba y no contaba tenía más importancia que aquello expresado por los distinguidos profesores que hablaban desde su cátedra.

—No debes hacerte ilusiones sobre mí, ¿eh? —me dijo *sensei* un día.

—No me hago ninguna ilusión.

Cuando le contesté esto tenía la cabeza lo bastante fría como para no hacerme ilusiones, una frialdad que, sin embargo, él no quería aceptar.

—El ardor de la fiebre te hace flotar. Cuando te baje la fiebre, sufrirás una decepción. Yo sufro al verme tan apreciado por ti. Pero siento aún más sufrimiento cuando pienso en tu posible cambio en el futuro.

—¿Cree usted que seré tan voluble o es que tan poca confianza tiene en mí?

—No es ninguna de las dos cosas. Simplemente lo siento por ti.

—Lo siente, pero no confía en mí, ¿verdad?

Sensei miró al jardín como si le hubiera molestado mi comentario. En el jardín ya no quedaban las camelias que hasta hacía poco salpicaban la escena con su intenso y pesado color rojo. *Sensei* tenía la costumbre de mirarlas desde la sala de estar de su casa.

—¿Que no confío en ti? No digo que no confíe. Más bien, no confío en el género humano.

Entonces, desde el otro lado del seto llegó una voz parecida a la del vendedor de pececitos de colores. Aparte de esa voz, no se oía nada. Y es que a unos doscientos metros de una concurrida calle, todo era más tranquilo. Dentro de la casa reinaba el silencio de siempre. Yo sabía que en la habitación contigua estaba su mujer. Sabía igualmente que a los oídos de ella, que estaría cosiendo, llegaba mi voz. Pero en ese momento me olvidé de todo. Y dije:

—Entonces, ¿tampoco confía en su esposa?

Sensei puso una expresión de cierta ansiedad. Y evitó contestar directamente mi pregunta.

—Ni siquiera confío en mí mismo. Es decir, al no poder confiar en mí, tampoco puedo confiar en los demás. No tengo más remedio que maldecirme.

—Con esa mentalidad nadie estaría seguro de uno mismo.

—No es mi mentalidad. Es mi forma de ser y me he dado cuenta de ello. Cuando me di cuenta, me asombré. Y ahora tengo miedo.

Yo deseaba seguir hablando de este tema, pero en ese momento se oyó la voz de su mujer que, desde detrás de la puerta corredera, dijo:

—¡Oye, oye!

A la segunda vez de decirlo, *sensei* contestó:

—¿Qué quieres?

Ella le dijo:

—¿Puedes venir un momento, por favor?

Fue a donde estaba ella. Yo no pude entender la razón de su llamada. Pero antes de intentar imaginarlo, *sensei* ya había vuelto a mi lado. Y siguió hablando.

—De todos modos, no confíes demasiado en mí. Te arrepentirías después e, incluso, intentarías tomar una venganza cruel por creer haber sido engañado.

—¿Qué significa eso?

—El recuerdo de haberse arrodillado ante una persona, en un futuro te hace querer pisarle la cabeza. Yo prefiero evitar el respeto de hoy para no recibir el agravio de mañana. Mejor aguantar mi soledad actual y no una soledad futura que sería horrorosa. La gente de hoy, nacida bajo el signo de la libertad, la independencia y la autoestima, debe, en justa compensación, saborear siempre esta soledad.

Yo no tenía palabras que añadir a esto.

Desde entonces, cada vez que veía la cara de su mujer me sentía preocupado por si la actitud de *sensei* hacia ella reflejaba esas ideas, en cuyo caso ¿podría ella estar feliz a su lado?

No podía decidir por su aspecto si era o no era feliz, pues tampoco tenía muchas ocasiones de comunicarme con ella. Además, siempre se mostraba muy natural. Normalmente estábamos en presencia de *sensei* y casi nunca solos. Por otro lado, yo tenía otras dudas. La actitud de *sensei* hacia la humanidad, ¿de dónde venía? ¿Era el simple resultado de haberse dedicado a una introspección de sí mismo y al análisis frío del mundo moderno? *Sensei* pertenecía a esa clase de hombres que se sientan para pensar. Pero si una persona con la mente de *sensei* se sentara igualmente para pensar, ¿llegaría a las mismas conclusiones? Yo creía que no. Es decir, sus ideas eran vivas, nacidas de la experiencia. Eran distintas a una casa de piedra calcinada por el fuego pero con sus muros fríos. Para mí, *sensei* era indudablemente un pensador. Por detrás de ese oficio de pensador, sin embargo, me parecía un hombre formado a partir de experiencias muy reales, experiencias o hechos no de otra persona, sino saboreados por sí mismo y en su sangre con dolor y con calor, y que en su alma se habían ido superponiendo en capas.

Pero todo esto no era más que pura imaginación mía. Aunque *sensei* me habría de confirmar que lo que yo imaginaba era cierto, esta confirmación se asemejaría a una montaña de nubes. Unas nubes que cubrieron mi cabeza de cosas horribles y desconocidas. Sin saber por qué sentía miedo a la sombra de esa montaña. La confirmación fue además sumamente vaga, aunque me haría estremecer de pies a cabeza. Antes, supuse un amor formidable como raíz de sus ideas de la vida (por supuesto un amor entre *sensei* y su mujer). Enamorarse era un delito, me había dicho una vez, y esto me proporcionó una pista. Por otro lado, *sensei* me había confesado que la amaba, por lo cual tampoco podía yo sacar una conclusión demasiado pesimista de ese amor. Aquellas palabras de *sensei*, «el recuerdo de haberse arrodillado ante una persona, en un futuro te hace querer pisarle la cabeza», deberían entonces ser aplicables a la gente moderna en general y no a *sensei* ni a su esposa.

La tumba de Zoshigaya, que yo seguía sin saber a quién pertenecía, me daba también que pensar. Sabía que esa tumba guardaba una profunda relación con la vida de *sensei*. A medida que me iba acercando a su vida, aunque sin llegar al fondo, fui aceptando esa tumba como un fragmento de vida que ocupaba su mente. Aún así, se trataba de algo completamente muerto, algo imposible de convertirse en la llave que abriera la puerta de la vida interpuesta entre nosotros. Más bien, la tumba de Zoshigaya era para mí como una losa que un espíritu maligno había colocado para

impedirme el libre paso por esa puerta.

Mientras tanto, había tenido otra ocasión de hablar con la señora cara a cara. Era uno de esos días de otoño en que se toma conciencia de la brevedad creciente de los días y en que uno siente en su propia piel el frío del mundo. Cerca de la casa de *sensei* habían tenido lugar varios días seguidos robos sobrevenidos al caer la noche. El valor de lo robado bien es cierto que no era tan alto, pero, si entraba el ladrón, siempre se iba con algo. La señora tenía miedo.

Una tarde de esas, *sensei* tuvo que ausentarse de su casa para invitar a comer, con dos o tres amigos más, a un amigo de su misma región empleado en un hospital provincial, que se hallaba esos días de visita en Tokio. Todo esto me lo había contado *sensei*, pidiéndome que me quedase en su casa hasta que volviera él. Acepté de inmediato.

16

Cuando llegué a su casa, la hora de empezar a encender las luces, *sensei*, siempre tan puntual, ya no estaba.

—Mi marido acaba de irse. Como no quería llegar tarde... —me dijo su esposa mientras me conducía al estudio. En su estudio, aparte de la mesa y la silla, se veían, a través del cristal de la vitrina iluminado por la luz eléctrica, los atractivos lomos de piel de muchos libros bien colocados. La señora me invitó a sentarme sobre un cojín junto al brasero y dijo:

—Quédate aquí leyendo algún libro que te guste —y se fue.

Yo me sentía exactamente como un visitante que aguardase la llegada del amo. Estaba incómodo y me puse a fumar. Se oía la voz de la señora que decía algo a la criada en la sala de estar. El estudio de *sensei* estaba pasada la esquina del pasillo al cual también daba esa sala de estar. Por su situación, al final del pasillo, el estudio era de una tranquilidad incomparable en la casa. Al cabo de un rato, se apagó la voz de la señora y todo quedó en silencio. Yo estaba tenso como si estuviera esperando la llegada del ladrón y atento a cualquier ruido.

A la media hora o así, la señora se asomó a la entrada del estudio. Me miró sorprendida y lanzó un «¡Ah!». Me siguió contemplando como si le hiciera gracia verme así tan serio, como si fuera un visitante nuevo.

—¿No te sientes incómodo?

—No, nada.

—Pero estás aburrido, ¿verdad?

—No. Como estoy alerta esperando al ladrón, no siento aburrimiento.

Ella seguía de pie y sonreía sosteniendo una taza de té inglés.

—Bueno, este lugar, algo apartado del centro de la casa, no es el mejor para montar guardia —dije yo.

—Entonces ¿por qué no vienes más al centro? Pensaba que estarías aburrido y te he traído un té. Si te parece bien, te lo serviré en la sala de estar.

Salí del estudio y caminé tras ella. En la sala de estar se oía el borbotear del agua hirviendo en una tetera de hierro fundido sobre un largo y hermoso brasero. En esa sala me invitó a té y a dulces. Ella ni siquiera tocó su taza de té, pues decía que le quitaba el sueño.

—¿Sale *sensei* de vez en cuando como hoy?

—No, casi nunca sale. Últimamente, parece que le gusta menos ver la cara de la gente.

Su expresión, al decir esto, no parecía reflejar preocupación. Entonces, yo me atreví a seguir preguntando.

—Entonces, usted es la excepción, ¿no?

—No. Yo también estoy entre esa gente.

—Eso no es cierto —dije yo— y usted misma sabe que no es cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, según mi teoría, a *sensei* no le gusta la sociedad de la gente porque la ama a usted.

—Como eres estudiante, te gusta argumentar con razones vacías. Pero, fíjate, igualmente se podría decir con tus mismas razones que, como no le gusta la gente, tampoco le puedo gustar yo, que formo parte de esa gente. ¿No te parece?

—Bueno, sí; se podría decir eso también. Pero en este caso, soy yo el que tengo

razón.

—No me gusta discutir. Los hombres se divierten discutiendo por discutir. No me explico cómo podéis pasar tanto tiempo hablando y hablando como si estuvierais brindando con copas vacías.

Sus palabras fueron bastante fuertes, aunque lo que sonó en mis oídos no me resultaba chocante. La mujer de *sensei* no era tan moderna como para hacerme reconocer su inteligencia y revelar su amor propio. Tenía la impresión de que a ella le importaba más lo que está sumergido dentro del corazón de las cosas.

17

Tenía más cosas que decir a la esposa de *sensei*, pero no deseaba que me tuviera por una persona polémica. Así que me abstuve. Mi mirada estaba fija en el fondo de la taza vacía. Ella, antes de que yo cambiara mi mirada, me preguntó:

—¿Quieres otra?

Enseguida le alargué la taza.

—¿Cuántos? ¿Uno o dos?

Era extraño. Cogiendo los terrones de azúcar y mirándome a la cara para saber cuántos quería, su actitud no era de coquetería pero estaba llena de simpatía, como si deseara compensar el tono fuerte de las palabras de antes.

Tomé el té en silencio y después seguí sin decir nada.

—¡Vaya! ¡Qué calladito! —dijo ella.

—Bueno, no quiero que usted me regañe por provocar una discusión —contesté yo.

—¡Que no, hombre, que no!

Así reanudamos nuestra conversación. Y nuevamente salió a relucir el tema de *sensei*, un tema que nos interesaba a ambos.

—Señora, ¿puedo añadir una cosa a lo que dije antes? Para usted tal vez no sea más que una teoría falsa, pero para mí es algo serio y sincero.

—Pues entonces, dilo.

—Si usted, de repente, desapareciera, ¿podría *sensei* vivir igual que hasta ahora?

—No lo sé. No habría más remedio que preguntarle a él, ¿no crees? No es, por tanto, algo que yo pueda contestar.

—Señora, hablo en serio. Por favor, no rehúya la pregunta. Respóndame honestamente.

—Soy honesta, ¿no lo entiendes? Y, honestamente, te digo que no lo sé.

—Entonces, usted, ¿cuánto le ama? Esta pregunta no es para *sensei*, sino para usted.

—Esas cosas no se preguntan tan abiertamente.

—¿Acaso es algo que no deba preguntarse en serio? ¿O se refiere usted a que está todo demasiado claro y no haría falta ni responder?

—Sí, más o menos, eso es.

—¿Y cómo sería *sensei* si usted, su fiel compañera, faltara de repente? A mí me parece que de este mundo no le interesa nada. Si usted faltara, ¿qué le pasaría? Contésteme, señora, cómo lo ve usted. Desde su punto de vista, ¿sería entonces feliz o infeliz?

—Desde mi punto de vista, todo está clarísimo (aunque a lo mejor *sensei* no opina lo mismo que yo). Él, lejos de mí, sería muy infeliz. Incluso, tal vez no podría seguir viviendo. Puede parecer algo presumido que diga esto, pero créeme, sinceramente pienso que yo le hago feliz. Estoy segura de que no hay nadie excepto yo que pueda hacerle feliz. Por eso estoy tan tranquila.

—Esa seguridad suya seguro que está reflejada favorablemente en el corazón de *sensei*.

—¡Ah! Esa es otra cuestión.

—¿Y dice usted que, pese a esto, él la aborrece?

—No, no pienso que me aborrezca. No hay razón para tal cosa. Pero *sensei*

aborrece la sociedad. O, más bien, no le gusta la humanidad. En este sentido, al ser yo también parte de esa humanidad, con toda la razón no le gusto.

Por fin había comprendido por qué decía ella que no le gustaba a *sensei*.

18

Estaba asombrado de su capacidad de comprensión. Su actitud, que no correspondía exactamente a la de una mujer tradicional japonesa, me pareció incluso intelectualmente estimulante. Además, ella casi nunca deslizaba esas palabras «modernas», tan de moda entonces.

Yo era un joven inexperto que no había tenido ninguna relación profunda con una mujer. Pero tal vez debido a mi instinto de hombre, siempre soñaba con las mujeres como objeto de un anhelo, un anhelo que se puede sentir vagamente en el corazón cuando uno ve esas hermosas nubes de un cielo de primavera. Por eso, cada vez que estaba con una mujer real cara a cara, mis sentimientos podían tomar un giro muy brusco. En lugar de sentir atracción hacia ellas, experimentaba más bien un extraño rechazo. Pero nada de esto me ocurría con la mujer de *sensei*. Tampoco observaba esa permanente diferencia de ideas que existe entre hombres y mujeres. En realidad, me olvidaba de que ella era mujer. Simplemente veía en ella a una simpatizante crítica y sincera de *sensei*.

—Señora, el otro día, cuando le pregunté a usted por qué *sensei* no salía ni tenía actividades en la sociedad, usted me dijo que él antes no era así, ¿verdad?

—Sí, recuerdo que lo dije. Ciertamente, no era así.

—¿Cómo era?

—Pues un hombre digno de confianza como tú y yo deseamos que sea.

—Entonces, ¿a qué se debió ese repentino cambio?

—¡Oh, no! No fue repentino. Cambió poco a poco.

—Y todo ese tiempo, usted estaba con él, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Formamos pareja...

—En tal caso, debe saber la razón de ese cambio, ¿no?

—Por eso justamente me siento tan mal. Si me dices esto, me siento de verdad mal, porque no tengo ni idea de cuál podría ser la causa de ese cambio. ¡Cuántas veces le habré pedido que me cuente todo!

—¿Y qué dice él?

—Pues que no tiene nada que decirme, que no hay nada de lo que yo deba preocuparme y que lo único que ha pasado es que ha cambiado su carácter. Y, bueno, no me hace caso.

Me quedé callado. Ella también se calló. De la habitación de la criada tampoco llegaba ningún ruido. Me había olvidado por completo del ladrón.

—¿No creerás que yo tengo la culpa de todo? —me preguntó de improvviso.

—No —contesté.

—Dímelo, sin ocultar nada, por favor. Si lo creyeras así, si creyeras que soy yo la culpable, sentiría más dolor que si me cortaran la carne en vivo. A pesar de todo —añadió—, creo que estoy haciendo todo lo que puedo por él.

—Eso lo reconoce el mismo *sensei*. Se lo aseguro. No se preocupe. Esté tranquila, por favor.

Aireó las ascuas del brasero. Después, añadió más agua a la tetera de hierro fundido, que dejó ya de hacer ruido.

—Una vez que ya no podía aguantar más, le pedí que me dijera todo lo que no le agradaba de mí sin ocultarme nada. Le dije que trataría de cambiar cualquier defecto que viera en mí. Me dijo entonces que yo no tenía ningún defecto, sino que él y sólo él era quien tenía defectos. Ahora, cuando pienso en esto, me pongo muy triste. Se me saltan las lágrimas y siento todavía más ganas de preguntarle qué hay en mí que no le agrada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al principio, yo la trataba como a una mujer comprensiva. Pero a medida que conversábamos, su manera de expresarse iba cambiando gradualmente; y, en lugar de dirigir mi mente, empezó a mover también mi corazón. Entre ella y su marido no existía ninguna reserva ni frialdad, pero aún así, ella sentía que había algo. En

consecuencia, trataba de reconocer ese algo con los ojos muy abiertos, pero sin ver nada. Esta era la clave de su sufrimiento.

Al comienzo había dicho que la mirada de *sensei* hacia la sociedad era muy pesimista y que, por lo tanto, ella no era del agrado de *sensei*. Pero, al decir esto, no las tenía todas consigo. En efecto, en el fondo le asaltaba el pensamiento contrario, es decir, que el mundo entero no era del agrado de *sensei* a causa de ella, a causa del desagrado que ella le inspiraba. Sin embargo, nunca pudo tener una prueba de que esto fuera verdad. La actitud de *sensei* hacia ella era siempre la de un buen marido: amable y tierno. Pero ella tenía oculto en el fondo de su pecho un haz de dudas envuelto en el cariño de su marido. Esa noche iba a desatar ese haz ante mí:

—¿Qué opinas? —me preguntó—. ¿Ha sido por mi culpa por lo que ha cambiado tanto o simplemente a causa de sus ideas sobre la vida? Responde sin ocultarme nada.

No tenía yo la intención de ocultarle nada. A pesar de eso, sabía que, existiera o no un hecho por mí ignorado, mi respuesta nunca le resultaría satisfactoria. Y estaba seguro de que había algo que yo no sabía.

—No lo sé.

Por un instante, su semblante expresó decepción por una respuesta inesperada. Me apresuré a añadir:

—Pero le aseguro que usted no le desagrada a *sensei*. Le estoy diciendo lo que he oído de boca de *sensei*. Y él no miente nunca, ¿verdad que no?

No me contestó. Al cabo de un rato dijo:

—A decir verdad, recuerdo algo que podría estar detrás de todo esto.

—¿Se refiere detrás de su cambio de carácter?

—Sí, detrás de todo. Una razón que, por estar fuera de mí, me hace sentir un gran alivio...

—¿Y cuál es?

Se miraba las manos, que mantenía colocadas sobre las rodillas, mientras parecía titubear.

—Te la diré y tú me darás tu opinión.

—Así lo haré.

—De todos modos, no te puedo decir todo. Si te lo contara todo, él me regañaría. Sólo te diré las cosas que a él no le importa que te cuente.

Sentí tensión y tragué saliva.

—Siendo todavía estudiante en la universidad, tenía un amigo muy íntimo. Este amigo suyo murió poco antes de graduarse. Murió de repente.

Y, acercándose a mi oído, me susurró en voz baja:

—La verdad, no fue una muerte natural.

Su manera de decirlo me empujó a preguntarle.

—¿Por qué?

—No puedo decirte más. Desde aquello, él empezó a cambiar poco a poco. No sé la causa de su muerte. Quizá tampoco mi marido la sepa. Pero no hay razón para negar que, desde entonces, empezó a no ser el mismo.

—¿Es ese el amigo cuya tumba visita en Zoshigaya?

—Tampoco puedo decirte eso porque se lo he prometido. Pero la cuestión es: si una persona pierde a su mejor amigo, ¿es posible cambiar tanto? Eso es lo que desearía saber y sobre lo que me gustaría saber tu opinión.

Mi opinión se inclinaba a una respuesta negativa.

20

Intenté consolarla lo mejor que pude dentro de mi conocimiento limitado de los hechos.

También ella parecía que deseaba ser consolada por mí. Por eso seguimos hablando los dos largamente sobre este asunto. A pesar de todo, fui incapaz de llegar a la raíz. Su ansiedad se originaba en unas dudas semejantes a esas nubes finas que andan flotando por el cielo. Sobre la verdad del asunto tampoco ella sabía mucho y, de lo que sabía, no podía decirme gran cosa. Así, yo consolándola y ella dejándose

consolar, nos asemejábamos a dos náufragos a merced de las olas que flotaban en el mar de una vasta inseguridad. Y en tal situación, ella alargaba al máximo los brazos para aferrarse a mis opiniones, igualmente desprovistas de apoyo.

A eso de las diez, oímos las pisadas de *sensei* en la entrada. Su mujer, levantándose de repente como si hubiera olvidado todo y dejando mi compañía, salió a recibirle. Me quedé solo y después la seguí. Sólo la criada, que probablemente estaba dormida, no salió.

Sensei estaba más bien de buen humor. Pero su mujer parecía aún más alegre. Recordé el brillo de sus lágrimas agolpadas en sus bonitos ojos y la arruga formada en la raíz de sus negras cejas cuando hablábamos poco antes. Observé con atención tan extraño cambio de actitud. Realmente no parecía haber sido insincera, pero me sentí inclinado a pensar que pudo haber sido todo la táctica de una mujer con ganas de poner en juego sus sentimientos con los míos. En ese momento, sin embargo, no tenía ninguna intención de criticarla. Y la verdad es que me sentí aliviado al verla transformarse así. Me di cuenta de que no había habido motivos para haberse preocupado por ella.

Sensei, sonriendo, me dijo:

—Gracias por guardar la casa. ¿Así que el ladrón no ha venido? —Y añadió—: ¿No estarás decepcionado, verdad?

La señora me despidió, inclinándose ligeramente y diciendo:

—Perdón por las molestias.

Sonaba más bien como una broma, es decir, sonaba como si sintiera más que no se hubiera presentado el ladrón que el haberme molestado a mí, quitándome mi tiempo. Con esas palabras, envolvió en un papel los pasteles que habían sobrado y me los puso en la mano. Yo los metí dentro de la amplia manga de mi quimono y, saliendo de su casa, apresuré mis pasos a través de las callejas frías hasta una zona más animada de la ciudad.

He descrito con detalle todo lo que he podido rescatar de mi memoria sobre aquella noche. Y lo he hecho porque sentía la necesidad de hacerlo, aunque aquella noche, cuando volví a casa con los pasteles que ella me había dado, no consideraba tan importante nuestra conversación. El día siguiente, cuando regresé de la universidad para comer en casa, al ver el paquete de pasteles sobre la mesa de estudio, enseguida me comí uno. Era de bizcocho y color marrón, con chocolate encima. Mientras lo comía, pensaba que esas dos personas que me habían dado ese

pastel existían en este mundo como una pareja feliz. Con este convencimiento, saboreé el pastel.

El otoño se iba y hasta la llegada del invierno no ocurrió nada. Cuando visitaba a *sensei*, aprovechaba para pedir a la señora que me lavara o cosiera algún quimono. Hasta entonces, yo no me había puesto nunca el *juban*^[57] de cuello negro. Decía ella que, como no tenía hijos, a su salud le convenía ocuparse de estos quehaceres para no aburrirse.

—Este quimono está tejido a mano, ¿verdad? Nunca había cosido un género tan bueno. Sólo que resulta difícilísimo de coser. Ya he roto dos agujas de lo bueno que es.

Aunque decía cosas así, no ponía nunca mala cara.

21

Al llegar el invierno, tuve que regresar a mi pueblo inesperadamente. En la carta recibida de mi madre, se mencionaba la enfermedad de mi padre, una enfermedad que, aunque de momento no revestía gravedad, hacía aconsejable mi regreso habida cuenta de la avanzada edad de mi padre.

Hacía tiempo que mi padre padecía de los riñones. Como muchos hombres de edad mediana o avanzada, su enfermedad ya era crónica. Pero, como se cuidaba bien, tampoco parecía haber un peligro inminente. Eso era, al menos, lo que pensábamos sin dudar la familia y él mismo. Mi padre decía, en efecto, a todo el mundo que sólo por cuidarse bien había podido seguir viviendo. Mi madre en su carta escribía que, estando un día mi padre ocupado en el jardín, se había desvanecido de repente. La familia pensó que se trataba de una ligera hemorragia cerebral y le dieron el tratamiento correspondiente. Pero luego el médico dijo que no parecía ser ese el problema, sino que era el resultado de su enfermedad. A partir de entonces, todos empezaron a asociar siempre desvanecimiento y enfermedad de los riñones.

Para las vacaciones de invierno^[58] faltaba todavía tiempo. Pensé que a mi padre no le pasaría nada hasta el fin del trimestre y dejé pasar uno o dos días. Pero durante ese par de días, empezó a asaltarme la imagen de mi padre acostado o de la cara preocupada de mi madre, etc. Me sentía mal con estos pensamientos y, finalmente, decidí volver al pueblo. Para ahorrar tiempo y evitar a mis padres la molestia de tener que mandarme dinero para el viaje, decidí visitar a *sensei* para despedirme y pedirle prestado el dinero necesario para el viaje.

Sensei se encontraba resfriado y no tenía ganas de pasar a la sala de estar. Así que me recibió en su estudio. Por el cristal de la ventana entraba una luz solar blanda pocas veces vista ese invierno y que caía sobre el paño de la mesa. En ese soleado cuarto estaba *sensei*, que había colocado un gran brasero sobre el cual había un trípode con una palangana llena de agua que exhalaba vapores benéficos para la respiración.

—No es nada grave. Total, un simple catarro. Pero resulta más molesto que una enfermedad en toda regla —y, diciendo esto, *sensei* me miró sonriendo con amargura.

Sensei era del tipo de personas que no conocen las enfermedades. Al escucharle sentí ganas de reír.

Y dije:

—Yo, si es un catarro, lo aguanto; pero más, no. Usted también, ¿no? Si llega a ponerse realmente enfermo, lo comprenderá muy bien.

—¿Crees tú? Bueno, si he de ponerme enfermo, pues que sea mortalmente enfermo.

No presté mucha atención a lo que dijo. Pasé enseguida a hablarle de la carta de mi madre y le pedí dinero.

—No hay problema. Si es esa cantidad, la tengo en casa y te la podrás llevar ahora mismo.

Llamó a su mujer y le pidió que me diera el dinero. Ella sacó el dinero de un cajón del aparador y, envolviéndolo en un papel fino de caligrafía, me dijo:

—Debes estar preocupado, ¿verdad?

—¿Se ha desmayado ya muchas veces? —preguntó *sensei*.

—Bueno, en la carta no dice nada... Pero ¿tantas veces se puede desmayar?

—Pues sí.

Supe entonces que su suegra había muerto de esa misma enfermedad.

—Es difícil de curar, ¿no? —pregunté yo.

—Bueno. Si pudiera estar en lugar de tu padre, no me importaría. ¿Tiene vómitos?

—No sé. La carta no dice nada de vómitos. Seguro que no los tiene.

—Mientras no tenga vómitos, seguirá bien —dijo la señora.

Partí de Tokio en el tren de esa noche.

22

La enfermedad de mi padre no era tan grave como imaginaba. Al llegar a casa, me lo encontré sentado en la cama con las piernas cruzadas. Me dijo:

—Como todo el mundo se preocupa tanto de mí, tengo que estar aguantando aquí quieto, pero ya puedo levantarme, ¿sabes?

A partir del día siguiente y sin hacer caso a mi madre que deseaba que estuviera más tiempo en la cama, se levantó. Mientras doblaba con desgana el grueso edredón, dijo mi madre:

—Como has vuelto, tu padre está convencido de que se siente más fuerte.

A mí, sin embargo, no me parecía que estuviera fingiendo sentirse mejor.

Mi hermano mayor vivía en la lejana isla de Kiushu debido a su trabajo. A él no le resultaba tan fácil visitar a nuestros padres, a no ser que ocurriera algo grave. Mi hermana pequeña estaba casada en otra región y tampoco podía venir tan fácilmente como quisiera. Por eso, de los tres hermanos, yo, siendo estudiante, era el más a mano para esta situación. A mi padre le causaba mucha satisfacción verme en casa, obediente a la llamada de mi madre, sin acabar el curso y antes del comienzo de las vacaciones.

—Siento, hijo, haberte hecho faltar a las clases por esta tontería de enfermedad que tengo. Ha sido culpa de tu madre. ¡Haberte escrito una carta tan exagerada...!

Esto lo decía por decir, naturalmente. Y no sólo eso, sino que, levantándose, pidió que le recogiéramos la ropa de cama. Mostraba la energía de siempre.

—Como te descuides, volverás a ponerte malo como la otra vez.

Mi consejo pareció divertirle y se lo tomó a la ligera.

—¡Tranquilo! No me pasará nada. Si me cuido como siempre, todo irá bien.

En realidad, parecía encontrarse bien. Andando de un lado a otro por la casa, ni jadeaba ni se mareaba. El color de su cara, sin embargo, era bastante más pálido de lo normal. Pero como no era un síntoma reciente, tampoco nos preocupaba demasiado.

Escribí a *sensei*, agradeciéndole su préstamo. Le decía que, si no tenía inconveniente, le devolvería su dinero a mi regreso a Tokio a principio de año. Le hablaba también de la enfermedad de mi padre, que no era tan grave como yo había imaginado y que, al no sentir mareos ni tener vómitos, seguro que no le pasaría nada serio próximamente. En último lugar, aunque sin darle importancia, le expresé mi interés por su resfriado.

Esta carta la escribí sin esperar respuesta. Después de enviarla, les hablé a mis padres de *sensei* y, al hacerlo, me lo imaginaba en su estudio.

—Cuando te vayas a Tokio la próxima vez, le llevas unas setas secas.

—Bueno, pero no sé si le van a gustar.

—Hombre, no es que sea una exquisitez, pero a todo el mundo le gustan las setas secas.

A mí me parecía extraño asociar a *sensei* con las setas secas.

Cuando recibí una carta de *sensei*, me sorprendí un poco. Me extrañé aún más al comprobar que esa carta no contenía nada particular. Pensé entonces que la había escrito por pura amabilidad. Y este pensamiento me hizo muy feliz. Era la primera carta que recibía de *sensei*.

Si digo la «primera carta», podría creerse que mantuvimos correspondencia. He de advertir que no fue así. Exactamente, no recibí más que dos cartas suyas en vida de él. Una fue esta, respuesta sencilla a la mía, de la que acabo de hablar, y otra fue una larga, muy larga, que me dirigió antes de morir.

A mi padre, por el carácter de su enfermedad, no se le permitía moverse mucho. Después de levantarse de la cama, casi nunca salía. Un día en que había sol, bajó por la tarde al jardín^[59]. Yo, por precaución, le acompañé, intentando cogerle el brazo y apoyarlo en mi hombro. Pero él, entre risas, no me hizo caso.

Para hacer compañía a mi padre, que se aburría mucho, a menudo jugábamos al ajedrez japonés. Al ser los dos perezosos y tener puesto el tablero sobre una mesa con faldillas, debajo de la cual estaba el brasero que nos calentaba, cada vez que movíamos una pieza teníamos que sacar la mano de debajo de la faldilla de mesa. A veces, se nos perdía alguna pieza y no nos dábamos cuenta hasta la siguiente partida. En alguna ocasión, mi madre encontró alguna pieza entre las cenizas del brasero que tenía que recoger con las tenazas.

El *go*^{[60][a]}, con su tablero grueso y con patas, no sería bueno para nosotros que nos gusta jugar sobre la mesa camilla. En cambio, este tablero de ajedrez es ideal para gente perezosa como nosotros, que no queremos sacar la mano de debajo de la mesa.

—Venga, vamos a jugar otra partida.

Mi padre, cuando ganaba, siempre decía lo mismo: «Venga, otra partida». Pero también lo decía cuando perdía. Ganar o perder, en definitiva, no le importaba. Siempre deseaba estar jugando al ajedrez sentado a la mesa camilla. Al principio, este juego de jubilados me resultaba novedoso y tenía interés; pero con el paso de los días, mi energía juvenil no podía satisfacerse con tan escaso estímulo. A veces, levantaba las manos por encima de mi cabeza, sosteniendo en ellas las piezas, y bostezaba sin ningún reparo.

Pensaba en Tokio y oía cómo latía mi corazón que no cesaba de mover mi sangre rebosante. Extrañamente, sentía que esos latidos resonaban con más potencia gracias a la fuerza que *sensei* parecía haberme transmitido. En mi mente, le comparé con mi padre. Los dos eran hombres tranquilos, cuya muerte o vida podía pasar desapercibida para la opinión pública. Desde el punto de vista del reconocimiento social, uno y otro eran unos don nadie. Aún así, este padre mío, al que tanto le gustaba el ajedrez, no resultaba de mi agrado, ni siquiera como compañero de juego. Con *sensei* no tenía ningún recuerdo de haber compartido juegos, pero aun más que cualquier relación de ese tipo, él estaba influyendo intelectualmente en mí sin darme yo cuenta. Si digo «intelectualmente», parece algo frío, así que diré mejor «espiritualmente». Por eso, no me parece nada exagerado afirmar que la fuerza de *sensei* estaba en mi carne y que su espíritu corría por mi sangre. Esta era la realidad tal como se me mostraba y, al reflexionar sobre ella atentamente, tuve la impresión de haber descubierto una gran verdad. Me quedé perplejo.

Casi al mismo tiempo en que empezaba a aburrirme en casa, tuve la sensación de que también para mis padres mi estancia en la casa parecía estar muy vista, nada parecido a la novedad de los primeros días. Creo que esto les suele ocurrir más o

menos a todos los que regresan a sus casas en las vacaciones. La primera semana siempre son tratados con mucho cariño y hasta mimo, pero, cuando se enfría esa etapa de entusiasmo inicial, la familia se acostumbra a la presencia de uno y acaba por ignorarle. Además, cada vez que yo volvía a casa, me traía de Tokio aspectos novedosos que mis padres ni apreciaban ni entendían. Lo diré con un ejemplo clásico, era como si trajera el olor del cristianismo a la casa de un confuciano. Por eso, lo que traía conmigo nunca armonizaba con mis padres. Por supuesto que yo intentaba encubrir los cambios que Tokio podía haber producido en mí, pero había cosas que ya eran parte de mí, cosas que, aunque no quisiera mostrar, no podían escapar a los ojos de mis padres. Finalmente perdí todo interés en seguir más tiempo en casa. Quería volver a Tokio cuanto antes.

Afortunadamente, el estado de mi padre se había estancado y no había síntomas de empeoramiento. De todos modos, se llamó a un médico de cierta fama, que vivía lejos, para que le examinara con detenimiento. Este médico no detectó nada que no supiéramos ya. Decidí irme antes de terminar las vacaciones de Año Nuevo.

Al anunciarles mi partida, mis padres, por extraño que parezca, se opusieron.

—¿Pero te vas ya? Todavía es muy pronto, ¿no? —dijo mi madre.

—No te pasará nada porque te quedes cuatro o cinco días más —añadió mi padre.

Pero yo no cambié el día que había fijado.

24

Cuando llegué a Tokio, ya habían retirado todas las decoraciones de pino^[61]. Soplaban un viento frío y no se percibía la animación propia del Año Nuevo.

No tardé en ir a casa de *sensei* a devolverle su dinero. Le llevé también aquellas setas secas. Como me pareció algo raro dárselas así, sin más ni más, dije que era un regalo de parte de mi madre. Y las puse delante de la esposa de *sensei*. Las setas estaban dentro de una caja nueva de dulces. Después de darme cortésmente las gracias ella, al levantar la caja y sorprenderse de su ligereza, me preguntó:

—¡Vaya! ¿Qué tipo de dulces son estos?

A medida que conocía mejor a la esposa de *sensei*, más me sorprendían esos

rasgos infantiles de su carácter.

Los dos me preguntaron con interés sobre la enfermedad de mi padre.

—De veras, después de escucharte, todo parece indicar que, de momento, no le va a pasar nada, pero es una enfermedad ante la que hay que estar muy atento.

Sensei tenía muchos conocimientos, de los que yo no tenía ni idea, sobre esta enfermedad de los riñones. Y añadió:

—Lo peculiar de esta enfermedad es eso. El que la padece no se da ni cuenta. Un militar conocido mío se murió precisamente de eso. Parecía mentira. Su mujer, que estaba acostada a su lado, ni siquiera tuvo tiempo de cuidarle. Parece ser que por la noche la había despertado para decirle que se sentía algo mal. A la mañana siguiente ya estaba muerto. La mujer creía que estaba dormido.

Yo, que hasta entonces era bastante optimista, de repente empecé a inquietarme.

—A mi padre podría pasarle lo mismo, ¿no? No se puede decir que no, ¿verdad?

—¿Qué dice el médico?

—Que curarse es imposible, pero que tampoco hay razón para preocuparse por ahora.

—Pues entonces, si lo ha dicho el médico, no habrá problema. El caso del que he hablado, era el de una persona bastante descuidada. Era un militar con una vida nada moderada.

Recobré la tranquilidad. *Sensei*, que observaba mi expresión, añadió:

—A pesar de todo, esté sano o enfermo, los hombres somos muy frágiles. Cualquier cosa puede desencadenar la muerte.

—¿Usted también piensa esas cosas?

—Aunque estoy sanísimo, no puedo negar que lo pienso.

Había una sombra de sonrisa en sus labios.

—Hay personas que a veces se mueren repentinamente, aunque por causas naturales. Y también hay otras cuya muerte repentina tiene como causa una violencia no natural.

—¿Qué es la violencia no natural? —pregunté yo.

—No sé exactamente, pero los que se suicidan utilizan esa violencia, ¿no?

—Los asesinatos, entonces, son también por violencia no natural, ¿verdad?

—Bueno, no estaba pensando en asesinatos. Pero sí, es cierto lo que dices.

Ese día sin decir más me fui. Después de volver a casa, no me preocupé realmente por el estado de mi padre, ni tampoco le di demasiadas vueltas a las palabras de *sensei* sobre muerte natural y violencia no natural. Estaba más preocupado de la tesis que tenía que escribir para graduarme y que todavía no había empezado seriamente. Tenía que ponerme a trabajar firmemente en ella.

25

Para poder graduarme en junio de ese año, era preciso acabar la tesis antes del fin del mes de abril. Era el reglamento de la universidad. Cuando me puse a contar con los dedos los meses que me quedaban, me sorprendí de mi valor por estar tan despreocupado. Otros compañeros hacía mucho tiempo que estaban reuniendo material bibliográfico y notas, y se les veía muy atareados. Sólo yo seguía de brazos cruzados y lo único que tenía era la resolución de trabajar en firme desde el Año Nuevo. Había empezado con mucha fuerza, pero pronto me atasqué. Hasta entonces, tenía claro en mi mente el amplio tema sobre el que quería escribir. Creía que la estructura de esa idea ya la tenía formada, pero me equivoqué y empecé a sufrir y a sujetarme la cabeza entre las manos. Después, reduje el tema. Por último y a fin de eliminar la complicación de ordenar todas las ideas, decidí utilizar todo el material que pudiera encontrar en los libros y añadir una conclusión adecuada.

El tema elegido tenía mucho que ver con la especialidad de *sensei*. Un día, cuando le pregunté su opinión sobre el tema elegido, me dijo que era bueno. Después de quedarme desconcertado, volví apresurado a su casa y le pregunté qué libros tenía que leer. Me facilitó amablemente todos los conocimientos que tenía sobre el tema y me prestó dos o tres libros necesarios, pero ni por un momento mostró interés en dirigirme la tesis.

—Últimamente, no leo mucho. Así que no sé nada de las últimas

publicaciones. Sería mejor que preguntaras a tu profesor.

Entonces, recordé que su mujer me había dicho una vez que *sensei* fue un lector voraz en una época y que, después, sin saber cómo ni por qué, dejó de tener interés en los libros.

Dejando a un lado el asunto de la tesis, le pregunté distraídamente:

—*Sensei*, ¿por qué no puede tener tanto interés en los libros como antes?

—No hay una razón... No sé... Tal vez porque sé que, por mucho que lea, no voy a ser nadie importante. Además...

—¿Hay algo más?

—Bueno, no es que haya algo más, es que antes, cuando hablaba con la gente o cuando se me preguntaba algo, sentía vergüenza si no lo sabía. Pero últimamente, ya no siento eso y no me esfuerzo en leer libros. En una palabra, me he hecho viejo.

Su actitud era apacible al decir esto. No mostraba la amargura de quien ha dado la espalda a la sociedad. Tal vez por esto, sus palabras no me hicieron reaccionar. Yo no creía que *sensei* se hubiera hecho viejo, tampoco pensaba que fuera una persona maravillosa. Con estas ideas, volví a mi pensión.

Desde entonces, la tesis me hizo sufrir. Mis ojos se volvieron sanguinolentos como los de un psicópata. A unos amigos que se habían graduado el año anterior les pregunté sobre diversos aspectos de este asunto. Uno de ellos me dijo que el último día de la entrega de tesis tuvo que alquilar un carruaje para llegar a tiempo. Otro dijo que si no hubiera sido por la intercesión de su profesor a punto habría estado su tesis de no ser aceptada por haber llegado quince minutos después de la hora límite. Estas experiencias, al tiempo que me angustiaban, me dieron valor para enfrentarme a mi problema. Trabajaba todos los días sentado a la mesa hasta caer agotado. Si no me encontraba a la mesa, estaba entre las estanterías de la biblioteca. Febrilmente, mis ojos buscaban las letras doradas en los lomos de los volúmenes, como si fuera un coleccionista de antigüedades.

Al florecer los ciruelos^[62], el viento frío fue cambiando de dirección y poco a poco empezó a soplar del Sur. Pasada esa época, empezó a llegar a mis oídos el rumor, como si de una creciente nebulosa se tratara, de que se acercaba la floración de los cerezos. Mientras, yo seguía trabajando como un caballo de tiro que, fustigado por los latigazos de la tesis, sólo mira de frente. Hasta fines de abril, cuando por fin terminé todo lo que estaba previsto, no puse los pies en casa de *sensei*.

Cuando me libré de todo, ya habían caído los pétalos del *yaezakura*^[63] y sus ramas habían empezado a echar hojas verdes. Era el principio del verano. Me sentía con el corazón de un pajarito escapado de su jaula y que, a la vista del cielo y la tierra, aletea gozosa y libremente. Fui a casa de *sensei* enseguida. En el camino, me llamó la atención el seto de mandarino silvestre con sus oscuras ramas ya echando brotes y las hojas lustrosas y marrones que salían del viejo tronco del granado reflejando suavemente la luz del sol. Sentí la curiosidad del que ve todo esto por primera vez en su vida.

Sensei, al fijarse en mi expresión alegre, dijo:

—¿Así que ya has terminado tu tesis? Eso está muy bien.

—Sí, he terminado gracias a usted. Y ya no tengo nada que hacer —contesté yo.

Efectivamente, en ese momento sentía que había acabado todo lo que tenía que hacer y que, de ahora en adelante, tenía todo el derecho del mundo a descansar y relajarme. Estaba contento y tenía suficiente confianza en la tesis recién terminada. Hablé de ella sin parar con *sensei*. Él, como siempre, me decía: «¿De verdad?» o «¡Ah!, ¿sí?», pero sin entrar en comentarios. Más que insatisfecho, me sentí algo decepcionado. Aún así, ese día estaba animado hasta el punto de poder llevarle la contraria. Quise sacarle a la gran naturaleza de color verde que estaba resucitando fuera.

—*Sensei*, vamos de paseo a alguna parte. Se está muy bien al aire libre...

—¿Pero adónde?

A mí no me importaba dónde. Sólo quería sacar a *sensei* fuera de la ciudad.

Una hora después, tal y como yo quería, nos alejábamos de la ciudad: caminábamos sin rumbo por un lugar tranquilo en donde no se podía distinguir si era poblado o campo. Arranqué una hoja de un seto y me puse a silbar con ella. Un amigo de Kagoshima me había enseñado cómo hacerlo y se me daba bastante bien. Yo seguía silbando alegremente y *sensei* caminaba como si no le importase nada.

Al rato vimos un sendero debajo de árboles de copas de tiernas hojas verdes. En la entrada del sendero había un letrero que decía «Vivero de...». Supimos así que

no era una finca privada. Al ver la entrada, por donde remontaba el camino, *sensei* dijo:

—¿Entramos?

—Aquí se venden plantas, ¿verdad? —pregunté yo.

Siguiendo el sendero y subiendo la cuesta, se veía a mano izquierda una casa. Por las puertas de *shoji*^[64] abiertas no se veía a nadie. Vimos un recipiente grande delante de la casa, dentro del que se movían pececitos de colores.

—Está todo muy silencioso, ¿verdad? ¿Podremos entrar sin permiso?

—Sí, creo que sí.

Seguimos avanzando sin ver a nadie. Las azaleas estaban florecidas como un incendio esplendoroso. *Sensei*, indicando una alta y de color ocre, dijo:

—Esa debe de ser una *kirishima*^[65].

Había también peonías plantadas en una superficie de más o menos diez *tsubo*^[66], pero como todavía no era su época, ninguna estaba en flor. Al lado del campo de peonías, había un viejo banco sobre el que *sensei* se tumbó boca arriba. Yo me senté en el espacio libre del banco y me puse a fumar. *Sensei* miraba el cielo transparente. Yo no apartaba la vista del color de las hojas nuevas. Si me fijaba bien en ellas, me daba cuenta de que todas eran distintas. No había ni una rama cuyas hojas tuvieran la misma tonalidad. El sombrero de *sensei*, enganchado en la punta de un plantón de cedro, salió volando por el aire.

27

Me apresuré a cogérselo. Quité con la uña la roja tierra que se había pegado al sombrero. Le dije:

—*Sensei*, se le ha caído el sombrero.

—Gracias.

Lo tomó mientras se incorporaba del banco y, en esa postura, medio incorporado y medio tumbado, me hizo una extraña pregunta:

—Por cierto, ¿tu familia tiene fortuna?

—¿Que si es rica, quiere decir? Bueno, no tanto como para decir que tiene fortuna.

—Pero ¿cuánto tiene? Y perdona la indiscreción.

—¿Cuánto? Pues no sé bien. Tenemos algo de terreno en el monte y algunos arrozales. Dinero creo que no hay nada.

Era la primera vez que *sensei* me preguntaba por la economía de mi familia. Yo nunca le había preguntado nada parecido a él. Al principio, cuando le conocí, me preguntaba cómo podría vivir sin trabajar. Es algo que siempre me he preguntado. Pero no me parecía bien preguntarle algo así. Pero ahora, después de hacer descansar bien mis ojos con los colores de las hojas nuevas de los árboles, sin saber cómo, me atreví a preguntarle:

—¿Y usted, *sensei*? ¿Es rico?

—¿Te parezco rico?

Sensei solía vestir con sobriedad. Su familia era poco numerosa y su casa, en consecuencia, no era muy grande. Sin embargo, a mí, aunque no era miembro de su familia, me resultaba evidente que su posición era más bien acomodada. Es decir, su manera de vivir, sin ser lujosa, era más que desahogada.

—Sí, me parece rico.

—Bueno, para vivir sí que tengo. Pero no soy rico. Si lo fuera, tendría una casa grande.

Ya se había incorporado y sentado cruzando las piernas. Después de estas palabras, con la contera del bastón se puso a trazar una especie de círculo en la tierra. Cuando terminó, clavó el bastón verticalmente en ella.

—Antes, sí que era rico —añadió.

Hablaba medio consigo mismo. Yo, sin saber qué hacer, guardaba silencio.

—Aunque no lo parezca, antes era rico —dijo otra vez, y sonrió mirándome.

No le contesté nada. Me sentía torpe e incapaz de hablar. Entonces, nuevamente, cambió de tema.

—¿Qué tal está tu padre después de aquello?

Yo no sabía nada de mi padre después de Año Nuevo. Las sencillas cartas que me mandaba mi familia con las letras de cambio mensuales me venían escritas siempre por mi padre y en ellas no se quejaba de ningún síntoma grave. Su letra era además firme y sin que se percibiera ese temblor a menudo manifiesto en este tipo de enfermos.

—No me dicen nada de su enfermedad. Pero creo que está bien.

—Bueno, me alegro de que sea así. Pero esa enfermedad...

—No sé. ¿No habrá posibilidad de que se cure? Es que parece que todo está ahora estable. Como no me han dicho nada...

—¿De veras?

Yo escuchaba a *sensei* que me preguntaba por las finanzas de mi familia y por la enfermedad de mi padre, pensando que se trataba de esos temas comunes que suelen venir a los labios en una conversación trivial. Pero en el fondo de sus palabras había una intención por relacionar ambos temas. Una intención que a mí, por carecer de la experiencia por él vivida, me pasaba entonces desapercibida.

28

—Si en tu casa tenéis fortuna que repartir, creo que es mejor hacerlo cuanto antes, ¿eh? Aunque, naturalmente, no es asunto mío. Mientras tu padre esté bien, es mejor que recibas de tu herencia lo que te corresponda. Cuando ocurra lo que tiene que ocurrir, el asunto de las herencias suele plantear problemas.

—Sí, *sensei*.

La verdad es que yo no di mucha importancia a esto que me decía. Pensaba que en ese momento ni yo, ni mi madre ni mi padre, ni nadie en mi familia se preocupaba por ese tema. Me sorprendí mucho de lo dicho por *sensei*, que se revelaba ahora tan práctico. Pero el respeto, que por costumbre tengo hacia los mayores, me hizo guardar silencio.

—Perdona si te he ofendido por hablar como si estuviéramos esperando la muerte de tu padre. Pero los hombres se mueren. Aunque uno esté sanísimo, nunca sabemos cuándo vamos a morirnos.

Su tono era inusitadamente amargo.

—No, no me ha ofendido en nada —dije yo como disculpándome.

—¿Cuántos hermanos sois?

Además, me preguntó por toda la familia, si teníamos más parientes, cómo eran mis tíos y tías. Al final, dijo:

—¿Son todos ellos buenas personas?

—No creo que haya nadie malo. Todos son del pueblo.

—¿Y no pueden ser malos por ser del pueblo?

Yo empecé a sentirme acosado. Pero no me dio tiempo ni de pensar.

—En realidad, la gente de los pueblos tiende a ser peor que la de la ciudad. Acabas de decir que entre tus parientes no parece que haya nadie malo. ¿Crees que hay una especie de personas malas? Vamos a ver: la gente no sale hecha de un molde, o algo así, de personas malas. Generalmente, todas son buenas. Por lo menos, son normales. No obstante, en un momento dado, inesperadamente, la persona buena se convierte en mala. Es terrible. Por eso no hay que descuidarse.

Su charla no parecía acabar ahí. Intenté decir algo. Pero en ese instante, un perro se puso a ladrar detrás de nosotros. Los dos, sorprendidos, miramos atrás. A un lado del banco, por detrás, había plantones de cedro y, más allá, ocultando una superficie de unos tres *tsubo*^[67], matorrales de bambú enano entre los cuales se veía la cabeza y el tronco de un perro que seguía ladrando furiosamente. Entonces, apareció un niño de unos diez años que se puso a regañar al perro. Llevaba un sombrero con el escudo del colegio. Se presentó ante *sensei* y le saludó inclinándose:

—Señor, cuando usted entró aquí, ¿no había nadie?

—No, no había nadie.

—Mi hermana y mi madre estaban en la cocina.

—¿Ah, sí?

—Señor, usted tenía que haber dicho «buenas tardes» antes de entrar.

Sensei sonrió débilmente. Sacó del monedero, que tenía en la pechera del quimono, una moneda de cinco *sen*, e hizo que el niño la tomara en la mano.

—Y, por favor, dile a tu madre que sea tan amable de dejarnos descansar aquí un rato.

El niño, con una sonrisa que parecía rebosar de sus ojos inteligentes, asintió con la cabeza.

—Soy el jefe del cuerpo de expedición, ¿sabe usted?

Con estas palabras, el niño bajó corriendo entre las azaleas. El perro, alzando la rosca de su rizado rabo, le siguió. Poco después, otros dos o tres niños de la misma edad pasaron corriendo en la misma dirección hacia donde había ido el jefe.

29

No llegué a captar las palabras de esa conversación interrumpida por la presencia del perro y los niños. El tema de la herencia, tan preocupante al parecer para *sensei*, era ajeno a mi interés. Por mi carácter y mi situación, no tenía la capacidad de inquietarme por asuntos económicos. Pensándolo ahora, creo que esa falta de interés se debía, primero, a mi inexperiencia y, segundo, a que nunca se me habían planteado los temas económicos. De todos modos, era demasiado joven; y el asunto del dinero estaba muy alejado de mi interés.

Pero en lo que me hubiera gustado profundizar aquel día con *sensei* era sobre eso de que uno se convierte en malo cuando pasa por una situación crítica. Como simples palabras, las entendía, pero yo deseaba saber más de lo que aparentaban.

Después de irse el perro y los niños, aquel amplio jardín de hojas tiernas recuperó su silencio. Y nosotros, como congelados en ese silencio, permanecemos callados un buen rato. Gradualmente, el hermoso color del cielo empezó a perder su luz. La mayoría de los árboles que nos rodeaban eran arces y sus hojas, verdes, delicadas, recién salidas, y que poblaban las ramas, iban oscureciéndose gradualmente. Desde alguna calle lejana, se oía el ruido sordo de un carruaje. Debía de ser un hombre del pueblo que transportaba árboles y plantas de jardín en su carro para venderlas en el mercado. Al oír el ruido del carro, *sensei* se levantó súbitamente, como si hubiera recobrado el aliento después de una meditación.

—¿Nos vamos ya? Los días parecen ahora mucho más largos, pero si uno se los pasa sin hacer nada, las horas se van rápido como si tal cosa.

Había suciedad en su espalda al haberse acostado boca arriba sobre el banco. Se la sacudí con las dos manos.

—Gracias. No hay resina pegada, ¿verdad?

—No, se ha quitado todo.

—Acabo de estrenar este *haori*^[68]. Si lo mancho tan tontamente, mi mujer me regañará. Gracias.

Bajamos hasta la casa de antes, situada a medio camino de la cuesta. Al subir la primera vez, nos pareció que no había nadie, pero ahora había una mujer con una muchacha de quince o dieciséis años que enrollaba hilo en una rueca. Las saludamos al pasar junto a un gran acuario diciendo:

—Perdonen la molestia.

—No se preocupen. Yo tampoco les he ofrecido nada —contestó la mujer que, además, agradeció la moneda que *sensei* había dado al niño.

Cuando dejamos atrás la puerta de la propiedad y habíamos recorrido ya doscientos o trescientos metros, rompí finalmente el silencio.

—Lo que dijo usted antes, eso de que las personas en un momento dado se convierten en malas, ¿qué significado tiene?

—Bueno, no tiene ningún significado profundo... Es una verdad, tal como es. No es ninguna teoría.

—Bien, será verdad. Pero lo que quiero preguntar es eso del momento dado. Es decir, ¿qué momento es ese?

Sensei se echó a reír. Era como si se hubiera pasado la única ocasión y ya no tuviera sentido explicármelo. Pero dijo:

—El dinero. A la vista del dinero, cualquier sabio se convierte en malo.

Su respuesta me pareció tan vulgar que me decepcioné. Tanto más cuanto que no se animaba a seguir hablando. Me sentí chasqueado.

Caminé con paso ligero y el rostro impasible. *Sensei*, al que había dejado atrás, me llamó:

—¡Oye! —y añadió—: ¿Lo ves?

—¿Qué?

—Pues que tu humor cambia por una simple respuesta.

Esto me lo dijo *sensei* mirándome a la cara cuando yo me había detenido y ya me daba media vuelta para esperarle.

30

En ese momento sentí antipatía por *sensei*. Empezamos otra vez a caminar juntos y, aunque había cosas que quería preguntarle, me mantuve callado. No sé si se dio cuenta o no, pero por su aspecto no parecía importarle nada mi actitud. Como siempre, caminaba a pasos tranquilos y silenciosos. Sentí rebeldía y quise vencerle de alguna forma.

—*Sensei*.

—¿Sí?

—Usted se puso nervioso hoy, cuando estábamos descansando en el jardín de aquella casa del vivero. Casi nunca le había visto excitarse, pero me parece que hoy le he visto muy extraño.

Sensei no contestó enseguida. Pensé que mis palabras habían tenido efecto, aunque al mismo tiempo tuve la sensación de que habían errado. Decidí no decir más, pues creí que no valía la pena. Entonces, inesperadamente, *sensei* se apartó al borde del camino y, bajo los setos recién cortados, se subió los bajos del kimono y se puso a orinar. Mientras, yo me quedé parado haciéndome el distraído.

—Perdón.

Diciendo eso, echó otra vez a andar. Desistí, finalmente, de atacarle. El camino por donde íbamos se iba animando poco a poco. Ya no se veían huertos extensos en pendiente ni terrenos llanos, sino que a ambos lados del camino iba habiendo más y más casas. De vez en cuando, sin embargo, todavía se veía en un rincón de alguna propiedad un huertecito de alubias con palos de bambú para sostenerlas o un gallinero con su tela metálica alrededor. Continuamente, los caballos que venían del centro de la ciudad pasaban por nuestro lado. Todo esto me distraía y el problema, que había ocupado mi mente poco antes, se había ido. Cuando *sensei* volvió sobre

ese tema, yo ya lo había olvidado.

—¿Tan nervioso te parecí?

—Bueno, no tanto; pero bueno, un poco sí...

—No me importa. Realmente, me altero si empezamos con el tema de las herencias. No sé tú cómo me ves, pero soy un hombre muy obstinado. No puedo olvidar la humillación y el daño que me causaron, aunque hayan pasado ya diez o veinte años.

Sus palabras eran más subidas de tono que antes. A pesar de eso, lo más sorprendente no era el tono, sino el contenido de sus palabras. Escuchar de su boca una confesión así era totalmente inesperado para mí. Conociendo su carácter, jamás le hubiera imaginado con esa especie de obsesión. Le había tomado por una persona más débil y, precisamente, en tal debilidad noble había puesto yo la raíz de mi afecto por él. Había querido plantarle cara según el humor del momento, pero ante esas palabras me encogí. *Sensei* continuó:

—Me engañaron. Me engañaron familiares míos, personas de mi misma sangre. Nunca lo olvidaré. Eran tan buenos delante de mi padre... Pero cuando él murió, se volvieron malvados. Hasta hoy, la humillación y el daño que me causaron sigue siendo un peso. Y lo será hasta el fin de mis días. Jamás, jamás podré olvidarlo. Pero no me he vengado todavía, aunque creo que estoy haciendo algo mucho mayor que una venganza contra cierta persona. Y es que he aprendido, no sólo a odiarles a ellos, sino a odiar a toda la humanidad, la humanidad que ellos representan. Creo que es suficiente.

Yo no pude decir ni una palabra de consuelo.

31

Ese día la conversación se quedó ahí. Yo me encontraba como atrofiado por la actitud de *sensei* y sin ganas de seguir con el tema.

Tomamos el tren desde las afueras de la ciudad. No hablamos casi nada. Al bajar del tren, tuvimos que despedirnos. *Sensei* parecía algo raro. Con el tono mucho más jovial de lo normal me dijo:

—Desde ahora hasta el mes de junio, va a ser una época más libre para ti, la época más libre de toda tu vida tal vez. Que lo pases bien.

Yo, sonriendo, me quité el gorro. Mirando su rostro, me pregunté en qué parte de su corazón se odiaba a la gente. Ni en sus ojos ni en su boca ni en ninguna parte asomaba sombra de misantropía.

Confieso que he recibido gran beneficio de *sensei* para formar mis ideas. Había, sin embargo, ocasiones en que no pude sacar ningún provecho de él. Sus comentarios, a veces, acababan sin precisar nada. La conversación de aquel día también se quedó en mi mente como inconclusa y sin precisión.

Un día, indiscretamente, se lo dije. Él se reía. Le dije lo siguiente:

—No me importaría nada que no precisara sus palabras si usted fuera tonto, pero sí que me importa mucho si no me dice las cosas claramente, sabiéndolo muy bien.

—Te aseguro que no te oculto nada.

—Sí que me oculta algo.

—Me parece que estás mezclando mis ideas, mis opiniones y mi pasado. Soy un filósofo con pocos conocimientos, pero nunca ocultaría a los demás las ideas que tengo ordenadas en la cabeza. No tengo necesidad de hacerlo. Otro problema distinto sería si tuviera que contarte todo mi pasado.

—A mí no me parece que sea un problema distinto. Son ideas nacidas de su pasado y por eso son importantes. Si separamos los dos temas, perderían su valor. Es como si recibiera un muñeco sin alma; y claro que no puedo estar contento.

Sensei se me quedó mirando atónito. Su mano, que sostenía un cigarrillo, temblaba ligeramente.

—Eres atrevido —dijo.

—No, simplemente estoy siendo serio. Y seriamente quisiera recibir una lección de la vida.

—¿Aunque te tenga que revelar mi pasado?

De repente, la palabra «revelar» golpeó mis oídos con un ruido horrible. Sentí que la persona sentada frente a mí no era el *sensei* tan apreciado por mí, sino un criminal. Su cara no tenía color.

—¿De verdad que eres serio? —preguntó. E insistió diciendo—: Mi experiencia me ha acostumbrado a sospechar de la gente. Y la verdad es que por eso estoy dudando también de ti. Pero quiero creer en ti. Eres demasiado sencillo para hacerme sospechar. Deseo creer en una persona, sólo en una persona, antes de morir. ¿Puedes ser tú esa persona? ¿Eres serio en el fondo de tu corazón?

—Si mi vida misma es seria, lo que he dicho también lo es.

Mi voz temblaba.

—Bien —dijo *sensei*—, te lo contaré. Te contaré todo mi pasado. A cambio... pero no, no importa. Debes saber de todos modos que mi pasado no va a ser nada beneficioso para ti, y que tal vez sería mejor no escucharme. Y... ahora todavía no puedo contártelo. No lo olvides. Cuando llegue el momento apropiado, te lo contaré.

Cuando volví a mi pensión, seguía aún sintiendo cierto peso en el corazón.

32

Tal como estaba previsto, aprobé, aunque por lo visto mi tesis no les pareció a los profesores tan buena como yo esperaba. El día de la ceremonia de graduación, saqué del baúl de la ropa mi traje de invierno, que olía a moho, y me lo puse. Ocupé mi lugar en la sala de ceremonias y me puse a mirar las caras de alrededor. Todos parecían aguantar bien el mucho calor. No sabía qué hacer con mi cuerpo encerrado en el traje de grueso paño, por el cual no pasaba ni una brizna de aire. En poco tiempo, el pañuelo que tenía en la mano estaba empapado de sudor.

Al terminar la ceremonia, volví a casa y me desnudé. Abrí la ventana del primer piso y observé el mundo hasta donde llegaba la vista con el diploma enrollado a modo de catalejo. Después, tiré el diploma sobre la mesa y me tumbé boca arriba en el centro de la habitación. Pensé en mi pasado e imaginé mi futuro. Este diploma, que dividía a los dos, pasado y porvenir, me pareció a la vez muy importante y también insignificante. Me resultaba, en definitiva, un papel raro.

Esa noche, me habían invitado a cenar en casa de *sensei*. Efectivamente, en una ocasión les había prometido que la noche del día de mi graduación iría a cenar a su casa. La mesa para la cena estaba lista cerca del pasillo de acceso al jardín, en el salón, tal como me habían prometido. Un precioso mantel bien almidonado reflejaba la luz de la bombilla. Cuando comía en esta casa, siempre veía un blanco mantel de lino como los que hay en los restaurantes occidentales; y encima de él tazones de arroz y palillos. El mantel siempre estaba inmaculadamente blanco y recién lavado.

—Igual que el cuello o los puños de una camisa. Si vas a utilizar uno sucio, es mejor elegir uno de color desde el principio. Si es blanco, debe ser absolutamente blanco.

Estas palabras de *sensei* ponían de relieve a mis ojos su manía por la limpieza. Por ejemplo, su estudio estaba muy ordenado. Como yo no me preocupaba demasiado por la limpieza, este rasgo de *sensei* me llamaba mucho la atención.

—*Sensei* tiene la manía de la limpieza, ¿verdad? —le pregunté yo en una ocasión a su mujer. Y ella me dijo:

—Pero de la ropa que lleva, por ejemplo, no se preocupa mucho.

Sensei, que le escuchaba, dijo riéndose:

—La verdad es que soy un maniático de la limpieza espiritual. Por eso sufro siempre. ¡Qué absurdo carácter el mío!

Maniático de la limpieza espiritual quiere decir nervioso o tener teorías raras sobre la limpieza. En fin, yo no lo comprendí muy bien y me pareció que su mujer tampoco lo entendía.

Esa noche me senté cara a cara ante *sensei* delante del blanco mantel. Su mujer se sentó a un lado, de cara al jardín, teniéndonos a derecha e izquierda.

—¡Enhorabuena! —exclamó *sensei* levantando la copita de *sake*.

Yo no sentía demasiado júbilo. Creo que mi corazón no era de por sí muy inclinado a este tipo de alegría desbordante. Aún así, el tono con que *sensei* lo había dicho tampoco era el más estimulante para alegrarme. Había levantado la copa medio riéndose. No detecté soma en su risa, pero tampoco reconocí la sinceridad de una felicitación. Su risita expresaba algo así como el reconocimiento de que a la sociedad le gusta mucho decir enhorabuena en tales casos.

La señora me dijo:

—Muy bien. ¡Qué contentos deben de estar tus padres!

De repente, pensé en mi padre enfermo. Pensé en que, cuanto antes, habría de llevar el diploma a mis padres.

—Y el diploma de *sensei*, ¿dónde está? —pregunté yo.

—¿Dónde estará...? ¿Estará guardado en algún sitio? —preguntó *sensei* a su mujer.

—Sí, tiene que estar guardado.

Ninguno de los dos sabía bien dónde estaba guardado.

33

A la hora de la cena, la señora dejó que la criada se retirara y ella misma nos sirvió. Parecía ser la costumbre de su casa cuando tenían invitados menos formales. Al principio, una o dos veces me había sentido algo incómodo, pero después de frecuentar su casa, ya no me daba nada de vergüenza cuando le tendía a la señora mi tazón de arroz para repetir.

—¿Quieres té o arroz? ¡Vaya, qué bien comes!, ¿eh?

Había veces que era así de directa hablando. Pero aquel día, por hacer tanto calor, creo que no tenía yo tanto apetito como para que se burlase de mí.

—¿No quieres más? ¡Ahora de repente va a resultar que no te gusta comer!

—Me gusta comer. Lo que pasa es que hace mucho calor y ya no puedo más.

Llamó a la criada para que quitase la mesa y después le mandó que trajera helado y dulces fríos.

—Este helado lo hemos hecho nosotras.

Era evidente que tenía tiempo y tranquilidad para hacer helados caseros y ofrecérselos a sus huéspedes. Yo repetí dos veces.

—Bueno, por fin te has graduado... Y ahora, ¿qué vas a hacer? —me preguntó *sensei*.

Se movió un poco de su sitio, apoyando la espalda contra la puerta corredera que daba al pasillo exterior.

Yo solamente tenía conciencia de haberme graduado sin tener ningún plan de futuro. Al ver que vacilaba en responder, la señora me preguntó:

—¿Profesor? —Y, como no le respondí, añadió—: Entonces, ¿quieres ser

funcionario?

Sensei y yo nos echamos a reír.

—La verdad es que todavía no he pensado nada. Nunca he pensado qué profesión elegir. En primer lugar, creo que si uno no prueba primero, no sabe bien cuál es mejor y cuál peor. Por eso, es complicado decidirse.

—Es verdad. Pero bueno, como tú cuentas con la fortuna de tu familia, puedes estar tranquilo. Hay otros que no tienen esa suerte y no pueden quedarse como tú de brazos cruzados.

Efectivamente, entre mis compañeros había uno que había estado buscando un puesto de maestro de enseñanza media desde antes de graduarse. Sus palabras me hicieron reconocer este caso. Sin embargo, yo dije:

—Es que estoy influido por *sensei*, supongo.

—Conque influido, ¿eh? —dijo ella.

Sensei, con una sonrisa forzada, dijo entonces:

—No me importa que estés influido por mí. Pero, como te dije el otro día, mientras viva tu padre, tienes que pedirle tu parte de la herencia. No descuides esto en ningún momento.

Recordé entonces aquel día de comienzos de mayo con las azaleas en flor, el día en que hablamos en aquel amplio jardín del vivero en las afueras de la ciudad. Quise repetir aquellas palabras tan bruscas que *sensei* lanzó a mis oídos en el camino de vuelta. Palabras no solamente bruscas, sino tremendas; palabras que, sin embargo, al ignorar yo la razón que tuvo para decírmelas, podrían quedar algo raras dichas ahora por mí. Pero las dije:

—Señora, ¿ustedes son ricos?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque *sensei* no me lo dice aunque se lo pregunte.

Ella miró a su marido sonriéndose.

—Eso es porque no tiene tanto como para decírtelo.

—Pero dígame si con lo que yo tengo podría vivir como vive *sensei*. Será importante a la hora de negociar con mi padre.

Sensei fumaba y echaba humo mientras miraba al jardín con la cara impasible. Por eso, tenía que dirigirme a ella.

—No tenemos tanto. Sólo para poder vivir con desahogo. Es todo. Pero eso no importa. Lo que importa eres tú. Tienes que hacer algo, de verdad, buscar una profesión o algo. No debes estar como *sensei* y pasarte todo el tiempo holgazaneando.

—Yo no me paso todo el tiempo holgazaneando.

Sensei se había limitado a volver la cara y negar las palabras de su esposa.

34

Esa noche me disponía a retirarme pasadas las diez. En dos o tres días, debía regresar a mi pueblo y, por eso, antes de levantarme, dije unas palabras de despedida:

—No podré verles durante bastante tiempo.

—Pero en septiembre vendrás otra vez, ¿no? —dijo ella.

Al haberme ya graduado, no tenía ninguna necesidad de volver en septiembre, ni tampoco pensaba pasarme el mes de agosto, la época más calurosa y sofocante, en Tokio. Nada me apremiaba a ponerme rápidamente a buscar trabajo.

—Sí, será en septiembre —respondí yo.

—Entonces, hasta la vista. Nosotros a lo mejor también saldremos a alguna parte este verano. Dicen que va a hacer mucho calor aquí. Si salimos, ya te mandaremos una postal.

—Y, si se deciden a ir, ¿adónde piensan viajar?

Sensei nos escuchaba con una risilla incrédula.

—Bueno, bueno, todavía no sabemos si saldremos o no...

Cuando iba a levantarme, *sensei* me agarró de la mano y me preguntó:

—Y tu padre, ¿qué tal sigue con su enfermedad?

Yo entonces no sabía nada sobre el estado de mi padre y, ante la falta de noticias de casa, suponía que no debía estar mal.

—No es una enfermedad que deba tomarse a la ligera. A las primeras crisis de uremia, ya no se puede hacer nada.

Yo no conocía ni entendía esa palabra, «uremia». En las vacaciones del invierno anterior, el médico no la había mencionado.

—En serio, cuida bien de tu padre —dijo también la señora—. En esa enfermedad si el tóxico se le sube al cerebro, es el fin. No es para reírse, de verdad.

Ignorante como era yo, traduje mi inquietud en una sonrisa incrédula.

—¿Y qué le vamos a hacer? Si sabemos que no hay cura posible, por mucho que nos preocupemos, no habrá nada que hacer.

—Bueno, si tanta resignación tienes ya, ¿qué más voy a decirte?

Ella parecía estar acordándose de su propia madre, que había fallecido hacía tiempo de la misma enfermedad. Esto lo había dicho, en efecto, con el tono abatido y la mirada baja. Yo también sentía mucho el destino de mi padre.

Entonces, de repente, *sensei* miró a su mujer:

—Y tú, Shizu, ¿te morirás antes que yo?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No, a nada. Sólo te lo pregunto. A lo mejor me iré yo antes que tú. Los maridos son los que suelen morir antes. Sus esposas les sobreviven y piensan que es natural que sea así.

—No siempre ocurre eso. Pero bueno, como los hombres en general son mayores que las mujeres, pues...

—¿Y por eso se mueren antes? Entonces, es evidente que seré yo el que se vaya antes.

—No, tú eres especial.

—¿De veras?

—Claro. Y eres una persona sana. Casi nunca te has puesto malo. Así que, con razón, seré yo quien se vaya primero.

—¿Tú antes?

—Sí, seguro que sí.

Sensei me miró y yo me eché a reír. Pero insistió:

—Entonces, si me fuera yo antes, ¿qué harías?

—¿Que qué haría yo?

A la pobre mujer las palabras parecían habersele quedado atascadas. La tristeza, ante la imaginaria muerte de su marido, pareció por fin invadirla durante un rato. Pero, cuando volvió a alzar la cabeza, ya se había recuperado.

—¿Que qué haría? Pues nada... ¿qué voy a hacer? La muerte no se detiene ni ante el viejo ni ante el joven...

Y, mirándome, se rio como si estuviera bromeando.

35

Estaba medio levantado para irme pero decidí volver a sentarme y quedarme con los dos hasta que terminaran esta conversación.

—Y a ti, ¿qué te parece? —me preguntó *sensei*.

Que *sensei* muriera antes o después de su mujer era una cuestión que yo no podía juzgar. Así que me limité a sonreír. Y dije:

—No tengo ni idea sobre cuánto dura la vida.

—Son cosas del destino. No hay más remedio —dijo la señora— que aceptar los años que a uno le dan cuando nace. Por ejemplo, el padre y la madre de *sensei* fallecieron casi al mismo tiempo.

—¿Murieron el mismo día?

—No exactamente el mismo día, pero casi. Fallecieron casi a la vez.

Esta información era nueva para mí. Me pareció extraño.

—¿Cómo fue? ¿Cómo es que murieron casi a la vez?

Me iba a contestar su esposa, pero *sensei* la interrumpió:

—No hables de eso. No es nada interesante.

Sensei se puso a abanicarse ruidosamente. Después volvió a mirar a su mujer:

—Shizu, cuando yo me muera, te daré esta casa.

Ella se echó a reír.

—Y de paso, ¿me darás también el terreno?

—El terreno es de otra persona, así que no puedo dártelo. Pero, en cambio, te daré todo lo que tengo.

—Muchas gracias. Pero ¿qué voy a hacer yo con, por ejemplo, los libros extranjeros?

—Puedes venderlos.

—Si los vendo, ¿cuánto ganaría?

Sensei no dijo cuánto. Pero el tema de su muerte parecía no alejarse de su cabeza. Además, daba por seguro que se habría de morir antes que su mujer. Al principio, ella le seguía la conversación sin tomarse nada en serio pero, en algún momento, su corazón sentimental de mujer empezó a sentirse oprimido. Y dijo:

—Si me muero, si me muero... ¿Cuántas veces lo has dicho? Déjalo ya, por favor. No digas más cosas de mal agüero. Si te mueres, haré todo lo que me digas. Y con esto ya basta, ¿de acuerdo?

Sensei se rio desviando su mirada hacia el jardín y no volvió a decir nada que le molestara.

Yo me levanté enseguida, pues no deseaba quedarme hasta muy tarde. *Sensei* y su esposa me acompañaron hasta la puerta principal.

—Cuida a tu enfermo —dijo ella.

—Hasta septiembre —dijo *sensei*.

Me despedí y di dos pasos fuera de la puerta de celosía. Una reseda frondosa entre la puerta y la verja extendía sus ramas en la oscuridad como si quisiera impedirme el paso.

Di otros dos o tres pasos mirando sus ramas cubiertas de hojas de color oscuro e imaginé las flores y el perfume que tendría este árbol en el otoño. La casa de *sensei* y esta reseda se hallaban desde hacía mucho tiempo inseparablemente unidas en mi mente. Justo cuando, delante de este árbol, pensaba en el próximo otoño y en cuándo volvería a entrar por esta puerta otra vez, se apagó de súbito la luz de la entrada que iluminaba la celosía. El matrimonio, sin esperar más, se había retirado a sus habitaciones. Yo me adentré solo en las tinieblas del exterior.

No volví enseguida a mi pensión. Quería darme una vuelta para ver las cosas que tendría que comprar para llevar a mi pueblo. También tenía necesidad de favorecer un poco la digestión de la cena. Así que fui andando hacia las calles más animadas de la ciudad.

La noche empezaba a caer. Entre los muchos hombres y mujeres que se movían sin motivo, me encontré a un compañero que también se había graduado ese mismo día. Me empujó a un bar. Allí tuve que oír su cháchara tan inconsistente como la espuma de la cerveza. Cuando llegué a la pensión, era medianoche pasada.

36

Al día siguiente, con un calor horrible fui a comprar las cosas que me habían encargado en mi pueblo. Al recibir los pedidos por carta, no creí que iba a ser tan difícil pero, cuando empecé a comprar las cosas, me pareció sumamente molesto. Mientras me limpiaba el sudor de la cara en el tren, pensaba en lo detestables que eran todos esos campesinos de mi pueblo indiferentes a las molestias del prójimo y al hecho de robar a la gente tiempo y energía.

Por otro lado, no tenía intención de pasarme el verano de brazos cruzados. Había elaborado un programa de trabajo que habría de realizar en el pueblo y para el cual necesitaba comprar también algunos libros. Estaba decidido a pasar la mitad de la jornada en el primer piso de Maruzen^[69]. Allí me dediqué a inspeccionar un libro tras otro y a recorrer de un extremo a otro las estanterías repletas de obras de mi especialidad.

Entre todas las compras que hice, la que más me molestó fue comprar un cuello falso de quimono femenino. El dependiente me sacó montones de cuellos, pero a la hora de comprar, no sabía cuál era el mejor. Además, los precios eran muy variados. Si preguntaba el precio de uno pensando que sería barato, resultaba carísimo, y si no lo preguntaba pensando que sería caro, resultaba sumamente barato. Comparándolos todos, no sabía por qué debía haber tanta diferencia en los precios. En fin, me sentí agobiado y me encontré lamentando no haber pedido a la mujer de *sensei* ayuda en este asunto.

Compré una maleta. Desde luego que no era de muy buena calidad. Era de fabricación japonesa y, como tenía unos cuantos adornos metálicos de color dorado, bastaría para impresionar a los campesinos del pueblo. La maleta era el encargo de mi madre. En su carta había escrito que, cuando me graduase de la universidad, debía comprar una maleta nueva y volver al pueblo con todos los regalos metidos en ella. Cuando leí esto, recuerdo que me dio por reír. No porque no comprendiera su intención, sino porque me parecía ridículo.

Tal como les dije a *sensei* y a su mujer al despedirme, tres días después regresé al pueblo en tren.

Desde el invierno anterior, *sensei* había estado llamando mi atención sobre la enfermedad de mi padre y yo sentía sobre mí la obligación moral de estar preocupado. Pero no lo estaba demasiado. Más bien, sentía mucha pena por mi madre al imaginarla después de la muerte de mi padre. Por eso, creo que por entonces yo ya estaba resignado a su muerte.

En la carta enviada a mi hermano mayor, residente en Kiushu, le había dicho también que nuestro padre ya no tenía ninguna posibilidad de recuperar la salud de antes. Una vez, en otra carta, le había indicado que, por muy ocupado que estuviera por su trabajo, sería conveniente que volviera al pueblo en verano. Le había intentado también tocar la fibra sentimental al recordarle que nuestros padres, ya viejos, estaban muy solos en el pueblo y que nosotros, como hijos suyos, debíamos compadecernos. La verdad es que le había dicho lo que me venía a la cabeza. Pero después de escribir todo esto, me encontraba en una disposición de espíritu muy distinta a la que sentía mientras escribía esas cartas.

En el tren pensaba en todas estas contradicciones. Dándoles muchas vueltas, me parecía que yo era una persona frívola y voluble. Era fastidioso. Después me acordé de *sensei* y de su esposa. Recordé especialmente la conversación de hacía dos o tres días, cuando me habían invitado a cenar... «¿Quién se moriría antes?». Repetí varias veces esta pregunta que había servido de tema entre *sensei* y su esposa aquella

noche. Pensé que una pregunta así nadie podría contestarla con seguridad. Pero si se supiera quién habría de morir antes, ¿qué haría *sensei*?, ¿qué haría su mujer? Tal vez siguieran los dos con una vida tan normal como ahora, con la misma actitud. Y esta sería idéntica a la mía ahora, ante un padre acercándose a la muerte en el pueblo, es decir, una actitud resignada. ¡Qué poca cosa es el ser humano! Observaba la vanidad y la fugacidad en las que los humanos nacemos y vivimos. Pensamiento que me reafirmaba en esa idea de lo frágil que es el ser humano.

SEGUNDA PARTE

Mis padres y yo

1

Cuando llegué a mi casa, lo que más me extrañó fue ver a mi padre igual de bien que la última vez que le había visto.

—¿Ya has vuelto? ¡Bueno, qué bien que te has graduado!, ¿verdad? Espera un momento. Voy a lavarme la cara.

Mi padre andaba ocupado en el jardín. Llevaba un sombrero de paja de cuya parte posterior colgaba un pañuelo sucio para que no le diera el sol. Con este atuendo fue detrás de la casa donde estaba el pozo. Yo pensaba que graduarse en la universidad era algo normal para una persona, pero la alegría de mi padre parecía tan desbordante que no pude evitar sentirme incómodo.

—¡Qué bien que has acabado tus estudios en la universidad!

Lo repitió muchas veces. En mi mente yo comparaba este entusiasmo paterno con la expresión de *sensei* cuando me dijo «enhorabuena» aquella noche cenando en su casa después de la ceremonia de graduación. La actitud de *sensei* con ese «enhorabuena» en los labios y cierta sombra de crítica en la intención, me parecía más noble que la de mi padre, tan jubiloso como si graduarse fuera algo extraordinario. En definitiva, me sentía molesto ante la ignorancia rústica de mi padre.

—Graduarse en una universidad no es tan importante. Todos los años hay cientos de personas que se gradúan.

Se lo dije a mi padre con el tono algo subido. Entonces, él cambió de cara.

—No comprendes... Si te digo «¡qué bien!», no solamente es por tu graduación sino por más cosas. Si lo comprendieras...

Yo deseaba seguir escuchando. Parecía que a él no le interesaba decírmelo,

aunque, finalmente, siguió hablando:

—Quiero decir que qué bien para mí. Como sabes, padezco esta enfermedad. Cuando te vi el pasado invierno, pensaba que mi vida duraría tres o cuatro meses nada más. Afortunadamente, sigo aquí y sin demasiados problemas. Además, has acabado tus estudios universitarios. Por eso me alegro tanto. Si un hijo, al que se cría con tanto cariño, se gradúa antes de que uno se muera, es un motivo de alegría mayor que si se gradúa después de que uno se muera, ¿no crees? Antes de morir he podido verte graduado. ¿No te parece justo que esto me cause una gran y última alegría? Ya sé que tú tienes una mente mucho más abierta que la mía. Por eso, quizá el que yo me alegre tanto de verte graduado, te haga sentir mal. Pero si ves las cosas desde el punto de vista mío, todo es muy distinto. Me alegro mucho de tu graduación, hijo mío, no por ti sino por mí... ¿Has comprendido ahora por qué he dicho «¡qué bien!»?

Me quedé sin palabras. Más que con sentido de disculpa, con sentido de indignación hacia mí mismo, me limité a bajar la cabeza. Mi padre, sin que nadie lo supiera, estaba resignado a su muerte. Además, la había imaginado antes de mi graduación. Fue estúpido por mi parte no haber considerado la importancia que la noticia de mi graduación tendría en su corazón. Saqué el diploma de la maleta y se lo enseñé a mis padres ostentadamente. El diploma, que venía enrollado, se había aplastado algo y no tenía la misma forma que al principio. Mi padre lo extendió con cuidado.

—Debiste haberlo traído enrollado en la mano.

—Hubieras hecho mejor en meter algo dentro —dijo también mi madre.

Mi padre, después de observarlo un rato, se levantó, lo llevó al *tokonoma*^[70] y lo puso delante, en un lugar muy visible. Si hubiera reaccionado como de costumbre, habría dicho algo negativo contra mi padre, pero ahora yo no era el de siempre. No me venían ganas de contradecir a mis padres. Dejé que mi padre hiciera lo que quisiera. El diploma de papel fuerte, una vez doblado y arrugado, no recuperaba fácilmente su antigua forma. Cada vez que lo soltaba, aunque fuera sólo un momento, al instante volvía a arrugarse.

2

Llamé a mi madre aparte y le pregunté sobre el estado de salud de mi padre. Le dije:

—Tiene aspecto de estar bien... Veo que hasta se ocupa del jardín... ¿No habrá problema?

—Parece que se siente bien. Creo que ha mejorado mucho.

Mi madre no estaba, pues, tan preocupada como yo pensaba. Como suele pasar entre las mujeres que viven entre arrozales y bosques, lejos de la ciudad, no tenía ni idea de asuntos médicos. Sin embargo, me extrañó su actitud, comparada con el susto y la preocupación de aquella ocasión en que mi padre se desmayó la última vez.

—Pero aquella vez el médico dijo que esta enfermedad era insuperable, ¿no?

—¿Qué quieres que te diga? ¡Es tan raro el cuerpo humano! Los médicos nos lo pusieron muy negro, pero ¡fíjate qué bien está ahora! Al principio, sí, yo también estaba asustada y le cuidaba para que no se moviese mucho. Pero, bueno, ya sabes lo terco que es tu padre. Como haya algo que le parezca bien, no importa lo que le digas, no renuncia a ello por nada del mundo.

Recordé la última vez que estuve con ellos, la actitud y el aspecto de mi padre cuando se había levantado de la cama, afeitado, y se había quejado, diciendo:

—¡Ya estoy bien! ¡Tu madre es tan exagerada!

Recordando esto, no podía ahora acusar a mi madre de las imprudencias de mi padre. Iba a decirle a ella: «Pese a todo eso, tenemos que andar con cuidado». Pero me contuve y no dije nada. Tan sólo, le conté algo de las características de esta enfermedad tal como me habían informado *sensei* y su esposa. Mi madre, sin embargo, no mostró interés alguno en especial y se limitó a exclamar: «¡Vaya! ¿Así que se murió de la misma enfermedad esa mujer? ¡Qué lástima! ¿Y cuántos años tenía?».

Como alertar a mi madre parecía una empresa imposible, acudí directamente a mi padre. Me tomó más en serio.

—Tienes razón —dijo—. Todo lo que dices es cierto. Pero mi cuerpo es mi cuerpo y sé mejor que nadie cómo cuidarme. No en vano llevamos juntos tantos años.

Al escucharle, mi madre se rio sin ganas y dijo:

—¿Lo ves? ¿No te lo había dicho yo?

Cuando volví a quedarme a solas con ella, le dije:

—A pesar de todo lo que dice, está resignado a morir. Por eso se alegró tanto cuando me vio de vuelta en casa con los estudios terminados. Él creía que no iba a ser posible verme graduado. Cuando me vio con el diploma, no cabía en sí de gozo. Eso fue lo que él mismo me dijo.

—Claro, eso lo dice siempre con la boca, pero en el fondo del corazón piensa que va a vivir mucho más —dijo mi madre.

—¿De veras?

—¡Claro! Él se da todavía diez o veinte años más de vida. Pero, de vez en cuando, a mí también me dice cosas tristes, como que ya no va a vivir mucho o que si se muere, qué voy a hacer yo, o si voy a quedarme a vivir en esta casa sola.

De repente, imaginé esta enorme y vieja casa de campo, muerto mi padre, con mi madre sola en ella. Cuando mi padre desaparezca, ¿cómo será esta casa? ¿Qué hará mi hermano? ¿Qué dirá mi madre? ¿Y yo? ¿Podré vivir tranquilamente en Tokio tan lejos del pueblo? Mirando a mi madre frente a mí, me acordé por casualidad de aquel consejo de *sensei* de pedir a mi padre mientras estuviera vivo la parte de la herencia que me correspondía.

—No hay que preocuparse, hijo. Los que andan diciendo «¡Ay, que me voy a morir, que me muero!» son precisamente los que nunca se mueren. También tu padre es de los que andan con esa cantinela; así que no sabemos cuántos años le toca vivir. Los que se callan y pasan por sanos, esos son los que están más en peligro.

Yo, mudo, me limitaba a escuchar sus opiniones manidas y sin apoyo de ninguna teoría o estadística.

3

Para celebrar mi graduación, mis padres empezaron a poner en marcha el plan de una fiesta. Era algo que desde el mismo día en que regresé a casa ya me temía. De inmediato, expresé mi negativa:

—Por favor, no desorbitéis las cosas.

La gente del pueblo a la que se invitaba me disgustaba. Perteneían al tipo de personas que acuden por cualquier motivo, siempre que haya algo para comer o

beber. Desde que era niño, la presencia de esa gente me molestaba. Y si, además, todo iba a ser en mi honor, mi disgusto era aún mayor. Ante mis padres, sin embargo, y para no alborotarlos, no me atreví a decirles que no invitaran a esa gente. Así que me limité a insistir en que no deseaba exageraciones de ninguna clase.

—Exageraciones, exageraciones, dices tú. ¿Pero no te das cuenta de que no es nada exagerado? Uno no se gradúa en una universidad dos veces en la vida. Lo más normal del mundo es celebrarlo con la gente. ¡Vamos, vamos, hijo mío, no seas tan modesto!

Mi madre daba a mi graduación la misma importancia que se da a una boda.

—A mí no es que me importe tanto invitar a la gente, pero seguro que se quejan si no les invitamos.

Estas eran las palabras de mi padre. Le preocupaban los comentarios de la gente. Eran personas aficionadas a criticar todo lo que no marchaba a su gusto. Y mi padre añadió:

—Aquí es distinto que en Tokio. En los pueblos la gente siempre habla más de uno.

—Tienes que pensar en la imagen de tu padre. —Ahora era mi madre quien había hablado.

Yo no pude insistir más. Pensé que sería mejor que obraran a su gusto.

—Lo que quería decir es que por mí no invitaría a nadie. Pero si es porque la gente no hable mal de vosotros, eso es otra cuestión. No tengo ninguna intención de exigir algo que os cause problemas.

—¡Déjate de argumentos de estudiante!

Al decir esto, la cara de mi padre expresaba mortificación.

—Tu padre no quiere decir que no haga todo esto por ti, hijo. Pero tú comprendes de todas formas que ante la sociedad hay ciertas obligaciones que cumplir, ¿verdad?

Mi madre, a fin de cuentas, se descubría como mujer y expresaba excusas incoherentes. Nos ganaba en palabrería a mi padre y a mí, a los dos juntos.

—Lo que no me gusta de la gente que estudia es que les encanta siempre discutir.

Mi padre no pasó de estas palabras. Pero en ellas, en esta sencilla frase, vi toda entera la queja que él siempre abrigaba contra mí. Entonces, no era consciente de la aspereza de mis palabras y, sencillamente, esa queja de mi padre me parecía inadmisibile.

Esa noche volvimos al mismo tema y mi padre me preguntó qué día sería mejor para invitar a la gente. Para mí, no había mejor o peor día, pues en esta vieja casa yo no tenía otra cosa que hacer sino vivir despreocupadamente. El hecho de que me lo preguntara, de cualquier forma, podía interpretarse como un gesto conciliador. Este detalle me tocó y decidí someterme por completo a este asunto. De mutuo acuerdo, acordamos el día de la celebración.

Antes de la fecha acordada, ocurrió un suceso grave. La noticia de la enfermedad del emperador Meiji. Este incidente, que se difundió rápidamente por todo Japón, hizo disipar como el polvo el tema de la celebración de mi graduación, una celebración que tras varias vueltas iba a tener lugar por fin en esta familia de agricultores.

—Sería mejor abstenerse ahora de celebraciones —dijo mi padre, que leía el periódico con las gafas puestas.

Parecía estar pensando en su propia enfermedad. Yo me acordé del emperador que, como todos los años, había asistido a la ceremonia de graduación, de mi graduación este año, hacía tan poco tiempo.

4

En el silencio de una casa vieja y grande, demasiado grande para tan pocas personas, saqué mis libros de la maleta y me puse a estudiar. Sin saber por qué, no estaba tranquilo. Estudiaba mucho mejor y con más concentración en aquel primer piso de la pensión de Tokio, oyendo a lo lejos el tren y pasando las páginas de los libros. En esta casa, en cambio, recostado sobre la mesa, a veces me quedaba dormido.

Otras veces, sacaba la almohada y me entregaba con fruición al placer de la siesta. En una de estas ocasiones, al despertarme, oí el canto de las cigarras. De improviso sentí que su sonido, que parecía provenir de mi sueño, me golpeaba el fondo de los oídos. Inmóvil me puse a escucharlo, y entonces me invadió una

sensación de súbita tristeza.

Tomé la pluma y me dispuse a escribir postales y largas cartas a amigos que se habían quedado en Tokio o que habían vuelto a sus lugares de nacimiento. Unos me contestaron y a otros no les llegaron mis noticias.

Por supuesto que no me había olvidado de *sensei*. Decidí enviarle un artículo de unas tres páginas en letra pequeña escrito por mí mismo después de volver a mi pueblo. Al meterlo en el sobre, dudé si todavía seguiría en Tokio. Yo sabía que cada vez que *sensei* y su esposa se ausentaban de casa, siempre venía de alguna parte una mujer cincuentona, de pelo cortado por debajo de las orejas, que se instalaba en su casa. Una vez le pregunté a *sensei* por la identidad de esta mujer y me contestó preguntándome:

—¿A ti qué te parece?

Le dije que suponía que se trataba de algún pariente. Entonces replicó:

—No tengo ningún pariente.

Sensei no mantenía ningún contacto con los parientes de su pueblo natal. La mujer por quien yo le había preguntado resultó ser parienta de su esposa y, por lo tanto, nada tenía que ver con él.

Al enviarle esta carta, me acordé de la figura de esa mujer con su estrecho *obi* anudado con sencillez en la espalda. Si esta carta llegaba antes de irse el matrimonio de vacaciones, ¿sería tan amable aquella mujer del pelo corto de remitirla a donde *sensei* se hallara? Era consciente, por otro lado, de la escasa importancia del contenido de la carta. Simplemente, echaba de menos a *sensei*. Imaginaba su posible carta de respuesta, una carta que, sin embargo, nunca habría de llegar.

Mi padre no tenía ahora tantas ganas de jugar al ajedrez como cuando volví a casa el invierno anterior. El tablero de ajedrez estaba arrinconado y cubierto de polvo en una esquina del *tokonoma*. Especialmente, después de la noticia de la enfermedad del Emperador, mi padre parecía ensimismado. Todos los días esperaba la llegada del periódico con impaciencia y era el primero en leerlo. Después, me lo traía donde yo estaba y me decía:

—Mira, hoy también escriben con todo pormenor sobre Su Majestad.

Siempre se refería al Emperador como Su Majestad.

—A lo mejor es irreverente decirlo, pero creo que la enfermedad de Su Majestad es como la mía.

En la cara de mi padre, al decir esto, se observaba una sombra de aprensión. Bruscamente me asaltó el temor de que, en cualquier momento, mi padre iba a empeorar.

—Pero, bueno, no le pasará nada. Hasta yo, que soy un don nadie, me encuentro así de bien.

En este alarde de seguridad en su salud, se echaba precisamente de ver que estaba apercebido del peligro que sobre él se cernía.

Así se lo manifesté a mi madre en una ocasión:

—Padre teme de verdad su enfermedad. No creo que piense que va a vivir diez o veinte años más como tú dices, madre.

Mi madre, al escucharme, puso una expresión de desconcierto. Y dijo:

—¿Por qué no le haces jugar otra vez al ajedrez?

Me acerqué al *tokonoma* y me puse a desempolvar el tablero de ajedrez.

5

La salud de mi padre fue poco a poco deteriorándose. El viejo sombrero de paja con el pañuelo atado, que me había llamado la atención cuando vi a mi padre trabajando con él puesto, yacía ahora olvidado. Cada vez que mi vista caía en él y en la estantería tiznada por el hollín, sentía lástima por mi padre. Antes, cuando él iba de acá para allá, deseaba que no se moviera tanto; y ahora que siempre lo veía sentado, me daba cuenta de que antes estaba mucho mejor. Sobre su salud hablaba muy a menudo con mi madre.

—No cabe duda de que es por estar bajo de ánimo —decía ella.

Mi madre relacionaba la enfermedad del Emperador con la enfermedad de mi padre. Yo no lo veía tan claro.

—No es que esté deprimido, madre. Yo creo que está realmente mal. Su cuerpo está empeorando más que su ánimo.

Al decir esto, se me ocurrió traer otra vez de lejos a un buen médico para que le examinase.

—Este verano no está resultando nada divertido para ti, hijo. Te graduaste, pero mira, no lo hemos celebrado nada. Tu padre ya ves cómo está y, encima, Su Majestad está malo... Debíamos haberlo celebrado nada más volver tú a casa...

A casa yo había vuelto el día cinco o seis de julio y, una semana después, mis padres empezaron ya a planear la celebración, que quedó fijada para una semana más tarde. Gracias a esa costumbre de los pueblos de tomarse las cosas con calma, esta vez me había librado del fastidio de la fiesta. Mi madre, sin embargo, que no me comprendía, no se daba cuenta de esto.

Cuando por fin se supo la noticia del fallecimiento del Emperador, mi padre, con el diario en las manos, exclamó:

—¡Ay, ay...! Su Majestad se ha ido y yo...

No terminó la frase.

Fui a la ciudad a comprar una tela negra. Con ella cubrí la bola del asta de la bandera nacional y de otro trozo de tela de media cuarta de ancha en la punta hice una cinta que colgué de la bola. Saqué la bandera a la calle y la clavé en la puerta principal. La bandera quedó algo ladeada hacia la calle cayendo por su peso en medio del aire sin brisa. El tejado de la puerta principal de mi casa era de paja y, por haber estado tanto tiempo expuesto a la intemperie, había cambiado su color volviéndose grisáceo y desigual en algunas partes.

Salí fuera y observé los crespones negros y la muselina blanca de la bandera con su rojo círculo en medio. Contemplé el efecto de esta bandera sobre el tejado de paja medio sucio.

Recordé que una vez *sensei* me había preguntado por el aspecto de mi casa. Quería saber si la construcción era muy diferente de la usada en su propia región. Hubiera deseado enseñarle esta vieja casa donde yo había nacido, aunque, por otro lado, sentía cierta vergüenza.

Entré otra vez en casa. Fui a mi mesa de estudio y leyendo el periódico imaginé el aspecto de Tokio. Mi imaginación se concentró en el ajetreo que en la oscuridad tendría la ciudad más, grande del Japón. En medio del ruido inquietante de una ciudad destinada a moverse y pese a las tinieblas, distinguí la casa de *sensei*, como si fuera la luz de una lámpara. No me di cuenta entonces de que esa luz estaba

dentro de un silencioso remolino. A mí no se me ocurría pensar que poco tiempo después esa luz también iría a quedar apagada por el destino.

Tomé la pluma pensando escribir a *sensei* sobre el asunto de la muerte del Emperador. Pero dejé de escribir al cabo de unas diez líneas. Rompí el papel en pedazos y los tiré a la papelería. (Parecía inútil escribirle sobre eso. Además, supuse que no me contestaría)^[71].

Sentía tristeza, una tristeza que me había empujado a escribir. ¡Cómo deseaba recibir una respuesta!

6

A mediados de agosto recibí la carta de un amigo. Me decía que había una plaza de profesor de enseñanza media en una lejana provincia. Por razones económicas, este amigo había estado buscando trabajo y, entretanto, se le había presentado otro trabajo en una provincia más conveniente. Pensó entonces en pasarme a mí la plaza. Le contesté enseguida diciéndole que no me interesaba y que conocía a alguien a quien, por estar en una situación necesitada de encontrar una plaza de profesor, probablemente le interesara.

Después de contestarle, hablé sobre el asunto con mis padres. Los dos parecían estar de acuerdo conmigo.

—No tienes necesidad de irte tan lejos para conseguir un trabajo mejor que ese.

Detrás de esta frase, yo leí el exceso de esperanzas que mis padres tenían puesto en mí. Sin tener mucha idea, esperaban que, recién graduado, me iba a caer del cielo un maravilloso trabajo con un sueldo impresionante.

—Habláis de un trabajo mejor, pero hoy en día, a diferencia de antes, los buenos trabajos no abundan tanto. Mi hermano mayor y yo tenemos carreras diferentes. Los tiempos también han cambiado. Yo no voy a tener las mismas oportunidades de trabajo. No somos iguales ni estamos en la misma situación.

—Pero si te has graduado, por lo menos tienes que independizarte, ¿no? Cuando la gente me pregunte: «¿Y qué hace tu segundo hijo ahora que ha terminado la universidad?», si no puedo contestar nada, me va a dar vergüenza.

Mi padre puso cara de sufrimiento. El horizonte de sus ideas no abarcaba más allá de los confines del pueblo en el que siempre había vivido. La gente del pueblo le

preguntaría sin duda cuánto suele ganar un recién graduado y unos dirían que cien yenes o algo así. Ante comentarios tales, mi padre debía quedar bien colocando a su hijo recién graduado en algún buen lugar. Yo, que pensaba en la gran capital como el lugar de mi vida, debía resultarles a mis padres tan extraño como un marciano que caminara con las piernas hacia arriba. Alguna vez yo mismo me había sentido como un marciano de verdad. Permanecí callado ante mis padres, demasiado alejados de mí como para confesarles abiertamente mis verdaderos pensamientos.

—¿Por qué no consultar sobre este asunto con ese *sensei* del que tanto hablas? —dijo mi madre, que no podía comprender más que en este sentido a *sensei*. A un *sensei* que me había sugerido que, cuando volviese a casa y en vida de mi padre, reclamara mi parte de la herencia. No era *sensei*, en definitiva, el tipo de persona útil para conseguirle un buen trabajo a un recién graduado.

—Y ese *sensei*, ¿qué hace? —preguntó mi padre.

—Nada —contesté yo.

Creía haber dicho ya a mis padres que no trabajaba en nada. Mi padre, ciertamente, debía acordarse.

—¿Cómo que no hace nada? Si es esa persona que tú respetas tanto, podría trabajar en algo, ¿no?

En opinión de mi padre, las personas útiles eran las que trabajaban y siempre conseguían un trabajo adecuado en la sociedad. Si no hacían nada, serían algo mafiosas. Tales eran las ideas de mi padre.

—Fíjate en mí. Yo no recibo ningún salario y aquí me tienes, siempre haciendo algo.

Yo seguía callado y le dejaba hablar. Mi madre intervino entonces:

—Si ese *sensei* es tan distinguido como dices, seguro que podrá encontrarte un buen empleo. ¿Se lo has pedido?

—Pues no —contesté yo.

—Entonces, claro, no hay manera. ¿Y por qué no se lo pides? Mándale una carta.

—Bueno —y, respondiendo así de distraídamente, me levanté.

Era evidente que mi padre temía a su enfermedad. Pero tampoco era de esa clase de personas que pregunta una y otra vez al médico, molestandole continuamente. Tampoco el médico por discreción era muy explícito. Mi padre parecía estar dando vueltas en su cabeza a lo que pasaría después de su muerte. Por lo menos, daba la impresión de estar imaginando su casa una vez desaparecido él.

—Mandar a los hijos a estudiar no es tan bueno, ¿verdad? Si tu hijo estudia, acaba no volviendo a casa. Es como si estudiaran para separarse de los padres. Y no hay forma de evitarlo.

Como resultado de sus estudios, mi hermano vivía lejos de casa. Igualmente, yo, por estudiar, había decidido vivir en Tokio. Teniendo en cuenta los sacrificios que había hecho por criarnos, la queja de mi padre, por lo tanto, no era descabellada. Imaginar a mi madre totalmente sola en esa vieja casa de campo donde él había vivido tantos años, le resultaba indudablemente muy triste. Tenía la ciega convicción de que tanto la casa como su mujer, mientras viviera, eran inamovibles, provocándole una terrible inquietud la idea de dejar a mi madre sola en tanto espacio. Por otro lado, me apremiaba a conseguir un buen trabajo en Tokio. La contradicción, entonces, que había en su interior era evidente. Por mi parte, al mismo tiempo que consideraba curiosa esta contradicción, me alegraba porque favorecía mis planes de volver a Tokio.

De cualquier forma, yo debía fingir ante mis padres estar haciendo un gran esfuerzo para conseguir un buen trabajo. Por eso, escribí a *sensei* explicándole con detalle la situación en mi casa. Le dije que estaba dispuesto a aceptar cualquier empleo, si era necesario, para facilitarle su ayuda. Esta carta la escribí pensando que no iba a atender mi petición o que, aunque quisiera, no podría ayudarme, pues no tenía una posición definida en la sociedad. Sin embargo, no dudaba que iba a contestar mi carta.

Antes de cerrar el sobre, le dije a mi madre:

—He escrito a *sensei*, como me dijiste. ¿Quieres leer la carta?

Naturalmente y como yo suponía, no quiso leerla.

—¿Ah, sí? Pues, vamos, mándala pronto. Esas cosas tenías que haberlas hecho antes, tú mismo, y sin necesidad de que nadie te lo hubiera dicho.

Estaba claro que me seguía tomando por un niño. Y, ante tanta insistencia, hasta yo mismo me sentía como tal.

—Bueno, pero por carta se consigue poco. De todos modos, en septiembre cuando vuelva a Tokio... Si no, va a ser difícil...

—Pues sí, tienes razón. Pero así y todo, es mejor que se lo vayas pidiendo antes. A lo mejor, así ya hay un buen puesto para ti cuando vayas...

—Bueno. Pero seguro que me va a contestar. Ya volveremos a hablar de eso, ¿de acuerdo?

Yo confiaba en *sensei*, en que sería fiel en responder, y me puse a esperar su respuesta con ilusión. Pero me equivoqué. Pasó una semana y no llegó ninguna noticia de *sensei*.

—Tal vez esté de vacaciones en alguna parte.

Tuve que recurrir a palabras de excusa para justificar ante mi madre el silencio de *sensei*. Esas palabras no solamente le servían a ella, sino también a mi corazón. Sentía la necesidad de explicar la actitud de *sensei* con alguna razón y así calmar mi propia inquietud.

A veces, me olvidaba de la enfermedad de mi padre. Otras veces, me entraban ganas de marcharme pronto a Tokio. También había veces en que mi padre parecía olvidarse de su enfermedad. Se preocupaba del futuro y, sin embargo, no hacía nada al respecto. Y de esa manera, a fin de cuentas, se fue pasando el tiempo sin encontrar yo la ocasión de hablar a mi padre sobre el reparto de la herencia, tal como me había aconsejado *sensei*.

8

A principio de septiembre, decidí volver a Tokio. Pedí a mi padre que durante cierto tiempo me enviara las mensualidades para mis gastos como hacía antes.

—Si sigo aquí como ahora, nunca voy a conseguir ese trabajo que quieres para mí.

Le expliqué que, efectivamente, el motivo de volver a Tokio era buscar ese empleo. Y añadí:

—Por supuesto, las mensualidades sólo las necesitaré hasta que encuentre algo.

En mi mente, sin embargo, pensaba que tal empleo nunca me vendría. Mi padre, ignorante de esta creencia mía, pensaba justamente lo contrario:

—Bien, como va ser por poco tiempo, te mandaré dinero. Pero por poco tiempo, ¿eh? Cuando consigas el trabajo, tendrás que independizarte. En realidad, al día siguiente de acabar la carrera, ya tenías que haberte independizado económicamente. Los jóvenes de hoy sólo saben gastar dinero. Nunca piensan en ganárselo.

Añadió unos reproches más. Por ejemplo:

—Antes, los hijos dábamos de comer a nuestros padres. Ahora, en cambio, los padres somos comidos por los hijos.

Yo le escuchaba en silencio. Cuando me pareció que había terminado con esa retahíla y me disponía a levantarme silenciosamente, me preguntó cuándo me iba. Para mí, era mejor irme cuanto antes.

—Consúltale a tu madre, a ver qué día es más favorable^[72].

—Bien, de acuerdo.

Me mostraba así de sumiso ante mi padre. Deseaba salir del pueblo sin oponerme a él. Pero antes de abandonar la habitación, me detuvo:

—Cuando te hayas ido, esta casa volverá a quedarse triste. Sólo estaremos tu madre y yo. ¡Ah, si yo estuviera bien! Entonces no pasaría nada, pero con este mal. En fin, no puedo prometerte que no vaya a ocurrir nada...

Consolé a mi padre lo mejor que pude y volví a mi mesa de estudio. Me senté entre los libros que estaban por todas partes y en mi mente, una y otra vez, me repetí las palabras de lamento de mi padre y me representé su actitud de desamparo.

En ese momento, oí de nuevo el canto de las chicharras. Era un canto distinto del que se oía en pleno verano. Ahora, en septiembre, cantaba un tipo de chicharra llamado *tsuku-tsuku yoshi* por el sonido de su canto. Cuando estaba en el pueblo en las vacaciones de verano y me sentaba en medio del canto ardiente de las chicharras, a menudo me sentía invadido por una intensa tristeza. Era una nostalgia que, acompañada del penetrante canto de esos insectos, se colaba hasta el fondo de mi corazón. En ocasiones así, yo solía permanecer inmóvil, mirando mi interior.

Pero esta vez mi nostalgia, desde el regreso a mi pueblo, estaba cambiando

poco a poco de color. Al igual que el tono del canto de las chicharras desde un sonido de *aburazemi* había cambiado al de *tsuku-tsuku yoshi*, del mismo modo yo sentía que el destino de la gente cercana a mí estaba inmerso en una gran metamorfosis. Pensaba en la actitud y en las palabras de mi padre. Pensaba en *sensei* que no había contestado a mi carta. *Sensei* y mi padre representaban a mis ojos caracteres tan contrarios que resultaba fácil compararlos o imaginarlos en mi cabeza al mismo tiempo.

Sobre mi padre sabía casi todo. Si me alejaba de él, sólo quedaría el sentimiento de cariño filial. Pero de *sensei* no sabía mucho. No había tenido todavía ocasión de escuchar ese pasado suyo que había prometido contarme. Es decir, *sensei* se me presentaba envuelto en una existencia oscura. Sentía que, a toda costa, yo debía disipar esa oscuridad y llegar hasta donde hubiera claridad sobre *sensei*. Por eso estar alejado de *sensei* me causaba tanto dolor.

Mi madre consultó el calendario, y se determinó el día más propicio para mi partida a Tokio.

9

A punto de partir, exactamente dos días antes de la fecha, mi padre volvió a desmayarse. En ese momento, yo me encontraba atando un cesto lleno de libros y ropa. El desmayo le sobrevino en el baño. Mi madre, que había entrado en el baño con él para lavarle la espalda, me llamó a gritos. Encontré a mi padre desnudo y a mi madre sosteniéndole por la espalda. Cuando le llevamos a su habitación, volvió en sí y acertó a decir:

—Ya estoy bien, ya estoy bien...

Me quedé a su lado por precaución cambiándole el paño mojado de su cabeza. Solamente a eso de las nueve me decidí a cenar sin apenas ganas.

El día siguiente, mi padre parecía encontrarse mejor de lo que esperábamos. Aunque le dijimos que no lo hiciera, fue caminando hasta el cuarto de baño.

—¡Que estoy bien!

Repetía las mismas palabras dichas cuando se desmayó a finales del año pasado. Entonces, como él mismo dijo, no pasó nada después. Esta vez pensé que tampoco iba a pasar nada. Sin embargo, el médico dijo que había que tener mucho cuidado, aunque no quiso pronunciarse claramente sobre su estado pese a mi

insistencia.

Yo estaba inquieto y, por eso, cuando llegó el día previsto para mi partida, no tenía ningún deseo de irme.

—Creo que voy a quedarme un poco más. Así estaré seguro de que no le va a pasar nada, ¿no te parece? —le pregunté a mi madre.

—¡Ay, sí, hijo! Quédate, por favor —contestó.

Mi madre no había mostrado ninguna inquietud cada vez que padre salía al jardín o iba detrás de la casa, pero después de este incidente estaba exageradamente preocupada.

—¿No te ibas a ir hoy a Tokio? —me preguntó mi padre.

—Sí, pero he aplazado un poco el viaje —le contesté.

—Ha sido por mí, ¿verdad?

Me quedé sin palabras un instante. Si le hubiera dicho que sí, habría dado la impresión de confirmar la gravedad de su enfermedad. No deseaba ponerle nervioso. De todas formas, mi padre sabía leer muy bien mis pensamientos.

—Lo siento —dijo, y volvió la vista al jardín.

Regresé a mi cuarto. Vi en el suelo el cesto con sus tapaderas listo para ser enviado en cualquier momento a Tokio. Me puse delante de él y vagamente pensé en desatarlo.

Pasé tres o cuatro días más con la incómoda sensación de quien no está ni del todo sentado ni del todo de pie.

Mi padre sufrió un nuevo desmayo y el médico, esta vez, le ordenó completo reposo.

—¿Qué va a pasarle? —dijo mi madre con la voz muy baja, para no ser oída por mi padre, y con expresión de desamparo.

Preparé telegramas para mi hermana y mi hermano. Pero mi padre, acostado como estaba, no parecía sufrir nada. Oyéndole hablar, se diría que tenía un simple resfriado. Su apetito, además, había aumentado y, pese a nuestras advertencias, no

nos hacía caso.

—De todos modos, me voy a morir. Y antes tengo que comer todas las cosas buenas que quiero.

A mis oídos esas palabras de «cosas buenas» sonaban irónicas, o más bien trágicas. Mi padre no vivía en una gran ciudad en donde se podrían comer esas «cosas buenas» con más facilidad. Por la noche pedía que le hicieran *kakimochi*^[73] que masticaba haciéndolo crujir.

—¿Cómo podrá tener esa «apetencia»? —se preguntaba mi madre—. Debe ser que su naturaleza, a pesar de todo, es muy fuerte.

Me parecía que ella, justo en donde había razón para desesperarse, colocaba su esperanza. Pero había usado la palabra «apetencia»^[74], de sabor arcaico y generalmente empleada con los enfermos, en el sentido de desear comer cualquier cosa.

Cuando mi tío se presentó para verle, mi padre le hizo quedarse hasta muy tarde y no quería que se fuera. La principal razón para detenerle era que se sentía solo, aunque parece que otro motivo era quejarse de que mi madre y yo no le dejábamos comer todo lo que él quería.

10

El estado de su enfermedad permaneció estacionario durante más de una semana. Mientras tanto, yo había escrito una larga carta a mi hermano mayor residente en Kiushu. A mi hermana hice que le escribiera mi madre. Pensé que quizá esa iba a ser la última información que tendrían los dos sobre la enfermedad de nuestro padre. Por eso, les di a entender claramente que si nuestro padre empeoraba de repente, les enviaría un telegrama para que se presentaran de inmediato.

El trabajo de mi hermano no le dejaba nada de tiempo libre. En cuanto a mi hermana, esperaba familia. Por esto, hasta que realmente nuestro padre no estuviera en peligro de muerte, no les pensaba llamar. Sin embargo, si, cuando vinieran, ya hubiera muerto, sus reproches me estarían bien empleados. Determinar el momento en que yo debía enviarles el telegrama me parecía, por lo tanto, una responsabilidad de un peso inimaginable.

—No puedo decirles exactamente cuándo va a ocurrir el desenlace, pero créanme: el peligro puede llegar en cualquier momento.

Esas fueron las palabras del médico que habíamos hecho venir de la ciudad en donde estaba la estación más próxima de ferrocarril.

Después de consultar con mi madre y gracias a la mediación del médico, decidimos pedir la presencia de una enfermera del hospital de la ciudad. Mi padre puso una expresión rara cuando vio a su lado cómo le saludaba una mujer vestida de blanco.

Naturalmente, mi padre sabía bien que su enfermedad era mortal. Aún así, daba la impresión de no darse cuenta de que la muerte se le iba acercando inexorablemente.

—Cuando me ponga bien, quiero visitar Tokio. ¡Cualquiera sabe cuándo vamos a morirnos! Así que lo mejor es hacer todo cuanto uno quiere, mientras hay vida.

Mi madre no tenía más remedio que ponerse a la altura de mi padre y decía:

—Bueno, en ese caso, yo también quiero acompañarte...

Otras veces, mi padre se dejaba invadir por una gran tristeza y decía:

—Cuando me muera, tienes que cuidar a tu madre muy bien.

Este «cuando me muera» me hacía recordar algo... Antes de partir, *sensei* había repetido muchas veces esas mismas palabras a su mujer. Fue en la velada del día de mi graduación. Me acordé de la cara sonriente de *sensei* y del gesto de su mujer al taparse los oídos y pedirle que no dijera esas palabras tan siniestras. Aquel «cuando me muera» era una simple suposición. En cambio, lo que acababa de oír de mi padre se refería a una realidad que podía sobrevenir en cualquier momento. Yo no podía imitar el gesto de la mujer de *sensei*. Pero de labios afuera tenía que disimular e intentar confortar a mi padre:

—Vamos, no seas tan pesimista. Cuando te pongas bien, irás a Tokio con madre, ¿no? Cuando lleguéis allí, os vais a extrañar de todo lo que ha cambiado aquello. Sólo por el aumento de las líneas de cercanías de los trenes, os sorprenderá cómo ha cambiado todo. Por donde pasa el tren, siempre cambia el aspecto de las calles. Además, van a reformar toda la administración municipal. Es decir, en las veinticuatro horas del día, Tokio no tendrá ni un momento de calma.

A falta de algo mejor que decir, le animaba con palabras que en otra situación hubieran sido innecesarias. Mi padre me escuchaba complacido.

El tener un enfermo en casa aumentaba naturalmente el número de visitas. Los parientes que vivían cerca, le visitaban a razón de uno cada dos días. También acudían los que vivían lejos y con los que en general no teníamos mucho contacto. Algunos, cuando se iban, decían:

—¡Vaya! No está nada mal. Habla muy bien y su cara no está nada demacrada, ¿verdad?

Cuando volví de Tokio, mi casa estaba demasiado silenciosa, pero ahora poco a poco se había vuelto más y más animada.

Mi padre, la única figura inmóvil en medio de tanto ajetreo, cada vez se encontraba peor. Consulté a mi madre y a mi tío y, por fin, me decidí a despachar sendos telegramas a mi hermano mayor y a mi hermana. Mi hermano contestó diciendo que venía enseguida. También el marido de mi hermana nos avisó que se ponía en camino. Posiblemente vendría él en lugar de mi hermana, cuyo primer embarazo había acabado en aborto. Para evitarlo esta vez, su marido deseaba cuidarla muy bien y extremar las precauciones.

11

En esta situación tan preocupante, encontraba tiempo para sentarme con calma. A veces, tenía tiempo de abrir un libro y leer diez páginas seguidas. El cesto que tan bien había quedado atado, estaba ahora desatado y su contenido sacado a medida que necesitaba algo. Reflexioné sobre los propósitos de estudio que había hecho al principio de verano, cuando partí de Tokio. El estudio realizado no llegaba ni a un tercio de lo propuesto. Aunque hasta entonces había sentido repetidamente la desagradable sensación de no cumplir mis propósitos, nunca lo pasé tan mal como ese verano. El pensar que esto es lo que suele ocurrirle a casi todo el mundo, no disminuía para nada el peso opresivo de esta insatisfacción conmigo mismo.

En medio de esta desagradable opresión, me puse a pensar por un lado en la enfermedad de mi padre y luego en lo que sucedería a su muerte. Al mismo tiempo, me dio por pensar en *sensei*. En los dos extremos de esa opresión, observaba a estas dos personas tan absolutamente diversas en posición social, en formación, en carácter.

Mi madre se asomó al cuarto en donde yo reflexionaba solo con los brazos cruzados, en medio del desorden de los libros y lejos del lecho de mi padre.

—Vamos, hijo, échate una siesta. Debes de estar muy cansado.

Mi madre no comprendía cómo me sentía. Tampoco yo era tan infantil como para esperar su comprensión. Le di las gracias con una palabra y, al ver que seguía allí, le pregunté:

—¿Qué tal sigue padre?

—Ahora está muy bien dormido —me contestó.

Entonces entró en mi habitación y se sentó a mi lado.

—¿Todavía no te ha escrito nada ese *sensei*? —me preguntó.

Ella contaba con la seguridad que le había dado sobre la respuesta de *sensei*. Sin embargo, yo no esperaba la contestación que mis padres tanto deseaban. Esto equivalía a haber engañado deliberadamente a mi madre.

—Escríbele otra vez —dijo.

No me importaba escribir más cartas que de nada servirían, si con ello iba a tranquilizarla. Pero insistirle a *sensei* en un asunto como este, me resultaba angustiante. Temía el desdén de *sensei* muchísimo más que los reproches de mi padre o el disgusto de mi madre. Imaginaba incluso que el silencio de *sensei* podría ser la expresión de ese desdén.

—Escribirle es fácil. Pero no creo que el asunto se solucione hasta que yo vaya a Tokio y me ponga a buscar directamente. Sin eso...

—Pero como tu padre está así y no sabes cuándo podrás ir...

—Por eso no voy, madre. Hasta que sepamos si va a curarse o no, yo estaré aquí a su lado.

—¡Naturalmente, hijo! ¿Cómo podrías irte a Tokio dejándole así, tan enfermo, y sabiendo que en cualquier momento le puede llegar la hora?

Al principio, yo sentía lástima de mi madre, ignorante de todo lo que ocurría. Pero ahora no entendía por qué ella había sacado ese tema en una situación tan inquietante. Tal vez, al igual que yo hallaba tiempo para sentarme y leer, también ella olvidaba al enfermo que constantemente estaba a su lado y encontraba calma para pensar en otras cosas. Entonces me dijo:

—En realidad, hijo, si consigues un buen empleo mientras vive tu padre, ¡qué

alegría le darías! Esto es lo que pienso, ya ves... Tal vez nos falte tiempo para eso, pero bueno, fíjate, como todavía está bien de mente y de habla... En fin... ¡Ay, si pudieras darle una alegría como buen hijo que eres...!

¡Pobre de mí que me veía en la situación de no poder cumplir este acto de piedad filial!

Finalmente, decidí no escribir a *sensei* ni una línea más.

12

Cuando llegó mi hermano, nuestro padre leía el periódico acostado. Siempre había tenido la costumbre de echar una ojeada a la prensa, pero desde que se veía postrado en la cama, mostraba avidez por leerla. Mi madre y yo, sin oponernos a esto, dejábamos que hiciera lo que quisiera.

—¡Vaya! ¡Qué bien que tengas el ánimo para leer el periódico! Venía pensando que estarías muy mal, pero ¡mira! Te veo muy bien.

Mi hermano hablaba con mi padre en estos términos. Su tono jovial me pareció discordante. Pero cuando nos hablamos cara a cara sin la presencia de nuestro padre, su voz sonó hundida.

—¿No será malo que lea el periódico? ¿Qué te parece? —me preguntó.

—No creo que sea bueno, pero no hay modo de impedirselo. Cuando él se empeña...

Mi hermano escuchaba mi explicación en silencio. Después dijo:

—Me pregunto si entiende lo que lee.

Era evidente que mi hermano había observado que el entendimiento de nuestro padre estaba bastante embotado por la enfermedad.

—Sí, creo que sí. Hace poco estuve hablando con él unos veinte minutos al lado de su cabecera y no me ha parecido que tenga disminuidas sus facultades. En esta situación puede durar bastante más tiempo.

La opinión de mi cuñado, que llegó casi al mismo tiempo que mi hermano, era mucho más optimista. Mi padre le preguntó sobre mi hermana.

—Teniendo en cuenta su estado, ha sido mejor que haya evitado el ajetreo del tren. Si se hubiera empeñado en venir, habríamos estado muy preocupados por ella.

Y añadió mi padre:

—No hay problema. Cuando me ponga bien, viajaremos todos a ver la cara del niño.

Cuando murió el general Nogi^[75], mi padre fue el primero en enterarse por la prensa.

—¡Qué terrible! ¡Qué terrible! —exclamó.

Estas palabras nos asustaron, pues no sabíamos nada de lo que había sucedido.

Después mi hermano me dijo:

—Por un momento pensé que se había vuelto loco.

También mi cuñado asintió:

—¡Uf! Yo también me quedé helado...

Aquellos días, la gente del pueblo esperaba con impaciencia la llegada de los diarios, tal era la cantidad de noticias y artículos que les interesaban. Yo me sentaba a la cabecera de mi padre y se los leía detalladamente. Cuando no tenía tiempo de leerlos, me los traía a mi cuarto y me los leía de cabo a rabo. Durante mucho tiempo, no se me iba de la cabeza la imagen del general Nogi con su uniforme militar y su mujer vestida con el traje de dama de la Corte imperial.

El viento del dolor soplaba así y penetraba por los rincones del pueblo haciendo moverse a los árboles y temblar a las piedras. De repente, recibí un telegrama de *sensei*. En este pueblo, en donde hasta los perros ladran al ver a alguien con ropa occidental, un telegrama era un acontecimiento. Mi madre, que fue quien lo recibió, me llamó aparte con la cara asustada. Mientras yo lo abría, permaneció a mi lado de pie.

—¿Qué puede ser? —preguntó.

En el telegrama *sensei* simplemente quería saber si podía ir a verle. Yo moví la cabeza con extrañeza. Mi madre ofreció una explicación:

—Seguro que es sobre ese puesto de trabajo que le pediste.

Yo también pensé que a lo mejor era eso. Pero me parecía algo raro. De todos modos, después de haber hecho venir a mi hermano y a mi cuñado, no podía ahora escaparme a Tokio dejando a mi padre enfermo. Consulté con mi madre y decidí contestarle con otro telegrama diciéndole que no podía ir. Le expliqué en pocas palabras la situación crítica de la enfermedad de mi padre. Como me pareció que con eso no bastaba, además le escribí una carta en la que le ponía al corriente de todos los detalles. Ese mismo día se la mandé. Mi madre, sin dudar que se trataba de un trabajo, puso una expresión de lástima y exclamó:

—¡Ay, qué pena que se hayan juntado tantas cosas en este mal momento!

13

La carta era bastante larga. Mi madre y yo pensábamos que esta vez contestaría. A los dos días de enviarla, recibí un segundo telegrama. En él me decía *sensei* simplemente que ya no era preciso que fuera a verle. Se lo enseñé a mi madre.

—A lo mejor es que prefiere informarte por carta.

Obsesivamente, mi madre pensaba que *sensei* no estaba más que para buscarme cómo ganarme la vida. Tal vez fuera así, pensé, pero conociendo a *sensei*, me hubiera parecido extraño. Que me buscara trabajo, era algo que no me encajaba en la cabeza.

—De todas formas, no debe haberle llegado mi carta cuando él mandó este telegrama.

Con banalidades así respondía a mi madre, que escuchaba con seriedad. Y dijo:

—Es verdad.

Estaba claro que a ella tampoco le ayudaría a entender a *sensei* el hecho de saber que el telegrama suyo había sido enviado antes de llegarle mi carta.

Estaba prevista para ese día la visita del médico de cabecera y del director del hospital. No tuve ocasión, por eso, de seguir hablando del asunto de *sensei* con mi madre. Los dos médicos examinaron a mi padre, le pusieron una lavativa y se marcharon.

Desde que el médico le ordenara reposo total, mi padre hacía sus necesidades

acostado y ayudado por nosotros. Es un hombre con la manía de la limpieza, por lo que al principio le sentaba muy mal tener que depender de alguien para estos menesteres. Como no podía realizar sus evacuaciones por sí mismo, antes de pedir ayuda, acababa haciéndolas en la cama bien a su pesar. Quién sabe si por el empeoramiento de su estado o por el debilitamiento de su mente, el caso es que con el paso de los días le dejó de importar hacer las evacuaciones no controladas. A veces, manchaba el edredón o las sábanas, y mientras los demás expresábamos nuestro disgusto, él parecía indiferente. De todas maneras, la cantidad de orina había disminuido notablemente a causa de la enfermedad, razón por la que el médico empezaba ahora a mostrarse inquieto. También su apetito iba cayendo. De vez en cuando, tenía ganas de comer algo, pero se limitaba a tocarlo con la lengua. De la garganta para abajo pasaban muy pocos alimentos. Ahora ni siquiera podía sostener el periódico, que tanto le gustaba leer. Las gafas de présbita, al lado de su almohada, ya nunca salían de su negro estuche.

Cuando vino a verle un amigo suyo de la infancia llamado Saku y que vivía a unos cuatro kilómetros, mi padre, volviendo su mirada turbia hacia él, dijo:

—Bienvenido, Saku. ¡Cómo envidio tu salud! Yo ya no puedo más...

—¡Vamos, vamos, no digas eso! Tú, con dos hijos graduados universitarios, no debes quejarte por tener una tontería de enfermedad, hombre. Fíjate en mí. La mujer se me murió, hijos no tengo. No me queda más que vivir así, sin más ni más. Por sano que esté, ¿qué alegría puedo hallar ya en la vida?

Fue dos o tres días después de la visita de Saku, cuando le pusieron la lavativa. Él se alegró diciendo que se sentía muy aliviado gracias a la intervención del médico. Recuperó su humor como si estuviera resignado a su muerte. Mi madre, que estaba a su cabecera, quizá llevada por este buen humor o para animarle, mencionó el asunto del telegrama de *sensei* como si yo ya hubiera conseguido el deseado trabajo en Tokio. Como yo estaba cerca de los dos, me sentí incómodo, pero tampoco quise interrumpir a mi madre y me limité a escucharla en silencio. El enfermo puso una cara alegre:

—Eso está muy bien —dijo mi cuñado.

—¿Sabes ya de qué trabajo se trata? —preguntó mi hermano.

Yo había perdido las ganas de negar todo sobre ese tema, pero me levanté después de dar una contestación tan vaga que ni yo mismo entendí bien.

El mal de mi padre avanzaba inexorablemente hacia su desenlace final, pero parecía vacilar antes de dar el último paso y asestar el golpe definitivo. Cada noche, toda la familia nos acostábamos pensando en la sentencia del destino y con la pregunta «¿sería esta noche o mañana?».

Mi padre no sentía ninguna clase de dolor que a nosotros pudiera hacernos sufrir. En este sentido, no era muy difícil cuidarle. Por precaución, siempre había alguien turnándose para estar despierto a su lado. Fuera de esto, el resto de la familia se acostaba a la hora de siempre y cada uno en su habitación. Una noche que, por alguna razón, no podía conciliar el sueño, pensé haber oído gemir al enfermo. Me levanté para asegurarme. Esa noche estaba de guardia mi madre. Pero ella, al lado de mi padre, dormía profundamente, apoyada en su brazo doblado a modo de almohada. También mi padre estaba muy tranquilo, como si le hubieran sumido en un profundo sueño. De puntillas volví a la cama.

Yo compartía el mosquitero con mi hermano. El marido de mi hermana, en cambio, que recibía trato de huésped, ocupaba él solo la mejor habitación, una estancia apartada.

—Lo siento por Seki que está quedándose tantos días, sin poder volver a su casa —dijo mi hermano.

Seki era el apellido de nuestro cuñado.

—Bueno, pero puede permitirse seguir aquí porque no está tan ocupado, ¿verdad? Tú, en cambio, lo tienes peor, ¿no? Tanto tiempo aquí...

—Aunque lo tengo peor, ¿qué le vamos a hacer? Esto de nuestro padre está por encima de todo.

Mi hermano y yo, que dormíamos uno al lado del otro, charlábamos así antes de dormimos. En la cabeza de mi hermano y en la mía existía la misma convicción: nuestro padre no tenía ninguna esperanza. También pensábamos que, si no iba a vivir, era mejor que el fin llegara cuanto antes. Era como si estuviéramos acechando su muerte. Nuestro deber filial, sin embargo, nos impedía reconocerlo. Así y todo, sabíamos muy bien lo que pensaba el otro.

—Padre todavía parece que cree que va a curarse —dijo mi hermano.

Ciertamente, había razones que me hacían compartir la impresión de mi

hermano. Por ejemplo, si era anunciada la visita de algún vecino, nuestro padre siempre insistía en recibirla y no dejaba de decirle lo mucho que lamentaba no haberle podido invitar a la fiesta de mi graduación. Incluso añadía que, cuando se curase de su enfermedad, haría esto y lo otro.

—La verdad es que me alegro por ti de que se haya suspendido tu fiesta de graduación. En la mía, vamos, ¡qué mal lo pasé!

Mi hermano me despertó aquellos recuerdos y me reí con cierta amargura recordando el aspecto de la fiesta animada por el alcohol. Me vino también la imagen desagradable de un padre insistiendo a sus invitados para que comieran y bebieran.

No éramos exactamente hermanos que mantuvieran términos muy íntimos. De pequeños nos peleábamos a menudo y yo, el menor, acababa siempre llorando. La diferencia en los estudios que uno y otro habíamos elegido reflejaba la diferencia de nuestros caracteres. Siendo yo estudiante universitario y especialmente después de conocer a *sensei*, cuando pensaba en mi hermano, que vivía tan lejos, siempre me lo representaba como una clase de persona ruda y primaria. Además, como no le había visto desde hacía mucho y él vivía lejos, el tiempo y la distancia lo habían alejado todavía más de mí. Aún así, al verle después de tanto tiempo, el cariño fraternal parecía brotar de forma natural entre nosotros. Tal vez las circunstancias de este encuentro eran las responsables de que surgiera este sentimiento. Es decir, ante un padre común y agonizante y estando los dos a su cabecera, era natural, en fin, que nuestra relación se estrechara.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó mi hermano. Yo le respondí preguntándole a mi vez cosas que nada tenían que ver con su pregunta.

—¿Qué pasará con la herencia y la casa?

—No sé. Padre no ha dicho nada aún. Pero bueno, sumando todo, no debe de ser mucho dinero.

Mi madre, por su parte, seguía preocupada por el silencio de *sensei*.

—¿Todavía no te ha llegado ninguna noticia? —me preguntaba con molesta insistencia.

—¿Y quién es ese tal *sensei*? —me preguntó mi hermano.

—Te lo dije el otro día, ¿no? —le respondí. Me desagradó que mi hermano me preguntara por algo que había olvidado tan rápidamente.

—Bueno, sí que te lo oí, pero...

Añadió que no se había enterado bien de quién era *sensei*, pese a haberme oído hablar sobre él. Tampoco yo tenía ninguna necesidad de que entendiera bien quién era. Aun así, me disgusté. Pensé que otra vez mi hermano había vuelto a revelar su verdadera naturaleza.

Mi hermano creía que, como yo mostraba respeto a esa persona llamándole *sensei*, tenía que tratarse de alguien socialmente importante, como mínimo, un profesor universitario o algo así. Si no fuera famoso ni trabajara en nada, ¿qué valor podría tener tal persona? La forma de pensar de mi hermano era, en ese punto, exactamente igual a la de mi padre. Pero con una diferencia. Mi padre sacaba la rápida conclusión de que *sensei* no hacía nada porque no sabía hacer nada, mientras que mi hermano opinaba que la persona que, pudiendo hacer algo, no le da la gana de hacer nada, es porque es un inútil.

—No está bien ser egoísta —dijo mi hermano—. Vivir sin hacer nada es engañar a la sociedad. Si uno tiene alguna capacidad, tiene que hacerla útil al máximo.

Tuve ganas de preguntarle si de verdad entendía el sentido de la palabra «egoísta»^[76]. Y añadió:

—Pero bueno, si consigues algún trabajo por medio de él, pues no tengo nada que objetar. Padre también creo que se alegrará por ello.

Sin haber recibido una carta de *sensei*, yo no podía compartir el optimismo de mi hermano, ni tampoco tenía el valor de confesar la verdad. Tras la precipitada conclusión de mi madre y de haberlo pregonado a los cuatro vientos, yo ya no podía ahora negarlo así de repente. Seguí, por tanto, a la espera de la famosa carta de *sensei*, aunque sin sentir el apremio de mi madre. Y recé para que esa carta trajera la noticia sobre el trabajo que tanto esperaban todos en mi casa: mi padre, que estaba muriéndose; mi madre, que ansiaba tanto calmarle; mi hermano, con su opinión de que si uno no trabajaba no era una persona; e, incluso, mi cuñado, mi tío, mi tía, en fin, todos a los que había que contentar. De esa manera, para lograr esa posición material de la que hasta entonces me había desinteresado, yo debía ahora luchar

hasta el límite de mis nervios.

Cuando mi padre vomitó una extraña sustancia amarilla, me acordé del peligro del que me habían advertido *sensei* y su mujer.

—Tanto tiempo acostado, no me extraña que el pobre tenga el estómago destrozado.

Fue mi madre quien dijo esto. Mirándola a la cara, se me hizo un nudo en la garganta ante su ingenuidad.

Cuando me quedé solo con mi hermano, me dijo:

—¿Has oído?

Se refería a las palabras que había dicho el médico momentos antes de marcharse. No me hacía falta que el médico me explicara nada: sabía bien el significado de esos vómitos.

—Por cierto, ¿no tienes intención de establecerte aquí en el pueblo y administrar la propiedad familiar? —me preguntó mi hermano, volviendo ligeramente la cabeza hacia mí. Yo no contesté nada.

—¿Qué va a hacer madre aquí sola? —añadió mi hermano. Estaba claro que a él no le importaba en absoluto que yo me fuera pudriendo lentamente en medio de los olores de la tierra.

Si lo que quieres es leer libros, lo puedes hacer muy bien aquí en casa. Además, no te hará falta trabajar. No está mal para ti, ¿no crees?

—¿No eres más bien tú quien debería volver a casa e instalarse aquí?^[77] —pregunté yo.

—¡Cómo voy a ser yo! —exclamó, negándose en redondo a la idea. Todo su cuerpo rebosaba deseos de llevar una vida activa.

—Si no eres tú, tendremos que pedirselo al tío. Pero de madre debemos encargarnos uno de los dos.

—El problema principal será si va a estar dispuesta a moverse de aquí —dije yo.

Fue así como los dos discutíamos en vida de nuestro padre acerca de lo que ocurriría después de su muerte.

16

Mi padre empezó a delirar. Lo hacía en ocasiones. Con la voz entrecortada y sin mediar nada, decía cosas como:

—Disculpe, general Nogi. Me siento avergonzado... Sí, claro, claro, yo también iré enseguida detrás de usted...

A mi madre estas frases le daban miedo. Ella quería que estuviéramos todos constantemente a la cabecera de nuestro padre. En momentos de lucidez, mi padre se mostraba frecuentemente triste, pero al vernos a todos juntos parecía cobrar ánimos. Cuando recorría la habitación con su mirada, si no encontraba a mi madre, no dejaba de preguntar:

—¿Y Omitsu?

Y, aunque no lo preguntara, sus ojos lo decían. Entonces, yo me levantaba y salía a llamarla. Cuando mi madre entraba en la habitación, dejando lo que estaba haciendo, y preguntaba qué quería, él a veces no decía nada y sólo la miraba. Otras veces, pronunciaba palabras sin sentido. En otras ocasiones, decía cosas dulces como:

—Omitsu, te agradezco tanto todo...

En tales momentos, mi madre se deshacía en lágrimas. Entonces parecía acordarse de lo distinto que era mi padre cuando estaba sano:

—Ahora dice estas cosas tan tiernas, pero antes era muy duro.

Y contó cuando él le pegó en la espalda con una escoba. Mi hermano y yo, que habíamos oído muchas veces contar esta historia, esta vez y a la vista de las circunstancias, recibíamos el relato de nuestra madre con cierto fervor, como si nos regalara recuerdos de un padre ya difunto.

Mi padre, pese a tener ante sus ojos la sombra tenebrosa de la muerte, aún no había manifestado nada que se pareciese a un testamento.

—¿No convendría preguntarle ahora que hay tiempo? —dijo mi hermano mirándome.

—Bueno... —contesté yo. Pensaba que no sería muy bueno para el enfermo sacar ese asunto. Incapaces de decidir entre nosotros, consultamos con nuestro tío. Nuestro tío expresó vacilación y movió la cabeza:

—Sería una lástima que se muriera antes de decir lo que quiera decir sobre ese tema, pero apremiarle nosotros, tampoco estaría bien...

Antes de que pudiéramos llegar a una decisión, nuestro padre cayó en estado de coma. Mi madre, con su candor de siempre, creyó que se trataba de un simple sueño y se alegró:

—¡Qué bien que pueda quedarse dormidito tan tranquilo! Así será más fácil cuidarle.

De vez en cuando, el enfermo abría los ojos y preguntaba por ciertas personas. Eran personas que siempre habían estado a su cabecera hasta hacía un momento. En su mente había un lado oscuro y otro lúcido. El lado lúcido se asemejaba a un hilo blanco con el que se cosían a regulares puntadas los espacios oscuros. Era natural que mi madre se equivocara y tomara el estado de coma por un sueño normal.

También empezó a trabársele la lengua. En ocasiones remataba el final de una frase con un murmullo incoherente que hacía imposible que le entendiéramos. Pero, cuando empezaba a hablar, siempre lo decía con una voz fuerte, una voz impropia de un enfermo en coma. Naturalmente, nosotros teníamos que hablarle en un tono mucho más alto que el habitual acercando los labios a su oído.

—¿Te sientes bien si te enfriamos la cabeza?

—Sí...

Le cambié la almohadilla hidráulica con ayuda de la enfermera y puse sobre su cabeza la bolsa con hielo nuevo. Mientras que los trozos del puntiagudo hielo de la bolsa se asentaban sobre su cabeza, yo la sostenía suavemente sobre la piel de la amplia frente de mi padre. Fue en ese momento cuando mi hermano se acercó desde el pasillo y me entregó una carta sin decir nada. La recibí con la mano izquierda que tenía libre y enseguida me sentí intrigado. Pesaba tanto... Tampoco venía en un sobre corriente, ni su volumen era tal que pudiera contenerse en uno ordinario. Venía envuelta en un papel fino, con las juntas cuidadosamente pegadas. Al dármela mi hermano, me di cuenta de que era una carta certificada. Le di la vuelta y vi el nombre de *sensei* escrito en letras discretas. Como no podía soltar la otra mano, incapaz de abrirla, me la metí en la escotadura del quimono.

Ese día el estado del enfermo parecía haber empeorado. Cuando me levanté para ir al servicio, me crucé en el pasillo con mi hermano.

—¿Dónde vas? —me preguntó con el tono de un centinela. Y añadió:

—Lo veo bastante mal, así que tienes que estar a su lado todo el tiempo posible, ¿de acuerdo?

Estaba de acuerdo, de modo que sin tocar siquiera la carta, volví a la habitación del enfermo.

Mi padre preguntó a mi madre por los nombres de las personas que allí estaban. Ella se las fue nombrando. A cada nombre mi padre asentía con la cabeza y, cuando no asentía, mi madre se lo repetía:

—Es fulano de tal... ¿Has entendido?

—Muchas gracias por cuidarme —dijo mi padre. Y volvió a entrar en coma.

Los que estábamos alrededor de la cabecera nos quedamos un rato mirándole en silencio. Después, uno se levantó y se fue a otro cuarto. Otro hizo lo mismo. En tercer lugar, yo también me retiré a mi cuarto. Deseaba abrir aquella carta que había deslizado por la pechera de mi quimono. Podría hacerlo igualmente al lado del enfermo, pero la carta parecía demasiado larga para leerla allí de un tirón. Necesitaba disponer de un tiempo especialmente dedicado a eso.

Rompí el sobre desgarrando el papel de fuerte fibra que servía de envoltorio. Lo que había dentro eran como cuartillas cuadrículadas escritas a mano ordenadamente. Para facilitar el envío, estaban dobladas en cuatro. Doblé al revés estas hojas para poder leerlas mejor.

Mi corazón se asustó pensando en qué me diría *sensei* en tantas hojas y con tanta tinta. Al mismo tiempo, me inquietaba lo que podría ocurrir en la estancia del enfermo. Tenía el presentimiento de que si empezaba a leer la carta, antes de terminarla, iba a pasarle algo a mi padre, o seguramente mi hermano o mi madre, o tal vez mi tío, iban a llamarme. No, no podía leerla con la tranquilidad deseada. En este estado de inquietud, leí sólo la primera página. Decía así:

En una ocasión en que me preguntaste sobre mi pasado, no tuve el valor de contestarte. Ahora, sin embargo, creo que he conseguido la libertad precisa para

revelártelo claramente. Pero esa libertad, si yo esperara hasta tu vuelta a Tokio, podría perderse; es simplemente una clase de libertad convencional. Por lo tanto, si no la utilizo ahora que puedo, podría para siempre perder la ocasión de mostrarte mi pasado y tú perderías la oportunidad de sacar una lección de mi experiencia. Además, aquella promesa mía resultaría ser una mentira. Por todo esto me veo obligado a escribírtelo en lugar de decírtelo de viva voz.

Al leer hasta ahí, comprendí la razón de haber escrito una carta tan larga. Jamás había pensado que *sensei* iba a escribirme para hablarme de mi puesto de trabajo o para buscarme una situación económica. Pero ¿por qué este *sensei*, al cual no le gustaba escribir, sentía ahora ganas de escribirme tan extensamente y de revelarme ese pasado? ¿Por qué no podía esperar a que yo volviera a Tokio?

«Pero esa libertad, si yo esperara hasta tu vuelta a Tokio, podría perderse... podría para siempre perder la ocasión de mostrarte mi pasado...». En mi cabeza revolvía estas frases. Me resultaba penoso desentrañar su sentido. De repente, me golpeó la ansiedad. Quise seguir leyendo. Oí entonces el grito de mi hermano, reclamándome desde la habitación del enfermo. Me levanté asustado y corrí por el pasillo hacia donde estaban todos.

Estaba resignado a enterarme de lo peor.

18

Durante mi ausencia de la habitación del enfermo, había venido el médico. Con la idea de aliviarle, le iban a efectuar otro lavado intestinal. La enfermera descansaba de la guardia de la noche anterior y estaba acostada en otro cuarto. Mi hermano, sin experiencia en estos cuidados, estaba perdido. Al verme, dijo:

—¡Ven, échame una mano! —y se sentó en su lugar.

Yo ocupé su puesto y coloqué el papel encerado bajo las nalgas de mi padre.

El aspecto de mi padre pareció relajarse un poco. El médico se quedó unos treinta minutos sentado a su lado hasta comprobar el efecto de la irrigación. Después, prometiendo volver más tarde, se fue tras advertirnos de que le llamásemos con carácter de urgencia si ocurría algo.

Volví a salir de la habitación sabiendo que el desenlace podía presentarse en cualquier momento. Me retiré otra vez a mi cuarto para leer la carta de *sensei*. De ninguna manera sin embargo, era posible estar tranquilo. Sentía que, si me sentaba a

la mesa de estudio, mi hermano habría de volver a llamarme con otro grito en cualquier instante. El temor a que aquella llamada podría ser la última, hacía temblar mis manos. Hojeaba sin sentido la carta de *sensei* y mis ojos recorrían los ordenados caracteres encuadrados dentro de la cuartilla. Pero no tenía la tranquilidad necesaria para leerlos. Ni siquiera para ojearlos. Pasé una tras otra las cuartillas hasta la última con la idea de dejarlas sobre la mesa dobladas, tal como estaban antes. Fue entonces cuando, por casualidad, mi vista cayó sobre una de las últimas frases:

Cuando esta carta esté en tus manos, yo ya no estaré en este mundo. Habré muerto.

Entonces, bruscamente, caí en la cuenta. El corazón, que hasta entonces se me agitaba sin parar, me pareció que se me había quedado helado. Me puse a hojear las páginas hacia atrás y a leer frases sueltas en una y en otra. Ansioso por enterarme al instante, intenté penetrar con la vista en los caracteres que parecían bailar ante mis ojos. Lo que deseaba comprobar era simplemente la seguridad de *sensei*. Su pasado, ese pasado oscuro que una vez prometió contarme, era totalmente innecesario para mí. Hojeando la carta al revés y al no hallar fácilmente la información que necesitaba, doblé impacientemente las hojas de la extensa carta.

Fui otra vez hasta la puerta de la habitación del enfermo para ver su aspecto. Había más tranquilidad de la que yo esperaba. Con una señal de la mano, llamé a mi madre, sentada allí con cara de cansancio y expresión de impotencia, y le pregunté:

—¿Cómo sigue?

—Parece que aguanta —me respondió.

Me planté ante mi padre y le pregunté:

—¿Qué tal después de la lavativa? ¿Te sientes mejor?

Asintió y dijo claramente:

—Gracias.

Su mente tenía más conciencia de lo que se hubiera imaginado.

Salí de la habitación y volví a la mía. Miré el reloj y consulté el horario del tren.

De repente me levanté con una decisión tomada. Me ajusté el *obi*, metí la carta de *sensei* dentro de la manga del quimono, salí a la calle por la puerta de la cocina y, como en un sueño, fui corriendo a la casa del médico. Quería que me dijera claramente si mi padre resistiría dos o tres días más. Iba a pedirle que le pusiera alguna inyección o algo para que aguantara un poco más. Por desgracia, el médico no estaba. Yo no tenía tiempo de esperarle. Tampoco la tranquilidad de hacerlo. Rápidamente, llamé a un carruaje y pedí al cochero que me llevara corriendo a la estación.

Tomé un papel y en la pared de la estación escribí a lápiz una nota dirigida a mi madre y a mi hermano. Era una nota muy sencilla, pero me pareció eso mejor que nada. Le pedí al cochero que la llevase a mi casa de inmediato. Y con el mismo impulso que me había llevado hasta la estación, pegué un salto y subí al tren que iba a Tokio.

Una vez en el vagón de tercera clase que ya se movía con estrépito, saqué la carta de *sensei* de la manga del quimono y por fin me puse a leerla desde el comienzo hasta el final.

TERCERA PARTE

El testamento de sensei

1

Este verano he recibido dos o tres cartas tuyas. Creo recordar que fue en la segunda en donde me pedías que te buscara un puesto de trabajo en Tokio. Al leerla, pensé que quería ayudarte de verdad o, por lo menos, darte una respuesta. Pero te confieso que no llegué a hacer ningún esfuerzo para cumplir tu petición. Como tú bien sabes, mis relaciones sociales son muy limitadas. Es más, podría hasta decir que la soledad en la que vivo en este mundo es tal que me veo totalmente impotente para realizar ese género de esfuerzo. El problema, sin embargo, no es ese. El problema, si he de ser sincero, es que mi existencia me estaba atormentando. ¿Cómo voy a seguir como hasta ahora siendo una momia a la deriva entre los humanos? ¿O bien...?

Cada vez que, entonces, me repetía ese «o bien...», sentía escalofríos. Mi falsedad era como la de quien corre hasta el borde de un precipicio y se asoma al abismo insondable. El sufrimiento de la mayoría de los tramposos también lo padecía yo. Desgraciadamente, no era nada exagerado decir que entonces para mí era como si no existieras. Y digo más: tu puesto de trabajo, tu fuente de ingresos, todas esas cosas no me decían nada. No me importaban nada. Yo vivía en un mundo demasiado alejado como para ocuparme de todo eso. Al guardar tu carta en una de mis carpetas, yo seguía de brazos cruzados pensando en mis cosas. Una persona cuya familia tiene propiedades considerables, ¿qué razón va a tener para gimotear por una colocación cuando se acaba de graduar? Fue más bien con cierta amargura, y nada más, que pensé en ti, que estabas tan lejos. Te confieso todo esto para que me sirva de excusa pues, en realidad, debía haberte contestado.

No te escribo estas palabras bruscas para hacerte daño. Confío en que entenderás muy bien mi verdadera intención cuando hayas leído el resto de la carta. De todos modos, en lugar de contestarte, me he quedado callado; y este silencio exige que aquí te pida disculpas por mi negligencia.

Después te envié un telegrama. La verdad es que entonces tenía ciertas ganas

de verte. Ganas de contarte la historia de mi vida, tal como tú deseabas. Tú me contestaste, también por telegrama, diciendo que no podías venir a Tokio. Esto me desilusionó y me quedé contemplando un buen rato aquel telegrama tuyo. Era evidente que pensaste que con el telegrama no bastaba, pues poco después me mandaste una larga carta que me sirvió para comprender muy bien la imposibilidad de tu visita. Jamás se me ocurrió acusarte de descortés, ni nada por el estilo. ¡Cómo ibas a desplazarte de tu casa dejando tan enfermo a tu padre! Mi actitud no fue la adecuada, pues parecía haberme olvidado del estado de salud de tu padre. En realidad, cuando te mandé el telegrama me había olvidado de tu padre. Esto es extraño considerando que, mientras estabas en Tokio, quien te aconsejaba prestar mucha atención a esa enfermedad realmente grave de tu padre era yo mismo. Soy un hombre tan contradictorio... A lo mejor, más que mi cerebro, es mi pasado el que me agobia tanto y me ha vuelto tan contradictorio. En este punto, también admito que hay cierto egoísmo por mi parte. Tienes que perdonarme.

Tu carta, tu última carta, la leí sintiendo que había hecho mal. Y con la idea de escribirte para decirte esto, tomé la pluma. Pero me detuve sin ni siquiera escribir una sola línea. Si deseaba escribirte, era porque hubiera querido mandarte esta carta; pero entonces aún era demasiado pronto. Así que desistí de escribirte y preferí enviarte un sencillo telegrama avisándote de que ya no hacía falta que vinieras.

2

Después me puse a escribir esta carta. Como no estoy acostumbrado a tomar la pluma, sufría porque los incidentes o las ideas que deseaba transmitir no los podía expresar como deseaba. Estuve a punto de abandonar esta obligación que sentía hacia ti. Pero, por otro lado, me resultaba imposible dejar a un lado tal obligación. Si pasaba una hora, de nuevo me acometía el deseo de escribir.

Si me has observado bien, tal vez te haya parecido que está en mi carácter cumplir mis obligaciones. No lo niego. Como bien sabes, yo soy un solitario sin apenas relación con el mundo y sin obligaciones que cumplir hacia mi entorno. No sé si deliberada o naturalmente, pero he vivido una vida libre de las obligaciones más mínimas. Y esto no por ser indiferente a ellas, sino más bien por ser demasiado sensible a los deberes y carecer de energía para aguantar compromisos. Quizá por esto he llevado una vida tan pasiva. En fin, después de prometer algo, el no cumplirlo me hace sentir muy mal. Por ti, y sólo para evitar esa desagradable sensación, debo empuñar otra vez la pluma que una vez dejé.

Además, tengo ganas de escribir. Aparte de la obligación, deseo escribir mi pasado. Este pasado no es nada más que mi experiencia, es decir, es exclusivamente

mío. La gente dirá que es una pena morir sin pasar esa experiencia a otra persona. Yo también pienso un poco así. Pese a eso, es mejor morir con ella que pasar esa experiencia a alguien que no la comprende. Si no hubiera existido alguien como tú, de ningún modo yo habría revelado mi pasado y no me pondría a merced de miradas ajenas. Únicamente a ti, entre millones de habitantes de mi país, deseo contar mi pasado. Porque eres sincero. Porque me dijiste que querías recibir seriamente una lección viva de la vida.

Sin vacilaciones, voy a proyectar sobre tu cabeza la oscura sombra de la vida. Pero no debes tener miedo. Contempla fijamente esa sombra y saca de ella lo que necesites. Si digo que es una sombra oscura, quiero decir que es moralmente oscura. Yo nací como criatura moral y me crié también en la moral. Tal vez, haya bastante diferencia entre mi idea de la ética y la idea de la ética de los jóvenes de ahora. Aún así, aunque me equivoque, esa moral viene de mí. No es un traje alquilado con el que uno se viste un rato. Por eso pienso que mi moral podría servirte de referencia a ti, que ahora estás desarrollando tu propia personalidad.

¿Te acuerdas? A menudo, me planteabas discusiones sobre ideas contemporáneas. Te acordarás de cuál era mi actitud. No es que desdeñara tus opiniones, más bien nunca les daba importancia. Tus ideas no estaban apoyadas en nada; además, eras demasiado joven para tener un pasado propio. De vez en cuando me reía, y tú ponías cara de disgusto en muchas ocasiones. Al final, insististe en que te contara mi pasado como si desplegara un rollo de pintura. Fue entonces cuando por primera vez sentí en mi corazón respeto hacia ti. Mostraste la decisión de sacar algo de mis entrañas, de absorber la sangre caliente que brotaba de mi corazón. Entonces, yo aún estaba vivo y no quería morirme. Así que prometí acceder a tu deseo otro día y me quité de encima por ese instante tu petición. Ahora sí; ahora, voy a intentar abrirme yo mismo el corazón y verter su sangre en tu cara. Si con ella puedes concebir una vida nueva en tu pecho, una vez que haya cesado el latido del mío, estaré contento.

3

Perdí a mis padres cuando aún no tenía veinte años. Tal como mi mujer te contó, según recuerdo, murieron del mismo mal y, como ella también te hizo sospechar, casi a la vez. En realidad, el mal de mi padre era aquel terrible tifus intestinal, del cual quedó contagiada mi madre, que le cuidaba de cerca.

Yo era el único varón que tenían. Mi familia gozaba de una posición acomodada y yo me crié en un ambiente, digamos, magnánimo. Al repasar mi pasado, creo que, si no hubieran muerto mis padres o si, por lo menos, hubiera

vivido uno de ellos, yo todavía podría seguir disfrutando de aquella sensación de generosidad.

Esa doble pérdida me dejó desamparado. Yo carecía de conocimientos, de experiencia personal y de esa iniciativa que suele dar la edad. Cuando murió mi padre, mi madre no pudo estar a su lado. Al morir ella, ni siquiera se había enterado de la muerte de su marido. Nadie sabe si lo sabía o si, como le decían, pensaba que su marido se estaba recuperando. Se limitó a pedirle a mi tío que se ocupara de todo. Señalándome con el dedo a mí, que estaba allí, le dijo:

—Por favor, cuida a mi hijo.

Ya antes, mis padres me habían dado permiso para ir a Tokio. Mi madre parecía confirmarlo también cuando añadió:

—A Tokio.

Mi tío se apresuró a decir:

—De acuerdo. No te preocupes de nada.

Tal vez por no haber sucumbido fácilmente mi madre a unas fiebres tan altas, mi tío dijo también:

—¡Vaya! ¡Qué mujer tan fuerte!

Tampoco sé bien si aquellas palabras de mi madre expresaban su última voluntad o no. Por supuesto que ella conocía perfectamente el terrible nombre de la enfermedad de mi padre y también sabía que estaba contagiada. Pese a esto, tengo muchas dudas de que creyera que iba a morir de ese mal. Además, las palabras que pronunciaba cuando le subía la fiebre, aunque dichas con lucidez y claridad, a menudo se le iban de la memoria cuando remitía la fiebre. Por eso..., pero bueno, no importa. Simplemente, desde entonces yo ya tenía esta manía de escudriñar todo y de no aceptar nada sin someterlo a un riguroso análisis. Tengo que advertirte esto desde el principio y, aunque te parezca irrelevante para el tema principal de esta confesión, tal vez te sirva más de lo que parece. Léelo, por favor, pensando en esto. Este carácter mío me llevaba no sólo a poner en tela de juicio moral los motivos de las personas, sino también a dudar más tarde de la integridad de la gente en general. Recuerda que esta actitud aumentaría activamente mi angustia y sufrimiento.

Pero, en fin, creo que me he desviado bastante, así que volvamos al tema principal. Aunque no te lo parezca, me considero bastante sereno escribiendo esta

carta, sobre todo si se me compara con alguien puesto en mi misma situación.

Ya ha cesado ese ruido de tranvías que sólo se hace audible cuando el mundo se queda dormido. A través de las cerradas ventanas, se oye débilmente a los insectos cantar tristemente, como si quisieran recordarnos discretamente el rocío del otoño.

Mi mujer, ignorante de todo, duerme inocentemente en la habitación de al lado.

Si tomo la pluma, parece que cada línea que sale de su punta y va formando una letra tras otra produce un ruido. Me siento sereno ante el papel. Si a veces el trazo se me sale de la línea, no es debido a mi estado mental sino a mi inexperiencia con la pluma.

4

Bueno, me quedé tan solo que no tenía otra alternativa que obedecer la última voluntad de mi madre y someterme a mi tío. Este aceptó la responsabilidad y se ocupó de todo. Arregló también mi partida a Tokio, tal como yo mismo deseaba.

Vine a Tokio e ingresé en el bachillerato. En esa época, los estudiantes de bachillerato eran mucho más rudos y brutales que ahora. Había, por ejemplo, uno al que yo conocía que una noche se peleó con un obrero y le hirió en la cabeza con el calzado de madera. Había estado bebiendo *sake* y, mientras andaba metido en la pelea, el obrero le quitó su gorra de estudiante. Su nombre estaba escrito en la etiqueta en forma de rombo que había dentro de la gorra, por lo cual el asunto se complicó y estuvo a punto de que la policía informara del altercado al colegio. Gracias a la intercesión de un amigo del estudiante, el incidente no llegó a hacerse público. Estos actos de brutalidad, para vosotros, criados en un ambiente mucho más cuidado, os parecerán una estupidez. Yo mismo también lo creo así. Pero aquellos chicos tenían un aire de sencillez del que carecen ahora los estudiantes.

Por entonces, las mensualidades que yo recibía de mi tío eran muy inferiores a las que tú ahora recibes de tu padre, aunque por supuesto la vida era más barata. De cualquier forma, nunca sentía la falta de dinero; es más, creo que no me hallaba en la lamentable situación de envidiar económicamente a mis compañeros. Al contrario, si no me falla la memoria, era yo el envidiado. Quiero decir que, aparte de las mensualidades regulares y del dinero para comprar libros o para gastos extraordinarios, le pedía a mi tío dinero cuando me parecía y me lo gastaba como me daba la gana.

Yo confiaba en mi tío. Y no sólo eso, sino que además le respetaba con sentimientos de gratitud. Mi tío se dedicaba a los negocios y fue incluso diputado provincial. Por esa circunstancia tal vez, recuerdo que tenía relación con algún partido político. Era el hermano menor de mi padre, pero de un carácter que evolucionó en una dirección muy distinta. Mi padre era un hombre honrado, cuyo único fin en la vida era mantener intacto el patrimonio heredado de sus antepasados. Era aficionado a la ceremonia del té, al arreglo floral, a leer poesías. También creo que le interesaban mucho las antigüedades.

Nuestra casa estaba en el campo, pero, de vez en cuando, un anticuario venía de una ciudad distante unos ocho kilómetros a enseñarle pinturas o incensarios. Venía de la misma ciudad en donde vivía mi tío. En resumen, mi padre era lo que podría llamarse un *man of means*^[78], un caballero de provincia de buenos gustos. También en el carácter eran muy distintos, pues mi tío era un hombre sumamente activo. Curiosamente, sin embargo, los dos hermanos se llevaban muy bien. A menudo, mi padre se refería a su hermano en términos admirativos, como a una persona mucho más trabajadora que él y digna de confianza. Hablando de sí mismo, solía comentar que, por haberle tocado recibir la herencia familiar como primogénito que era, no tenía necesidad de esforzarse en el mundo y esto le había hecho indolente, lo cual estaba francamente mal. Estas palabras las oía mi madre y, por supuesto, yo. Ahora pienso que sus palabras pretendían ser aleccionadoras para mí.

—Acuérdate bien de esto —me decía mirándome fijamente.

Y no, no lo he olvidado.

¿Cómo iba a sospechar de mi tío, al que mi padre admiraba y en el que confiaba totalmente? Nada más natural, por tanto, que estuviera orgulloso de un tío así. Al perder a mis padres, yo necesitaba su ayuda en todos los aspectos. Él no era ya solamente un simple motivo de orgullo para mí, sino alguien imprescindible para mi existencia.

5

Cuando volví por primera vez a casa en vacaciones de verano, a la casa en la que habían muerto mis padres, la encontré ocupada. Mi tío y su mujer se habían instalado en ella como nuevos dueños y señores. En realidad, esto formaba parte de un acuerdo al que yo había llegado con mi tío antes de irme a Tokio. Yo era hijo único y, como estaba lejos, no había otra solución para que la casa no se quedara deshabitada.

En esa época, parece que mi tío mantenía relaciones con varias empresas de la ciudad. Él se reía diciendo que por su trabajo le hubiera resultado mucho más cómodo quedarse en su casa y no tener que mudarse a la mía a ocho kilómetros de la ciudad. Estas palabras se le escaparon de la boca cuando, muertos mis padres, conversamos sobre el futuro de mi casa si yo me iba a Tokio. Era la mía una casa con historia y conocida por la gente del lugar. Quizás en tu propio pueblo ocurre lo mismo. En los pueblos, vender o demoler una casa antigua en vida del heredero es un suceso bastante grave. Ahora no me preocuparía nada de estas cosas, pero entonces no era más que un muchacho atrapado entre el deseo de irse a Tokio y la obligación moral vagamente percibida de conservar la casa. Realmente era un quebradero de cabeza.

Mi tío aceptó instalarse en la casa a falta de otra solución. Pero deseaba mantener también su propia casa de la ciudad como hasta entonces, y estar así a caballo entre dos casas. ¿Iba a estar yo en contra de una decisión así, si eso me permitía cumplir mi deseo de irme a Tokio?

Tenía yo todavía mucho de niño y el vivir lejos me hacía sentir añoranza por esa casa natal. La echaba de menos con el sentimiento del viajero que anhela regresar al hogar.

Aunque me había ido a Tokio muy convencido, tenía plena conciencia de la llegada de unas vacaciones que me devolverían a casa. A menudo soñaba con mi casa del pueblo, la casa a la que iba a volver en las vacaciones después de estudiar mucho y de divertirme alegremente.

Durante mi ausencia, no tenía ni idea de cómo mi tío se las iba a arreglar entre las dos casas. Pero cuando volví, allí estaba él con toda su familia. Sus hijos, que ya iban al colegio, seguramente vivirían en la ciudad los días de clase. Pero, como ahora era tiempo de vacaciones, allí estaban todos para pasarlas bien.

Todo el mundo se alegró de verme. La casa estaba más animada y alegre que cuando vivían mis padres y eso me agradó. Mi tío sacó a su hijo mayor del cuarto que yo ocupaba antes y me instaló en él. Como había más habitaciones, le dije que no me importaba ocupar otra, pero él insistió diciendo que era mi casa.

Excepto por el recuerdo de mis padres que a veces me asaltaba, pasé con la familia de mi tío un verano agradable al cabo del cual regresé a Tokio. Sólo hubo un asunto que ensombreció algo mi corazón. Fue que mi tío y mi tía, los dos, me recomendaron ir pensando en casarme, pese a que apenas había empezado el bachillerato. Repitieron su recomendación tres o cuatro veces. Al principio, sus

palabras me vinieron tan de repente, que simplemente me quedé muy sorprendido. La segunda vez, rechacé rotundamente su recomendación. La tercera, les pregunté la razón de su insistencia. Sus razones eran muy sencillas. Simplemente, deseaban que me casara pronto para que volviera definitivamente a la casa y cuidara de la herencia paterna. Yo pensaba que la casa estaba sólo para volver a ella en vacaciones y nada más. Claro que también, por saber algo de las costumbres de los pueblos, me sonaba razonable eso de que para recibir la herencia de los padres hay que tomar esposa^[79]. Pero tampoco es que me negara en redondo. Más bien, creo que, por haber empezado a estudiar en Tokio, esos temas parecían estar muy alejados de mí, como si los viera desde un telescopio.

Finalmente regresé a Tokio sin dar el consentimiento al deseo de mi tío.

6

No tardé en olvidarme de ese asunto. Por lo demás, me bastaba con mirar a todos los jóvenes a mi alrededor para darme cuenta de que no había ninguno con cara de matrimonio, ni nada por el estilo. Todos campeaban libremente, todos parecían solteros. Tal vez, entre aquellos de aspecto despreocupado, pudiera haber uno casado por alguna circunstancia familiar, pero yo era todavía demasiado joven para darme cuenta. Además, creo que esos que hubieran podido encontrarse en una situación familiar especial, se cuidaban bien para no revelar asuntos personales ajenos a la vida de un estudiante. Pensándolo ahora, yo mismo estaba entre esos, aunque no lo supiera. Y así, alegremente, seguí caminando por la senda de los estudios.

Terminado el curso, hice la maleta y volví otra vez a mi pueblo, al lugar donde descansaban los restos de mis padres. Al igual que el año anterior, me encontré con las caras de siempre de mis tíos y sus hijos. Sentí de nuevo el olor de mi pueblo natal, un olor todavía nostálgico para mí. Sin duda, me gustaba porque rompía la monotonía del año escolar.

Pero en medio de ese olor con el que me había criado, otra vez mi tío bruscamente puso bajo mis narices, por así decir, el tema de mi compromiso matrimonial. Repitió lo del año anterior. Sus razones eran las mismas también, con la diferencia de que antes no había ninguna pretendiente y esta vez sí la había. Me tenían una preparada, lo cual me molestó aún más. La pretendiente era su hija, es decir, mi prima. Si me casaba con ella, todos tan contentos.

Antes de su muerte, mi padre, al decir de mi tío, había expresado este mismo deseo. Yo también podía ver la conveniencia de tal unión. Me pareció que, tal vez,

podría ser verdad que mi padre hubiera dicho eso. Pero yo no lo sabía y, como me lo dijo mi tío, me pareció que podría ser así. Pero me sorprendí, lo que no impidió que no juzgara como irrazonable la propuesta. Tal vez yo era un poco tonto. Tal vez, aunque la principal razón para negarme era mi indiferencia hacia mi prima.

Desde que era un crío, iba con mucha frecuencia a la casa de mi tío en la ciudad. Y, no solamente a visitarles, sino a quedarme a dormir. Desde entonces, mi prima y yo éramos amigos. Sabrás también que nunca ocurre enamoramiento entre hermano y hermana. Tal vez estoy repitiendo algo que reconoce todo el mundo, pero creo que entre un hombre y una mujer que son buenos amigos y se ven muchas veces no hay esa frescura tan estimulante y necesaria para el enamoramiento. Para captar el perfume del incienso, hay que olerlo en el momento de quemarse; para saborear al máximo el *sake*, hay que degustarlo en el instante de meterlo en la boca por primera vez. Igualmente, en el impulso del amor, debe existir un punto clave en el tiempo. Si ese punto se deja pasar, si una persona se acostumbra a la otra, puede surgir el cariño, pero el nervio del enamoramiento poco a poco se va paralizando. Por mucho que lo pensaba, no podía aceptar a esa prima mía como esposa.

Mi tío me dijo que si insistía en no casarme ahora, podría aplazar la boda hasta después de mi graduación. Me recordó también el refrán de «lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana». Por eso, añadió, sería mejor cumplir de una vez el compromiso matrimonial, bebiendo el *sake* del desposorio^[80]. Como he dicho, yo no sentía nada por mi prima, así que otra vez me negué. Mi tío puso entonces mala cara. Mi prima lloró. Ella no estaba triste por no poder casarse conmigo, sino por sentirse rechazada. Yo sabía muy bien que ella no me quería, igual que yo no la quería a ella.

Otra vez, emprendí el camino de regreso a Tokio.

7

Justo un año después de ese incidente, al comenzar el verano, volví a mi pueblo por tercera vez. Escapé de Tokio deseando la conclusión de los exámenes de fin de curso. Echaba tanto de menos a mi pueblo natal...

Tal vez, tú también recuerdas esa sensación de añoranza. El lugar de nacimiento posee un aire de distinto color, una tierra con fragancias especiales. Y después está el recuerdo de tus padres que parece flotar blandamente. Esos dos meses de julio y agosto, dos meses para estarse recogido e inmóvil, como una serpiente en un agujero, me hacían saborear la tibieza de ese bienestar.

Yo era un muchacho sencillo y pensaba que aquello de casarse con la prima ya

no iba a ocasionarme más dolores de cabeza. Suponía que, una vez rechazada esa proposición no deseada por mí, todo iba a quedarse olvidado. Por eso y pese a no haber cambiado mi voluntad acerca del deseo de mi tío, yo no me sentía mal. Todo ese año no pensé ni me inquieté más sobre el asunto, y ahora volvía al pueblo con la ilusión y el ánimo de siempre.

Pero cuando me presenté en casa, la actitud de mi tío había cambiado. No quiso atraerme a su pecho con la buena cara de siempre. A causa de la tranquilidad de espíritu en la que yo me había criado, no me di cuenta de este cambio hasta cuatro o cinco días más tarde. En algún momento, pensé que mi tío parecía algo raro. El caso es que no sólo él se me mostraba raro, sino también mi tía. Y mi prima. Sí, e incluso hasta un primo. Un primo que antes me había escrito acerca de su ingreso en una escuela de comercio de Tokio.

Ante esta nueva situación, mi naturaleza me obligaba a preguntarme: ¿a qué se debía este cambio en mis sentimientos hacia ellos? O, más bien: ¿por qué habían cambiado ellos?

De repente, tuve la corazonada de que mis padres difuntos acababan de quitarme una venda de los ojos y me hacían ver con claridad el mundo. En el fondo de mi corazón, sentía que mis padres, después de desaparecer del mundo, me seguían queriendo igual que cuando vivían. Creo que, desde entonces, nunca me ha faltado mucha lógica. Aún así, en mi sangre había también una fuerte dosis de superstición heredada de mis antepasados. Y hoy todavía me parece que sigo con ella.

Fui a la colina y me arrodillé ante la tumba de mis padres. Me arrodillé para expresar en parte gratitud hacia ellos y en parte tristeza por su pérdida. Recé para que protegieran mi destino, como si ellos, bajo la fría losa, aún tuviesen en sus manos la llave de mi destino. Tal vez sonrías al leer esto; comprendería muy bien que así lo hicieras. Pero entonces yo era así.

El mundo dio un vuelco ante mis ojos. Pero no fue la primera vez.

Creo, en efecto, que ya a los dieciséis o diecisiete años me había asombrado al descubrir en el mundo la existencia de la belleza. Muchas veces, dudaba de lo que veía y frotándome los ojos exclamaba: «¡Qué hermoso!». Es a los dieciséis o diecisiete años cuando los chicos y las chicas llegan a la pubertad. Al entrar en ella, descubría la belleza en las chicas por primera vez. Mis ojos, hasta entonces ciegos a las mujeres, acababan de reparar de repente en su existencia. Mi mundo se había renovado por completo.

Quizás pasara lo mismo cuando me di cuenta de la actitud de mi tío. De improviso, sin ningún presentimiento ni transición, me di cuenta. Así, sin más ni más, mis ojos percibieron a mi tío y a su familia bajo una luz totalmente distinta a la de antes. Me asusté y sentí que, si dejaba las cosas como hasta entonces, mi futuro no estaría nada seguro.

8

Hasta ese momento yo había dejado en manos de mi tío la administración de mi patrimonio. Pero entonces sentí que si no me informaba del estado de esa administración, no podría encontrar palabras de excusa ante la memoria de mis padres muertos.

Mi tío decía estar tan ocupado que no pasaba dos noches seguidas en la misma casa. Si se quedaba dos días en mi casa, los dos siguientes los pasaba en la ciudad. Vivía así entre dos casas y su expresión mostraba inquietud. La frase «estoy ocupado» ya era rutinaria en él. Cuando yo no tenía dudas sobre él, daba crédito a que realmente estaba muy ocupado. También pensaba irónicamente que si uno no está muy ocupado, no sigue la moda. Pero ahora que le observaba con intención de sentarme con él y pedirle cuentas sobre mi herencia, eso de estar siempre tan ocupado no me parecía más que un pretexto para evitarme. No era nada fácil, por lo tanto, sentarse a hablar con él.

Me llegó el rumor, a través de un antiguo compañero del colegio, de que mi tío tenía una amante en la ciudad. Tener una amante no era de extrañar conociendo a mi tío, pero no dejé de sorprenderme porque en vida de mi padre no había habido nunca un rumor así. Ese mismo compañero me contó más cosas. Por ejemplo, que todo el mundo sabía que mi tío estaba al borde del fracaso en los negocios, pero en los últimos dos o tres años se había recuperado. Mis dudas iban ya tomando cuerpo.

Por fin, me enfrenté a él. «Enfrentarse» suena exagerado, pero en vista del cariz que iba tomando el asunto, no se me ocurre otra palabra mejor. Mi tío insistió en tratarme como a un niño y yo desde un principio mantuve una actitud recelosa. No había forma de llegar a una solución amistosa.

Lamentablemente, la prisa que ahora mueve mi pluma no me permite describir con pormenores aquel asunto con mi tío. Quiero, en efecto, llegar a temas mucho más importantes. Hace tiempo que mi pluma quiere tocar esos otros temas y yo intento ponerle freno para que vaya más lenta. Perdí para siempre la ocasión de verte y de contarte todo. Además, no estoy acostumbrado a escribir y debo ahorrar un tiempo precioso. En fin, veo que debo pasar por alto algunas cosas por muchas ganas

que tenga de contártelas.

Quizás te acuerdes todavía de que una vez te dije que en el mundo nunca hay personas que hayan sido moldeadas como malas. Muchas personas buenas se convierten bruscamente en malas en un momento determinado. Por eso jamás hay que descuidarse. Me dijiste entonces que yo estaba excitado y me preguntaste en qué casos los buenos se convierten en malos. Al responderte que la razón era el dinero, pusiste cara de disgusto. Me acuerdo muy bien de esa cara que pusiste. Ahora te confieso que, en ese momento, estaba pensando en este tío mío. Pensaba en él como un ejemplo del bueno bruscamente transformado en malo a la vista del dinero, y también como un ejemplo de que en el mundo no existe nadie en quien poder depositar la confianza. Sí, pensaba en mi tío con odio. Mi respuesta creo que te resultó insatisfactoria porque tú estabas más interesado en profundizar en el mundo de las ideas. Y, de hecho, ¿acaso no te mostraste alterado cuando te di esa respuesta? La mía fue una respuesta tal vez banal, pero para mí era una respuesta viva. Yo creo que dar una opinión banal con el corazón caliente es más vivo que dar una opinión original con la cabeza fría. El cuerpo se mueve gracias a la sangre. Las palabras vivas no sólo sirven para hacer vibrar el aire, sino que también pueden agitar poderosamente el corazón humano.

9

Por decirlo en pocas palabras: mi tío me había estafado. Le había resultado fácil hacerlo mientras yo estaba en Tokio esos tres años. Ante la gente, yo había pasado por un verdadero idiota por haber dejado tranquilamente que mi tío dispusiera de todo a su aire. Más allá de esa opinión de la gente, podría decirse que mi exceso de confianza tenía el sello de una pureza digna de veneración. Recordando cómo era yo entonces, ahora me pregunto por qué no habría nacido más canalla. Siento un gran despecho hacia mí mismo por haber sido tan ingenuo. Pero, por otro lado, ¿acaso no he sentido nunca el anhelo de volver a nacer con mi antiguo yo y recuperar mi alma infantil con todo su candor natural? Acuérdate. El yo que tú conoces es el resultado de una personalidad ensuciada con el polvo del camino de la vida. Si se puede llamar «respetables hermanos mayores» a los que estamos así de sucios y envejecidos, entonces ciertamente yo soy tu «respetable hermano mayor».

Si me hubiera casado con la hija de mi tío, tal como él deseaba, ¿qué resultados materialmente ventajosos hubiera sacado? La respuesta, como puedes ver, sobra. Mi tío, con sus mañas, había querido casarme con su hija movido no por el deseo de hacer feliz a dos familias, sino por su interés egoísta. El problema es que yo no amaba a mi prima, aunque tampoco la malquería.

Ahora que lo pienso, haberme negado a ese compromiso matrimonial me produce cierta diversión consoladora. La estafa ha sido la misma, naturalmente, pero al no haber consentido en esa unión, le estropecé sus planes y, al menos en esto, me salí con la mía. En fin, es un consuelo mínimo y prácticamente insignificante. Y a ti especialmente, que nada tienes que ver con todo esto, te parecerá una pequeña y absurda satisfacción del amor propio.

Entre mi tío y yo se entremetieron otros parientes, parientes en los que tampoco tenía ya ninguna confianza. No solamente desconfiaba de ellos, sino que los consideraba enemigos. Al comprender que mi tío me había engañado, deduje que los demás también iban a hacerlo. Si mi tío, al que mi padre profesaba tal admiración, había resultado así, ¿cómo serían los otros? Tal era mi lógica.

No obstante, esos parientes mediadores hicieron el inventario de todos los bienes que me quedaban. En dinero, resultó muchísimo menos de lo que imaginaba. Sólo dos opciones me quedaban: aceptar esa cantidad de dinero sin rechistar o presentar una denuncia contra mi tío. Estaba exasperado e indeciso entre una y otra opción. Ponerle un pleito me supondría tener que esperar mucho tiempo. Además y por ser estudiante, no deseaba perder demasiado de mi precioso tiempo de estudios. Después de mucho pensar, tomé la decisión de liquidar todos mis bienes y conseguir así, a través de la gestión de un antiguo compañero que vivía en la ciudad, dinero en efectivo. Este compañero me aconsejó, sin embargo, que disponer del dinero era menos rentable que dejar los bienes sin vender. Pero no le hice caso, pues tal era el deseo que tenía de alejarme de mi pueblo. En mi corazón juré no volver a ver nunca más la cara de mi tío.

Antes de partir del pueblo, volví a visitar la tumba de mis padres. No he vuelto desde entonces a visitarla, ni volveré a tener ocasión de hacerlo más veces.

Ese amigo me arregló todo tal como yo le pedí, aunque esto no fue hasta mucho después de haber regresado a Tokio. En los pueblos no resulta tan fácil vender las tierras. Cuando se necesita vender con urgencia, el precio de venta baja mucho. Así, la cantidad finalmente cobrada por las ventas resultó bastante inferior al precio de mercado. Te confieso que mi fortuna se reducía a unos cuantos bonos del Estado que me llevé conmigo al salir del pueblo y a ese dinero que mi amigo me fue mandando posteriormente como resultado de la venta de los bienes. La herencia dejada por mis padres había mermado considerablemente. Una merma que, por no haber sido ocasionada por mi culpa, me hacía sentir todavía peor.

Pero para mi vida de estudiante era un capital más que suficiente. En realidad, yo no podía gastar ni la mitad de los intereses producidos por esa suma.

Precisamente esa vida desahogada de estudiante iría a provocarme una situación que nunca hubiera imaginado.

10

Con mi poder económico recién adquirido, se me ocurrió la idea de alquilar una casa individual y abandonar la ruidosa pensión en que había vivido hasta entonces. Pero para eso, necesitaría comprar enseres domésticos y buscarme una mujer que cuidara de la vivienda, una mujer honrada a la que poder dejar confiadamente sola allí... En fin, no era un plan fácil de realizar.

Un día, con la intención de buscar una casa sin prisa, fui paseando por la cuesta de Hongo en dirección oeste y subí directamente por la cuesta de Koishikawa hacia el templo de Dentsuin. Con el paso del ferrocarril, esa zona ha cambiado mucho, pero por entonces a la derecha estaba la tapia de adobe de una fábrica de armas y a mano izquierda unos terrenos cubiertos de hierbas que eran mitad colina, mitad pradera. En medio de esa pradera me quedé de pie, mirando sin atención el barranco que había al otro lado. Ahora tampoco ofrece mal aspecto aquella zona, pero entonces la parte oeste era muy distinta. Hasta perderse de vista, el paisaje, cubierto de verde espesura, tenía un efecto tranquilizador. ¡Ah, si solamente pudiera encontrar una casa adecuada por aquí! Atravesé toda la pradera y me metí por un caminito en dirección norte. Todavía hoy no se han construido calles decentes por allí y las casas estaban entonces dispuestas irregularmente. Anduve dando vueltas por unas callejas y al final acabé preguntando a la dueña de una tienda de golosinas.

—¿No sabrá usted, señora, de alguna casa pequeña que se alquile por este barrio...?

—Una casa, ¿eh?

Se quedó un rato pensando con la cabeza inclinada y después dijo:

—Una casa que se alquile... No sé...

Verdaderamente la mujer no tenía aspecto de saber gran cosa y me dispuse a alejarme cuando me preguntó:

—¿No le iría bien una pensión de familia?

Mis planes cambiaron algo. Se me ocurrió entonces que no estaría nada mal eso de vivir en una tranquila pensión de familia sin preocuparse de tener una casa.

Me senté en la tienda de golosinas, escuchando detalles sobre esa pensión.

Se trataba de la familia de un militar fallecido en la Guerra Sino-Japonesa^[81] o algo así. Hasta hacía más o menos un año, esta familia había residido en el barrio de Ichigaya, cerca de la Academia Militar, en una casona que, con su establo para los caballos, resultaba demasiado grande. Por eso la vendieron y se habían trasladado allí. Se sentían, sin embargo, algo aisladas en la nueva casa y habían pedido a esta mujer de la tienda que si sabía de alguien adecuado con quien poder compartir la casa, que se lo presentara. La familia se componía de la viuda, su hija, una criada y nadie más.

En mi corazón pensé:

—¡Qué bien! Podría encontrarme muy tranquilo.

Pero por otro lado, si me presentaba de repente en esa casa, cabía la posibilidad de ser rechazado por ser un estudiante desconocido. Por un momento, pensé en desistir. Pero bueno, tampoco tenía yo un aspecto tan incorrecto para ser estudiante. Además, llevaba la gorra que me identificaba como alumno de la Universidad Imperial^[82]. Vas a sonreír al pensar que qué tendría que ver la gorra de universitario, pero entonces no era como ahora. Los universitarios, por serlo solamente, inspiraban confianza en la sociedad. En aquella ocasión incluso sentí una especie de orgullo por esa gorra cuadrangular.

A indicación de la señora de la tienda, sin ninguna presentación de por medio, me dirigí a la casa de la familia del difunto militar.

Conocí a la viuda y le expliqué el propósito de mi visita. Me interrogó sobre mi identidad, mi universidad, mis estudios, etc. Creo que algo de mí debió de inspirarle confianza pues, sin más preámbulo, me dijo que podía trasladarme a su casa cuando quisiera. Se trataba de una mujer recta y clara en sus decisiones. Me causó cierta admiración y me pregunté si todas las esposas de militares eran así. Al mismo tiempo que la admiré, me pareció extraño que una mujer con ese carácter pudiera sentirse sola por no tener más gente en la casa.

11

Me instalé enseguida. Alquilé el salón de la casa, es decir, la estancia en donde había hablado con la viuda y que era la mejor de la casa. Conocía bien las condiciones en que un estudiante podía alquilar los mejores cuartos. Pero el que ahora acababa de ocupar era mucho más lujoso que todos los cuartos posibles. Al

principio, me pareció demasiado para un estudiante como yo.

El tamaño de la estancia era de ocho *tatami*^[83]. Al lado del *tokonoma* había dos estantes y al otro lado, cerca del pasillo, un armario empotrado de un *ikken*^[84]. No había ventanas propiamente dichas, pero por la puerta corredera que daba al sur entraba mucha luz solar. El día que me trasladé vi unas flores dispuestas en el *tokonoma* y un *koto*^[85] al lado. Ni las flores ni el *koto* me gustaron. Criado con un padre que practicaba la ceremonia del té y la caligrafía y que componía poesía, yo poseía unos gustos perfectamente sobrios en materia de arte. No podía evitar, por tanto, cierto desdén hacia esa decoración amanerada y femenina.

Me quedaban unos cuantos utensilios coleccionados por mi padre y que se habían librado de la dispersión de objetos realizada por mi tío. Al abandonar el pueblo, se los dejé a un antiguo compañero para que me los guardase. Después, me había traído cuatro o cinco de los más interesantes que había metido en el fondo de mi baúl. Mi intención era disfrutarlos colocados en el *tokonoma* una vez instalado en mi nueva casa. Pero al ver estas flores y el *koto*, perdí el valor de sacarlos. Luego, cuando me enteré de que esas flores habían sido colocadas allí en mi honor, me reí para mis adentros con ironía. El *koto*, sin embargo, estaba allí desde antes, pues, al parecer, no tenían otro lugar donde ponerlo.

Por detrás de todo esto que te cuento, probablemente has entrevisto la silueta de una sombra femenina. Yo también sentía esa misma curiosidad desde antes de trasladarme. Es posible que cierta malicia por mi parte me hubiera privado de naturalidad o, tal vez, yo aún no estaba habituado a tratar con la gente. El caso es que cuando vi a la joven de la casa por primera vez, la saludé torpemente y ella, por su parte, se puso colorada.

Hasta entonces, yo había imaginado cómo sería esa señorita a través del aspecto y de la actitud de la viuda. Me la había imaginado con rasgos, por cierto, nada favorables. Mi imaginación iba poco a poco definiéndola: si su madre, por ser esposa de militar, era así, ella debía ser de esta forma y de la otra... Sin embargo, en el momento de ver su rostro, todas esas imaginaciones se esfumaron. En mi cabeza entonces penetraron esas fragancias sensuales del otro sexo jamás imaginadas por mí. A partir de entonces yo ya no desaprobaba ni las flores colocadas en el centro del *tokonoma* ni el *koto* que descansaba en el suelo.

Las flores, cuando iban a marchitarse, eran cambiadas por otras frescas. El instrumento musical, de vez en cuando, era llevado a una habitación que estaba en diagonal con la mía, desde la cual yo escuchaba su sonido con las mejillas apoyadas en las manos y los codos sobre la mesa de estudio. No podía decir si tocaba bien o

mal. Aunque, como no tocaba con una técnica especialmente difícil, pensaba que no era gran cosa. Tal vez con el mismo nivel de habilidad del arreglo floral. De arreglos florales sí que sabía yo algo y realmente no se le daba muy bien.

Sin ninguna reserva, la señorita decoraba mi alcoba con todo género de flores. Pese a esa variedad, la manera de disponerlas siempre era la misma; y el florero tampoco cambiaba. La música me producía todavía más extrañeza, pues tan sólo hacía sonar las cuerdas. Su voz nunca llegaba a mis oídos. Y no porque no cantara, sino porque sonaba una voz tan diminuta que no pasaba de ser un leve murmullo. Además, cuando era corregida, de su garganta ya no salía ni siquiera ese hilo de voz.

Yo apreciaba con placer aquellas flores mal dispuestas y el sonido mediocre del *koto*.

12

Cuando dejé mi pueblo, ya había prendido en mí la misantropía. La idea de no poder confiar en nadie parecía haberme entrado hasta el tuétano de mis huesos. Aquellos enemigos míos, mi tío, mi tía y los otros parientes, representaban para mí a la humanidad. Incluso, una vez subido en el tren, puse toda la atención en fijarme en mis compañeros de viaje. Si, a veces, se dirigían a mí, yo me ponía en estado de guardia. El corazón lo sentía sombrío y pesado como si hubiera tragado un bloque de plomo. Mis nervios, en cambio, se habían agudizado.

Creo que esa fue la principal razón de abandonar mi pensión después de volver a Tokio. Podría objetarse que, al no tener problemas económicos, se me había ocurrido la idea de tener mi propia casa. Pero si yo hubiera sido el de antes, aun disponiendo de dinero en abundancia, no me habría molestado en desear tal cosa.

Después de trasladarme a Koishikawa, durante un tiempo fui incapaz de aflojar la tensión de mis nervios. Contemplaba mi entorno con miradas inquietas y furtivas que me producían vergüenza. Extrañamente, sólo mantenía concentrados los ojos y la cabeza; los labios, en cambio, poco a poco se me iban inmovilizando. Me sentaba a la mesa de estudio y, como un gato, imaginaba silenciosamente el aspecto de las personas de la casa. A veces, hasta el punto de sentir lástima por todas, volcaba una atención sin resquicios sobre ellas. Había ocasiones en que sentía repugnancia hacia mí mismo pensando en que, aunque no robara objetos, no dejaba de comportarme como un vulgar ratero.

Todo esto te parecerá raro. Dirás que cómo podía yo, en medio de mi misantropía, haber encontrado la calma para enamorarme de esa joven y hallar

placer en sus flores mal dispuestas y en su *koto* mal tocado. No sabría qué responderte. Sólo te diría que esa era toda la verdad. Te dejo a ti, que tienes inteligencia, la interpretación de los hechos. Sólo añadiré algo: desconfiaba de la humanidad en lo tocante al dinero, pero en lo tocante al amor la confianza no estaba aún perdida. Por eso, por extraño que parezca a los demás, en mi interior estos dos sentimientos, aunque contradictorios, eran compatibles.

A la viuda yo la llamaba «señora de la casa»^[86], así que en adelante me referiré a ella así, como «señora», y no ya como «viuda». Esta señora me tomaba por persona tranquila y apacible. Me estimaba también por mi aplicación al estudio. Sin embargo, de mis miradas ansiosas o de mi aspecto inquieto no decía nada. No sé si es que no se daba cuenta o estaba siendo discreta. De todos modos, parecía no prestar a esto ninguna atención. No solamente eso. En una ocasión, me dijo admirativamente que era generoso. Yo protesté sinceramente y me esforcé en contradecir sus palabras con la cara colorada. Entonces, la señora, con aire serio, me explicó:

—Protesta porque usted mismo no se da cuenta de que lo es.

Parece que la señora no había tenido intención de alquilar parte de su casa a ningún estudiante, sino más bien a un funcionario o alguien así. Por eso, había pedido a sus vecinos que le enviaran a alguien con tales condiciones, alguien sin un sueldo demasiado bueno y que tuviera que vivir en una habitación de alquiler. Esa era la idea que la señora tenía de su posible inquilino. Comparándome a mí con ese inquilino imaginario, decía que yo era muy generoso. En cierto modo, puesto al lado de la vida apretada de un funcionario de poco sueldo, yo podía ser más generoso en cuanto al dinero. Pero no en cuanto al carácter. La generosidad no era aplicable en absoluto a mi espíritu. Ella había aplicado la cualidad de generosidad a ambos conceptos. Tal vez por ser mujer y tender a generalizar, empleaba la misma palabra para expresar una valoración general.

13

La actitud de confianza que me mostraba la señora iba calando naturalmente en mi estado de ánimo. Algún tiempo después de vivir en su casa, mis miradas dejaron de ser tan inquietas. Podía sentir que allí donde me sentaba, estaba también asentado mi corazón. Me produjo una gran felicidad comprobar que ni la señora ni su hija hacían caso alguno de mis miradas rencorosas o de mi aspecto desconfiado. Como mi estado nervioso no encontraba en la actitud de ellas ningún eco, poco a poco se fue calmando.

La señora era una mujer de entendimiento y quizá por eso me trataba deliberadamente de aquel modo o, quién sabe, a lo mejor, como ella misma admitía, es que me consideraba generoso. Posiblemente, este estado puntilloso mío sólo existía dentro de mi cabeza y no salía de ella. En este caso, la señora se engañaba sobre mí.

Al mismo tiempo que mi corazón se iba apaciguando, iba estrechándose mi amistad con la familia. Tanto con la señora como con su hija, la señorita^[87], como la llamaré en adelante, llegué a intercambiar bromas ligeras. Había días en que me invitaban al té. Algunas tardes yo traía dulces y las invitaba a ellas a mi habitación.

De repente, me pareció que mi círculo de amistades se había ensanchado. A veces, esto afectaba a mi horario de estudio, pero curiosamente no me disgustaba en absoluto. La señora estaba libre todo el día; pero la señorita iba al colegio y además asistía a clases de arreglo floral y de *koto*. Por eso, podría pensarse que debía de estar muy ocupada; sin embargo, no era así y parecía estar siempre sobrada de tiempo. De ese modo, cuando los tres nos veíamos, fácilmente nos juntábamos y pasábamos un rato charlando.

La mayoría de las veces, era la señorita quien venía a llamarme. Unas veces, se presentaba por el pasillo interior, llegando desde su cuarto en ángulo recto a mi habitación; otras veces, aparecía por la puerta corredera de la habitación contigua después de atravesar la sala de estar^[88]. Cuando se mostraba ante mí, se quedaba parada y, pronunciando mi nombre, me preguntaba:

—¿Qué? ¿Estás estudiando?

A juzgar por mi actitud, mirando fijamente un libro de aspecto muy difícil abierto sobre la mesa de estudio, se creería efectivamente que yo era un chico muy estudioso. En realidad, sin embargo, lejos de estudiar con tanta aplicación, mis ojos estaban clavados en el libro, pero estaba esperando que la señorita viniese a llamarme. Si no venía, me levantaba yo e iba a la entrada de la otra estancia para preguntarle:

—¿Qué? ¿Estás estudiando?

La habitación de la señorita tenía una superficie de seis *tatami* y estaba detrás de la sala de estar. La señora a veces estaba en la sala de estar y otras veces en la habitación de su hija. Es decir, aunque había una línea divisoria entre esas dos estancias, en realidad era como si no hubiera separación entre ellas, y madre e hija ocupaban las dos piezas indistintamente. Si yo las llamaba desde fuera, la que

siempre me contestaba era la señora, que decía:

—¡Adelante!

La señorita, aunque estaba presente, casi nunca me contestaba.

Había ocasiones también en las que la señorita entraba en mi habitación por algo y después se quedaba sentada hablando conmigo. En esos casos, mi corazón era invadido por una extraña turbación. No quiero negar que el hecho de estar sentado con una mujer joven frente a frente no sea de por sí turbador. Yo siempre empezaba a sentir una especie de agitación que me hacía sufrir con esta actitud tan poco natural en mí y que parecía traicionarme. Ella, en cambio, tenía un aspecto tan normal. Siempre mostraba una seguridad que no parecía corresponder con una joven que ni siquiera sacaba voz para cantar cuando tocaba el *koto*. Había veces que, después de estar bastante rato en mi habitación, pese a que su madre la llamaba y ella contestaba, no se levantaba tan fácilmente. Incluso, mis ojos percibían claramente que pretendía hacerme comprender que no era una niña.

14

Cuando la señorita se iba, yo daba un suspiro de alivio. Pero al mismo tiempo, sentía una sensación de vacío acompañada del deseo de disculparme. Mi actitud era, pues, más bien femenina. Los jóvenes de ahora, si me hubierais visto, habríais pensado eso o algo peor. Pero los chicos entonces éramos así.

La señora casi nunca salía de casa. Si por alguna razón tenía que salir, jamás nos dejaba a los dos solos. ¿Lo hacía sin darse cuenta o deliberadamente? No sabría decirlo. Puede sonar un poco raro que diga esto yo mismo, pero observando bien a la señora uno podría pensar que intentaba ponerme cerca a su hija. Había ocasiones, sin embargo, en que parecía estar secretamente a la defensiva hacia mí. La primera vez que me di cuenta de esto, me sentí molesto.

Hubiera querido que la señora se decidiera claramente por una u otra actitud, pues pensándolo con lógica había entre ellas una franca contradicción. Todavía conservaba yo fresco el recuerdo del engaño de mi tío. No podía evitar, tal vez por eso, el pensar con profundo recelo sobre la actitud de esta mujer. Supuse que una de esas dos posturas era la verdadera y otra la falsa. Pero no veía nada claro cuál era cuál. Y no solamente no lo veía claro, sino que tampoco entendía la razón de un comportamiento tan extraño. Como no podía definir esa razón, me conformaba a veces pensando que era debido a su condición de mujer. «Las mujeres son así, son siempre tontas», pensaba yo. Mis pensamientos, al no poder hallar otra salida,

siempre llegaban a esa conclusión.

Sí, era verdad, a las mujeres las menospreciaba, pero no podía pensar lo mismo de la señorita. Ante ella, mi lógica se estrellaba y perdía su sentido. El amor que sentía hacia ella rayaba en la fe. Esta palabra, «fe», suele utilizarse sobre todo en sentido religioso y te parecerá raro que la aplique a mi sentimiento por una mujer. Pero créeme: hoy creo firmemente que el verdadero amor no es muy diferente de la fe. Yo sentía que cada vez que miraba su cara, mi interior se embellecía. Cada vez que pensaba en ella, me invadía al instante una penetrante sensación de nobleza. Si el amor tuviera dos extremos, el bajo estaría en el apetito carnal y el alto en esa nobleza sublime. Ciertamente, mi amor había escalado hasta ese extremo y, aunque como humano no podía librarme de la carne, ni mi mirada ni mis pensamientos estaban en absoluto impregnados del olor de la carne.

Dentro de mí crecía la antipatía hacia la madre al mismo ritmo que aumentaba el amor hacia la hija. La relación entre nosotros tres, por lo tanto, se fue haciendo más complicada que al principio de mi estancia en esta casa. Pero ese cambio ocurría sólo en mi interior; en el exterior no se notaba nada.

Después, sin saber desde cuándo, empecé a pensar que yo había malinterpretado a la señora. Sus dos actitudes contradictorias tal vez, en realidad, no lo eran. Además, podría ser que su corazón no estuviera dominado por una y luego por otra, sino que ambas coexistieran al mismo tiempo. Es decir, aunque parecieran contradictorias, ella deseaba que su hija y yo nos acercáramos, si bien, por otro lado, sentía una natural alarma. Cuando se alarmaba, no olvidaba su otra actitud de desear que nos acercáramos. Comprendí que, simplemente, no deseaba sino que nos aproximáramos hasta la distancia que ella había determinado como correcta. Ahora bien, como yo no tenía ningún deseo carnal hacia su hija, pensé entonces que todas sus precauciones eran innecesarias y cesé de interpretarla mal.

15

Sumando todas esas actitudes de la señora, llegué a la conclusión de que había conquistado la confianza de la familia. Incluso, descubrí que tal confianza se remontaba a nuestro primer encuentro. Yo, que entonces recelaba de todo el mundo, me sentía ahora totalmente aturdido por este descubrimiento. Di en pensar que las mujeres eran más ricas en poder intuitivo que los hombres y que, por esa misma razón, hay tantas mujeres engañadas en el mundo. Es divertido pensar que nunca se me había ocurrido analizar mi confianza en la señorita, basada ni más ni menos que en la intuición. Aunque había jurado en mi corazón no volver a confiar en nadie, yo confiaba absolutamente en esa joven. Sin embargo, me causaba asombro que la

señora confiara en mí.

Si poco les contaba de mi pueblo, absolutamente nada les conté de aquel incidente. Sólo pensar en ello me producía malestar. Yo me limitaba a escuchar a la señora, sin contarle cosas mías. Pero ella, no contentándose con eso, deseaba saber a toda costa mis asuntos familiares. Al final, acabé contándoselo todo. Cuando les confesé que jamás volvería a mi pueblo por no quedarme allí más que la tumba de mis padres, la señora se mostró profundamente emocionada. La señorita lloró. Me sentí bien por habérselo contado. Me quedé alegre.

Después de haber escuchado toda mi historia, la señora actuaba como si su intuición sobre mí hubiera sido certera y pasó a tratarme como si fuera un pariente joven. Este trato no me desagradaba; antes bien, me resultaba divertido.

Pero no pasó mucho tiempo sin que mi recelo volviera a despertarse.

Empecé a sospechar de la señora por algo insignificante. A base de cosas insignificantes, sin embargo, la duda se va arraigando. No sé cómo, pero di en pensar que la señora trataba de acercarme a su hija en el mismo sentido que lo había intentando mi tío con la suya. En ese instante, la persona, que hasta entonces había sido un dechado de amabilidad, empezó a presentar rasgos de una intrigante astuta. Yo me mordía los labios.

La señora decía a todo el mundo que su interés en tener un inquilino en casa se debía a que se sentía muy sola. No es que creyera que mentía. Después de haber intimado y contarnos nuestros respectivos pasados, no lo dudaba. Sin embargo, su economía en general no era nada del otro mundo y establecer un vínculo permanente conmigo no sólo no le resultaba indiferente, sino que era a todas luces deseable para sus intereses.

Así que, de nuevo, me puse en estado de alerta. Pero ¿qué podría conseguir estando alerta hacia la madre y amando al mismo tiempo tan fuertemente a la hija? Me reí de mí mismo. Había veces en que me insultaba y me llamaba idiota. Pero si mis dudas se hubieran quedado ahí, no habría sufrido tanto.

La agonía comenzaba cuando me asaltaba la duda de si la señorita sería una intrigante como su madre. Si imaginaba a las dos maquinando todos los detalles y haciendo teatro ante mí, me invadía de repente la angustia y el sufrimiento. No era una sensación de disgusto, sino de un sufrimiento de vida o muerte para el que no había salida. Por otro lado, sin embargo, yo creía ciegamente en la señorita. Por eso, en un momento dado, me quedé paralizado, sin poder moverme, entre la fe y la duda.

Ambos estados eran producto de mi imaginación, pero también de la realidad.

16

Seguía asistiendo a clase en la universidad. Pero las clases que daban los profesores parecían sonar tan lejos... Cuando estudiaba, me pasaba lo mismo. Las letras, que me entraban por los ojos, se esfumaban como el humo antes de penetrar en la mente. Me volví más callado. Dos o tres amigos entendieron mal mi silencio y corrieron la voz de que había caído en una especie de estado de meditación filosófica. Lejos de tratar de deshacer el malentendido, me alegré de que me hubieran prestado una máscara tan conveniente. De todos modos, había ocasiones, por ejemplo cuando me acometían accesos de repentino jolgorio, en que me mostraba desequilibrado y mis compañeros se asustaban.

Las visitas de conocidos o parientes no abundaban en la casa donde yo vivía. Tampoco es que parecieran tener muchos parientes. A veces, venían compañeros de colegio de la señorita, pero casi siempre hablaban en voz tan baja que apenas podría saberse si estaban allí o no, y no tardaban en irse. ¡Cómo iba a saber yo entonces que hablaban tan bajo para no molestarme! En cuanto a los compañeros que a mí me visitaban, no es que fueran especialmente ruidosos, pero tampoco ponían tanto cuidado en no molestar a la gente de la casa. Así que el amo de la casa más parecía yo, y la señorita más parecía la inquilina.

Todo esto lo voy escribiendo como de pasada, según se me viene a la memoria, aunque la verdad es que no es nada importante. Pero hubo algo que sí lo fue. A veces se oía inesperadamente una voz masculina que venía de la sala de estar o de la habitación de la señorita. Era una voz de tono muy bajo, distinta a la de mis compañeros. Tan bajo era el tono que no se podía entender nada de lo que hablaba. El no entender me ponía nervioso. Primero, sentado con inquietud, pensaba: ¿será un pariente o un conocido? Y si es conocido, ¿de quién? Después seguía pensando: ¿será joven o mayor?

Sentado en mi habitación, era evidente que jamás podría responder a esas preguntas, pero tampoco podía levantarme así por las buenas y abrir la puerta y asomarme. Mis nervios, más que temblar, estaban a merced de las embestidas de grandes olas que me lastimaban. Después de irse este misterioso huésped, yo no dejaba de preguntar por su nombre. Y cada vez que lo hacía, la madre y la hija se limitaban a darme su nombre. Era indudable que mi expresión reflejaba decepción, pero tampoco tenía valor para exigir ninguna respuesta satisfactoria. ¿Con qué derecho iba yo a exigirles tal cosa? Además, ni el orgullo ni la dignidad, que me venían por la educación recibida, me lo permitían.

Pero, junto a eso, yo me presentaba ante ellas con una mirada que contradecía esa propia autoestima mía. Las dos se reían. ¿Es que se burlaban de mí? ¿O estaban simplemente siendo amables? Yo había perdido momentáneamente la calma necesaria para poder discernir la verdad. Cada vez que me hallaba en esa situación, no dejaba de repetirme mucho tiempo después en mi corazón esta misma pregunta: «¿Me estarán tomando el pelo?».

Disponía de toda la libertad del mundo. No necesitaba consultar con nadie si quisiera dejar los estudios o dónde vivir o si deseara casarme. Algunas veces, llegué a la decisión de hablar con la señora y pedirle la mano de su hija. Pero en esos momentos, me asaltaba la vacilación y no daba el paso. Y no era por miedo a ser rechazado. En el caso de que me rechazaran, no sé cómo iría a cambiar mi destino. Seguramente, habría tenido que ver el mundo desde otra óptica, para lo cual sí que tendría el coraje necesario. No, no era por eso. Era porque no deseaba pensar que estaban embaucándome. Odiaba ser manipulado. Después de haber sido estafado por mi tío, había decidido no volver a dejarme engañar nunca jamás, pasara lo que pasara.

17

Observando que no compraba más que libros, la señora me aconsejó un día que me surtiese de más ropa. De hecho, tan sólo tenía quimonos de algodón que habían sido tejidos en el pueblo. En aquella época, los estudiantes no vestían quimonos de seda. Entre mis compañeros, había uno cuya familia se dedicaba al comercio en Yokohama y vivía a lo grande. Un día, su familia le mandó un chaleco de seda. Todos los compañeros se rieron y él, avergonzado, se apresuró a dar explicaciones. Acabó metiendo el chaleco en el fondo del arca para no ponérselo nunca. Pero entonces todos protestamos y conseguimos que se lo pusiera. Después, los piojos invadieron por desgracia el chaleco y un día, este compañero, seguramente encantado por el pretexto, cogió el chaleco, lo enrolló, se fue a pasear y lo tiró a una gran cloaca de Nezu. Yo ese día estaba con él y me quedé sobre el puente mirándole divertido. En ningún momento lamenté la suerte del chaleco.

De aquel incidente a entonces, yo había madurado. Pero todavía no me había hecho a la idea de surtirme de un quimono formal. Tenía la extraña noción de que tener ropa buena o empezar a dejarse bigote eran cosas que venían después de graduarse uno. Por eso, le dije a la señora:

—De los libros, sí que tengo necesidad, pero de ropa no tanto.

Ella repuso:

—Pero esa cantidad de libros que compras... ¿Los lees todos?

No supe qué contestar. Entre los libros que compraba había diccionarios y otros que, aunque naturalmente algún día tendría que abrirlos, ni siquiera les había cortado todavía las páginas. Me di cuenta de que siendo objetos innecesarios, lo mismo daba que comprara libros o quimonos.

Además, y con la excusa de agradecer a la señora todas las atenciones recibidas en esta casa, deseaba regalar a su hija un *obi* o un rollo de tela de su agrado para hacerse un quimono. Así que le pedí que se ocupase de todo este asunto de mi ropa. Pero ella no dijo que iría sola. Antes bien, dispuso que fuera yo con ella y que su hija nos acompañara.

Nosotros, criados en un ambiente distinto al de ahora, no teníamos la costumbre siendo estudiantes de salir con mujeres jóvenes. Entonces yo era aún más esclavo que ahora de las costumbres; así que vacilé, pero al final me decidí y salí con las dos mujeres.

La señorita se había arreglado bien y con la blancura natural de su tez, realzada por los polvos de arroz liberalmente aplicados en su rostro, atraía bastante las miradas. La gente, luego de mirarla a ella, desviaba extrañamente los ojos hacia mí. Fuimos a Nihonbashi^[89] e hicimos las compras. A medida que íbamos viendo artículos, solíamos cambiar de idea sobre lo que queríamos comprar. Esto nos hizo tardar más de lo que yo esperaba. La señora a veces me llamaba por mi nombre para preguntarme:

—¿Qué te parece esto?

Otras veces le pedía a su hija que se pusiera un rollo de tela del hombro al pecho y me decía:

—Retrocede dos o tres pasos y dime qué te parece esta tela...

Yo, haciendo mi papel de entendido, decía:

—No, no me gusta.

O bien:

—Esta sí que le sienta de maravilla.

Así se nos pasó el tiempo. Cuando acabamos con las compras, ya era hora de

cenar. La señora dijo que en agradecimiento deseaba invitarme a cenar. Nos llevó a un restaurante llamado Kiharadana situado en una calleja donde había un antiguo yose^[90]. El restaurante era tan pequeño como estrecha era la calleja donde estaba. Yo, totalmente ignorante de estos lugares, me sorprendí de lo bien que la señora los conocía.

Era ya de noche cuando regresamos a casa. El día siguiente era domingo y lo pasé todo él metido en mi cuarto.

El lunes fui a clase desde primera hora de la mañana y ya, a esa hora, un compañero en tono burlón me dijo:

—¡Vaya! ¿Cuándo te has casado? Por cierto, hay que reconocer que tu esposa es realmente guapa.

Debió de habernos visto a los tres en Nihonbashi aquel día.

18

Cuando volví a casa, les conté a la señora y a su hija el comentario de mi compañero. La señora se rio y mirándome dijo:

—Eso ha tenido que molestarte mucho, ¿verdad?

En ese momento pensé que una manera así es la que emplean las mujeres para sondear el corazón de los hombres. En la mirada de la señora había suficientes motivos para hacerme pensar así. ¡Ah, cuánto mejor hubiera sido decirle en ese momento todo lo que sentía! El problema es que la duda que había anidado firmemente en mi corazón, me impedía hacerlo. La verdad es que iba a confesarle todo, pero de repente me eché para atrás y, bruscamente, cambié el tema de conversación.

Quise borrarle a mí mismo de la escena y decidí sondear las intenciones de la señora a propósito del casamiento de su hija. Como respuesta, me dijo claramente:

—Bueno, a mi hija ya le han salido dos o tres pretendientes. Pero ¡es tan jovencita! ¿Qué prisa tiene por casarse? ¡Si es todavía una colegiala!

Tenía conciencia de la belleza de su hija y, quizá por eso, añadió:

—Puede casarse cuando le apetezca y con quien más le guste.

Por ser hija única era evidente que le daba pena tener que separarse de ella. Tuve la impresión de que no estaba segura de si sería mejor casar a su hija para que formara parte de otra familia o bien casarla con alguien que entrara a formar parte de su misma casa.

Esta conversación, al tiempo que me había dado ocasión de recibir diversos conocimientos de la señora, había malogrado la ocasión de decirle todo lo que yo pensaba. Ni siquiera había podido expresarle una palabra de mis sentimientos. Quise entonces poner fin a la conversación y me preparé para retirarme a mi habitación.

Hasta hacía un momento, la señorita estaba con nosotros y participaba en la conversación dejando escapar alguna que otra exclamación de modestia; pero, sin saber exactamente desde cuándo, me di cuenta de que se había retirado a un rincón de la estancia y ahora nos daba la espalda. Al girar la cabeza y levantarme, vi su espalda. Naturalmente, es imposible leer el pensamiento de alguien a través de su espalda, así que no pude ni imaginar qué opinión tendría ella sobre este tema. Estaba sentada ante un armario. Sacó algo de la puerta corredera del armario, abierta unos treinta centímetros, y, poniéndolo sobre sus rodillas, pareció quedarse contemplándolo. Por mis ojos entraron aquellos rollos de tela para quimono comprados dos días antes, que descansaban en el fondo del espacio abierto del armario. Las telas para mi quimono y el de la señorita estaban juntas en aquel rincón, una encima de la otra.

Cuando ya me iba sin añadir nada más, la señora me preguntó, de improviso y en tono formal, mi opinión acerca del tema. Su manera de preguntármelo era tan ambigua que tuve que preguntarle, a mi vez, a qué se refería.

Al saber que se refería a si sería mejor casar a su hija pronto o tarde y preguntarme mi opinión al respecto, le dije:

—Creo que más tarde será mejor, ¿no?

—Pues sí. Yo también estoy de acuerdo —dijo ella.

La relación entre la señora, su hija y yo iba por esos derroteros cuando tuvo que entrar en nuestro entorno otro hombre. El hecho de recibirle en la casa como si de un miembro más de la familia se tratase, supuso un terrible giro en mi destino. Si ese hombre no se hubiera cruzado en mi vida, creo que no habría hecho falta escribirte una carta tan larga como esta. Era como haber esperado a que pasase el diablo ante mí sin darme cuenta que su sombra iba realmente a oscurecer el resto de mi vida.

Debo confesar que fui yo mismo quien metió a este hombre en la casa. Por supuesto, era necesario el permiso de la señora. Yo le expliqué todo sin ocultar nada y le pedí su consentimiento. Ella me dijo que no lo hiciera. Le expuse todas las razones que tenía para traerlo a vivir con nosotros. La señora, en cambio, no tenía ninguna razón lógica para negarse. Yo, por mi parte, insistía en pedirle lo que me parecía correcto.

19

Voy a referirme a él aquí como K, por conveniencia. K y yo éramos amigos desde la infancia. Si te digo desde la infancia, ya imaginarás que éramos del mismo pueblo. K era hijo de un bonzo de la escuela budista Shin-shu^[91]. Por no ser el hijo mayor, sino el segundo, fue adoptado por otra familia, la familia de un médico. En mi región, ese grupo budista ejercía mucha influencia y sus miembros gozaban de una próspera situación económica. Por ejemplo, si uno de los bonzos tenía una hija en edad de casarse, los feligreses del templo siempre encontraban para ella un buen partido. Además, ni siquiera pagaban los gastos de la boda. Es fácil entender, por tanto, que los templos de este grupo budista casi siempre eran ricos.

En la casa donde nació K la situación económica era también acomodada, aunque no sé si tendrían bastante dinero para mandar a su segundo hijo a estudiar a Tokio. Tal vez dispusieran la adopción de K con vistas precisamente a que su nueva familia pudiera costearle los estudios. En fin, no sé los detalles, pero lo cierto es que K fue adoptado por la familia de un médico. Eso ocurrió cuando todavía éramos alumnos de la enseñanza media. Todavía recuerdo mi sorpresa cuando el profesor nombró a K en la clase con un apellido distinto.

La familia adoptiva de K era también bastante rica y él pudo trasladarse a Tokio con el apoyo de su nueva familia. No llegamos a Tokio al mismo tiempo, pero acabamos viviendo en la misma pensión. Por entonces, se metían dos o tres estudiantes en el mismo cuarto en el cual se disponían en fila otras tantas mesas de estudio. K y yo compartíamos habitación.

Éramos como dos animales salvajes capturados en el monte que, abrazados en el interior de su jaula, estuvieran mirando el mundo exterior. Los dos temíamos a Tokio y a sus gentes. Pero dentro de nuestra habitación de seis *tatami*, hablábamos a lo gran señor como si contempláramos el universo a nuestros pies.

Pero también éramos aplicados y, en realidad, teníamos grandes metas en la vida. K, especialmente, tenía mucha fuerza de voluntad. Como lema en su vida tenía la palabra *shojin*, es decir, «esfuerzo y abstinencia». Y verdaderamente, tanto su

actitud como sus actos hacían honor a ese lema. Por eso, yo en mi corazón siempre le había profesado una gran admiración.

Desde nuestros tiempos de estudiantes de la enseñanza media, K me ponía en apuros con sus cuestiones de religión y filosofía. ¿Por qué era así? ¿Tal vez por su padre o, como he dicho, por haber sido su casa un templo y haber sido moldeado por ese ambiente especial? En fin, no lo sé. El caso es que K poseía más cualidades para ser monje budista que muchos monjes.

Su familia adoptiva le había enviado a Tokio para que estudiase medicina desde un principio. Pero K, terco como era, había llegado a Tokio también desde un principio con la intención de no ser médico. Yo le reprendí diciéndole que estaba engañando a sus padres. Recuerdo que me contestó audazmente:

—Sí, ya lo sé, pero actuar así no va en contra del verdadero camino.

La palabra «camino» utilizada entonces, creo que él mismo no la comprendía bien. Naturalmente tampoco yo puedo decir que la comprendiera. Pero para nosotros, jóvenes de entonces, esa palabra tan vaga poseía un aura de nobleza. Sin comprenderla bien, nuestro corazón, al pensar en esa idea del camino, era invadido por tan altos sentimientos que el simple intento de movernos hacia ella eliminaba de nuestras acciones cualquier sombra de ruindad o bajeza. En fin, yo acabé aprobando sus ideas. No sé si esta aprobación sirvió para hacerle perseverar en su conducta. De todos modos, puedo imaginar que, aunque me hubiera opuesto firmemente a ella, conociendo su terquedad, él no iba a dejar de actuar de acuerdo con sus ideas. Aún así, con mi aprobación y aplauso, yo también asumía cierta responsabilidad y me hacía de alguna manera cómplice. De esto, pese a mi juventud, era perfectamente consciente entonces. En aquel momento, yo no debía de estar preparado para afrontar tal responsabilidad, pero en un futuro, al mirar atrás con ojos de adulto, sabía que tendría que dar cuenta de la parte de responsabilidad que me correspondía por haber dado mi aprobación al proceder de K.

20

K y yo ingresamos en la misma especialidad. Él empezó a recorrer su camino predilecto empleando para ello el dinero que le mandaba su familia adoptiva.

—Nunca van a enterarse —decía, añadiendo con esa audacia típica suya—: Y, aunque se enterasen, no pasaría nada.

Mostraba más calma que yo.

Cuando llegaron las primeras vacaciones de verano desde que vivíamos en Tokio, él no volvió al pueblo. Decía que iba a quedarse estudiando y que para ello alquilaría la celda de un templo de Komagome. Cuando yo volví de las vacaciones, al principio de septiembre, efectivamente allí me lo encontré, encerrado en un sucio lugar cerca del Gran Kannon^[92]. Su celda, de muy reducidas dimensiones, estaba al lado del edificio principal del templo. Parecía estar muy feliz por haber podido estudiar tan bien como había planeado. Me di cuenta entonces de que su vida, poco a poco, se iba asemejando a la de un verdadero bonzo. De su muñeca colgaba un rosario budista. Al preguntarle para qué le servía, me hizo con el pulgar el gesto de pasar las cuentas del rosario. Tuve la impresión de que realizaba muchas veces al día esa actividad. Pero yo no entendí muy bien el significado. Si iba pasando una a una las cuentas del rosario, nunca habría un fin. ¿Qué debía sentir K para que sus dedos dejaran de desgranar cuentas? Es algo que no tiene importancia, pero que a menudo pienso todavía.

En su celda vi también la Biblia. Hasta entonces, había oído de su boca nombres de sutras, pero del cristianismo nunca le había oído hablar. Por eso, me extrañé y no pude evitar preguntarle la razón de su interés. Me dijo:

—No hay una razón especial. Si tanta gente en el mundo halla gusto en leer la Biblia, será que debe ser necesario leerla.

Y añadió:

—Espero tener ocasión también para leer el Corán.

Parecía estar muy interesado en la expresión «Mahoma y la espada».

El verano del segundo año, K, ante la insistencia de su familia adoptiva, regresó por fin al pueblo. Parece que no mencionó para nada el tema de sus estudios. Su familia, de cualquier modo, no se dio por enterada. Tú, que también has recibido una educación superior, sabrás que la sociedad es sorprendentemente ignorante de la vida de un estudiante o de las reglas de la vida universitaria. Cosas normales para nosotros no se saben simplemente fuera de la universidad. Nosotros mismos, respirando siempre el aire del interior de la vida universitaria, pensábamos que todo el mundo debe estar al corriente de los asuntos de la universidad, fueran grandes o pequeños. En este sentido, K sabía más de la sociedad que yo.

Regresó a Tokio sin ningún problema. Recuerdo que, al montar los dos en el tren que nos devolvía a la gran ciudad, le pregunté enseguida si había pasado algo en su casa. Me contestó:

—Nada, no ha pasado nada.

El tercer verano fue aquel año en el que juré no pisar más la tierra de la tumba de mis padres. Yo le aconsejé a K que volviera al pueblo de vacaciones, pero no me hizo caso.

—¿De qué me va a servir volver todos los años al pueblo? —me respondió.

Parecía que tenía intención de quedarse estudiando en Tokio. Viendo que no había manera de convencerle, me marché solo de Tokio. Sobre aquellos dos meses tan agitados para mí, ya he escrito bastante; así que no volveré sobre ellos.

En septiembre volví a ver a K. Estaba lleno de quejas y de melancolía, e invadido de una tristeza causada por la soledad. También su destino había cambiado, al igual que el mío. Sin decirme nada, había confesado por carta a su familia adoptiva toda la falsedad a propósito de sus estudios. Desde un principio, había tenido la intención de hacerlo. Creo que K deseaba que su familia entendiera que ya no había forma de cambiar las cosas y que era mejor que le dejaran a su aire. De todos modos, K no tenía intención de seguir engañándoles. Quizás sabía también que el engaño no podía tampoco perpetuarse.

21

Cuando leyeron su carta, sus padres adoptivos se enojaron mucho. Con palabras duras le contestaron enseguida que a un hijo sin principios, capaz de haber engañado a sus padres, ya no le podían seguir enviando más dinero. K me enseñó esta carta. También me enseñó otra posterior de su familia de origen, igualmente cargada de duras reprimendas. A causa del compromiso moral que su familia adoptiva tenía establecido con esta familia de origen, le hicieron saber que le abandonaban a su suerte. Si K decidía volver con ellos o buscar alguna manera de reinsertarse con la familia adoptiva, sería otra cuestión. Pero en ese momento, la cuestión apremiante era cómo cubrir sus gastos de estudiante.

—¿Se te ocurre algo? —le pregunté yo.

—Bueno, ya conseguiré algún trabajo dando clases de tarde en una academia.

En aquella época la situación, aunque no lo creas, era más fácil que ahora y se podía encontrar un trabajo suplementario sin dificultad. Pensé que, efectivamente, de ese modo mi amigo podría salir adelante. De cualquier forma, sentí mi parte de responsabilidad. Cuando K había decidido seguir el camino deseado contra la

voluntad de su familia adoptiva, yo le había expresado mi aprobación. Y, como tampoco podía quedarme de brazos cruzados, no tardé en ofrecerle ayuda material. Pero él la rechazó tajantemente. Le resultaba mucho más agradable buscarse la vida por sí mismo que ponerse bajo el ala protectora de un amigo. Dijo:

—Quien ha llegado a la universidad y no es capaz de mantenerse por sí mismo, no es un hombre.

No quise herir sus sentimientos a cambio de satisfacer mi responsabilidad. Así que retiré mi oferta y le dejé que hiciera las cosas a su aire.

K no tardó en encontrar el trabajo que buscaba. Yo podía imaginar, sin embargo, lo duro que le debía de resultar ese trabajo a él, que valoraba tanto el tiempo. Sin abandonar sus estudios y con esa nueva carga sobre sus hombros, estaba siempre a la carrera. Empecé a preocuparme de su salud. Pero era terco y nunca hacía caso de mis consejos.

La relación entre su familia adoptiva iba a peor. Por falta de tiempo, ya no teníamos ocasión de hablar como antes. Por eso no pude enterarme de los detalles, pero sabía que la situación iba de mal en peor. Supe, por ejemplo, que hubo un mediador que intentó arreglar las cosas. Ese mediador le exigió a K que volviera al pueblo. Pero K se negó y no hizo caso. La razón que dio era que estaba a mitad de curso y le resultaba imposible abandonar sus estudios. Pero la familia adoptiva lo interpretó como una obstinación de K. La situación se volvió más tensa. Al tiempo que hería los sentimientos de su familia adoptiva, provocaba el disgusto de su familia de origen.

Yo me inquieté mucho y escribí una carta para intentar quitarle hierro a la situación. Pero fue en vano, pues mi carta fue ignorada no mereciendo siquiera una respuesta. Yo también me disgusté. Hasta entonces las circunstancias me habían impulsado a sentir compasión por K; pero ahora me puse resueltamente de su lado sin pensar si era o no correcto.

Finalmente, K decidió reinsertarse en su familia de origen, la cual acordó pagar a la familia adoptiva todo el dinero desembolsado por los estudios de K. Sin embargo, su familia de origen no iba a hacer más y, por así decir, se lavaba las manos. K debía buscarse la vida. En resumidas cuentas, y por emplear una expresión antigua, K fue «proscrito del hogar paterno». Tal vez esto suena demasiado tremendo, pero el mismo K así se lo tomó. Su madre ya había muerto. Una parte de su carácter obedecía al hecho de haber sido criado por una madrastra. Creo que si hubiera tenido una madre a su lado en esos momentos, la relación con su familia no

se hubiera resentido tanto. Ya he dicho que su padre era un bonzo. Pero, por su sentido del deber, más que un hombre de religión parecía un samurái.

22

Llegado el asunto de K a este punto y aparte, recibí una larga carta del marido de su hermana mayor. K me dijo que su familia adoptiva estaba emparentada con este cuñado; por eso, la opinión de este tenía bastante peso cuando había hecho de mediador en el tema de la adopción y también cuando K se reinsertó en su familia de origen.

En su carta me decía que deseaba recibir noticias de K y saber cómo estaba. Me pedía una respuesta lo antes posible, pues la hermana de K estaba preocupada. K tenía más simpatía por esta hermana casada que por el hermano mayor que había sucedido al padre como bonzo del templo. Aunque todos habían nacido de la misma madre, entre esta hermana y K había bastante diferencia de edad. Probablemente, en la infancia de K esta hermana mayor habría hecho las veces de madre más que su madrastra.

Yo le enseñé la carta a K. No me comentó nada, pero me confesó haber recibido también dos o tres cartas parecidas, a cada una de las cuales había contestado pidiéndole a su hermana que no se preocupara por él. Desgraciadamente, esta hermana suya estaba casada con un hombre que, por no estar sobrado de medios, no podía, por mucho que quisiera, ayudar económicamente a su hermano.

Yo contesté al cuñado de K diciéndole más o menos lo mismo que K había escrito en sus cartas. Pero subrayé muy claramente que si a K le pasaba algo, yo le ayudaría. Debían estar, por lo tanto, tranquilos.

La decisión de ayudarle era naturalmente mía y, aparte de mi buena intención de quitar a su hermana la preocupación por el futuro de K, había también en mi decisión cierto despecho por el menosprecio que yo había sentido por parte de la familia adoptiva y la de origen.

Cuando K se reintegró en su familia de origen, estaba en el primer curso. Desde entonces hasta la mitad del segundo curso, por espacio de año y medio, K se mantuvo por sí mismo. Sin embargo, empezó a dar señales de que el trabajo excesivo estaba afectando a su salud física y mental. Era lógico que en ello hubiera influido la decisión de renunciar a su familia adoptiva. Poco a poco mi amigo se iba volviendo «sentimental»^[93]. A veces decía que sólo sobre sus hombros pesaba la infelicidad del mundo. Si yo se lo discutía, se enfadaba conmigo enseguida. Se

mostraba, además, irritado porque la luz de la esperanza, que tal vez tendría que guiar su futuro, iba desapareciendo poco a poco de su vida. Cuando se empieza una carrera universitaria, todo el mundo abriga ambiciones, como cuando uno emprende un largo viaje. Al pasar uno o dos años, muchos estudiantes se dan cuenta de la lentitud de su progreso y, al ver que no tardarán en graduarse, son invadidos por una especie de desilusión. Creo que esto es natural y en el caso de K así ocurría. Pero él llevaba esa desilusión más lejos de lo normal.

Decidí finalmente que mi primer deber era tranquilizar a mi amigo. Le aconsejé que no hiciera más trabajos de los necesarios y que por una temporada hiciera descansar a su cuerpo. El estar relajado le traería grandes beneficios en su futuro. Supuse que iba a ser difícil convencerle, sabiendo lo terco que era. Efectivamente, resultó más trabajoso incluso de lo que había imaginado. Él insistía en que estudiar no era su objetivo. Su meta, más bien, era hacerse una persona fuerte a través del ejercicio de la fuerza de voluntad, para lo cual, decía él, era necesario vivir en condiciones rigurosas. Eso, para cualquier persona normal, era una locura. Su voluntad, además, sometida a ese rigor, no se fortalecería; antes bien, lo estaba poniendo al borde de la neurastenia. Al no tener otro recurso, fingí estar de acuerdo con él y le dije que yo también deseaba llevar una vida precisamente como la suya. A decir verdad, mis palabras no eran del todo insinceras, pues a fuerza de oír sus razones, tan convincentes como eran, me había ido dejando arrastrar por sus ideas.

Finalmente, le propuse que se viniera a vivir conmigo a fin de recorrer juntos ese camino de superación y esfuerzo. A causa de su terquedad, por tanto, no me había quedado más remedio que someterme a él y de esa forma conseguir traérmelo a la casa donde yo vivía.

23

Anexo a mi habitación había una especie de antesala o cuartito de cuatro *tatami*. Para acceder a mi habitación desde la entrada principal, yo siempre tenía que pasar por este cuarto, por lo que me resultaba bastante incómodo. A K le instalé en este cuarto. Al principio pensaba poner dos mesas de estudio en mi habitación, el doble de amplia que la suya, para compartir con él mi espacio. Él prefirió, sin embargo, estar solo aunque fuera en un lugar tan reducido.

Como te comenté anteriormente, al principio la señora no se mostró de acuerdo con este plan:

—Si fuera una pensión, pues sí; incluso, mejor dos inquilinos que uno, y todavía mejor tres que dos. Pero ya sabes que yo no hago de esto un negocio. Y sería

mejor evitarlo.

Yo le dije:

—Sí, pero mi amigo es una persona fácil y ya verá usted cómo no le ocasiona ninguna molestia.

—No se trata de eso —me contestó—. Simplemente, es que no quisiera meter bajo mi mismo techo a alguien que no conozco bien.

—Pero, era el mismo caso conmigo, ¿no?

—No, tu caso era diferente. Desde el principio ya te conocía bien.

Me reí con ironía. Entonces, la señora cambió de táctica y dijo:

—Además, por tu propio interés, no te conviene traer a esa persona a mi casa.

—Pero ¿por qué? —pregunté yo.

Esta vez fue ella la que se rio con ironía.

En realidad, yo no tenía necesidad de insistir tanto en que K viniera a vivir conmigo. Pero sabía que él vacilaría si yo le ofreciese cada mes un dinero con el que pagar el alquiler. ¡Tenía un espíritu tan independiente!

Por eso me había parecido mejor pagarle a la señora los gastos de nosotros dos sin él saberlo. Tampoco tenía intención de decir una palabra a la señora sobre los problemas económicos de mi amigo. Me limité a contarle algo acerca de sus problemas de salud. Le dije que si le dejaba solo, corría peligro de volverse más y más raro. Le conté también todo lo que le había ocurrido con su familia adoptiva y su ruptura con su familia de origen. Le dije, además, a la señora, que pensaba hacerme cargo de él, tomarle entre mis brazos como se toma a alguien que está ahogándose y darle calor con mi cuerpo. Le pedí, finalmente, que ella y su hija trataran a mi amigo con amabilidad. Al llegar a este punto, ya la había convencido.

De esa conversación no le dije nada a K y me alegré de que no llegara a enterarse de las circunstancias en que iba a pasar a vivir con nosotros. Cuando hizo la mudanza, le recibí con aire distraído, como si tal cosa. La señora y su hija le ayudaron amablemente a poner cada cosa en su sitio. Yo estaba muy contento pues comprendí que toda esa amabilidad procedía de su simpatía hacia mí. K, por su parte, mostraba su habitual expresión de indiferencia.

Cuando le pregunté a K su opinión sobre su nuevo domicilio, me dijo simplemente:

—Bueno, no está mal.

En mi opinión, creo que el lugar merecía algo más que ese seco «no está mal», sobre todo teniendo en cuenta donde vivía él antes: un cuarto sucio y húmedo orientado al norte. Su alimentación entonces estaba acorde con la calidad del cuarto. Al trasladarse a mi casa, su situación cambió radicalmente. Era como un pájaro que sale de una profunda sima y se sube a un árbol alto. El no apreciarlo era debido a su obstinación y también a sus principios. Habiendo sido educado en medio de las enseñanzas budistas, pensaba que permitirse ciertos lujos en la comida, vestido y vivienda era algo inmoral. Tal vez por haber leído historias de bonzos virtuosos y de santos cristianos, estaba inclinado a considerar el cuerpo y el alma como entidades separadas. Posiblemente, sentía que si maltrataba la carne, iba a aumentar el grado de iluminación de su espíritu.

Yo adopté la línea de no oponerme a él en lo posible. La táctica era sacar el hielo al sol para que se derritiera y transformara en agua tibia. De esa forma, él mismo vendría a darse cuenta.

24

Yo mismo había sido tratado de esa manera por la señora, con el resultado de que me había vuelto poco a poco más alegre. Conociendo la eficacia de tal trato, deseaba aplicárselo a K. Naturalmente, hacía mucho que conocía bien la diferencia entre nuestros caracteres, pero pensé que, al igual que mis nervios se habían sosegado después de entrar en esta casa, el corazón de K igualmente encontraría sosiego.

K tenía más fuerza de voluntad que yo. Estudiaba también el doble. Además, poseía una inteligencia natural muy superior a la mía. Ahora que habíamos elegido distintos campos de estudio en la universidad, no podría asegurarlo con certeza, pero, mientras estudiábamos en la misma clase, en la enseñanza media, K siempre sacaba mejores notas que yo. Por mi parte, era consciente de no poder estar a su altura en ningún tipo de estudio. En cambio, cuando insistía en llevarle a esta casa, estaba convencido de tener mucho más sentido común que él. En mi opinión, él confundía resistencia con paciencia.

Esto especialmente va también para ti. Tanto el cuerpo como el espíritu tienen capacidad para desarrollarse o para arruinarse dependiendo de los estímulos

exteriores. Así y todo, es necesario aumentar estos estímulos gradualmente; de lo contrario, se corre el gran riesgo de ir por un mal camino e incluso de arrastrar a personas del propio entorno. Los médicos dicen que no hay cosa más perezosa que el estómago de una persona. Si uno come sólo papilla, se pierde la capacidad de digerir alimentos más fuertes. Por eso, aconsejan que nos acostumbremos a comer alimentos variados. Y no creo que la razón esté únicamente en facilitar la digestión. Al aumentar poco a poco la fuerza del estímulo, también crece la capacidad de resistencia de los órganos digestivos. Por el contrario, si se debilita la capacidad del estómago, ¿cuál será el resultado? Es fácil imaginarlo, ¿verdad?

K era mejor que yo, pero ese punto se le escapaba por completo. Él creía que, una vez acostumbrado a las dificultades, se volvería insensible a ellas. Tenía la creencia de que yendo de dificultad en dificultad por la vida, por la sola virtud de la repetición, llegaría un momento en que no habría de sentir dificultad alguna.

Todas esas cosas deseaba explicárselas a K para poder convencerle. Sabía, sin embargo, que si le decía algo, él protestaría aduciendo ejemplos de la historia. Entonces, yo tendría que marcar las diferencias entre K y esos personajes históricos. Tomaría mis comentarios como un reproche e intentaría demostrar su teoría con más agresividad. Todo, diría él, para poder realizar su vida a su modo. En este sentido, K era realmente un rival grandioso, tremendo. Era como si avanzara hacia su destrucción. Aunque era impresionante sólo en el sentido de que destruía sus propios logros, no puede decirse que fuera una persona ordinaria.

En fin, conociendo bien su carácter, preferí no decirle nada. Además, me parecía que era víctima de un estado de neurastenia. Era evidente que mi intento de convencerle se estrellaría contra su furor. Tampoco es que me importara pelearme con él, pero se me partía el corazón al pensar que mi buen amigo podría acabar en la misma soledad que yo había sufrido dolorosamente en mi reciente pasado. Avanzar un paso más y dejarle caer en esa soledad era una idea que no soportaba. Por todo eso, después de mudarse él a la casa, no le dije nada parecido a un reproche durante bastante tiempo. Simplemente observaba cómo le afectaban las circunstancias del nuevo ambiente.

En ausencia de K, un día pedí a la señora y a la señorita que hablasen con mi amigo lo más posible. No cabía duda: el mutismo en el que se había encerrado le perjudicaba a todas luces. No podía dejar de creer que su corazón, como un trozo de hierro en desuso, había acabado oxidándose.

La señora se reía diciendo que K era una persona poco acogedora. La señorita, a modo de ejemplo, lo explicó contando un encuentro con él. Un día que le preguntó si tenía fuego en el brasero de su habitación, él respondió:

—No.

—¿Quieres que te traiga un poco? —le preguntó ella.

—No —volvió a responder K.

—Pero ¿es que no tienes frío?

—Sí, pero no quiero fuego en el brasero.

Y no añadió más.

Yo no podía limitarme sólo a reír por incidentes así. Lo sentía por ellas y sentía que era mi deber explicarles la conducta de mi amigo. Era primavera y, por lo tanto, tampoco había tanta necesidad de tener fuego en el brasero. Pero, aún así, ellas tenían razón al decir que K era poco acogedor.

Yo me esforzaba lo más posible, por consiguiente, en hacer que estas dos mujeres se comunicasen con K. Intentaba aproximarles a los tres, por ejemplo, llamándolas a ellas cuando K y yo estábamos hablando; o, cuando ellas y yo estábamos en el mismo lugar, trayendo a K. Buscaba, en fin, el medio mejor para cada caso. Por supuesto, a K no le agradaba demasiado mi táctica.

En una ocasión, se levantó y se fue. En otra, no se presentó pese a llamarle repetidas veces.

Me decía:

—¿Es que te diviertes hablando de tonterías?

Yo me limitaba a sonreír. Pero en mi corazón comprendía muy bien que K me despreciara.

Tal vez, en cierto modo era yo merecedor de su desprecio. Sus miras eran seguramente mucho más elevadas que las mías. No lo niego. Pero, tener la mirada puesta en las alturas y no poder ver otras cosas, ¿no es propio de un minusválido? Pensé que, en primer lugar y por encima de todo, tenía que ayudar a K a ser más humano. Descubrí que, aunque su cabeza estuviese llena de imágenes de santos y de

grandes hombres, si él mismo no se convertía desde dentro en un gran hombre, todo era inútil. El primer paso para hacerle más humano consistía en sentarle al lado de una mujer. Hacerle respirar aquel ambiente y con sangre nueva renovar su oxidada sangre.

Poco a poco esta prueba fue saliendo bien. Al principio parecía muy difícil, pero finalmente juntarse se fue haciendo poco a poco una realidad. K parecía ir reconociendo la existencia de un mundo aparte del propio.

Un día incluso me dijo que las mujeres no eran tan despreciables. Creo que, en un principio, había exigido de las mujeres los mismos conocimientos y estudios que tenía yo. Como no pudo encontrarlos, no tardó en experimentar desdén por ellas. Hasta entonces, K no había sabido que hay una forma diferente de juzgar a hombres y a mujeres. Observaba a unos y otras bajo el mismo prisma. Le dije que, si nosotros dos seguíamos discutiendo solos, no podríamos hacer otra cosa que avanzar en la misma recta. Me contestó que tenía razón.

Entonces yo estaba tan enamorado de la señorita que esas palabras mías brotaban naturalmente. Pero de ese amor, sumergido bajo la superficie de mi alma, no le dije a K ni una palabra.

Me resultaba muy divertido ver cómo K, que parecía estar encerrado en los muros de sus libros, iba poco a poco saliendo fuera. Desde el comienzo, ese había sido mi propósito, así que no podía dejar de alegrarme. No le participé esa alegría, pero sí a las dos mujeres, a quienes conté lo que yo pensaba; y ellas, por su parte, también parecían alegrarse.

26

Aunque K y yo estábamos en la misma facultad de la universidad, nuestros estudios eran distintos. También lo eran nuestros horarios. Cuando yo volvía a casa antes que él, simplemente pasaba por su cuarto vacío, pero si era al revés, siempre yo pasaba por allí dándole un simple saludo. En este caso, K solía alzar la vista del libro, me miraba un momento mientras yo abría la puerta corredera y me decía:

—¡Ah! ¿Ya has vuelto?

A veces, le contestaba con una inclinación de cabeza, otras veces respondía que sí y me metía en mi cuarto.

Un día tuve que ir hasta Kanda^[94] y regresé a casa mucho más tarde de lo

normal. Con pasos apresurados llegué hasta la puerta principal y abrí la puerta corredera de la entrada. Al abrir, hice un poco de ruido pero, al mismo tiempo, pude oír la voz de la señorita que venía del cuarto de K. Cuando se entra directamente por la puerta principal, primero está la sala de estar y luego la habitación de la señorita; entrando a mano izquierda está el cuarto de K y mi habitación^[95]. Como yo ya llevaba en esta casa bastante tiempo, conocía muy bien la distribución de las habitaciones y podía saber quién hablaba en cualquier parte de la casa. Rápidamente, cerré la puerta principal y entonces la voz de la señorita cesó. Mientras me quitaba las botas, pues en esa época yo había empezado a calzar unos botines de cordones de moda por entonces, no me llegaba ningún sonido desde el cuarto de K. Me extrañó y pensé que me había equivocado de voz. Pero al abrir la puerta del cuarto de K, como hacía siempre para pasar a mi habitación, los vi allí sentados.

K me dijo como de costumbre:

—¿Qué? ¿Ya has vuelto?

La señorita también me saludó y, sentada, exclamó:

—¡Hola!

Me pareció, por lo menos a mi excesiva atención así se lo pareció, que su sencillo saludo era algo seco. En el fondo de mis oídos, me sonó como falta de naturalidad. Yo le pregunté a ella dónde estaba su madre. Era una pregunta sin demasiada razón; simplemente que, como la casa estaba tan silenciosa, se me ocurrió preguntárselo. Su madre no estaba. La criada también se había ido con ella, dejando solos a la señorita y a K. Moví la cabeza con extrañeza. Hasta entonces, la señora nunca se había ausentado, dejando a su hija sola conmigo. Así que volví a preguntarle:

—¿No habrá sido por algún asunto urgente?

La señorita por toda respuesta se echó a reír.

No me gusta que las mujeres se rían por estas cosas. Si reírse sin razón es lo habitual entre las chicas jóvenes, pues no hay más que decir. Pero la señorita estaba también entre esas que gustan de reírse de cualquier cosa.

Al fijarse en la cara que yo había puesto, recuperó su expresión normal y me contestó seriamente:

—No, no es nada urgente. Ha salido a un recado.

Un inquilino como yo no tenía derecho a preguntar más, así que me quedé callado.

Justo al sentarme, después de haberme cambiado de ropa, volvieron la señora y la criada. Pronto llegó la hora de la cena en la que nos veíamos todos a la mesa. Al empezar a vivir en esta casa, fiel a mi condición de huésped, la criada me traía cada vez la comida a mi habitación. No sé desde cuándo me fui acostumbrando a comer donde ellas. Cuando K se instaló con nosotros, insistí en que se le tratase igual que a mí. Yo había regalado a la señora una mesa plegable de maderas finas. Hoy en día, ese tipo de mesa se utiliza en cualquier casa, pero entonces no había casi ninguna familia que comiera alrededor de una mesa así. Me tomé la molestia de encargar esa mesa en una carpintería de Ochanomizu para que la hicieran según mi diseño.

Mientras cenábamos en torno a esta mesa, la señora me explicó que ese día no había venido el pescadero a la hora habitual y por eso tuvo que salir a la calle para comprar alimentos para nosotros. Pensé que era natural que así lo hiciera, ya que tenía unos huéspedes que éramos nosotros. Al pensar esto, la señorita volvió a reírse mirando mi cara. Pero esta vez su madre la regañó y enseguida dejó de reírse.

27

Una semana después, nuevamente tuve que pasar por el cuarto de K cuando este y la señorita estaban charlando juntos. Al verme, la señorita se rio. Creo que debí haberle preguntado en ese momento por qué se reía. Pero en realidad, me quedé callado y pasé a mi habitación. Por eso, K tampoco tuvo ocasión de dirigirme su habitual «¿Ya has vuelto?». Muy poco después oí a la señorita abrir la puerta para irse a la sala de estar.

En la cena la señorita dijo que yo estaba raro. No le pregunté por qué decía esto, aunque me di cuenta de que en ese momento la señora le lanzó una mirada severa.

Después de la cena, saqué a pasear a K. Anduvimos por detrás del templo de Dentsuin y recorriendo la calle al lado del jardín botánico, salimos otra vez al pie de la ladera de Tomizaka. No fue un paseo corto, pero apenas conversamos. Por carácter K era más callado que yo. Y yo no era lo que se dice muy hablador. Pero esta vez, mientras caminábamos, traté de hacerle hablar. El tema especial era la familia con la que vivíamos. Deseaba saber su opinión sobre la señora y su hija. Pero K se limitaba a decir palabras para salir del paso. Sus respuestas, además, aunque imprecisas, eran bastante elementales. Parecía tener mucho más interés en las materias de la universidad que en esas dos mujeres. Cierto que los exámenes finales

del segundo curso estaban cerca y K, a ojos de la gente normal, encajaba mejor que yo en el molde de buen estudiante. Recuerdo además que me sorprendió al referirse a Swedenborg^[96], pues yo era bastante profano en la materia.

Cuando acabamos con éxito nuestros exámenes, la señora nos mostró su satisfacción y nos dijo:

—Bien, ya no os queda más que un año.

Su hija, su gran orgullo, estaba también a punto de acabar el bachillerato en el colegio.

Un día, recuerdo que K me dijo:

—¡Bah! Las mujeres terminan el bachillerato sin haber aprendido nada.

Para él no contaba para nada todo lo que la señorita había aprendido fuera del colegio, como tocar el *koto*, disponer ramos de flores, coser, etc. Me reí de que no tuviera todo eso en cuenta y le repetí aquel viejo argumento de que el valor de las mujeres no se mide en los estudios que han seguido. Esta vez no reaccionó en contra, ni se mostró de acuerdo. Esto me hizo sentir bien. Su tono, en efecto, expresaba su desprecio a las mujeres. Tuve la impresión de que la señorita, en quien yo veía la encarnación de todo el género femenino, no le importaba absolutamente nada. Ahora que lo recuerdo bien, era evidente que por entonces los celos ya habían brotado en mí.

Le pregunté si quería que fuéramos a algún sitio en las vacaciones de verano. Mostró desinterés. Naturalmente, no estaba en condiciones de poder ir donde quisiera, pero si yo le invitaba, tal vez no tendría inconveniente en acompañarme donde fuera.

—Pero ¿por qué no quieres ir? —le pregunté.

—No tengo ninguna razón para ir. Además, creo que me irá mejor quedarme en casa leyendo.

—¡Es mucho más saludable estudiar en algún lugar fresco de vacaciones! — insistí.

—¿Por qué no te vas tú solo entonces a ese lugar? —me preguntó.

Pero yo no podía permitir que se quedara solo en la casa. Francamente, sentía

cierta inquietud al ver cómo poco a poco crecía su amistad con las dos mujeres de la casa. Por otro lado, sin embargo, ¿por qué me sentía inquieto cuando en realidad las cosas iban saliendo como yo había planeado? No cabe duda de que me estaba comportando como un idiota.

Ese día intervino, por fin, la señora, que no podía cruzarse de brazos escuchando nuestra interminable discusión. Finalmente, decidimos ir los dos a Boushu^[97].

K no había viajado mucho. Boushu era un destino nuevo también para mí. Sin tener ninguno de los dos información del lugar, desembarcamos en el primer puerto en donde tocó tierra el barco que nos llevaba. Creo que el puerto se llamaba Hota. Ahora no sé si habrá cambiado ese lugar, pero entonces no era más que un pueblo perdido de pescadores. Por todas partes, olía a pescado. Si nos bañábamos en la playa, las fuertes olas hacían rodar los guijarros del tamaño de un puño que había en el suelo lastimándonos pies y manos.

No tardé en cansarme. Pero K ni se quejaba, ni manifestaba agrado por el lugar. Como mucho, mostraba su habitual expresión de indiferencia, aunque ni una sola vez había salido del mar sin hacerse daño. Acabé convenciéndole y partimos hacia Tomiura. De Tomiura nos dirigimos a Nako. Aquella parte de la costa era ya desde entonces muy popular entre estudiantes y cualquiera de sus playas era de nuestro agrado. Solíamos sentarnos en una roca al borde del mar y contemplar el color del agua en la distancia o el fondo del mar a nuestros pies. Las aguas que se veían desde las rocas eran especialmente hermosas. Podíamos señalar todos esos pececitos de color rojo o azul plateado que habitualmente no se ven en las pescaderías y que nadaban entre las olas cristalinas.

A menudo, yo, sentado en estas rocas, estaba con un libro abierto. A mi lado, K permanecía callado sin hacer nada. No podría decir si pensaba o miraba con admiración el paisaje o imaginaba algo de su agrado. De vez en cuando, alzaba la vista y le preguntaba qué hacía. Me contestaba que no estaba haciendo nada en particular.

Muchas veces me venía a la cabeza lo agradable que sería tener a la señorita a mi lado en lugar de tener a K. Lo malo era que este agradable pensamiento iba seguido de este otro: K, sentado a mi lado, ¿no le estaría dado vueltas en la cabeza a esta misma idea? Entonces, incapaz de concentrarme en la lectura, me levantaba y me ponía a gritar resueltamente. Lejos de conformarme con recitar una poesía o entonar una canción, me ponía a chillar como un salvaje.

En una ocasión, recuerdo que desde atrás agarré bruscamente a K por el cuello de su ropa. Entonces le pregunté:

—¿Y si te empujo y te tiro al mar?

K no se movió. Sin cambiar de postura y dándome la espalda, contestó:

—De acuerdo. Hazlo.

Rápidamente, solté las manos.

Por aquellos días, la neurastenia de K parecía haber mejorado mucho. En cambio, yo sentía cada vez más tensión. Me daba envidia y rabia verle más tranquilo que yo. No mostraba nunca interés en lo que yo decía. Eso me parecía una muestra de confianza en sí mismo que a mí no me causaba ninguna satisfacción. Deseaba conocer la razón de esa confianza que tenía en sí mismo y llevar adelante mis sospechas. ¿Sería que había recuperado la luz en sus estudios y en sus planes de futuro? Esa era mi pregunta. Si no era más que eso, entonces no había ningún conflicto entre nuestros intereses, y yo me alegraría por él y por haber contribuido a ello con mi protección. Pero si su nueva paz de espíritu era el resultado de su amistad con la señorita, entonces me resultaba imposible perdonarle. Curiosamente, él parecía no darse cuenta de mis gestos de amor hacia la señorita. Desde luego, yo ponía cuidado en que no se diera cuenta. En estas cosas, K era bastante poco perspicaz. Y justamente esa falta suya de perspicacia era lo que me hacía sentirme seguro con él desde un principio y un motivo para haberle llevado a vivir en la casa.

29

Había tomado la decisión de abrirle mi pecho. No era una resolución del momento, sino tomada ya antes de partir de viaje. El problema era cómo crear una ocasión para confesarme a él o bien cómo atrapar esa ocasión.

Ahora que lo pienso bien, los compañeros que por entonces me rodeaban eran algo extraños. No había ninguno que se expresara con libertad sobre el tema de las mujeres. Quizás era porque muchos no tenían materia de que hablar, y, aunque la tuvieran, guardar silencio era lo normal entonces. A vosotros, que respiráis un aire relativamente más libre ahora, seguro que esto os parecerá muy extraño. Te dejo que decidas tú si esa reserva era debida a nuestra formación confuciana o a que simplemente sentíamos vergüenza.

La relación entre K y yo nos permitía poder hablar de todo. No digo que no hubiera ocasiones en que hablamos del amor y del enamoramiento, pero la conversación acababa siempre en abstracciones. Aún así, ese tema era muy raro entre nosotros. Nuestros temas solían limitarse a libros, estudios, proyectos de futuro, nuestras ambiciones, la formación espiritual. La intimidad entre nosotros tenía un tono de seriedad del que no podíamos prescindir de repente. Sólo dentro de esa seriedad se desarrollaba nuestra intimidad. Por eso, desde cuando se me ocurrió confesarle a K mis sentimientos sobre la señorita ¡cuántas veces me sentí impotente para hacerlo! Hubiera deseado hacer un agujero en alguna parte de la cabeza de mi amigo y meter allí dentro una bocanada de aire tierno.

Cosas que a vosotros os parecerán absurdas, representaban para mí en aquel

tiempo una inmensa dificultad. Estaba siendo tan cobarde en el viaje como cuando estaba en la casa. Continuamente observaba a K, acechando la ocasión para hablarle; pero su actitud distante me desarmaba. Era como si su corazón estuviera revestido de una gruesa capa de laca negra y yo intentara derramar sobre él mi sangre. ¡Todas las gotas resbalaban por la laca no consiguiendo que penetrara ni una sola gota! En alguna ocasión, sin embargo, ese aspecto suyo tan distante y digno, me ofrecía cierto consuelo. Entonces me arrepentía por sospechar de él y en el fondo de mi corazón le pedía perdón. Al humillarme así, de repente me invadía una sensación de inferioridad con respecto a él, que me hacía sentir mal. Al cabo de un rato, sin embargo, me acometían de nuevo y con redoblada fuerza las dudas de antes.

Estos pensamientos, que no procedían más que de mis sospechas, me empujaban a compararme con él, y con resultado siempre desfavorable para mí. Para empezar, su fisonomía me parecía más del agrado de las mujeres que la mía. También su carácter, al no ser tan puntilloso como el mío, creía que gustaba más a las mujeres. Y en cuanto a su indiferencia por las cosas pequeñas, ¿acaso no pensaban las mujeres que es una prueba de hombría? En los estudios, aunque no siguiéramos la misma carrera, no podía competir con él. Así, una vez que empezaba a observar las cualidades de K, enseguida volvía a sentir la misma ansiedad de antes.

K, al darse cuenta de mi estado de intranquilidad, me dijo:

—Bueno, si quieres, podemos de momento volver ya a Tokio.

Bastó esta simple propuesta para quitarme las ganas de volver. Quizás, en realidad, lo que yo no deseaba era llevarle a él a Tokio.

Rodeamos el cabo de Boushu y salimos por otra dirección. Nos pusimos a caminar con sufrimiento bajo un sol ardiente y continuamente engañados por los lugareños de Azusa. En esa región si preguntas a alguien el camino, te dicen que el lugar que buscas está ahí mismo, pero para ellos «ahí mismo» significa cuatro kilómetros. Yo no sabía bien por qué nos estábamos dando estas caminatas. Y así se lo dije medio en broma a K. Pero él me contestó:

—Caminamos porque tenemos piernas.

Cuando teníamos calor, K sugería que nos bañásemos. Así, en cualquier lugar de la costa, nos metíamos en el mar. Pero después otra vez, expuestos a un sol abrasador, volvíamos a sentir nuestros cuerpos agotados y pesados.

Con esas caminatas bajo el sol y en medio de la fatiga, el organismo no puede sino sentirse afectado. No es que llegáramos a caer enfermos. Era simplemente la sensación de que el alma se te sale del cuerpo y emigra a otro. Yo, hablando como de costumbre con K, empecé a sentir que el alma se me iba. La amistad y el odio hacia K cobraron entonces un carácter peculiar durante solamente ese viaje. Es decir, los dos entramos, a causa del calor, el mar y la caminata, en una nueva fase de nuestra relación distinta a las anteriores. Era como si nos hubiéramos convertido en dos buhoneros, que se juntan por azar en un camino. Aunque conversábamos bastante, nunca tocábamos temas delicados que nos hicieran pensar demasiado.

De ese modo, llegamos finalmente a Choushi.

Hubo un incidente excepcional que no puedo olvidar. Antes de alejarnos de Boushu, nos detuvimos en Kominato y fuimos a visitar la bahía de Tainoura. De eso hace ya mucho tiempo y, por no tener tanto interés entonces, no lo recuerdo demasiado bien, pero sí que sabía que en ese lugar había nacido Nichiren^[98]. Según la leyenda, el día que nació Nichiren, las olas arrojaron dos besugos^[99] a la playa. Desde entonces, al parecer, los pescadores se abstienen de pescar besugos en la bahía. Al oír que, por esa razón, abundan esos peces en estas costas, decidimos alquilar una barca para ir a verlos. Durante el trayecto en barca yo no dejaba de fijarme en las olas. Observaba con interés y sin cansarme los besugos de color suavemente violáceo que nadaban entre las olas. A K, en cambio, no parecían interesarle mucho los besugos. Más bien, me daba la impresión de que estaba todo el tiempo pensando en Nichiren.

En esos parajes había un templo budista llamado Tanjou-ji, es decir, «Templo del Nacimiento», nombre sin duda debido a ser el lugar de nacimiento de Nichiren. Era un templo espléndido. K empezó a decir que quería visitarlo y hablar con el bonzo titular del templo. La verdad es que los dos llevábamos un aspecto bastante extraño. Especialmente K que, por haber perdido su sombrero arrebatado hacia el mar por la brisa, se había comprado uno de bambú como el que se ponen los campesinos para trabajar y que ahora llevaba puesto. Nuestros quimonos, además, estaban mugrientos y sudorosos. Le dije que era mejor no hacer esa visita. Pero K, terco como era, no me hizo caso. Y dijo:

—Bueno, si tú no quieres, me puedes esperar fuera del templo.

Resignado, fui con él hasta la entrada del templo creyendo, sin embargo, que no se nos iba a recibir. Pero el bonzo resultó ser más amable de lo que yo pensaba y accedió a vernos. Nos recibió en una sala grande donde se nos hizo pasar enseguida.

K y yo teníamos intereses muy diferentes y yo no seguí con atención lo que K y el bonzo hablaron, pero creo que K le preguntó muchas cosas sobre Nichiren. Cuando el bonzo dijo que a Nichiren lo llamaban *Sou Nichiren* porque sabía escribir muy bien en letra cursiva o *sou-sho*, K, cuya caligrafía no era nada buena, puso una expresión desdeñosa. No me he olvidado de eso. Supongo que a K esa información le parecía trivial y deseaba saber algo más profundo de la filosofía de Nichiren.

En fin, dudo de que K se quedara satisfecho de nuestro encuentro con el bonzo, pero cuando abandonamos el templo se puso a hablar sin parar sobre Nichiren.

Yo sentía tanto el calor y cansancio que no podía interesarme nada por ese tema. Mis comentarios eran distraídos y por salir del paso. Finalmente, perdí las ganas incluso de hablar y ya no despegué más los labios.

Creo que fue la noche siguiente a ese día cuando, después de haber llegado a la fonda y cenado y a punto de acostarnos, K empezó a discutir conmigo de temas muy difíciles. Él se resentía de mi actitud por no haberle hecho caso la víspera cuando hablaba sobre Nichiren. Dijo que una persona sin voluntad de mejorar espiritualmente era un idiota, y empezó a meterse conmigo y a tratarme de frívolo. Yo, que ya había aceptado en mi corazón las sospechas de K a propósito de la señorita, me había vuelto más sensible de lo normal a las palabras casi insultantes de K. Y, en consecuencia, pasé a defenderme.

31

En esa discusión recuerdo haber utilizado una y otra vez la palabra «humano». K me dijo que bajo ese término, yo ocultaba todas mis debilidades. Ahora que lo pienso, K tenía toda la razón del mundo. Sin embargo, a fuerza de insistir en esa palabra para que K entendiese lo que es «no ser humano», me había mostrado agresivo y había perdido la capacidad de ser objetivo en cuanto a mis ideas. Al reafirmarme en mis puntos de vista, él me preguntó en qué sentido yo no le encontraba «humano».

—Eres muy humano —le respondí—. Incluso, demasiado humano, diría yo. Lo que no es humano son tus palabras y esos actos que te impones a ti mismo.

Él me dijo:

—Tienes esa opinión de mí porque, efectivamente, me falta una formación moral sólida.

Y no rebatió más. Yo, más que desánimo, sentí lástima por él. Y me apresuré a dejar el tema.

El ánimo también se le fue bajando. Con aire de tristeza me dijo:

—Si hubieras conocido a aquellas gentes de antes como yo las he conocido, seguro que no te meterías tanto conmigo.

Por «gentes de antes» se refería no a personajes heroicos del pasado, sino a esos ascetas que se flagelaban el cuerpo y hacían penitencia. Me dijo además claramente:

—¡Cómo me gustaría que entendieras todo lo que sufro al recorrer este camino!

Después, nos acostamos.

Al día siguiente, vuelta a caminar y a sudar como si fuéramos buhoneros por los caminos. Mientras caminábamos, recordaba a menudo la conversación de aquella noche, lamentando vivamente haber dejado pasar una estupenda ocasión para haberme confiado a él a pecho descubierto en lugar de haber estado complicándome con abstracciones sobre lo humano y lo inhumano.

A decir verdad, mis sentimientos por la señorita eran los causantes de toda esa palabrería. Hubiera sido más benéfico para mí contarle a K la pura realidad en lugar de meter en sus oídos todas esas teorías destiladas a la fuerza a partir de hechos, por otra parte, reales. No pude hacerlo porque la amistad entre nosotros dos tenía una base intelectual: una base que, lo confieso, por inercia yo no podía socavar. Esta debilidad mía podría atribuirse a afectación o vanidad por mi parte, pero se trataba de una afectación o vanidad algo distinta de la habitual en la mayoría de los mortales. ¡Cómo me gustaría que entendieras esta distinción!

Volvimos a Tokio con la piel muy tostada. Cuando llegamos, mi estado de ánimo había cambiado bastante. De esas teorías de lo humano y lo no humano ya no me quedaba casi nada en la cabeza. K también había perdido totalmente su preocupación religiosa; en su corazón probablemente ya no quedaba nada de esas cuestiones del espíritu y de la carne.

Con el aire de pertenecer a otra raza, contemplábamos el ajetreo de la gran ciudad. Nos detuvimos en Ryogoku y, a pesar del calor, comimos carne de gallo de pelea. Con esa energía íbamos a continuar a pie desde allí hasta donde vivíamos, en Koishikawa. Tal fue, efectivamente, el comentario que hizo K y al que yo, de

constitución más robusta que él, asentí rápidamente.

Al llegar a casa, la señora se sorprendió de nuestro aspecto. No solamente estábamos muy morenos, sino además muy delgados por el esfuerzo de haber caminado tanto. A pesar de eso y, recuperada de su sorpresa, dijo:

—¡Qué sanotes parecéis!

Su hija, la señorita, se rió de la contradictoria reacción de su madre.

Antes del viaje, me irritaba a veces esa risa burlona de la señorita, pero ahora me alegré de escucharla, primero, porque realmente había motivos, segundo, porque hacía mucho tiempo que no la había oído.

32

Me di cuenta también de que ahora la actitud de la señorita hacía mí era algo diferente. Después del largo viaje y hasta que recuperamos nuestra rutina habitual, necesitábamos la asistencia de estas mujeres en muchos detalles. La señora nos cuidaba con la misma solicitud, pero la señorita parecía prestarme más atención a mí que a K. Si esta preferencia hubiera sido ostensible, seguro que me habría causado cierto malestar o disgusto. Pero su actitud era discreta y sutil, y eso me hacía feliz. Con una delicadeza que sólo yo observaba, me concedía a mí una mayor dosis de su amabilidad. K no daba señales de molestarse por ello. Yo, en mi corazón, cantaba secretamente victoria.

Pronto pasó el verano y desde mediados de septiembre volvimos a clase. Nuestro horario, por no tener las mismas clases, volvió a ser distinto. Tres días a la semana yo volvía después que K, pero nunca me encontraba con la sombra de la señorita en el cuarto de K. Invariablemente, me lanzaba su mirada y su pregunta de siempre:

—¿Ya has vuelto?

Yo también le respondía maquinalmente con un saludo breve y sin mucho significado.

Creo que fue a mediados de octubre cuando un día me levanté tarde y por eso fui a clase apresuradamente, sin haber tenido tiempo de cambiarme a la ropa occidental. Tampoco tuve tiempo de calzarme esas botas de cordones, sino que a toda prisa me puse las chancletas y salí corriendo. Ese día me tocaba a mí volver a

casa antes que K. Pensando en esto mientras regresaba a casa, abrí la puerta corredera de la entrada. En ese preciso instante, oí la voz de K, el cual, por su horario, no debía haber vuelto ya. Al mismo tiempo, en mis oídos sonó la risa de la señorita. Como no llevaba puestas las botas y, por tanto, no tenía que entretenerme en quitármelas en la entrada, subí^[100] rápidamente y corrí la puerta del cuarto. A K lo vi sentado a su mesa de estudio como siempre, pero la señorita ya no estaba allí. Tan sólo pude vislumbrar su espalda en el instante en que abandonaba el cuarto, como si saliera huyendo. Le pregunté a K:

—¿Cómo es que has vuelto hoy tan pronto?

—Me sentía mal y ni siquiera he ido a clase.

Pasé a mi habitación y me quedé sentado sin más. Enseguida, vino la señorita con un té y me saludó. Yo no era alguien con la franqueza suficiente para preguntarle riendo por qué había salido huyendo poco antes. Dejé ese incidente en mi corazón para después rumiarlo dolorosamente... Así era yo. La señorita se fue enseguida por el pasillo exterior, deteniéndose un momento frente al cuarto de K para intercambiar con él unas palabras desde el pasillo. Debía de ser sobre el tema de antes, pero como yo no había seguido su conversación anterior, no entendí nada.

Poco a poco, la actitud de la señorita se fue haciendo más desenvuelta. A menudo, aunque K y yo estábamos en nuestras habitaciones, ella se acercaba por el pasillo al cuarto de K y lo llamaba por su nombre. Después entraba en su cuarto y pasaba con él un buen rato. A veces, era para llevarle el correo o la ropa lavada. Razones como esas para verse son normales cuando se vive en la misma casa. Pero a mí, que deseaba tanto acaparar la compañía de la señorita, me parecían razones innecesarias. En alguna ocasión, incluso, tuve la impresión de que ella, cuando iba a visitar a K, evitaba entrar en mi habitación.

Te preguntarás por qué no le pedía a K que abandonara la casa. Pero recuerda que fui yo quien había insistido en que viniera a vivir con nosotros. Pedirle ahora que se fuera no tendría ningún sentido. No, no podía hacerlo.

Era un día lluvioso y frío de noviembre. Con el abrigo mojado regresaba yo a casa pasando como siempre por el templo Konniaku Enma y subiendo después por una estrecha cuesta que me llevaba a casa. El cuarto de K estaba vacío, pero en su brasero brillaban ascuas recién puestas. Con el deseo de calentarme las manos en mi propio brasero, abrí rápidamente la puerta de mi habitación. Pero me encontré con

un brasero en donde sólo había frías y blancas cenizas, y ni una sola brasa. Me invadió un repentino malestar.

Al oír mis pasos, la persona que se acercó fue la señora. Al verme de pie y callado en medio de la habitación, me ayudó a quitarme el abrigo y a ponerme el quimono de casa. Le dije que tenía frío y sin pérdida de tiempo me trajo el brasero del cuarto de K.

—¿Todavía no ha vuelto K? —le pregunté.

—Sí, pero ha vuelto a salir.

Me extrañó porque aquel día también él debía haber vuelto más tarde que yo.

—A lo mejor tenía que hacer algo fuera —dijo la señora.

Pasé un rato sentado y leyendo. La casa estaba muy silenciosa. No se oía voz alguna y empezaba a sentir mi cuerpo penetrado por el frío y la tristeza del inicio del invierno. Cerré el libro y me levanté. De repente sentí ganas de salir a un lugar animado.

Había dejado de llover, pero el cielo todavía parecía frío y plomizo. Por si acaso, tomé un paraguas, me lo eché al hombro y salí cuesta abajo en dirección al este, bordeando la tapia de adobe de una fábrica de armas. En aquel tiempo, las calles todavía no estaban bien pavimentadas y las cuestas eran mucho más empinadas, estrechas y curvas que ahora. Por si fuera poco, la zona del sur estaba ocupada por altos edificios y la calle de la bajada tenía una canalización muy deficiente por lo que estaba llena de barro. El paso era especialmente difícil entre el estrecho puente de piedra y la calle de Yanagicho. Aunque uno fuera calzado con *geta*^[101] o con botas, había que caminar con sumo cuidado al dar cada paso. Todos los transeúntes caminaban por la estrecha senda más elevada del medio de la calle, evitando los lados en donde se acumulaba el barro blando. Esta senda seca apenas tenía unos treinta centímetros de ancho; era como una cinta extendida a lo largo de la calle dispuesta para que la gente pudiera andar en fila y con cuidado. Mientras caminaba por esa senda, me encontré de repente con K. Como iba atento a dónde ponía cada pie, no supe que era él hasta tenerlo delante de mis narices. Cuando me di cuenta de que alguien me bloqueaba el camino, alcé la vista y supe que allí estaba K.

—¿Dónde has ido? —le pregunté.

—Hasta ahí nada más —me contestó con su sequedad habitual.

K y yo nos habíamos cruzado en este sendero, estrecho como un cinturón. Entonces reparé en que a sus espaldas estaba una mujer joven. Como soy algo miope, no supe bien quién era, pero nada más pasar K, me fijé en la cara de la mujer y descubrí asombrado que se trataba de la señorita. Me saludó, poniéndose algo colorada. Las mujeres de entonces no se peinaban con el pelo alzado sobre la frente, sino que se lo enrollaban como una serpiente sobre el centro de la cabeza. Me había quedado absorto mirando su cabeza. Entonces me di cuenta de que uno de los dos tenía que apartarse para dejar pasar al otro. Sin vacilar, me moví a un lado y metí un pie en el barro para poder dejarla pasar.

Alcancé finalmente la calle de Yanagicho, pero una vez allí ya no sabía dónde quería ir. Sentía que dondequiera que fuera, iba a ser poco interesante. Caminé malhumorado sin preocuparme de pisar el barro y salpicarme. Luego, volví a casa.

34

—¿Es que has salido con la señorita? —le pregunté a K.

—No —contestó—. Me la he encontrado por casualidad en Masagocho y hemos vuelto juntos.

No tenía tampoco derecho a exigir más detalles.

A la hora de la cena, sin embargo, tuve el impulso de preguntarle lo mismo a ella. Se rió de esa manera que tanto me disgustaba. Al final, me dijo:

—A ver si adivinas dónde he ido.

En esa época, yo era aún muy susceptible y me molestó ser objeto de las bromas de una jovencita. La única persona entre todos los que estábamos a la mesa que reparó en ello, era la señora. K, por su parte, mostraba su indiferencia habitual. En cuanto a la señorita, no podría decir si su actitud era deliberada o simplemente producto de su inocencia. Para ser tan joven, era bastante considerada, aunque había también rasgos en su carácter, comunes a chicas de su edad, que no me gustaban. Y esos rasgos de su carácter que me desagradaban, solamente había empezado a percibirlos desde que K se había instalado en la casa. No estaba seguro de si, tal vez, todo esto eran sólo figuraciones mías causadas por los celos que sentía hacia K o si eran producto de la coquetería de esta joven. No voy a negar los celos que sentía entonces. Como ya he repetido varias veces, era muy consciente de la presencia de esos celos detrás del sentimiento amoroso. Me ponía celoso por motivos tan pequeños que, para los demás, parecerían insignificantes. Sé que me salgo del tema,

pero creo que los celos son la otra cara del amor. Después de estar casado, he visto cómo ese sentimiento de los celos poco a poco iba perdiendo intensidad y el amor ya no tenía la fuerza de antes.

Empecé a pensar en poner mi corazón en las manos de ella de una vez por todas. Por supuesto, con «ella» no me estoy refiriendo a la señorita, sino a la señora, su madre. Tenía ya la intención de pedirle la mano de su hija y, aunque estaba resuelto a hacerlo, día tras día fui aplazando la ejecución de mi decisión. Te parecerá que era un hombre muy irresoluto, pero no me importa que lo pienses. En realidad, esa irresolución no era debida a falta de fuerza de voluntad. Antes de venir K a vivir con nosotros, mi voluntad estaba inmovilizada por la posibilidad de ser engañado por ellas; y no podía dar ni un paso. Después de venir K, la duda de que la señorita amara a K me paralizaba constantemente. Si el corazón de ella se inclinaba hacia K más que hacia mí, entonces había decidido que no valía la pena declarar mi amor.

No pienses que era por temor a sentirme humillado. Simplemente, no deseaba estar con una mujer, por mucho que la amara, que miraba a otro hombre con ojos enamorados. En el mundo hay hombres felices por haberse casado con mujeres que les gustan, pero no se preocupan de si el gusto es recíproco. Yo opinaba, sin embargo, que esos hombres eran o bien unos cínicos maleados por el mundo o bien unos tontos ignorantes de la psicología del amor. Esa teoría de que, una vez casadas, las mujeres deben sentirse a gusto pase lo que pase, no me convencía en absoluto; tal era el ardor de mi amor entonces. En otras palabras, yo era un idealista del amor y, al mismo tiempo, a la hora de actuar, era en asuntos de amor el joven más irresoluto y torpe del mundo.

Hubo ocasiones a lo largo de nuestra convivencia bajo el mismo techo en que pude haberle revelado mis sentimientos a la señorita, pero las evitaba deliberadamente. Tenía la fuerte convicción de que eso sería ir abiertamente en contra de la costumbre de la cultura japonesa. Y no solamente era ese el motivo que ataba mi lengua. Creía, además, que los japoneses, especialmente las mujeres jóvenes, no tenían el valor de manifestar claramente lo que pensaban cuando alguien les declaraba su amor.

Todas estas razones me inmovilizaban e impedían dar un paso. Era como una persona indispuesta que, acostada, abre los ojos y claramente ve lo que le rodea, pero no puede mover los brazos ni las piernas. Me invadía a veces la misma angustiada sensación, una sensación que pasaba desapercibida para todo el mundo.

El año tocó a su fin y llegó Año Nuevo.

Un día, la señora le propuso a K que trajera a algún amigo a casa para jugar a las cartas. K se apresuró a explicar:

—Yo no tengo ningún amigo.

La señora se quedó perpleja. Efectivamente, K no tenía nadie al que pudiera llamar amigo. Había personas a las que saludaba en la calle, pero sin la amistad suficiente para jugar a las cartas. La señora se volvió entonces a mí:

—¿Y tú? ¿Por qué no invitas a algún conocido?

Yo no tenía ninguna gana de enfrascarme en la frivolidad de ese juego^[102], así que le di una respuesta vaga para salir del paso. Esa noche, sin embargo, ante la insistencia de la señorita, nos dejamos arrastrar de nuestros cuartos para ir a jugar a las cartas con ellas. La partida fue muy tranquila y con pocas personas al no haber invitados. Además, K, sin apenas práctica en este tipo de juegos, era como un convidado de piedra. Yo le pregunté:

—¿Es que no conoces las poesías del *Hyakunin-issu*^[103]?

—No, no las conozco bien —contestó.

Al oír la pregunta que le había hecho a K, la señorita debió juzgarla humillante para él, pues desde entonces empezó ostensiblemente a ponerse de parte de K en el juego y acabaron jugando los dos en equipo contra mí. Me hubiera incluso peleado con ellos si no fuera porque la actitud de K afortunadamente seguía tan indiferente como antes de que la señorita se pusiera de su lado. Al comprobar la impasibilidad de K, pude acabar el juego pacíficamente.

Creo que fue dos o tres días después cuando la señora y la señorita salieron por la mañana a visitar a unos parientes de Ichigaya. Las clases todavía no se habían reanudado, así que K y yo nos quedamos de guardianes de la casa. Yo no tenía ganas de leer ni de pasear, y pasé el rato con los codos apoyados en el borde del brasero y la barbilla entre las manos. K, en el cuarto de al lado, tampoco hacía ruido. Todo estaba tranquilo, como si no estuviéramos allí. Tal situación, sin embargo, no era rara entre nosotros, de modo que no me llamó especialmente la atención. A eso de las diez de la mañana, K abrió de repente la puerta corredera y se me apareció cara a cara. De pie y desde la puerta, me preguntó:

—¿En qué piensas?

Yo no pensaba en nada. Bueno, tal vez tenía en mi cabeza la imagen de la señorita, como siempre. Exactamente, la imagen de ella y de la señora, su madre, las dos juntas. Y, por si fuera poco, la de K, inseparable a la de ellas, enredando aún más el problema, que daba vueltas y vueltas en mi cabeza. Pero, cara a cara ante él y aunque desde hacía un tiempo había empezado a verlo como un intruso, ¿cómo iba a decirle claramente que ya le veía como tal? Seguí mirándole en silencio. Entonces, él avanzó unos pasos y entró en mi cuarto. Se sentó delante del brasero donde yo también estaba sentado. Yo retiré los codos del brasero y se lo acerqué suavemente. K reanudó la conversación, actividad poco propia de él.

—Han ido a Ichigaya, pero ¿dónde exactamente?

—Creo que a casa de una tía —contesté yo.

—¿Y qué tía es esa? —me preguntó.

—Es también la mujer de un militar, me parece.

—Pero las mujeres no salen de visita de Año Nuevo hasta mediados de enero, ¿no? ¿Por qué habrán ido tan pronto?

Yo no tuve más remedio que contestarle:

—Ni idea.

36

K no paraba de hablar de la señora y de la señorita. Llegó incluso a preguntarme cosas muy personales, a las que yo no sabía responder. Más que molestia, sentí extrañeza. Al contrastar esta actitud suya con la que tenía cuando era yo quien hablaba de ellas, el cambio resultaba llamativo. Tanto que acabé preguntándole:

—Pero... ¿cómo es que hoy precisamente me haces todas esas preguntas?

De repente, K se quedó callado. Observé que sus labios cerrados temblaban ligeramente. K era una persona de pocas palabras y, además, tenía la costumbre de abrir y cerrar los labios, como hace un tartamudo, antes de empezar a decir algo. Sus labios, como forzados, no se despegaban fácilmente y precisamente por eso su fruto, sus palabras, pesaban más. Una vez que la voz se escapaba de su boca, salía con doble de ímpetu que una voz normal.

Al reparar en el temblor de sus labios, rápidamente supe que algo más venía, pero no podía ni imaginar de qué se trataba. Figúrate, por eso, mi sorpresa cuando oí cómo sus labios confesaban que amaba angustiosamente a la señorita. Me quedé de piedra, como si la varita mágica de K me hubiera transformado en un fósil. Fui incapaz de abrir la boca.

Efectivamente, me quedé convertido no sé bien si en un bloque de temor o de sufrimiento, pero ciertamente en un bloque de algo. De la cabeza hasta la punta de los pies sentí que todo se me endurecía como si fuera de piedra o de hierro. Hasta la respiración se me tomó dificultosa. Menos mal que este estado no duró mucho. Un instante después ya recuperé la sensación de estar vivo. Y me dije: «¡Ya está! ¡Se me ha adelantado!». Aparte de eso, no se me ocurría qué hacer. Creo que no tenía todavía el sosiego suficiente para pensar. Me quedé inmóvil sintiendo cómo de las axilas me brotaba un sudor frío y desagradable.

Mientras, K seguía vaciándome su corazón palabra a palabra. Mi sufrimiento era insoportable. Un sufrimiento que debía de notarse claramente en mi rostro como si estuviera escrito sobre mi frente. No había razón para que él no se diera cuenta, pero por estar tan entregado a su confesión, tal vez no tenía tampoco él la calma necesaria para prestar atención a mi expresión. Sus palabras, una tras otra, de principio a fin, eran pronunciadas con el mismo tono. Un tono lento y pesado que traslucía un amor imposible de desarraigar. Al escucharlas, mi corazón era zarandeado por la violencia de una sola y única pregunta: «¿Qué hago?, ¿qué hago?».

Creo que los detalles no entraban en mis oídos, pero el tono de su confesión penetraba en mí y retumbaba sordamente en mi pecho. Empezó a atenazarme no sólo el dolor, sino una especie de terror, el terror de saber que él era más fuerte que yo.

Cuando terminó de contármelo todo, no supe qué decir. Mi silencio no obedecía a que yo estuviera debatiendo en mi interior si me convenía que yo también le confesara mi amor o si era preferible no decir nada. No, no pensaba en mis intereses. Simplemente, no podía decir nada. No sentía ningún deseo de decir nada.

A la hora de comer, nos sentamos uno enfrente del otro. La criada nos sirvió y nunca una comida me ha sabido peor. Mientras comíamos, apenas hablamos. Tampoco sabíamos cuándo iban a regresar la señora y la señorita.

Cada uno volvió a su cuarto y ya no nos vimos. K estaba tan silencioso como había estado esa mañana. Yo también me sumergí en mis pensamientos. Pensaba que

debía abrir mi corazón a K. Al mismo tiempo, me parecía que ya era demasiado tarde. ¿Por qué, cuando él me confesó su amor, yo no le interrumpí para contraatacarle con mi propia confesión? No hacerlo había sido mi gran error. Por lo menos, acabada su confesión, yo debí haberle revelado mis propios sentimientos. Parecía muy raro contarle los mismos sentimientos después de que hubiera dado por concluida la confesión de los suyos. No sabía cómo dobligar lo forzado e innatural de tal situación. El remordimiento hacía que mi cabeza se moviera como un péndulo.

Deseé que K abriera de nuevo la puerta y viniera con el mismo impulso hacia mí. Su entrada esa mañana había sido como un ataque por sorpresa. Me había pillado desprevenido. Quise que se repitiera la escena para esta vez recuperar yo la iniciativa perdida esa mañana. Con esta esperanza alzaba la mirada y contemplaba la puerta. Pero la puerta no se abría y el silencio de K me parecía eterno.

Ese silencio poco a poco fue afectando a mi cabeza ¿Qué estaría pensando K en ese momento tras esa puerta? Esta pregunta me atormentaba. En otras muchas ocasiones, habíamos estado los dos callados y separados por esa puerta; había aprendido en ellas que, cuanto más silencioso se mostraba K, antes me olvidaba de él. Pero ahora era al revés, lo cual demostraba lo perdido que estaba. ¿Y si fuera yo el que abriera esa puerta? No, no podía. Una vez perdida la oportunidad, ya no tenía otro remedio que esperar a que él volviera a tomar la iniciativa.

Al final, no pude seguir quieto más tiempo. Si me obligaba a permanecer allí, me acometía el impulso de plantarme en el cuarto de K. No pude hacer otra cosa que levantarme y salir al pasillo exterior. De ahí pasé a la sala de estar y, sin ninguna convicción, me serví de la tetera una taza de agua caliente y me la bebí. Después, fui a la entrada principal y salí fuera. De esa forma, habiendo evitado pasar por su cuarto, me vi en el centro de la calle.

Naturalmente, no tenía dónde ir. De lo que se había tratado era de no quedarse quieto en la habitación. Caminé por las calles con ambiente de Año Nuevo. Anduviera cuanto anduviera, de mi cabeza no salía K. No es que caminara porque quisiera sacármelo de la cabeza; más bien, lo que hacía era estar rumiando de buena gana, casi podría decirse, su imagen.

En primer lugar, a mí K me parecía un hombre desconcertante. ¿Por qué me había hecho de sopetón aquella confesión? ¿Por qué su amor había crecido tanto hasta tener que confesármelo? Por otro lado, ¿dónde se había ido el K de siempre que yo conocía? Todo me resultaba incomprensible. Sabía que su voluntad era firme. Y que era también sincero. Antes de decidirme a actuar, había mucho que necesitaba oír de él. Pero al mismo tiempo, sentía una singular aversión a tratarle a partir de

entonces.

Caminaba ensimismado, con la mente continuamente ocupada por la imagen y figura de K sentado en su cuarto, inmóvil. En mi interior oía una voz diciéndome que por mucho que yo me moviera y caminara, a él jamás podría moverle. K iba tomando a mis ojos el aspecto de un demonio, un demonio por el cual iba a estar poseído para siempre.

Agotado, volví a casa. El cuarto de K seguía silencioso, como si no hubiera nadie dentro.

38

Poco después de entrar en casa, oí el ruido del *rickshaw*. Entonces, estos vehículos todavía no tenían las llantas de las ruedas de goma y producían desde lejos un desagradable ruido. El cochecillo paró delante de la entrada.

Media hora después, me avisaron para cenar. Vi entonces los quimonos de gala, que se habían quitado la señora y su hija y que con su brillante colorido animaban desordenadamente el cuarto que había al lado del comedor. Ella y su madre habían vuelto con prisa para poder llegar a tiempo de prepararnos la cena sin retraso. Pero toda la amabilidad de la señora no hallaba eco en ninguno de nosotros dos. Sentado a la mesa, yo apenas hacía algún comentario insulso como si escatimara las palabras, mientras que K permanecía aún más callado. La madre y la hija, que habían salido juntas, algo nada frecuente, se mostraban más alegres de lo habitual, lo cual destacaba todavía más nuestra taciturna compostura.

—Bueno, ¿qué os pasa? —preguntó finalmente la señora.

—Me siento un poco mal —le respondí yo que, en realidad, estaba diciendo la verdad.

La señorita le hizo a K la misma pregunta. Pero K no contestó que se sentía mal como yo, sino que dijo:

—Es que no me apetece hablar.

La señorita insistió:

—¡Vaya! ¿Y eso por qué?

En ese momento alcé mis párpados pesados y miré a K. Tenía curiosidad por

saber qué contestación daría. Sus labios, como antes, se pusieron a temblar ligeramente. Para los demás eso no era más que un indicio de su confusión para contestar. La señorita, riéndose, dijo:

—¡Ah, ya veo! Pensando en cosas difíciles como siempre, ¿verdad?

K enrojeció levemente.

Esa noche me acosté más temprano que de costumbre. A eso de las diez, la señora, preocupada por el malestar que confesé tener durante la cena, me trajo a la habitación una sopa. Como la habitación estaba ya totalmente oscura, abrió un poco la puerta y dijo:

—¡Bueno, bueno!

Entonces, la luz de la lámpara de la mesa de K penetró en mi habitación en un vago y diagonal haz de luz. Parecía que K seguía levantado. La señora se sentó a mi cabecera y me dijo:

—Seguramente es un resfriado. Por eso, debes entrar en calor.

Y me acercó la sopa a la cara. Como no había otro remedio, me tuve que tragar el espeso líquido en su presencia.

En medio de las tinieblas, me quedé despierto pensando. No podía hacer otra cosa, desde luego, qué darle vueltas al único tema. «¿Qué estaría haciendo K en este momento en el cuarto de al lado?», se me ocurrió pensar de repente. Y, casi sin darme cuenta, llamé:

—¡Eh...!

—¿Qué? —me respondió. Todavía no estaba dormido.

—¿Todavía no te has acostado? —le pregunté.

—Iba a acostarme ahora.

Otra vez le pregunté:

—¿Qué estabas haciendo?

Pero esta vez no hubo respuesta. En lugar de una respuesta, al cabo de cinco o

seis minutos, le oí abrir un armario y extender su lecho. Oía todos sus movimientos como si los hiciera sobre mi mano.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—La una y veinte.

Pronto le oí apagar la lámpara. Toda la casa se quedó envuelta en un absoluto silencio.

Las tinieblas, sin embargo, parecían aguzar aún más mis ojos. Nuevamente oí cómo mis labios decían:

—¡Eh...!

—¿Qué? —me contestó igual que antes.

Por fin abordé el tema y le dije:

—¿Cuándo te viene mejor que hablemos más despacio de eso de esta mañana?

Naturalmente que yo no tenía ninguna intención de ponerme a hablar con él a través de la puerta. Tan sólo quería conseguir lo antes posible una respuesta suya por lo menos. Pero esta vez no atendió a mi pregunta, a diferencia de antes. Se limitó a musitar con voz sorda:

—Bueno...

Y a mí, otra vez, me invadió el temor.

39

La actitud irresoluta de K, que traducía esa respuesta, continuó al día siguiente y también al siguiente. No volvió a mostrar ningún asomo de tocar el tema. Tampoco es que hubiera oportunidad de hacerlo. Mientras la señora y la señorita no salieran algún día, K y yo no podíamos abordar tranquilamente el tema. Yo lo sabía muy bien y el saberlo me irritaba. Bien preparado, acechaba oculto esperando que K acudiera a mí; pero, en vista de que no se me acercaba, decidí tomar la iniciativa.

Mientras tanto, había estado silenciosamente observando el aspecto de todos en la casa. En la actitud de la señora y la señorita no detecté nada anormal. Entre su comportamiento de antes y después de la confesión de K, no había ninguna

diferencia. Era evidente, por tanto, que a mí y sólo a mí había confiado K su secreto y que ni la señorita ni su vigilante madre estaban enteradas. Con esto recuperé algo la calma, una calma que me llevó a pensar que tal vez fuera mejor esperar a que la oportunidad se presentara por sí misma para abordar el tema y no crear una ocasión artificial. Así, decidí dejar el asunto por un tiempo.

Dicho de esta manera, podrá parecerle todo muy fácil. En realidad, sin embargo, mi corazón era asaltado por altibajos semejantes al flujo y reflujo de la marea. Al reparar en que K no se movía para nada, mi imaginación prestó a esa actitud múltiples significados. Por otro lado, cuando observaba lo que la señora y la señorita decían y hacían, me entraba la sospecha de si sus palabras y actos reflejaban realmente sus pensamientos. Me preguntaba si sería verdad que, en efecto, ese complejo mecanismo colocado en el corazón humano refleja y apunta siempre el número exacto como hacen las manecillas de un reloj. Créeme: sólo después de darle vueltas y vueltas al asunto había conseguido llegar a ese punto de relativa calma. O, dicho de otro modo, la palabra «calma» no estaba ni siquiera disponible para mí en esos momentos.

Empezaron las clases de nuevo. Los días en que teníamos el mismo horario, K y yo salíamos juntos de casa; y, cuando nos iba bien, también volvíamos juntos. Vistos desde fuera, K y yo éramos tan íntimos como antes. Pero cada uno andaba sumergido en sus propios pensamientos. Un día, en la calle por fin le abordé:

—Aquella confesión que me hiciste... ¿se la has hecho también a la señora o a su hija?

Mi futura conducta pendía del hilo de su respuesta. Contestó claramente:

—Sólo te lo he dicho a ti y a nadie más.

«Lo que me imaginaba», pensé con satisfacción. Sabía que K era más abandonado que yo. Y también más valiente. Aún así y por extraño que parezca, confiaba en él. Mi confianza en él había permanecido intacta a pesar de haber estado engañando a sus padres adoptivos por espacio de tres años. Es más, sólo por esa razón confiaba más en él. Esta confianza mía explica que, aunque yo fuera receloso, no dudara de la franqueza de su respuesta.

Le hice otra pregunta:

—¿Y qué vas a hacer con este amor? ¿Vas a hacer algo por realizarlo o se va a quedar sólo en una confesión?

Esta vez no me respondió. Bajó la vista y siguió caminando en silencio.

—No me ocultes nada, por favor. Dime todo lo que piensas.

—No tengo ninguna necesidad de ocultarte nada —me dijo claramente.

Pero del tema que tanto me interesaba, no me dijo ni una palabra. Como íbamos caminando, me resultaba difícil detenerle en medio de la calle y apremiarle a que fuera más preciso. Las cosas se quedaron, pues, así.

40

Hacía mucho tiempo que no había ido a la biblioteca de la universidad. Hasta que un día entré. Sentado en el extremo de una amplia mesa, con medio cuerpo expuesto a la luz que entraba por la ventana, me puse a hojear unas revistas extranjeras recién llegadas. Mi tutor me había dado una semana para recoger datos sobre un tema de mi especialidad. No pude hallar lo que buscaba en las revistas y tuve que levantarme dos o tres veces para traer más revistas. Al fin, encontré el texto que buscaba y me puse a leerlo con mucha atención.

Pero en ese momento, alguien me llamó en voz baja desde el otro lado de la amplia mesa. Al alzar los ojos, vi a K de pie. Se inclinó sobre la mesa para acercarse más a mí. Como sabes, en la biblioteca no se puede hablar en voz alta a fin de no molestar a los demás. Por eso, el gesto de K, aunque perfectamente normal en esas circunstancias y en una biblioteca, a mí me pareció singularmente extraño. En ese tono bajo, me preguntó:

—¿Estás estudiando?

—Sí..., unos datos...

K siguió con su cara cerca de la mía. Con el mismo tono volvió a preguntar:

—¿Qué tal un paseo?

—Bien, pero tendrás que esperarme un rato.

—De acuerdo; te espero —me dijo.

Y se sentó en el lugar que había libre delante de mí. Pero desde ese momento me resultó imposible concentrarme en la lectura de la revista. No podía apartar la idea de que había venido porque tenía algo que decirme. Puse la revista boca abajo y

me dispuse a levantarme.

—¿Ya has acabado? —me preguntó tranquilamente.

—No, pero no importa.

Devolví la revista y salí de la biblioteca con K.

No teníamos ningún destino concreto. Así que de Tatsuokacho nos dirigimos a Ikenohata y nos metimos en el parque de Ueno. Entonces K se puso a hablar de ese asunto. Por el modo de abordarlo, se diría que me había sacado a pasear a fin de hablarme precisamente de eso. Pero, por su actitud, no parecía haber llegado a ninguna decisión concreta.

—¿A ti qué te parece? —me preguntó vagamente.

Deseaba saber cómo le veía yo a él, caído en el fondo del enamoramiento. Por decirlo en una palabra, lo que él quería de mí era mi crítica sobre el estado en que se encontraba. En eso, pude claramente reconocer una diferencia entre su conducta habitual y la de entonces. Lo he repetido varias veces: la naturaleza de K no era nada débil en el sentido de que le inquietara la opinión ajena. Cuando creía en algo, avanzaba con determinación y con la suficiente audacia como para llevarlo a cabo. En mi mente estaba grabada esa fuerza de carácter demostrada en relación con su familia adoptiva. La pregunta que acababa de hacerme en el parque era, por lo tanto, a todas luces impropia de su carácter.

Al preguntarle yo por qué en esa ocasión deseaba mi parecer, me respondió con un tono de abatimiento jamás oído en él:

—Es que estoy realmente avergonzado de mi debilidad...

Y añadió:

—Me siento perdido, sin lograr entenderme. ¿Qué remedio me queda si no es pedirte tu opinión sincera?

—¿Qué quieres decir con eso de «perdido»? —me apresuré a preguntarle.

—Quiero decir que no sé si debo avanzar o retroceder. No sé qué hacer.

—Pero dime: ¿podrías realmente retroceder si quisieras? —le pregunté yo.

Inesperadamente, se quedó sin palabras. Sólo acertó a decir:

—¡Siento tanto dolor!

Su aspecto, en efecto, expresaba sufrimiento. ¡Ah! Si el objeto de su pasión no hubiera sido la señorita, ¿acaso yo no habría vertido de mil amores palabras de consuelo con las que, como gotas de benéfica lluvia, haber podido aliviar la sequedad de su rostro?

Creo que he nacido con este don de la compasión, pero en aquella ocasión yo no era yo.

41

Observaba a K con la atención con que se observa a un contrincante de esgrima que perteneciera a una escuela diferente. Mi cuerpo entero, de pies a cabeza, estaba en estado de máxima alerta y en guardia para enfrentarme a él. K, por su parte, se me ofrecía accesible y vulnerable en su inocencia. Era como si yo hubiera recibido de las propias manos del enemigo el plano de una fortaleza que ahora examinaba fría y calmadamente en su presencia.

Mis pensamientos miraban exclusivamente el punto en que podría asestarle un golpe único y certero y así vencerle. Acababa de descubrir, en efecto, que K vacilaba entre la realidad y el ideal. Me moví con rapidez para sacar ventaja de ese flanco débil. Avancé a él con gravedad inexorable. No sólo tal era mi táctica, sino también era la reacción natural a mis sentimientos. No tenía motivos, pues, para sentirme en una posición ridícula ni vergonzosa. Así que le dije:

—La persona sin voluntad de mejorar espiritualmente es un idiota.

Esa fue, exactamente, la frase que él mismo me dijo cuando viajábamos por Boushu. Esta estocada se la di con el mismo tono con que él me la había dado. Pero en mis palabras no había venganza. Te confieso que llevaban una intención más cruel que una simple venganza. Yo quería segar el camino del amor que se le ofrecía delante.

K había nacido en un templo budista de la escuela de Shin-shu. Pero ya en sus años de enseñanza media, su filosofía parecía irse alejando de las doctrinas de esa escuela. Reconozco que soy un lego en este tema de las diferencias entre las escuelas budistas y que, por tanto, no tendría derecho a hacer esta crítica, pero me di cuenta de que K difería de la doctrina de Shin-shu en su actitud hacia la relación hombre-

mujer. A K le gustaba referirse al término de «esfuerzo y abstinencia». Yo comprendía que en esa expresión se contenía la idea del control de las pasiones. Me sorprendí, sin embargo, cuando más tarde descubrí que el significado verdadero de esa expresión iba más allá. Para K, la base de esa idea era que había que sacrificar todo para seguir el «camino verdadero», es decir, más allá de la abstinencia, el amor, aunque desprovisto de deseo carnal, era un obstáculo en ese camino. Cuando K se mantenía por sí solo, yo escuchaba con frecuencia sus opiniones. Por entonces yo ya andaba enamorado de la señorita y a toda costa le manifestaba mi oposición. Al contradecirle, él siempre ponía una expresión lastimosa en la que más que compasión, se reflejaba el desdén.

Recordando ese pasado, era evidente que esto que acababa de decirle —la persona sin voluntad de mejorar espiritualmente es un idiota— iba a dolerle. Con estas palabras, sin embargo, no pretendía atacar el edificio de las ideas que él había construido. Más bien, deseaba que siguiera construyéndolo. El hecho de que su edificio alcanzara el cielo, o de que K encontrara el camino que buscaba, no me importaba. Sólo, temía que K cambiase de repente sus ideas y chocase con mis intereses. En otras palabras, lo que acababa de decirle era simplemente una manifestación de mi egoísmo.

Y se lo repetí:

—El que no tiene voluntad de progresar espiritualmente es un idiota.

Se lo repetí dos veces. Y me puse a observar el efecto de mis palabras.

—Idiota —dijo finalmente—. Sí, soy un idiota.

Se detuvo quedándose inmóvil. Miró al suelo. Pero, inesperadamente, el temor me sobrecogió y me quedé helado. En ese instante, sentí que K iba a erguirse amenazadoramente y saltar sobre mí como un atracador. Percibí, sin embargo, que el tono de su voz era demasiado débil. Hubiera querido leer algo en sus ojos, pero se mantuvo cabizbajo todo el tiempo. Y, de nuevo, echó a andar lentamente.

42

Caminé a su lado esperando las siguientes palabras que saldrían de sus labios. Digo esperando, pero sería más exacto decir acechándole para saltar sobre mi desprevenida presa. Estaba listo, incluso, para atacarle por la espalda. Debo confesar que, con la conciencia que me había sido inculcada por mis educadores, una voz debiera haberme susurrado al oído: «Estás siendo un cobarde». Entonces, yo habría

reaccionado y habría recuperado mi yo de siempre. Si esa voz hubiera sido la de K, me habría sonrojado ante él. Pero K nada dijo porque era demasiado recto para hacerme reproches. Era también demasiado sencillo y demasiado bueno. Pero yo, cegado por el amor, me estaba olvidando de respetarle por esas mismas cualidades. Y aún más, me estaba aprovechando de ellas. Me aprovechaba para vencerle.

Poco después, K me llamó por mi nombre y me miró. Fui yo el que se detuvo esta vez. También K se paró. Por fin pude ver sus ojos cara a cara. Como K era más alto que yo, tuve que mirar hacia arriba para verle bien. En esa posición, yo dirigí mi corazón de lobo hacia el cordero inocente.

—Vamos a dejarlo —dijo.

Sus ojos y palabras traslucían sufrimiento. No pude responder. K añadió entonces en tono de súplica:

—¡Déjalo ya!

Esta vez mi respuesta fue cruel, tan despiadada como la agresión del lobo mordiendo la garganta de un cordero preso:

—Dices que lo dejemos, pero no he sido yo quien ha empezado, ¿verdad? Tú lo has empezado desde el principio. Pero, en fin, si quieres que lo dejemos, pues bien, lo dejamos. Te advierto, de todos modos, que si no tienes voluntad de poner fin tú mismo a todo esto, aunque dejemos la conversación, ¿cómo vas a justificar tus ideas de siempre?

Al pronunciar estas palabras, sentí cómo su estatura encogía delante de mis propias narices. Como he dicho en otras ocasiones, K era muy obstinado, aunque, por otro lado, era más recto que nadie. Por eso, cuando le atacaban en sus contradicciones, se ponía nervioso. Al ver su aspecto, por fin me tranquilicé. Entonces me dijo de improviso:

—¿Voluntad? —y antes de que yo pudiera contestarle, añadió—: ¿Voluntad...? ¡Claro que la tengo!

Por el tono parecía estar hablando consigo mismo, como si estuviera soñando.

Dejamos de hablar y nos encaminamos a casa, en Koishikawa. No hacía viento; tampoco demasiado frío. Aún así, era invierno y el parque estaba triste. Al volver la vista y fijarme especialmente en los cedros, con su tono verde descolorido por las recientes heladas y con las ramas rojizas alzadas a un cielo negruzco, sentí que una

corriente fresca me atenazaba por la espalda. Entre dos luces, pasamos deprisa por Hongodai y bajamos al valle de Koishikawa para después ponernos a subir otra vez la cuesta. Sólo entonces pude sentir el calor de mi cuerpo debajo del abrigo.

De vuelta, apenas conversamos, tal vez por ir caminando con tanta prisa.

Cuando ya estábamos sentados a la mesa para cenar, la señora nos preguntó:

—¿Por qué habéis llegado tarde?

—K me propuso acompañarle hasta Ueno —respondí yo.

La señora mostró su sorpresa exclamando:

—¡Con este frío!

La señorita se mostró curiosa:

—¿Y qué había en Ueno, si puede saberse?

—Nada. Sólo estuvimos paseando —le dije.

K permanecía tan callado como de costumbre, o más si cabe. Ni las palabras amables de la señora ni las risas de la señorita lograron arrancarle apenas una palabra. Terminó de tragarse la cena a toda prisa y, antes de levantarme yo, se retiró a su cuarto.

43

En aquellos años todavía no había nadie que hablara de ideas tales como la «era del despertar» o «la vida nueva». Pero el motivo de que K no abandonara su vieja mentalidad y corriera en pos de nuevos horizontes no era por falta de ideas modernas, sino porque estaba muy arraigado en un pasado considerado por él como demasiado sagrado para poder prescindir de él. Podría decirse que su vida hasta entonces se había regido precisamente por ese carácter sagrado. Así, aunque no avanzaba con decisión hacia el objeto de su amor, tampoco podía decirse que este amor suyo careciera de pasión. K era incapaz de moverse a ciegas pese a la violencia de su sentimiento amoroso. Mientras no^[b] estuviera recibiendo un impacto tan potente que le hiciera olvidar todo, se vería obligado a detenerse y a volver la vista a su pasado. Por eso, no le quedaría más remedio que seguir recorriendo el camino marcado por su pasado. K, además, poseía esa terquedad y paciencia que no tiene la

gente hoy en día. En estos dos sentidos, yo había captado bien sus sentimientos.

La noche que volvimos de Ueno sentí una calma relativa. Cuando K se retiró a su cuarto, yo le seguí y me senté al lado de su mesa. Deliberadamente, me puse a charlar de asuntos triviales. Su expresión era de molestia. De que mis ojos brillaran con la lucecita del triunfo no estoy seguro, pero en mi voz sí que había un tono de orgullo inconfundible. Después de calentarme las manos en el mismo brasero que él, volví a mi cuarto. En muchos aspectos no alcanzaba yo su nivel, pero entonces me di cuenta de que por fin había algo en lo que no había razón para temerle.

No tardé en quedarme plácidamente dormido. Pero me desperté bruscamente al oír que me llamaban por mi nombre. Abrí los ojos y vi la figura oscura de K en la entreabierta puerta corrediza. Su cuarto seguía iluminado por la lámpara. Sentí que bruscamente había cambiado el universo y, por un rato, me quedé sin voz mirando vagamente la escena.

—¿Estabas dormido? —me preguntó.

K solía quedarse despierto hasta muy tarde.

—¿Qué querías? —dije yo a la negra silueta.

—No, nada. Me había levantado para ir al cuarto de baño y quería saber si estabas despierto o dormido.

La iluminación le venía desde atrás y no pude distinguir ni su cara ni sus ojos. Pero su voz sonaba con más calma de lo habitual en él.

K cerró la puerta. Mi habitación volvió a quedar a oscuras. En esta oscuridad cerré los ojos dispuesto a tener un sueño apacible. No recuerdo más.

A la mañana siguiente, sin embargo, al ponerme a pensar en la noche anterior me pareció extraña esta visita de K. ¿Habría sido un sueño? Pensé.

A la hora del desayuno se lo pregunté.

—¡Claro que abrí la puerta y te llamé! —me dijo.

—¿Y por qué lo hiciste?

No me dio ninguna respuesta clara, pero al cabo de un buen rato, cuando ya no estábamos en ese tema, me preguntó:

—¿Puedes dormir bien estos días?

Su pregunta me produjo una extraña sensación.

Aquel día, nuestras clases empezaban a la misma hora; así que salimos juntos de casa. Preocupado como estaba desde la mañana por lo de la noche anterior, otra vez volví a acosar a K con preguntas. Pero tampoco esta vez me dio ninguna respuesta satisfactoria. Yo insistí:

—Pero fuiste tú quien anoche quiso hablar conmigo sobre ese asunto, ¿no es eso?

—No —dijo tajantemente.

Daba la impresión de que con esta negativa estaba llamando mi atención a que el tema había quedado cerrado el día anterior en Ueno. En este aspecto, K tenía un agudo sentido de la propia dignidad. Me di cuenta de esto de repente y recordé aquella palabra dicha por él con insistencia la víspera: «voluntad», una palabra que, si antes no me inquietaba en absoluto, ahora empezó a oprimirme la cabeza con una extraña fuerza.

44

Tenía pleno conocimiento del carácter enérgico de K, pero al mismo tiempo comprendía igualmente bien la razón de su indecisión en este único asunto. Sentía, por tanto, cierto orgullo por conocer bien tanto los rasgos ordinarios como los extraordinarios de su carácter. Aún así, mientras que en mi mente yo era capaz de rumiar esa palabra de «voluntad», mi confianza iba paulatinamente perdiendo alas y al final amenazaba con desplomarse. Pensaba que tal vez la conducta de K en este asunto no era más que consecuencia de esos rasgos ordinarios de su carácter y no de los extraordinarios. Empezaba incluso a sospechar que tal vez tuviera guardado en la manga un último recurso para solucionar de una vez todas sus dudas, toda su angustia y sufrimiento. Al someter la palabra «voluntad» a esta nueva luz, me asusté. Con mirada imparcial y objetiva necesitaba inspeccionar el contenido de la voluntad de K. Por desgracia, sin embargo, mi mirada estaba lesionada; era como si estuviera tuerto. Su voluntad yo la entendía solamente en el sentido de que él habría de usarla para lanzarse sobre el objeto de su amor, la señorita. Sólo podía pensar que su valor iba a ser ejercido en el cumplimiento de su amor.

Había en mi corazón una vocecilla diciéndome que yo también necesitaba tomar una decisión final. Decidí responder a esa voz espoleando mi coraje y así

actuar antes que él y sin su conocimiento. Aguardé la oportunidad en silencio. Dos, tres días esperé que se presentara la ocasión. Pero no venía. Quería hablar con la señora sobre su hija cuando ni esta ni K estuvieran en la casa. Pero si él no estaba, estaba ella. Así, pasaban y pasaban los días sin presentarse una ocasión favorable para que yo pudiera decir: «¡Ahora!». Empezaba a irritarme.

Al cabo de una semana en esa situación, e incapaz de aguantar más, una mañana fingí encontrarme mal. La señora, la señorita y hasta K me avisaron de que era hora de levantarse, pero yo les contesté vagamente y seguí bajo el edredón de la cama hasta las diez o algo así. Cuando estuve seguro de que ni K ni la señorita estaban y que la tranquilidad reinaba en la casa, me levanté. Al verme, la señora me preguntó:

—¿Dónde te duele? —y añadió—: ¿Por qué no sigues acostado? Yo te llevaré la comida a la habitación.

Pero, como en realidad no estaba en absoluto mal, no deseaba seguir más tiempo acostado. Me lavé la cara y desayuné como siempre en la sala de estar.

La señora me sirvió el desayuno desde el otro extremo del largo brasero. En mi mano yo sujetaba el tazón de arroz, aunque ni yo mismo sabía si estaba desayunando o almorzando. Tan sólo me preocupaba cómo abordar el asunto. En realidad, por tanto, debía tener el aspecto de un enfermo que se siente mal.

Terminé el desayuno y me puse a fumar. Como no me levantaba, la señora tampoco se apartaba de la mesa. Llamó a la criada y le pidió que retirara mi bandeja. Después, siguió allí conmigo, entretenida en echar más agua en la tetera o en limpiar el reborde del brasero.

—¿Tiene algo importante que hacer ahora, señora? —le pregunté.

—No. ¿Por qué? —me preguntó a su vez.

—Bueno... Es que hay algo de lo que quisiera hablarle...

—¿Y de qué se trata? —me preguntó mirándome a la cara. Su tono era tan ligero que no casaba con la gravedad de mi estado de ánimo. Sentí entonces que las palabras se me atragantaban.

Seguí un rato más dando rodeos hasta que por fin le pregunté:

—¿Le ha dicho K algo recientemente?

La señora puso cara de no saber nada y me respondió:

—No, pero... ¿sobre qué? —y antes de que yo pudiera contestar, añadió—: ¿Y a ti te ha dicho algo?

45

No tenía ninguna intención de revelarle la confesión de K. Por eso le contesté:

—No, nada —y al instante sentí malestar por la mentira. En realidad K no me había pedido nada sobre este asunto. Añadí:

—Pero bueno..., no se trata de K...

—¿Ah, no? —Se quedó en actitud de esperar mis palabras.

Ya no me quedó otra salida que decírselo. Bruscamente, le solté:

—Señora, quiero pedirle la mano de su hija.

No puso la cara de sorpresa que yo había imaginado, pero por un buen rato no pudo contestarme y se quedó mirándome en silencio.

Una vez lanzada mi petición, ya no sentía timidez e insistí:

—Deme a su hija, por favor. Démela como esposa.

La señora, sin duda por su edad, se mantenía todo el tiempo mucho más tranquila que yo. Me dijo:

—Bien, no te estoy diciendo que no, pero ¿no es demasiado repentino todo esto?

Yo me apresuré a contestar:

—Quiero casarme con ella cuanto antes.

Se echó a reír. Luego quiso asegurarse y me preguntó:

—¿Lo has pensado bien?

Le expliqué con tono rotundo:

—Sí, lo he pensado bastante tiempo, aunque la petición le parezca tan repentina...

Me hizo dos o tres preguntas más sobre temas que ya he olvidado. La señora tenía un temple resuelto, casi masculino, muy distinto al de otras mujeres, lo cual la hacía una persona con quien podía hablarse con absoluta franqueza.

—Está bien. Te daré a mi hija —dijo finalmente. Y añadió—: Nuestras circunstancias tampoco nos permiten decirte que te concedo su mano. Ya sabes que la pobre es huérfana de padre. Por eso, soy yo quien debe más bien pedírtelo en estos términos: «Por favor, tómala por esposa».

De esa forma, fue ella quien acabó pidiéndome que me casara con su hija.

El asunto quedó, por tanto, zanjado de forma así de fácil y clara. Nuestra conversación no había durado ni siquiera quince minutos de principio a fin. La señora no puso ninguna condición. Me dijo que tampoco había necesidad de consultar con ningún pariente; bastaría con decírselo después. Incluso dijo que no hacía falta asegurarse de la voluntad de su hija. En estos detalles creo que yo, pese a tener estudios, daba más importancia a la forma que ella. Cuando le expresé que no me importaba que no se consultase a los parientes, pero sí que debía decírselo a su hija y asegurarse de que estaba de acuerdo, me dijo:

—No te preocupes. Yo jamás le daría por esposo a un hombre con quien ella no deseara casarse.

Al volver a mi habitación y pararme a reflexionar sobre la facilidad con que este asunto había avanzado, me sentí extraño. Incluso, se me metió en la cabeza la duda de si todo esto había ocurrido en realidad. La idea de que las grandes líneas de mi destino ya estaban trazadas me hizo sentir en todos los aspectos como una persona nueva.

A mediodía, fui otra vez a la sala de estar y le pregunté a la señora:

—¿Cuándo piensa hablar con su hija sobre lo de esta mañana?

—¿Importa mucho cuándo se lo diga, una vez que ya estamos de acuerdo?

Por esa forma de hablar tan directa daba la impresión, aun siendo mujer, de tener más carácter que yo. Cuando iba a retirarme, me llamó y me dijo:

—Bien, si deseas que hable con ella cuanto antes, hoy mismo puedo decírselo,

tan pronto vuelva de clase.

—Sí, creo que sería mejor —le dije, y volví a mi habitación.

Pero imaginar a esas dos mujeres hablando del asunto del matrimonio y estar yo sentado en mi mesa, me producía inquietud. Así que cogí el sombrero y salí a la calle.

Al bajar la cuesta, me encontré con la señorita. Ignorante de todo, pareció sorprenderse de verme allí. La saludé quitándome el sombrero y le dije:

—¿Ya vuelves a casa?

A su vez, ella me preguntó con aire de curiosidad:

—¿Ya te encuentras mejor?

Le contesté:

—Sí, ya estoy bien, muy bien.

Me alejé con paso rápido en dirección a Suidobashi.

46

De Sarugakucho salí a la calle de Jinbocho y de ahí giré en dirección a Ogawamachi. Siempre que iba a este barrio, era con el fin de visitar librerías de viejo, pero aquel día no me apetecía para nada hojear viejos libros manoseados. Mientras caminaba, no dejaba de pensar en lo que podía estar ocurriendo en la casa. En mi mente, me representaba a la señora, tal como la había visto poco antes en casa, y a la señorita, que acababa de regresar. Estas dos figuras, como dos piernas, me hacían caminar. De vez en cuando, además, me detenía sin saber por qué en medio de la calle y pensaba: ¿estarán en este instante hablando madre e hija sobre este asunto? O bien, me figuraba que ya habrían terminado de hablar.

Crucé el puente de Mansei y subí por la cuesta del templo de Mio-jin. Así llegué a Hongodai, bajé por Kukusaka y finalmente bajé al valle de Koishikawa. Había recorrido tres barrios moviéndome en un círculo ovalado, pero curiosamente durante todo este largo paseo apenas había pensado en K. Ahora que me acuerdo, me pregunto cómo pudo ser así. No sabría responder. Simplemente, me parece extraño. Tal vez, mi corazón estaba en tal tensión sobre un tema concreto que me había olvidado de K, aunque mi conciencia no debía haberme permitido tal olvido.

Esta conciencia se reencontró con K en el momento de pasar por su cuarto para entrar en mi habitación, una vez que volví a casa por la puerta principal. Como siempre, estaba leyendo sentado a la mesa. Y, como siempre, apartó la vista del libro y me miró. Pero esta vez no me dijo aquello de «¿Qué?, ¿ya has vuelto?», sino que me preguntó:

—¿Ya estás bien? ¿Has ido al médico?

En ese momento, sentí ganas de arrodillarme ante él y pedirle humildemente perdón. No fue este un impulso nada débil. Si hubiéramos estado los dos solos en medio de un desierto, seguro que me habría dejado llevar por él y, fiel a mi conciencia, le habría suplicado perdón. Pero estábamos en una casa en donde había más gente y mi naturaleza me contuvo en el acto. Por desgracia, ya nunca más volvió a brotarme ese impulso.

A la hora de cenar, K y yo volvimos a vernos. K se mostraba abatido e, ignorante de todo lo ocurrido en su ausencia, su actitud no expresaba ni la más mínima sospecha. La señora, igualmente ignorante, pero sólo de la verdad entre K y yo, parecía más alegre que de costumbre. Sólo yo no era ignorante de nada. Los alimentos de aquella cena me supieron a plomo. Esa vez la señorita, a diferencia de lo que siempre hacía, no se sentó con nosotros a cenar. Cuando su madre la llamaba, ella contestaba desde la habitación de al lado:

—¡Ahora voy!

Pero nada más. La curiosidad finalmente prendió en K, que preguntó a la señora:

—¿Qué le pasa a su hija?

La señora me miró un instante y contestó:

—Sin duda, se siente turbada.

K insistió:

—Pero ¿por qué se siente así?

La señora volvió a mirarme a mí, esta vez con una sonrisa.

Desde que me senté a la mesa, sabía ya por la expresión de la señora cómo más o menos había podido ir el asunto. Pero me habría parecido horroroso si ella le

hubiera explicado a K todo, estando yo delante. Juzgándola capaz de hacerlo, me sentía muy inquieto. Pero, afortunadamente, K no tardó en sumirse en su silencio de siempre. La señora, en efecto, siguió más alegre de lo habitual en ella, aunque, pese a mi inquietud, no llegó a abordar el asunto que yo temía. Suspiré aliviado y volví a mi cuarto.

A pesar de todo, no podía permanecer sin idear un curso de acción con respecto a K. Mentalmente, fabriqué múltiples excusas, ninguna de las cuales, sin embargo, me pareció suficientemente apta para enfrentarme a él. Por ser yo tan cobarde, renuncié, fatigado, a la idea de explicárselo todo.

47

Pasaron dos o tres días igual. Mientras, los constantes remordimientos que sentía hacia K no dejaban de oprimirme el pecho. Sentía que tenía que hacer algo con respecto a él. Además, tanto la actitud de la señorita como el tono de hablar de su madre durante todos esos días eran como pellizcos que me hacían sufrir. De la señora, en cuyo carácter, como he dicho, había rasgos de franqueza masculina, temía que en cualquier momento revelase mi compromiso con su hija mientras estábamos sentados a la mesa.

Recelaba de que el comportamiento de la señorita hacia mí, que parecía haber cambiado tanto desde aquel día, sembrara en la atención de K sospechas que cubrieran su corazón de nubes. Reconocía que K debía ser informado de la nueva relación que yo había establecido con esta familia. Pero la conciencia que tenía de mi propia debilidad moral dificultaba en extremo esta tarea. Impotente, pensé pedirle a la señora que fuera ella quien, naturalmente en mi ausencia, le comunicara a K nuestro compromiso. Pero si se lo contaba tal como había ocurrido, mi honor quedaría igualmente por los suelos, aunque la diferencia estaría en habérselo dicho directa o indirectamente. Por otro lado, si le pidiera a la señora que le dijera una mentira, entonces ella querría saber la razón de querer ocultarle la verdad. Finalmente, si se lo pedía confesándole toda la verdad a ella misma, entonces yo mostraría a mi querida prometida y a su madre toda mi debilidad y miseria. Y esta era una idea intolerable para mí pues equivalía a perder gran parte de la confianza que ellas habían depositado en mí. Y ya antes de casarme, perder, por poco que fuera, la confianza de mi futura esposa me parecía una desgracia insoportable.

En resumen, yo era un tonto que, en lugar de haber andado firmemente un camino recto, había estado resbalando. O tal vez, era un bribón. Sólo el cielo y mi corazón lo sabían. Era evidente que para enderezar el camino y dar el primer paso, tenía que descubrir a todos mi falta, una falta que yo deseaba ocultar a toda costa. Al

mismo tiempo, me veía metido en un verdadero atolladero en el cual estaba de pie pero incapaz de poder dar un solo paso, incapaz de moverme.

Al cabo de cinco o seis días, la señora me preguntó de sopetón:

—Bueno, supongo que ya le habrás contado a K lo de tu compromiso matrimonial, ¿verdad?

—Pues, no, todavía no —repuse yo.

—Pero ¿cómo es posible? —me dijo en tono de reproche.

Sentí que la rigidez invadía todo mi cuerpo. Entonces, lo recuerdo aún perfectamente, sus siguientes palabras me cayeron como una verdadera sorpresa:

—¡Claro! Ahora entiendo por qué puso K esa cara cuando se lo dije yo... ¡Qué malo eres! ¡No haberle dicho nada siendo tan amigo suyo!

—¿Y qué dijo él? —acerté a preguntarle.

—Nada, nada especial.

Pero yo no pude contener mi deseo de saber más e insistí en que me diera más detalles.

Ella, por supuesto, no tenía nada que ocultar. Diciendo que no había nada realmente importante que contar, me describió la reacción de K al decírselo. Resumiendo las palabras de la señora, parece que K recibió este último golpe con sorpresa controlada y compostura. Al saber la nueva relación establecida entre la señorita y yo, K se limitó a exclamar:

—¿Ah, sí?

Pero cuando la señora le dijo: «¡Vamos, hombre! ¡Alégrate tú también!», K, mirando por primera vez a la cara a la señora, esbozó una sonrisa y dijo:

—¡Enhorabuena! —y se levantó para irse.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la sala de estar, se volvió y preguntó:

—¿Y cuándo será la boda? —Y añadió—: Me gustaría ofrecerles algo, pero

como no tengo dinero, me temo que no podré regalarles nada.

Yo, mientras escuchaba estas palabras de K relatadas por la señora, sentí una angustia que parecía ahogarme el corazón.

48

Hacia dos días que K conocía mi compromiso matrimonial; sin embargo, no mostraba hacia mí una actitud distinta a la de antes. Aunque su indiferencia sólo fuera aparente, merecía todo respeto, pensaba yo. Puestos los dos en una balanza de méritos, K parecía más digno de estima que yo. Me decía a mí mismo: «Le he vencido por la astucia; pero, como hombre, me ha ganado». Esta idea giraba como un torbellino en mi cabeza; sólo de imaginar cuánto debía despreciarme, hasta me puse colorado. A estas alturas, sin embargo, presentarme ante K y acusarme a mí mismo era un golpe demasiado mortificante para mi amor propio.

Indeciso como estaba entre dar un paso adelante o quedarme donde estaba, tomé el partido de esperar al día siguiente. Eso fue un sábado. Justo esa noche, K se suicidó. El recuerdo de aquella escena me sigue produciendo escalofríos.

Yo siempre dormía orientando mi almohada al este, pero aquella noche cuando fui a acostarme coloqué por pura casualidad la almohada en dirección al oeste^[104]. Es posible que esto traiga mala suerte. Lo cierto es que una ráfaga de aire frío que soplaba alrededor de la almohada, me despertó.

Al abrir los ojos, vi que la puerta que daba al cuarto de K estaba entreabierta como el otro día. Pero su oscura silueta esta vez no estaba allí. Me incorporé sobre los codos mirando hacia su cuarto, como obedeciendo un presentimiento. La lámpara iluminaba débilmente. Distinguí su lecho y me fijé en que el edredón estaba doblado en la parte de los pies. K yacía con el cuerpo boca abajo mirando al otro lado.

—¡Eh! ¡Oye! —exclamé.

Pero no hubo respuesta.

—¿Qué te pasa? —volví a decir.

Pero su cuerpo permanecía inmóvil. Al punto, me levanté y fui hasta la puerta de su cuarto. Desde ahí, observé el interior a la luz indecisa de la lámpara.

Mi primera impresión fue igual que cuando escuché de sus labios aquella

súbita confesión de amor. De un solo vistazo al cuarto, mis ojos, como dos bolas de cristal, perdieron su capacidad de moverse. Me quedé de pie, inmóvil. Pasado el impacto inicial y súbito como el rayo, pensé: «¡Todo está perdido!». Una negra luz, que me decía que todo era ya irremediable, lanzó un destello sobre todo mi futuro, iluminando de modo sombrío y por un instante la vida entera que espantosamente se extendía ante mí. Me puse a temblar.

Pero no me podía olvidar de mí mismo. Reparé enseguida en una carta puesta encima de la mesa. Tal como había supuesto, iba dirigida a mí. Abrí el sobre con impaciencia... Su contenido, sin embargo, no era el que yo había imaginado. Había supuesto que habría graves acusaciones contra mí. Temía, en efecto, que si la señora y la señorita se enteraban del contenido, me despreciarían. Una ojeada me bastó para disipar mis temores y pensar: «¡Estoy salvado!». (De hecho, lo que había salvado eran las apariencias, algo que para mí era sumamente importante en todo este asunto).

El contenido de la carta era simple. Todo se explicaba en términos más bien generales. Decía:

He decidido quitarme la vida a causa de la debilidad de mi voluntad y por haber perdido la esperanza de llegar a ser lo que deseo. Te agradezco que te hayas ocupado de mí y te ruego que dispongas de mi cuerpo sin vida encargándote de todo, que me disculpes ante la señora por todas las molestias causadas y que informes de esta muerte a mi familia.

Todo lo necesario se expresaba con claridad y llaneza. En ninguna parte de la carta encontré el nombre de la señorita, algo que, después de leer hasta el final, comprendía que había sido evitado deliberadamente. La frase que más me afectó de toda la carta fue la última, escrita a modo de apostilla final, con la última gota de tinta que le quedaba, y que decía:

¿Por qué he vivido hasta ahora? Hace tiempo que tenía que haber muerto.

Doblé la carta y con manos temblorosas la metí en el sobre. La puse sobre la mesa, tal como estaba, a la vista de todos. Luego me volví y por primera vez me fijé en la superficie del *fusuma*^[105] salpicada de sangre.

Con las dos manos, levanté la cabeza de K. Deseaba echar un vistazo a su rostro sin vida. Me incliné para mirarlo desde abajo, pero bruscamente retiré las

manos y solté la cabeza. No solamente había sentido escalofríos al ver el rostro, sino también había sentido el espantoso peso de la cabeza. Me quedé contemplando un rato las orejas frías recién tocadas y el pelo espeso y corto de mi amigo. No tenía ningún deseo de llorar. Sólo sentía horror. No un horror corriente ante aquella escena, sino un horror hondo ante las líneas de mi propio destino que este amigo, frío y sin vida, acababa de trazarme.

Incapaz de pensar, volví a mi cuarto. Me puse a dar vueltas y vueltas en mi habitación de ocho *tatami*. Aunque lo que estaba haciendo no tenía ningún sentido, mi mente me ordenaba moverme así. Pensé que debía hacer algo. Pero ¿qué podía hacer? Era sencillamente incapaz de hacer otra cosa que no fuera moverme inquieto como un oso encerrado en su jaula.

A veces, me acometía el impulso de ir a la habitación del fondo y despertar a la señora. Pero me frenaba en seguida la idea de que no podría enseñar esta terrible escena a una mujer. Sin pensar en la señora, me oprimía la fuerte voluntad de no asustar por ningún motivo, sobre todo, a la señorita. Y, otra vez, me ponía a dar vueltas en la habitación.

Entretanto, había encendido la lámpara de mi cuarto y de vez en cuando miraba el reloj. Nada me ha parecido más lento que el movimiento de las manecillas del reloj de aquella noche. No podría precisar la hora en que había sido despertado, pero era cerca del amanecer. Dando vueltas y vueltas, ¡cómo anhelaba que rompiera el día...! Creía que la noche no iba a acabar nunca.

Teníamos la costumbre de levantarnos poco antes de las siete, costumbre necesaria para llegar con tiempo a nuestras clases, que solían empezar a las ocho. Por esa razón, la criada se levantaba hacia las seis. Pero no eran todavía las seis cuando yo salí de mi cuarto y fui a despertarla.

—Hoy es domingo, ¿verdad?

Era la voz de la señora, sin duda despertada por mis pasos. Yo le pedí desde el pasillo:

—¡Por favor, venga a mi habitación un momento si está despierta!

Se echó el *haori*^[106] de casa sobre su quimono de noche, salió de su dormitorio y me siguió. Cuando entramos en mi cuarto, cerré la puerta del cuarto de K, me volví a la señora y le dije:

—Algo terrible ha pasado.

—¿Qué ha sido?

Con el mentón le señalé hacia el cuarto de K diciendo:

—No se asuste.

Se puso pálida. Yo añadí:

—K se ha suicidado.

La señora se quedó callada, petrificada, y me miró.

Yo, bruscamente, me eché al suelo, arrodillado, puse las manos en el *tatami* y me postré ante ella.

—¡Perdóneme! Ha sido mi culpa. Lo siento tanto por usted y por la señorita...

Así fue como yo pedí disculpas. Hasta haberme hallado cara a cara con la señora, no se me había pasado por la cabeza disculparme. Pero cuando la vi ante mí, me brotaron irresistiblemente esas palabras de perdón. Podrás pensar que por no poder ya disculparme ante K, tuve que hacerlo ante la señora o la señorita. Es decir, mi conciencia me hizo abrir la boca y realizar esta confesión engañando a mi yo de siempre. Por suerte para mí, la señora no llegó a captar el sentido profundo de mis disculpas y con tono de consuelo me dijo:

—Pero ¿qué podías haber hecho tú? ¡No ha sido más que un accidente!

Se veía, sin embargo, claramente que la conmoción y el miedo tenían agarrotados los músculos de su cara.

50

Lamentando que la señora tuviera que ver la escena, me levanté de nuevo y abrí la puerta que había acabado de cerrar. El aceite de la lámpara de K se había agotado y en el cuarto reinaba una oscuridad casi total. Volví a por mi lámpara y sujetándola en la mano, puesto de pie en la entrada del cuarto de K, volví la cabeza a la señora. Detrás de mí, como ocultando su cuerpo, se asomó al pequeño cuarto. Pero no entró. Me dijo:

—Abre el *amado*^[107] y no toques nada.

A partir de ese instante, el comportamiento de esta mujer fue de una precisión

y entereza admirable, como cabría esperar de la viuda de un militar. Obedecí sus órdenes en todo: fui al médico y luego a la policía. Hasta que acabaron todos estos trámites, no permitió la entrada de nadie en el cuarto.

K había tenido una muerte inmediata al haberse cortado la arteria carótida. Aparte de esa incisión en el cuello, no presentaba otras heridas. Me enteré de que las manchas de sangre con que había salpicado el *fusuma*, observadas por mí a media luz como en un sueño, fueron producidas por efusión de sangre proyectada desde el cuello. Las vi otra vez, ahora a la luz del día, y me maravillé de la violenta fuerza de la sangre humana.

La señora y yo limpiamos el cuarto con los recursos más ingeniosos de que pudimos disponer. La mayor parte de su sangre había sido absorbida por el colchón, de modo que no había manchado mucho los *tatami* del suelo. No fue, por lo tanto, una tarea demasiado pesada. Entre los dos llevamos el cadáver a mi habitación y lo depositamos en posición yacente. Después, salí a enviar un telegrama a su familia.

Cuando volví, vi que ya ardía incienso en la cabecera del lecho mortuario. Nada más entrar en la habitación, me sorprendió este olor del humo y en medio de él reconocí la existencia de dos mujeres sentadas: Entonces vi a la señorita por primera vez desde la víspera. Estaba llorando. También su madre tenía los ojos enrojecidos. Desde que ocurrió este accidente, yo había olvidado llorar. Ahora, por fin, podía sumergirme en la tristeza. ¡Y qué alivio soberano me dio esta tristeza! ¡Y cómo me relajó! Esta tristeza, como una gota bienhechora de rocío, liberó mi alma aprisionada por el sufrimiento y el miedo.

Permanecí sentado en silencio al lado de ellas. La señora me invitó a que ofreciera yo también una varita de incienso. Hice la ofrenda de incienso y volví a sentarme en silencio. La señorita no decía nada. Cuando a veces tenía que decirle algo a la señora, eran sólo palabras sobre asuntos apremiantes del momento. La señorita aún no tenía la suficiente calma para hablar de K, de cuando estaba vivo. Me sentí aliviado de haberle ahorrado el espectáculo de aquella terrible escena de la noche. Temía que al mostrar a una persona joven y bella algo horroroso, esa belleza se estropeará. Incluso sintiendo el miedo en las puntas del pelo erizado por el horror, yo no podía actuar sin pensar de ese modo. Exponer la belleza a tal horror me parecía tan cruel como imaginar un látigo golpeando sin cesar unas bonitas e inocentes flores.

Cuando llegaron el padre y el hermano de K, les dije cuál era en mi opinión el lugar donde deberían enterrar sus restos. K y yo teníamos la costumbre de pasear juntos por el barrio de Zoshigaya, un lugar muy del agrado de él. Les recordé que

una vez, medio en broma, le prometí:

—Muy bien, cuando te mueras, me encargaré de que te entierren aquí.

Y ahora pensaba: «¿De qué vale ahora recordar aquella promesa y enterrarle en Zoshigaya?». El caso es que mientras yo viviera deseaba arrodillarme ante su tumba todos los meses e implorar nuevamente su perdón. Su padre y su hermano, tal vez convencidos de que no habían hecho mucho por K en vida y reconociendo que era yo quien al final le había cuidado, se mostraron de acuerdo con mi opinión.

51

Al volver a casa después del funeral, un compañero de K me preguntó:

—¿Por qué se ha matado?

Muchas veces desde que ocurrió esta desgracia, me habían hecho esta dolorosa pregunta. La señora y la señorita, el padre y el hermano de K, que habían llegado del pueblo, los conocidos a los que yo había mandado aviso de su muerte, hasta los periodistas que no tenían nada que ver, todo el mundo me había hecho sin falta la misma pregunta. Y cada vez que me la hacían, mi conciencia me pinchaba con un dolor punzante. Tras esa pregunta, oía una voz que me increpaba: «¿Por qué no confiesas de una vez que has sido tú quien le ha matado?».

Mi respuesta era siempre la misma a todo el mundo. Me limitaba a repetir el contenido de la carta que K dejó a mi nombre, sin comentar ni una palabra más. Ese compañero de K que me hizo la pregunta y obtuvo la misma respuesta, sacó entonces una hoja de periódico de la pechera de su quimono y me la enseñó. En las líneas indicadas leí, mientras caminaba, que K, por haber sido expulsado del hogar paterno, había caído víctima de una profunda depresión y se había suicidado. No hice ningún comentario. Doblé el papel y se lo devolví. Este compañero me dijo que, además de ese periódico, había otro en el que se decía que K se suicidó en un ataque de demencia.

Yo estaba tan ocupado que apenas tenía tiempo de leer la prensa. Por eso ignoraba todas esas informaciones. En realidad, lo que me preocupaba sobre todo era que apareciera un artículo comprometedor para la señora o su hija. Especialmente, deseaba que ni siquiera se mencionara el nombre de la señorita.

Le pregunté a este compañero:

—¿No habrá algún otro periódico que hable del caso?

—Sólo he encontrado estos dos con información —me respondió.

Poco tiempo después nos mudamos de aquella casa a la actual. Ninguna de las dos mujeres deseaba seguir viviendo allí, y a mí me resultaba muy penoso reproducir cada noche las vivencias de aquella noche. Por todo eso, nos decidimos a cambiar de domicilio.

Dos meses después de mudarnos de casa me gradué en la universidad y, antes de medio año de la graduación, me casé por fin con la señorita. Visto desde fuera, todo podría parecer muy bien porque mis planes se habían cumplido. Tanto la señora como su hija estaban muy felices. Yo también lo estaba. Sin embargo, pegada a mi felicidad había una negra sombra. Pensaba que esa felicidad mía... ¿no sería el comienzo de un recorrido, como la espoleta de una carga de dinamita, que me habría de conducir a un destino fatal, a una explosión?

Después de nuestro matrimonio, la señorita o, más bien, mi esposa, como la llamaré desde ahora, empezó, impulsada por no sé qué pensamientos, a sugerir que visitáramos la tumba de K. Incomprensiblemente, el temor me asaltó.

—¿Por qué se te ha ocurrido esta idea? —le pregunté.

—¡K se alegraría tanto de vernos juntos...! —contestó.

Me quedé mirando la cara inocente de mi esposa, ignorante de todo.

—¿Por qué pones esa cara? —me preguntó ella.

Enseguida me di cuenta de mi expresión y me controlé.

Tal como era su deseo, fuimos los dos juntos a Zoshigaya. Yo eché agua en la tumba nueva y lavé su lápida^[108]. Mi mujer puso flores y ofreció incienso. Inclinamos nuestras cabezas y juntamos las manos para rezar. Seguramente, ella le contaría al difunto K cómo nos habíamos casado para que se alegrase. Yo, por mi parte, me repetía en el corazón una y otra vez el mal que había hecho... Entonces, mi mujer, acariciando la lápida comentó:

—¡Es una hermosa tumba!

No es que fuera nada especial la tumba, pero ella, como sabía que yo mismo me había encargado de buscar la lápida y comprarla, quería dedicarme este

cumplido. Pensando en la nueva tumba, en mi joven esposa y en los restos recientes de K, enterrado a nuestros pies, sentí la risa sardónica del destino.

Decidí no volver jamás a aquel lugar en compañía de mi esposa.

52

Mis sentimientos hacia el amigo muerto siguieron conmigo y siguieron para siempre. Era algo que yo me temía desde el principio. Cuando contraí matrimonio con la señorita, algo que tanto había anhelado, pasé por la ceremonia en un estado de angustia. Pero como, al fin y al cabo, el ser humano, como yo, no puede prevenir su futuro, pensé entonces que al casarme tal vez cambiaran mis sentimientos y el matrimonio me llevara a una vida nueva. Esta frágil esperanza, sin embargo, se desvaneció fácilmente ante la dura realidad de verme mañana y noche como esposo.

Cuando me fijaba en la cara de mi mujer, la imagen de K me aterrorizaba. Es decir, mi mujer estaba en medio de nosotros dos como un filtro, de forma que veía imposible librarme de mi amigo muerto. No tenía ningún motivo de queja de mi esposa; simplemente deseaba alejarla de mí con el único propósito de poder zafarme de él. No tardó en sentirlo, aunque no sabía la razón. De vez en cuando me preguntaba:

—¿Por qué estás tan pensativo?

O bien:

—Hay algo que no te agrada, ¿verdad?

Si le contestaba con una sonrisa, todo se arreglaba por el momento; pero otras veces, se ponía nerviosa. En tales casos, yo acababa escuchando palabras de lamento:

—No te gusto, ¿verdad?

O bien:

—Me estás ocultando algo...

Y yo sufría...

En muchas ocasiones, pensé revelarle todo a mi esposa. Pero cuando llegaba el momento, de repente, una fuerza inexplicable me detenía. Creo que no es necesario

darte explicaciones a ti, que me comprendes. Pero como es algo que siento que debo decirte, te lo contaré. En aquella época, yo no pretendía fingir ante mi mujer por nada del mundo. Si se lo hubiera confesado vaciando este mismo corazón arrepentido con el que ahora me comunicaba con el difunto K, ella me habría perdonado y hasta habría lavado mi culpa con lágrimas de alegría. Renunciar a confesar la verdad no era el resultado de un interés calculado por mi parte. Simplemente, no deseaba emborronar toda su vida con una negra mancha. Podrás comprender que echar aunque fuera sólo una gota de tinta en algo inmaculadamente blanco, era para mí un enorme y penoso delito.

Al cabo de un año sin poder olvidar a K, yo seguía a merced del mismo estado de continua zozobra. Me esforcé por sumergirme en los libros y así combatir ese estado. Había empezado a estudiar con gran ahínco. Esperé incluso el día en que se publicaran en el mundo los resultados de mis estudios. Pero era falso y me causaba malestar el haberme fijado un objetivo a la fuerza y esperar a cumplirlo por pura obligación. Finalmente, ni siquiera podía ya enterrar mi corazón en los libros y entonces me senté y pasé a observar el mundo de brazos cruzados.

Mi esposa atribuía mi falta de ánimo al hecho de no tener dificultades materiales. Su familia poseía una mediana fortuna suficiente para mantener por lo menos a dos mujeres. Tampoco yo tenía apremio de buscar un trabajo. Tal vez por eso era lógico que pensase de esa manera. Sí, podía ser cierto que me hallara desmoralizado. Pero la razón principal de mi inacción no era esa en absoluto. Cuando fui engañado por mi tío, sentí profundamente no poder confiar en nadie más; pero en mí, en mí mismo, sí podía confiar. En alguna parte de mí tenía la convicción de que la sociedad no lo era, pero yo sí que era digno de estima. Esa convicción, sin embargo, quedó arrasada por completo a causa de K. Al pensar entonces que yo era igual que mi tío, sentí vértigo. Estaba ahora tan hastiado de la gente como lo estaba de mí mismo. No podía moverme.

Incapaz de enterrarme vivo en los libros, en una época quise ahogar mi alma en el alcohol y olvidarme de mí. No digo que me gustara beber. Pero mi naturaleza me permitía beber mucho y, si lo deseaba, con esa cantidad de *sake*, buscaba hundir el corazón. Este método me volvió en poco tiempo todavía más pesimista. En plena embriaguez, me daba cuenta de dónde estaba. Me daba cuenta también de que era un imbécil por pretender engañarme a mí mismo. Entonces, con un escalofrío, mis ojos y mi corazón despertaban a la realidad. En otras ocasiones y aunque bebía mucho, era hasta incapaz de asumir la máscara del borracho y me hundía y hundía. Además, después de haber comprado artificialmente ese bienestar falso, siempre caía en un

profundo abatimiento. Y en cualquier momento, debía mostrarme así a mi esposa, a la que tanto amaba, y a su madre. Ellas, por si fuera poco, siempre trataban de entender mi comportamiento desde el punto de vista más natural para ellas.

Parece que su madre se quejaba a veces de mí ante su hija. Esas quejas siempre me las ocultaba mi esposa, aunque ella misma tenía que reprenderme para tranquilizarse. Sus reprensiones jamás eran duras y casi nunca consiguió irritarme. A veces, me pedía que le dijese francamente lo que no me gustaba de ella. Y después, me aconsejaba que dejase la bebida por mi propio futuro. Una vez lloró y me dijo:

—¡Cómo has cambiado! Ahora pareces otro...

Esas palabras no me habrían importado tanto, pero las que siguieron sí:

—¡Si viviera K, no habrías cambiado así!

—Es posible —le contesté. Pero el significado de mi respuesta y la interpretación que ella le dio eran totalmente diferentes.

En mi corazón sentí pesar. Aun así, no deseaba explicarle nada.

De vez en cuando, pedía perdón a mi mujer. Solía ocurrir por la mañana, cuando volvía a casa muy tarde después de haber estado bebiendo. Escuchaba mis disculpas riendo o bien se quedaba callada. Otras veces, por sus mejillas resbalaban lágrimas. Reaccionara como fuera, yo me sentía muy mal. Pedir perdón a mi mujer creo que era igual que pedirme perdón a mí mismo.

Por fin, dejé la bebida. La dejé no porque mi mujer me lo aconsejara, sino porque yo mismo sentí hastío. Dejé de beber, ciertamente, pero seguí sin ganas de hacer nada. Sin algo mejor que hacer, me ponía a leer. Leía sin ningún fin, por leer. Leía un libro, lo dejaba, tomaba otro.

—¿Por qué estudias tanto? —me preguntaba a veces ella.

No le contesté más que con una sonrisa amarga. Pero en el fondo del corazón me entristecía pensar que ni siquiera la única persona a quien quería y en quien confiaba podía comprenderme. Me entristecía aún más pensar que había una forma de hacerla comprender, pero que yo no tenía valor para conseguirlo.

Me sentía solo, me sentía muy a menudo apartado del resto del mundo y en soledad conmigo mismo. Al mismo tiempo, no dejaba de pensar en el motivo del suicidio de K. Al principio, por estar dominado yo mismo por el amor, mis juicios

eran simples y directos. Llegué rápidamente a la conclusión de que K se había matado por amor...

Sin embargo, después, al enfrentarme yo mismo a esta cuestión con más calma, creí que no se podía definir la causa del suicidio tan a la ligera. ¿Tal vez un conflicto entre el ideal y la realidad? Tampoco me parecía una causa satisfactoria. Más tarde, empecé a sospechar que K decidió quitarse la vida al sentir una soledad tan pavorosa e irremediable como la mía.

Y sentí un miedo espeluznante. El presentimiento de que yo también estaba en el mismo camino de K, empezó a surgir y a atravesar mi mente con la fuerza escalofriante de una ráfaga de frío viento.

54

Por entonces, cayó enferma mi suegra. El diagnóstico del médico fue que no había cura. Me dediqué a cuidar de ella en cuerpo y alma. Esta entrega mía era por la enferma en sí misma y por mi querida esposa, pero también por la humanidad en sentido amplio. Hasta entonces, las ganas que había tenido de hacer algo, de ser útil, se habían estrellado contra mi forzada inmovilidad. Pero ahora, y aunque aislado de la sociedad, pude por primera vez actuar con mi voluntad y cosechar la sensación de estar realizando una buena acción. Me dominaba, así, un sentimiento de expiación.

Mi suegra murió y nos quedamos solos mi esposa y yo.

—En este mundo, ahora tú eres mi único apoyo —me dijo.

La miré y, al pensar que ni yo era apoyo de mí mismo, no pude evitar que me salieran algunas lágrimas. Sentí que mi esposa era una mujer infeliz. Y se lo dije:

—¡Qué infeliz eres!

—¿Por qué dices eso? —me preguntó.

No comprendía el sentido con el que yo lo decía, ni tampoco podía explicárselo yo. Se echó a llorar. Después, dijo:

—Siempre me miras con ojos torcidos. Por eso, dices esas cosas...

Tras la muerte de su madre, yo trataba a mi mujer con la máxima ternura. No sólo porque la quería. Mi ternura obedecía a causas mucho más amplias: las mismas que habían hecho brotar la entrega con que había cuidado a mi suegra. Mi esposa

parecía estar contenta. Pero en esta satisfacción suya flotaban vagas nubes puestas allí por no poder entenderme. Aunque me entendiera, esas nubes nunca iban a disiparse; más bien, aumentarían. Soy de la opinión de que las mujeres tienden, en mayor medida que los hombres, a disfrutar más al ser amadas como objetos exclusivos de amor, aunque el amor se salga del camino correcto, que cuando ese amor comprende a toda la humanidad.

Un día, ella me dijo:

—¿Por qué el corazón del hombre y el de la mujer no pueden juntarse en uno solo?

Yo le contesté distraídamente:

—Sí, tal vez puedan, pero cuando son jóvenes.

Ella parecía estar recordando su propio pasado. Y dejó escapar un débil suspiro.

Desde entonces, yo he sentido de vez en cuando mi pecho atravesado por una horrible sombra. Las primeras veces, era una sombra repentina que llegaba del exterior. Me asustaba, me horrorizaba. Pero, a medida que pasaba el tiempo, mi corazón empezó a reaccionar ante esa monstruosa aparición. Al final, ya no parecía llegar de fuera, sino que era como si, desde mi nacimiento, estuviera anidada en el fondo de mi corazón. Cada vez que sentía su presencia, sospechaba que tal vez estaba perdiendo la razón. Nunca se me ocurrió, de todas formas, consultar a un médico. Simplemente, sentía profundamente la culpabilidad del ser humano, una culpabilidad que todos los meses me llevaba a visitar la tumba de K, una culpabilidad que me hizo cuidar solícitamente a mi suegra, una culpabilidad que me ordenaba ser amable con mi mujer.

Sentí, incluso, ganas de ser golpeado con un látigo por algún extraño, no importa quién fuera.

Recorriendo paso a paso estas sensaciones llegué a la conclusión de que en lugar de que me golpeará alguien, era mejor que me golpeará yo mismo. O, mejor que golpearse, morir. Como no tenía a mano otro remedio, decidí vivir como si ya hubiera muerto.

Desde que tomé esa decisión hasta hoy, ¡cuántos años han pasado ya! Mi mujer y yo hemos seguido viviendo en armonía. Nunca hemos sido infelices. Hemos sido una pareja más bien feliz. Sin embargo, esta sombra penosa que está conmigo, mi

mujer siempre la ha percibido como un negro nubarrón en el cielo de su felicidad. Pensando esto, no puedo dejar de sentir compasión por ella.

55

Posteriormente a mi decisión de vivir después de haber muerto una vez, mi corazón a veces era excitado en presencia de estímulos exteriores. Sin embargo, si me movía hacia una u otra dirección u objetivo, de alguna parte salía una fuerza terrible que me apresaba el corazón, lo oprimía y lo paralizaba. Esa fuerza, con palabras aplastantes, me decía:

—No tienes derecho a hacer nada.

Y entonces, súbitamente, me desanimaba.

Cuando pasaba el tiempo y de nuevo intentaba levantarme, otra vez la misma fuerza me estrangulaba. Si, apretando los dientes, yo gritaba «¿Por qué me atormentas así?», la fuerza con una extraña voz soltaba una risa fría y respondía:

—Tú sabes muy bien el porqué.

Y mi ánimo volvía a caer por los suelos.

Créeme: aparentemente, mi vida es sencilla y discurre sin incidentes ni problemas. Pero en mi interior siempre he estado librando penosas batallas. Antes de que mi mujer se impacientara conmigo, yo mismo en numerosas ocasiones he sentido una impaciencia mucho más aguda que la suya. Cuando ya no podía quedarme quieto en esta cárcel y no encontraba forma de huir, empecé a sentir que el único recurso disponible para mí era el suicidio. Tal vez preguntarás tú: «¿Y por qué?». Déjame que te explique. Esa fuerza que me atenaza el corazón y que no me deja realizar ninguna acción, tan sólo me deja libre el camino de la muerte. Sería mejor no moverse nada, pero si me muevo, por poco que sea, no es más que para avanzar por ese único camino abierto ante mí.

Hasta hoy, ha habido dos o tres momentos en mi vida en los que decidí emprender ese camino, el más fácil que me señalaba mi destino. Pero siempre me detenían los sentimientos hacia mi esposa. Y, naturalmente, carezco de la audacia de llevarla conmigo. Si ni siquiera tengo valor para abrirle el pecho, ¿cómo iba a tenerlo para pedirle que se quite la vida? Me da horror sólo imaginarlo.

Yo tengo mi destino y ella tiene el suyo. Juntar estas dos ramas y quemarlas en

un mismo fuego sería un doloroso extremismo.

Por otro lado, imaginar a mi mujer después de mi muerte me producía tristeza. Cuando se murió su madre, esa frase que me dijo, «En este mundo, ahora tú eres mi único apoyo», había penetrado en mis entrañas. La indecisión me detenía. Hubo ocasiones en las que, viendo su cara, sentía alivio de haber sido indeciso. Pero después, de nuevo volvía a ser presa de la inacción y de las miradas de decepción de ella.

Recuérdalo bien: así he vivido. Cuando te conocí en Kamakura y cuando paseábamos juntos por las afueras de Tokio, mi estado de ánimo no variaba mucho. Continuamente estaba pegada a mi espalda esa sombra negra. Era como si vagara por el mundo, arrastrando una vida sólo por mi mujer. Cuando te fuiste a tu pueblo después de graduarte, mi ánimo era el mismo. Y no mentí cuando te prometí que nos veríamos de nuevo en septiembre. Estaba convencido de verte, incluso pasado el otoño y entrado el invierno, e incluso pasado el invierno.

Pero entonces, en la canícula del verano, falleció el emperador Meiji. Sentí que el espíritu de Meiji, que había comenzado con el emperador, se había extinguido con él. La idea de que nosotros, los más penetrados por ese espíritu de Meiji, sobreviviríamos después de su muerte y que nos íbamos a quedar atrás en la marcha del tiempo, me afectó profundamente. Y así se lo expresé claramente a mi mujer. Ella se rio y se negó a tomar mi idea en serio. Pero, de improviso y todavía medio en broma, añadió:

—Bien, si piensas así, ¿por qué no seguir a tu señor haciendo *junshi*^[109]?

56

Yo casi tenía olvidado este término de *junshi*. No es ciertamente una palabra que utilice habitualmente y por eso parecía estar hundida y medio podrida en el fondo de mi memoria. Al recordarla en los labios de mi mujer y dicha de broma por ella, dije:

—Si lo hiciera, sería por fidelidad al espíritu de Meiji.

Por supuesto, mi respuesta también era en broma, pero sentí entonces como si ese arcaísmo desusado cobrase nuevo significado.

Ha pasado un mes desde entonces. La noche del funeral imperial, sentado en mi estudio como siempre, oí los cañonazos. Me sonaron como señales de despedida

de la era de Meiji, una era que se iba para siempre. Más tarde, me di cuenta de que también eran la señal de despedida del general Nogi. Sosteniendo en la mano la edición extra del periódico, le dije a mi mujer sin pensar:

—*¡Junshi, junshi!*

En el periódico leí la nota de suicidio dejada por el general Nogi^[110]. Cuando leí aquellas frases en las que explicaba que desde la guerra de Seinan, cuando había perdido el estandarte imperial ante el enemigo, había tenido la idea de suicidarse para expiar su culpa, pero que había seguido viviendo hasta ese día, tuve el impulso de ponerme a contar con los dedos los años y los meses que ese hombre había vivido con la idea del suicidio. La guerra de Seinan tuvo lugar en año 10 de la era Meiji^[111], por lo tanto, hasta el año 45 de Meiji habían transcurrido treinta y cinco años. El general Nogi había estado esperando durante treinta y cinco años la oportunidad para quitarse la vida y pensando sólo en la muerte. ¿Qué había sido más doloroso para ese hombre, esos treinta y cinco años vividos o el momento de clavarse la espada en el vientre?

Dos o tres días después tomé la resolución de quitarme la vida. Igual que yo no entiendo bien los motivos del suicidio del general Nogi, probablemente tampoco tú entenderás con claridad el sentido de mi suicidio. Si así es, no habrá modo de hacértelo entender, dada la diferencia generacional que nos separa. O, mejor dicho, dada la diferencia de carácter que tenemos cada uno. He intentado, de todos modos, darte a entender en este relato, lo mejor que he podido, cómo es esta persona extraña que soy yo mismo.

Dejo sola a mi mujer. Es una suerte que, después de mi desaparición, no vaya a tener ninguna dificultad material. No quiero aterrorizarla cruelmente. Me moriré evitando que vea el color de mi sangre. Me iré de este mundo silenciosamente mientras no esté ella en casa. Una vez muerto, desearía que pensara que he tenido una muerte repentina. También me agradecería que piense que me he vuelto loco.

Desde mi decisión de suicidarme, han pasado más de diez días. Casi todo este tiempo, lo he pasado escribiéndote esta larga confesión de mi vida. En un principio, pensaba verte y contártelo todo, pero me parece que por escrito he podido expresarme con más claridad, y esto me alegra. No he escrito por pasar el rato. Sólo yo puedo contar, como una parte de la experiencia humana, el pasado que me ha formado como la persona que soy. Bien valdrían mis esfuerzos de escribir todo esto sin falsedad, si sirviera para que se conozca mejor al ser humano. Ojalá te aprovechara a ti o a otras personas para tal fin.

Hace poco he oído que Watanabe Kasan^[112] pospuso su muerte una semana para poder terminar una pintura llamada *Kantan*^[113]. A alguien le parecerá esto una vanidad, pero este hombre tenía en su corazón una necesidad imperiosa a la que no podía sustraerse. No te he escrito sólo para cumplir una promesa que te hice. Más imperiosa que la promesa ha sido la necesidad que yo también he sentido en mi interior. Una necesidad que ya he cumplido. Nada más me resta por hacer.

Cuando esta carta esté en tus manos, yo ya no estaré en este mundo. Habré muerto. Hace diez días que mi mujer está en casa de una tía enferma en Ichigaya. Necesitaba ayuda, así que yo mismo le aconsejé que fuese a asistirle. En su ausencia, he escrito la mayor parte de esta carta tan larga. Cuando alguna vez volvía, la ponía fuera de su vista.

Mi intención es ofrecer, como sugerencia, mi pasado, tanto lo bueno como lo malo, a la gente. Pero recuerda: mi mujer es la única excepción. No quiero que se entere de nada. Mi único deseo en este momento es que conserve un recuerdo de su pasado tan blanco y puro como ahora. Como un secreto a ti sólo revelado quiero que, mientras ella viva, lo guardes en tu corazón.

CASA DE LA SEÑORA

GLOSARIO DE TÉRMINOS JAPONESES

fusuma: puerta corredera de papel o tela que divide las habitaciones de las casas japonesas.

go: juego en el que los participantes se turnan para colocar fichas negras y blancas sobre un tablero cuadrado de hasta 19 puntos de lado, con el objetivo de rodear las fichas enemigas y controlar territorios^[c].

geta: especie de sandalias con la base de madera y cuya altura permite caminar por el suelo húmedo sin mancharse los pies.

hakama: falda-pantalón que solían llevar especialmente los hombres.

haori: chaquetón que suele ponerse sobre el kimono.

juban: kimono interior usado como muda.

koto: tipo de cítara de forma semicilíndrica y de trece cuerdas que se toca desde el suelo.

obi: cinturón de anchura variable para ceñir el kimono.

sake: bebida alcohólica producida de la fermentación del arroz.

sen: moneda fraccionaria del yen, unidad monetaria de Japón.

shoji: puerta corredera que da al exterior y que por ser de papel permite el paso de la luz.

tatami: unidad de superficie de suelo en las habitaciones japonesas. Hecha de paja trenzada, mide 0,90 m por 1,80 m.

tokonoma: alcoba en un rincón del salón de la casa japonesa donde se coloca el altar y objetos de especial valor familiar.

tsubo: medida de superficie equivalente a 3,306 m².

yukata: kimono de algodón usado especialmente en el verano.



NATSUME SOSEKI, seudónimo literario de Natsume Kinnosuke, nació en 1867 cerca de Edo (la actual Tokio). Descendiente de una familia de samuráis venida a menos, fue el menor de seis hermanos. Cuando tenía dos años, sus padres lo entregaron en adopción a uno de sus sirvientes y a su mujer, con quienes viviría hasta los nueve años. En 1884, instado por su familia, se matriculó en la Universidad Imperial de Tokio para cursar Arquitectura, aunque acaba estudiando Lengua Inglesa. En 1886 traba amistad con el poeta Masaoka Shiki, que le inicia en el arte de la composición de *jaikus*. Será entonces cuando adopte el *nom de plume* de Soseki (que en chino significa «terco»). Tras graduarse en 1893, Soseki empieza a trabajar como profesor en la Escuela Normal de Tokio, pero pronto, en 1895, es destinado a la lejana Escuela Secundaria de Matsuyama, en la isla de Shikoku. Parte de sus experiencias en esta remota escuela rural serán recogidas en su novela *Botchan*, que publicará en 1906. Apenas un año después de haber llegado a Matsuyama, dimite de su puesto y comienza a enseñar en un instituto de la ciudad de Kumamoto, en donde conocerá a su mujer. En 1900 se le concede a Soseki una exigua beca del gobierno japonés y se le envía a Inglaterra. En este país pasará los años más tristes de su vida, leyendo libros sin parar, deambulando por las calles y pasando miserias sin cuento. Parte de sus sombrías reflexiones sobre la vida inglesa serán publicadas años después en el diario japonés *Asahi*. Regresa a Japón en 1902, con un contrato de cuatro años para enseñar en la Universidad Imperial de Tokio, donde sucederá al escritor norteamericano Lafcadio Hearn como profesor de Literatura Inglesa. La carrera literaria de Soseki se abre propiamente en 1903, cuando comienza a publicar

jaikus y pequeñas piezas literarias en revistas como *Hototogisu*. Pero la fama le llegará con la publicación en 1905 de *Wagahai wa neko de aru* (*Soy un gato*). Ese mismo año publica *Rondon too* (*La torre de Londres*), y en 1906 aparecerá *Botchan*, que le catapultó al éxito y que se convierte automáticamente en un *best-seller* y en una de las novelas más leídas por los japoneses durante décadas. Soseki escribió catorce novelas a lo largo de su vida, culminando en *Kokoro*, su obra maestra. Natsume Soseki murió en Tokio en 1916 a los 49 años de edad a causa de una úlcera de estómago. En 1984, y en homenaje a su fama y trascendencia, el gobierno japonés decidió poner su efigie en los billetes de mil yenes.

NOTAS

[1] La otra gran transformación tuvo lugar en los siglos VI y VII y el modelo fue entonces China. Fue más larga y las importaciones emprendidas —la religión, la escritura, los cultivos— más sustanciales. Lo peculiar de esta del siglo XIX, en la que vamos a encuadrar esta obra literaria, radica en la fulgurante rapidez con que se produjo. <<

[2] K. B. Pyle, *The New Generation in Meiji Japan, Problems in Cultural Identity 1885-1895*, Stanford, SUP, 1969, pág. 190. <<

[3] Sigo la costumbre japonesa de anteponer el apellido al nombre. A nuestro autor, como a varios de su época, se le conoce por el nombre, en realidad un pseudónimo, de Soseki. En cuanto a la pronunciación de *Meiji* y de otros nombres japoneses, adopto el sistema Hepburn según el cual las consonantes se pronuncian como en inglés y las vocales como en español. Véase el apartado «Criterios de la traducción». <<

[4] «*Merveilleux imitateurs*» va a llamar Pierre Loti a los japoneses ya en 1886, sólo veinte años después del comienzo del programa oficial de imitaciones, asombrado con fina ironía de la perfección con que el gobierno ha organizado el baile de gala en el Roku Meikan de Tokio (P. Loti, *Japoneries d'Automne*, París, Calamn-Lévy, 1926, pág. 88). <<

[5] H. J. Jones, *Live Machines. Hired Foreigners and Meiji Japan*, 1980, Tenderden, Norbury, pág. 86. <<

[6] Más información sobre el proceso de este aprendizaje de Occidente en los años de 1870-1890, en W. G. Beasley, *Historia contemporánea de Japón*, Madrid, Alianza, 1995, págs. 134-143. <<

[7] Literalmente, «relatos de un mundo flotante», una literatura secular que floreció sobre todo a fines del siglo XVII y primera mitad del XVIII, teniendo como principal cultivador a Ihara Saikaku (1642-1693). <<

[8] D. Keene, *Dawn to the West*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, vol. 3, pág. 2. <<

[9] Antes de 1914, había periódicos en Japón —uno de los inventos de Occidente desconocidos cuarenta años antes— con tiradas diarias de 100 000 a 350 000 ejemplares. Japón por entonces sólo era aventajado por Alemania en la producción de libros con más de 27 000 títulos al año (C. Totman, *A History of Japan*, Oxford, Blackwell, 2000, pág. 350). <<

[10] La anchura de la manga del kimono permitía ocultar la cara y así poner velo a las emociones reflejadas en el rostro de los japoneses de antes. Tanto es así que, en la literatura clásica japonesa, «humedecer las mangas» era una común metáfora para expresar el acto de llorar. Ambos ejemplos, en D. Keene, *op. cit.*, pág. 67. <<

[11] A. Cabezas, *La literatura japonesa*, Madrid, Hiperión, 1990, pág. 138. <<

[12] Hinatsu Konosuke, *Meiji roman bungaku shi*, Tokio, Chuo Koron Sha, 1951, pág. 49. De Ueda Akinari hay una versión española de Kazuya Sakai (*Cuentos de lluvia y de luna*, Madrid, Trotta, 2002). <<

[13] El entrecomillado es de C. Totman, *op. cit.*, págs. 354-359. <<

[14] De nada menos que de «cinco revoluciones» habla sabiamente Antonio Cabezas (la del lenguaje, la temática, la de técnicas narrativas, la ideológica y la de los grupos literarios), *op. cit.*, págs. 141-145. <<

[15] Como dice gráficamente Theodore W. Goossen, «cinco años en el Japón de los cambios constituyen una generación» (Th. W. Goossen, *Japanese Short Stories*, Oxford, O. U. Press, 1997, pág. XII). <<

[16] D. Keene, *Modern Japanese Literature*, Nueva York, Grove Press, 1956, pág. 17. <<

[17] Mioshi Yukio, en su edición de *Kokoro* (Tokio, Shin cho sha, 1998, pág. 208), observa que fue el dialecto de Tokio el que se impuso como lengua hablada en la novela japonesa de la época de Meiji. No es casualidad, por tanto, que casi todos los novelistas de ese período fueran de Tokio. <<

[18] Sobre su conciencia de capturar en la traducción el estilo conversacional, véanse las propias opiniones de Futabatei en F. Shimei, «Mi manera de traducir», *Obras completas*, Tokio, Chikuma Shobou, 1985, págs. 166-170. Hay traducción española del autor de esta Introducción en *Teorías de la traducción*, ed. de Dámaso López, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1996, págs. 330-334. <<

[19] D. Keene, *op. cit.*, pág. 4. <<

[20] Traducción española de la editorial Luna Books (Kamakura, 1991). <<

[21] En una carta de Soseki a Morita Shohei fechada el 3 de abril de 1906. Citado por Yoshida Seiichi, *Shizen shugi no kenkyuu*, Tokio, Tokyodo, 1955-1958, vol. II, pág. 83. <<

[22] D. Keene, *op. cit.*, pág. 233. <<

[23] Es decir, poesía exclusivamente en caracteres chinos. <<

[24] *Soseki nikki*, ed. de Hiraoka Toshio, Tokio, Iwanami Shooten, 13.^a edición, 2000. <<

[25] Citado por Senuma Shigeki, *Natsume Soseki*, Tokio, Todyo Daigaku Shuppankai, 1970, pág. 28. <<

[26] Karatani Kojin, *Origins of Modern Japanese Literature*, Chapel Hill, Duke University Press, 1993, págs. 17-18. <<

[27] Citado por Matsui Sakuko, *Natsume Soseki as a Critic of English Literature*, Tokio, Center for East Asian Cultural Studies, 1975, pág. 34. <<

[28] Lafcadio Hearn (1850-1904), periodista irlandés cuyas obras y traducciones del japonés sirvieron para formar la primera idea de Occidente sobre el hasta entonces cerrado Japón. <<

[29] Traducción de Jesús González Vallés (Madrid, Trotta, 1999). <<

[30] *Botchan*, trad. de Fernando Rodríguez-Izquierdo, Kamakura, Luna Books, 1997. <<

[31] *Op. cit.*, pág. 147. <<

[32] Hay una versión española de José Kozler (*Mon, la puerta*, Madrid, Miraguano, 1991) en buena prosa, pero con un tufillo inconfundible a refrito — traducción indirecta— y con impresión defectuosa por la penosa dificultad en identificar los diálogos. Hubiera sido bienhechor para el lector que la introducción estuviera firmada en Villaseca de Abajo, en lugar de Nueva York, a cambio de haberse evitado esos dos serios inconvenientes. <<

[33] *Soseki zenshuu*, Tokio, Iwanami shooten, 1965. <<

[34] Poema incluido en el ensayo crítico de V. H. Viglielmo de la versión

inglesa de *Meian* (N. Soseki, *Light and Darkness*, Tokio, Tuttle Shoten, 1971, pág. 381). <<

[35] N. Soseki, *Le pauvre cœur des hommes*, París, Gallimard, 1957. <<

[36] Que los restos de Natsume Soseki descansen también en el cementerio de Zoshigaya, en Tokio, es otro de los rasgos autobiográficos que salpican a este personaje de K. <<

[37] Para Mori Oogai el suicidio de Nogi tuvo el efecto de reinflamar un entusiasmo por la tradición japonesa. El tema del *junshi* («seguir al señor en la muerte») fue, en efecto, el tema de su novela *Abe ichizoku*, publicada un año después del suicidio de Nogi. <<

[38] D. Keene, *op. cit.*, pág. 341. <<

[39] *Sensei* es un término japonés de tratamiento usado hacia maestros, médicos y personas ante cuyos conocimientos se desea expresar respeto. <<

[40] Kamakura es una ciudad histórica situada en la costa, a unos 60 kilómetros al sur de Tokio. <<

[41] Del japonés *jin-riki-sha*, «vehículo de tracción humana», es un antiguo cochecillo de dos ruedas tirado por una persona. <<

[42] Moneda fraccionaria de Japón. Cien *sen* son un yen. <<

[43] La *yukata* es un quimono de algodón usado especialmente en el verano. <<

[44] Una de las playas de Kamakura. <<

[45] Entre los distritos de Bunkyo-ku y Toshima-ku, en Tokio. <<

[46] En el original, «Isabella», transcrito en ideogramas chinos como era costumbre en las inscripciones de las lápidas funerarias, de ahí la dificultad que para leerlos podía tener el estudiante. <<

[47] Bebida alcohólica producida de la fermentación del arroz. <<

[48] Tanto Hakone como Nikko son lugares turísticos próximos a Tokio. <<

[49] El *obi* es una especie de cinturón de anchura variable que ciñe el quimono. <<

[50] La *hakama* es una especie de falda pantalón que solía llevarse encima del quimono para salir a la calle, generalmente es usado por los hombres. <<

[51] Shinbashi es un barrio céntrico de Tokio y, en la época del autor, sede de una importante estación ferroviaria. <<

[52] Es el puerto natural de Tokio, situado al sur de esta ciudad. <<

[53] Antigua Universidad Imperial, hoy Universidad de Tokio, la primera universidad de Japón, fundada en 1877. <<

[54] Tottori, al sureste de Tokio. <<

[55] Ichigaya, en el centro de Edo o Tokio, era un barrio habitado tradicionalmente por samuráis. <<

[56] Niigata, al noroeste de Tokio. <<

[57] Especie de quimono interior. <<

[58] Las vacaciones de invierno para los universitarios japoneses suelen comenzar hacia el 28 ó 29 de diciembre. <<

[59] Las viviendas japonesas suelen tener el suelo de su planta baja a una elevación de unos 40 cm sobre el nivel del suelo de la calle. Por eso se habla de «bajar al jardín» desde la casa. <<

[60] El *go* es un juego en el que los participantes se turnan para colocar fichas negras y blancas sobre el tablero, con el objetivo de rodear las fichas enemigas y controlar territorios. <<

[61] Las ramas de pino, que simbolizan la buena fortuna para el año nuevo, decoran las calles y casas japonesas en los primeros días de enero. <<

[62] En Tokio, suelen hacerlo hacia mediados de febrero. <<

[63] *Yaezakura* designa una variedad de cerezos de doble flor —con ocho pétalos— cuya floración sobreviene unas tres semanas más tarde que la de los

cerezos ordinarios. <<

[64] *Shoji* es una puerta corredera que da al exterior, habitual en las viviendas japonesas, y con el armazón de listones de madera que enmarcan cuadrados tapados de papel blanco. <<

[65] Literalmente, «isla brumosa», una variedad de azaleas. <<

[66] Unos 33 metros cuadrados. <<

[67] Unos 10 metros cuadrados. <<

[68] El *haori* es una especie de chaqueta que se lleva sobre el quimono. <<

[69] Es el nombre de una famosa librería todavía existente en Tokio. <<

[70] Es la alcoba que suele estar en el salón de las casas japonesas y en la cual está el altar familiar y otros objetos de especial valor. <<

[71] Igualmente entre paréntesis en el original. <<

[72] Es una costumbre japonesa, todavía hoy bastante extendida, consultar el calendario para determinar qué fechas son favorables o *daian* para realizar actos como bodas, exámenes, viajes, etc. <<

[73] Especie de croqueta a la brasa hecha de arroz. <<

[74] La palabra japonesa utilizada es *kawaku* con el significado aquí de «sed» y «apetito». <<

[75] Nogi Maresuke (1849-1912), general en la guerra de Japón contra China (1894-1895) y contra Rusia (1904), que aceptó estoicamente la muerte en combate de sus dos hijos y fue elevado a la categoría de héroe de guerra. Cometió suicidio ritual con su esposa cuando supo la muerte del emperador Meiji (13 de septiembre de 1912). Su muerte fue interpretada diversamente como reparación por un error militar cometido 35 años antes, como ejemplo extremo de fidelidad al soberano y como protesta contra el lujo y la decadencia del Japón moderno. Lo cierto es que su suicidio produjo un notable impacto entre la elite intelectual japonesa del momento. Para más información, véase la Introducción. <<

[76] El hermano había usado la palabra inglesa *egoist*, transcrita «egoísta» en el

original japonés. <<

[77] El varón primogénito asume en Japón la obligación de cuidar a los padres ancianos y el derecho de quedarse con la casa familiar. <<

[78] En inglés en el original. En español, «un hombre de recursos». <<

[79] Literalmente, en el original japonés, «hay que darles una nuera». <<

[80] Es parte del rito shintoísta del desposorio o *sakazuki* que los contrayentes beban *sake* de la misma copa. <<

[81] La guerra entre China y Japón (1894-1895). <<

[82] Hoy, la Universidad de Tokio, la más prestigiosa de Japón. Fundada en 1877. <<

[83] Un *tatami* equivale a 1.80 m de largo por 0.90 m de ancho. <<

[84] Un *ikken* es 1.80 m de ancho. <<

[85] Especie de cítara de 13 cuerdas. <<

[86] En japonés, *okusan*. <<

[87] En japonés, *ojoosan*. <<

[88] Para mejor visualizar la planta de esta vivienda típica japonesa, véase el plano situado al final del libro. La superficie de cada cuarto está distribuida en *tatami*. <<

[89] Barrio comercial de Tokio. <<

[90] Especie de teatrillo donde se escenifican monólogos frecuentemente cómicos. Los *yose* tenían gran popularidad en la época del autor y este conservó una gran afición a ellos toda su vida. <<

[91] La escuela Joodo-Shin-shu es una de las trece escuelas tradicionales del budismo japonés y una de las principales manifestaciones del llamado budismo de la Tierra Pura. Fue fundada por Shinran en el siglo XIII y estuvo particularmente revalorizada en los años de la vida de Natsume Soseki gracias al reformador

Kiyuzawa Manshi (1863-1903). <<

[92] Nombre de una imagen budista especialmente popular en Japón. <<

[93] En inglés en el original. <<

[94] Un barrio céntrico de Tokio. <<

[95] Véase al final del libro el plano «Casa de la señora». <<

[96] Emanuel Swedenborg, filósofo y místico sueco (1688-1772). <<

[97] Al lado este de la bahía de Tokio, en la actual prefectura de Chiba. <<

[98] Monje budista (1222-1282) que fundó la escuela Nichiren o del Loto y fue el líder del «nuevo budismo» de los siglos XIII y XIV. <<

[99] El besugo es un pez de buena suerte en Japón. <<

[100] El zaguán de entrada está al nivel del suelo de la calle, mientras que las habitaciones se encuentran a unos cuarenta cm sobre ese nivel. Por eso se dice «subí». <<

[101] Especie de sandalias con la base de madera apropiadas por su altura para caminar sobre suelos húmedos sin mancharse los pies. <<

[102] En este juego de las cartas, que suele practicarse en Año Nuevo en Japón, se colocan sobre el suelo cartas con las segundas partes de antiguos poemas. Un narrador lee las primeras partes de estos, mientras que los jugadores deben escoger antes que el compañero la carta con la segunda parte correspondiente. <<

[103] Literalmente, «Poemas aislados de cien poetas», base del juego descrito. Hay versión española (ed. Hiperión, Madrid, 2003). <<

[104] Según una tradición budista, se considera de mal agüero dormir mirando al oeste, es decir, hacia la «Tierra Pura», donde moran los muertos. <<

[105] *Fusuma* son las puertas correderas de papel y tela que separan las habitaciones en las casas japonesas. <<

[106] Especie de chaquetón que se pone sobre el kimono. <<

[107] El *amado* es una especie de «contrapuerta» de madera habitual en las casas tradicionales japonesas. <<

[108] En el budismo practicado en Japón se acostumbra echar agua sobre las tumbas como gesto purificador. <<

[109] Practicar *junshi* es parecido a inmolarse, pero con una fuerte connotación social próxima a la idea de «seguir al señor a la tumba» o «acompañar en la muerte al emperador». <<

[110] Véase nota 75. <<

[111] La Guerra de Seinan o Rebelión de Satsuma, que tuvo lugar del 29 de enero al 24 de septiembre de 1877, significó la última tentativa armada de los samuráis del viejo régimen en contra de las reformas administrativas del gobierno de Meiji. <<

[112] Pintor japonés de paisajes y retratos (1793-1841). Sus ideas de apertura a Occidente le valieron una reclusión perpetua en su domicilio a la que puso fin suicidándose. <<

[113] «Ilusión». <<

[a] En el original, la nota al pie dice: «Es un tipo de juego de damas con 90 fichas, blancas y negras», lo cual es falso. (*Nota del editor digital*). <<

[b] El original dice «que» en lugar de «no». (*Nota del editor digital*). <<

[c] El original dice: «go: variedad de juego de damas de noventa fichas», lo cual es falso. (*Nota del editor digital*). <<